

# Producir la política desde las casas

## Etnografía de procesos de organización colectiva de mujeres titulares de programas estatales.

Autor:

Pacífico, Florencia Daniela

Tutor:

Fernández, María Inés

2019

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Antropología

Posgrado

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES- FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

TESIS DE DOCTORADO EN ANTROPOLOGÍA

**Producir la política desde las casas. Etnografía de procesos de organización colectiva de mujeres titulares de programas estatales**



Doctoranda: Lic. Florencia Daniela Pacifico

DNI: 34.152.759

Directora y Consejera de estudios UBA: Dra. María Inés Fernández Álvarez

Expte. 902.408 /14. Res. (CD) N° 1185/15

Julio de 2019

## AGRADECIMIENTOS

A todas aquellas mujeres que me honraron con su confianza, abriéndome las puertas de sus casas. Durante el trabajo de campo, me encontré con personas entrañables cuyo afecto y generosidad quedan conmigo. Espero que esta tesis esté a la altura de la riqueza de experiencias que tuve la oportunidad de conocer y haya logrado capturar al menos una parte de los valiosos aprendizajes que me compartieron. Existe sin dudas una parte de ellos que permanecen en terrenos ajenos a las trampas del lenguaje.

A María Inés Fernández Álvarez, directora de esta tesis, le agradezco el compromiso y pasión con el que me mostró el camino y puso a mi disposición herramientas y aportes que marcaron mi formación. Sus comentarios y reflexiones a lo largo de estos años me desafiaron y estimularon para ir siempre un poco más allá. Su confianza y mensajes de ánimo me dieron fuerzas para cerrar una etapa.

A mis compañeras y compañero del equipo de investigación: Santiago Sorroche, Leila Litman, Dolores Señorans, Sandra Wolanski, María Paz Laurens, Victoria Taruselli, Cecilia Espinosa, Carmina Pederiva, Cecilia Cavigliasso, Silvana Sciortino. Los intercambios que mantuvimos en las reuniones de equipo nutrieron a esta tesis de aportes significativos. El compañerismo y complicidad que encontré en ellos hicieron de este trabajo algo mucho menos solitario. Un gracias especial a Dolo, por sus lecturas atentas de versiones preliminares de los capítulos y especialmente por bancar los laberintos anímicos de los últimos momentos de escritura

Al CONICET y a la UBA, porque esta tesis fue posibles gracias a la educación pública y a la existencia de un Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología

A Mabel Grimberg, por permitirme formar parte del Programa “Procesos de reconfiguración estatal, resistencia social y construcción de hegemonías”, en el ICA.

A mis compañeros y compañeras de cátedra de Introducción al Desarrollo Sustentable, en la UNAJ. A los y las estudiantes con los que me encontré en las aulas de “la Jaurteche”. En particular, gracias a Carolina Diez, Paula Tagliabue, Ilana Reck y Alejandra Esponda por las risas y complicidades que acompañan nuestro trabajo allí y por los mensajes de fuerza y ánimo que me transmitieron cuando terminaba de escribir esta tesis.

A profesoras e investigadoras que crucé en eventos académicos y seminarios. Gracias por las recomendaciones bibliográficas y comentarios a Julieta Quirós, Julieta Gaztañaga, Florencia Partenio, Claudia Anzorena, Mariana Sirimarco, Ana Spivak, Nashieli Rangel Loera y Eugenia Motta,

A Nashieli Rangel Loera le agradezco también por haberme recibido en la UNICAMP y abrirme las puertas del CERES. A los alumnos del grupo de *Leituras Dirigidas* por los intercambios que mantuvimos durante mi estadía allí.

Agradezco a mis amigas y amigos que estuvieron presentes en los momentos de cierre y acompañaron estos intensos cinco años. A Julita, la hermana que elegí, por escuchar mis torbellinos de ideas y por sus comentarios agudos sobre los cruces que abre el feminismo. Por las pasiones que alimentamos, las que supimos abandonar y las que todavía nos falta encontrar. A Lucy por su sensibilidad y sus destellos de alegría que me inspiran. A Flora, por la potencia de sus formas de estar cerca, por tender puentes y sacarme sonrisas. A Maru por las aventuras y por sus preguntas. A Ursu porque siento su cariño siempre presente. A Nico por las risas compartidas. A Topo y Caro por su afecto y aguante.

A Sandra, Fabián, Marta, Sol y Pablo por el cariño y la calidez que me transmiten. Especialmente a Luca y Guido, porque encontrándome con ellos en el juego, el peso de la tesis se hacía leve y las hormigas, no salían ni a mirar.

A mi papá Oscar y mi mamá Adriana. Gracias a las condiciones que ellos facilitaron, pude formarme, estudiar y encontrar el gusto en mi trabajo. Gracias por desear conmigo lo que me hace feliz y motivarme a buscarlo. A mi Tía Luisa, por su apoyo, sus ayudas y porque me inspira. A Natalia, por su magia de hermana mayor, que sabe enojarse y dejarlo pasar y por su apoyo incondicional en cada aventura que emprendo.

A Andrés por su sabiduría y la grandeza de su amor; por la infinita paciencia y su compromiso cotidiano con la defensa de la alegría. Por recordarme que aunque la ciencia no haya explicado el vuelo de las abejas, ellas no lo saben. Y vuelan.

## **SIGLAS**

AUH: Asignación Universal por Hijo

CAL: Centro de Atención Local

CAME: Cámara Argentina de la Mediana Empresa

CCC: Corriente Clasista Combativa

CNCT: Confederación Nacional de Cooperativas de Trabajo

CTA: Central de Trabajadores de la Argentina

CTEP: Confederación de Trabajadores de la Economía Popular

MDSN Ministerio de desarrollo Social de la Nación.

PRIST: Programa de Ingreso Social con Trabajo

PEC: Programa de Emergencia Comunitaria

PEN: Poder Ejecutivo Nacional

PJJHD: Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupadas

INAES: Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social

Plan FINES: Plan de Finalización de Estudios Secundarios

SUM: Salón de usos Múltiples

SUTEBA: Sindicato Unificado de Trabajadores de la Educación de Buenos Aires

PROMEBA: Programa de Mejoramiento Barrial

UOCRA: Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina

# ÍNDICE

<b>AGRADECIMIENTOS</b> .....	<b>2</b>
<b>SIGLAS</b> .....	<b>4</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>8</b>
Recorridos y desplazamientos en el trabajo de campo .....	18
ACERCA DEL ABORDAJE ETNOGRÁFICO .....	26
ESTADO DEL ARTE .....	30
Los cuidados en el debate académico .....	30
Mujeres de sectores populares y procesos de organización .....	40
ENFOQUE CONCEPTUAL PROPUESTO .....	48
TESIS A SOSTENER.....	52
ORGANIZACIÓN DE LOS CAPÍTULOS.....	53
<b>Capítulo 1: Producir la política, reproducir la vida. Formas de organización colectiva y encuentros con el Estado de mujeres de sectores populares.</b> .....	<b>57</b>
I. COMPARTIR Y RESOLVER PROBLEMAS ENTRE MUJERES. ....	60
La cooperativa es como un escape.....	62
El programa como un refugio.....	70
II. INVENTAR TRABAJOS PARA PROMOVER LA ORGANIZACIÓN.....	74
Con la cooperativa, construimos organización.....	75
Inventar trabajo y desbordar los límites de lo productivo.....	83
Sabemos que somos trabajadores .....	86
Conclusiones.....	93
<b>Capítulo 2: Reformar las casas, construir política. La transformación colectiva de las viviendas y la producción de formas de militancia.</b> .....	<b>95</b>
“Los compañeros me hicieron la casa” .....	99
Hacer política desde las casas .....	109
Separar un poco la casa de la cooperativa.....	115
Conclusiones.....	125
<b>Capítulo 3: Más allá de lo obligatorio. Chismes y valores morales en la construcción de formas de participar.</b> .....	<b>128</b>

“No todas participan igual”.....	132
¿Somos (des) unidas? .....	142
Sobre <i>participar</i> y sus condiciones de posibilidad .....	149
Conclusiones.....	160
<b>Capítulo 4: Expectativas, compromisos y valores morales en la producción cotidiana de las cooperativas .....</b>	<b>162</b>
Un lugar en la cooperativa.....	165
Prácticas formativas y producción de comportamientos .....	177
Una voz en off que dice “vagos, planeros”. .....	184
Golpear las manos frente a las puertas de las casas .....	194
Conclusiones.....	197
<b>Capítulo 5: Prácticas de cuidado y sentidos de género en las tramas políticas colectivas. ....</b>	<b>200</b>
“Vení que yo te los miro” .....	203
La mujer pulpo .....	210
“¿Vos tenés chicos?” Reflexiones en torno a la (no) maternidad.....	219
“Hay familias enteras que militan”: Intersecciones entre cuidados, maternidades y prácticas políticas.....	226
Conclusiones.....	236
<b>Capítulo 6: Organizarse contra la <i>violencia de género</i>. Entre movilizaciones, charlas de mujeres y recorridos en torno a las casas. ....</b>	<b>238</b>
Entre clases de bachata y charlas de mujeres .....	241
Redes contra la violencia .....	249
Casas y violencia .....	263
Conclusiones.....	268
<b>CONCLUSIONES.....</b>	<b>271</b>
Las casas como espacios políticos colectivos .....	272
Miradas etnográficas sobre las prácticas de cuidado .....	275
Contornos morales acerca del trabajo y las formas de <i>participar</i> .....	278
<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....</b>	<b>282</b>

Fuentes consultadas .....	307
a) Documentos .....	307
b) Resoluciones y Normativas .....	308
c) Fuentes periodísticas.....	308
d) Sitios Web .....	308
<b>Anexo: Referencia de las personas.....</b>	<b>309</b>
<b>Anexo Fotográfico .....</b>	<b>311</b>



## INTRODUCCIÓN

A la casa de Verónica<sup>1</sup> se podía ingresar por dos puertas: la frontal que daba a la calle y que conectaba un pequeño patio delantero con el living comedor, donde estaban los sillones, una televisión y una mesa grande; o mediante el jardín trasero, a través de un pasillo lateral. Por esa segunda entrada, que daba a la cocina, ingresé el primer día que visité su vivienda. A primera hora de la mañana, los y las integrantes de la cooperativa del Argentina Trabaja de la cual ella era presidenta solían reunirse y prepararse para los trabajos del día, mayormente dirigidos a la refacción y mejoramiento de viviendas. En el patio trasero funcionaba “el obrador”<sup>2</sup>, un galpón de madera y chapa donde se almacenaban herramientas, cañas, y banderas de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular. Ese día de julio de 2016, Verónica aprovechaba el corte de almuerzo de la jornada de trabajo de la cooperativa para ir a buscar unas bolsas de mercadería que ya tenía separadas y quería llevarle a unas señoras mayores que, “estaban pasándola mal” durante el invierno. En la casa, estaban sus tres hijas y su hijo. Verónica se demoró unos minutos para hacerle una trenza a su hija más grande que se preparaba para un partido de Handball y ofició de mediadora en las peleas de sus hijos menores que vinieron con nosotras cuando regresamos a la casa en la que estaban trabajando ese día. En el camino, se detuvo para invitar niños al merendero que esa tarde tenía lugar en su casa, asesorar a una vecina que tenía a su hijo detenido en la comisaría y compartirle a otros sus ideas sobre gestionar la reapertura de un comedor que había funcionado anteriormente en una parroquia y armar un “frente vecinal” para “pedirle al municipio” que asfalte las calles de tierra.

Separando una parte del dinero que recibía por el Programa Ellas Hacen, Laura había logrado cumplir con lo que era uno de sus objetivos hacía tiempo: construir un local en su casa para continuar un emprendimiento al que ya se había dedicado anteriormente: la separación y venta de productos de limpieza. Cuando la conocí, a inicios del 2015, el local estaba terminado, tenía una salida al exterior independiente a la entrada central de la vivienda y lugar suficiente para almacenar productos, montar un mostrador y recibir clientes. Pero Laura ya no tenía en mente montar el comercio. En vez de lavandina, detergente y jabón para la ropa, el local almacenaba ahora leche en polvo, bolsas de harina, banderas y cañas de Comunidad Organizada, la agrupación política en la cual

---

<sup>1</sup> Los nombres de las personas y de las cooperativas han sido modificados para resguardar la confidencialidad. Para el caso de las organizaciones de alcance nacional y de funcionarios de alto rango se han mantenido los nombres reales debido a que éstos son de público conocimiento.

<sup>2</sup> Utilizo comillas para citas textuales y palabras que corresponden al discurso de mis interlocutores y letra cursiva cuando se trata de categorías sociales (Rockwell, 2009)

había “empezado a militar”. En vistas a las elecciones presidenciales de 2015, ella dividía su tiempo entre actividades de campaña electoral, la organización de charlas con mujeres sobre *violencia de género* en distintos barrios, la asistencia a las capacitaciones propuestas por el programa Ellas Hacen y el cuidado de sus hijos- un varón de 11 y dos mujeres de 9 y 13 años en ese entonces- que la acompañaban a buena parte de las actividades que ella realizaba y muchas veces participaban activa y entusiastamente de ellas.

A la salida de uno de los talleres a los que asistía por ser titular del Ellas Hacen y antes de que lleguemos a su casa, Carla paró a comprar yerba en un supermercado del barrio. Dijo que últimamente la yerba no duraba más de tres días porque se la pasaba tomando mate con “las chicas” de la cooperativa. Carla vivía en un espacio alquilado que tenía una sola habitación y cocina. Compartía ese espacio con su marido y tres hijos: un varón de 6 años y dos niñas de 2 y 3. Hacía tan solo algunas semanas había recibido en su casa a Sandra, otra integrante de su cooperativa que había acudido a ella de madrugada, junto a sus cinco hijas, tras haber tenido una “pelea” con su marido. Sandra también ayudaba a Carla cuando era ella quien tenía “problemas con su marido”, le había prestado un oído y también dinero en varias oportunidades.

Todas estas mujeres, que habitan distintos distritos del conurbano bonaerense, fueron titulares de programas estatales que propusieron la formación de cooperativas de trabajo como forma de resolver problemáticas definidas en términos de “vulnerabilidad socio – ocupacional”: los programas Argentina Trabaja y Ellas Hacen, lanzados en 2009 y 2013 respectivamente.<sup>3</sup> Ambas políticas formaron parte del Programa de Ingreso Social con Trabajo y fueron implementadas a través del Ministerio de Desarrollo Social de la nación (MDSN). El Argentina Trabaja estuvo destinado tanto a hombres como a mujeres y promovió que las cooperativas llevaran adelante “obras de mediana y baja complejidad con un fuerte impacto en los barrios”<sup>4</sup>. En cambio el Ellas Hacen estuvo dirigido exclusivamente a mujeres, con tres o más hijos a cargo o al menos un hijo discapacitado, y/o víctimas de *violencia de género* y priorizó la participación de las titulares en espacios formativos tales como la terminalidad educativa, los oficios y otras

---

<sup>3</sup> Para agosto de 2015, el programa Argentina Trabaja contaba con 218.870 titulares y el Ellas Hacen con 92.420 (Arcidiácono y Bermúdez, 2018b) alcanzando un total de 8083 cooperativas (Gamallo, 2017). Las cooperativas fueron creadas por el Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES) a través de la resolución 3026/09, que estableció su rápida salida administrativa.

<sup>4</sup> Las obras que se llevarían adelante apuntaban a “mejorar la calidad de vida de los vecinos y vecinas de los barrios a través de tareas como el saneamiento, mejoramiento de espacios verdes, obras de infraestructura urbana y comunitaria y el mejoramiento habitacional y de hábitat”.(MDSN, 2010)

capacitaciones “con perspectiva de género”.<sup>5</sup> El desarrollo de prácticas laborales en el seno de las cooperativas quedó proyectada para una segunda etapa que finalmente no se ejecutó ya que mediaron cambios en el signo político de la gestión del Estado nacional.

El surgimiento de estas políticas debe enmarcarse en una serie de procesos que se dieron en Argentina entre los años 2003 y 2015 a partir de los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007- 2015) y que supusieron un periodo de crecimiento económico y reorientación de las políticas sociales que se ha dado en llamar como “pos convertibilidad” (Neffa, 2018), “pos neoliberalismo” (Grassi, 2008) o “neo desarrollismo” (Féiz, 2011). Durante este periodo se implementaron medidas económicas orientadas hacia el estímulo a la producción y a las exportaciones agropecuarias y mineras, el pago integral de la deuda con el Fondo Monetario Internacional (Neffa, 2018), la expansión del sector manufacturero (Aspiazu y Schorr, 2010) y la redistribución del ingreso (Trujillo y Retamozo, 2017). También se pusieron en marcha políticas sociales que propusieron la creación de puestos de trabajo a partir del trabajo asociativo y el fomento de la “economía social” (Hintze, 2007, Massetti, 2011; Hopp, 2013). La puesta en marcha de estas políticas se ha identificado como parte de un proceso de ruptura con políticas asistencialistas (Hintze, 2007; Vuotto, 2008; Grassi, 2012, Hopp, 2013) o focalizadas de la década de 1990 (Natalucci, 2012) resaltando el carácter “novedoso” de programas que pusieron en el centro la cuestión del trabajo mediante el estímulo a modalidades asociativa (Hopp, 2013; Hopp y Gimenez, 2011). En 2013, con la puesta en marcha del Ella Hacen, se consolidó la apuesta por la formación de puestos de trabajo a partir de cooperativas (Hopp, 2016), al tiempo que las mujeres se tornaron el sector mayoritario dentro de estas cooperativas.<sup>6</sup> La vigencia de los programas Argentina Trabaja y Ellas Hacen se extendió hasta inicios del año 2018, momento en el cual se lanzó Hacemos Futuro un nuevo programa estatal que englobaría y reemplazaría a los anteriores: Esta modificación cristalizaba una serie de cambios que ya venían dándose desde la asunción de la Alianza Cambiemos en el

---

<sup>5</sup> Estas capacitaciones incluyeron tanto el aprendizaje de oficios (como la plomería, la instalación de agua y tareas de construcción) como la “promoción de derechos” y el fomento al “cooperativismo y el trabajo grupal”. La selección de estas temáticas se fundamentó en evaluaciones del impacto que la incorporación en tareas consideradas “tradicionalmente masculinas” y en actividades formativas había tenido para las titulares del Argentina Trabaja, destacándose específicamente la “ruptura de estereotipos laborales” y la “recuperación de autoestima” (MDS, 2015). La terminalidad de los estudios se desarrolló a través del Plan Fines, un programa educativo dirigido a jóvenes y adultos que consistió en un Bachiller de 3 años de duración con una regularidad de tres veces semanales y sedes cercanas a los domicilios de los y las estudiantes.

<sup>6</sup> La participación femenina en el Programa Argentina Trabaja fue incrementándose con el tiempo y alcanzó el 61% en diciembre del 2015 (Hintze, 2018)

gobierno nacional.<sup>7</sup> Paulatinamente, los y las “beneficiarias” de estos programas estatales fueron interpelados por el estado de forma individualizada, quitándole peso a las cooperativas de trabajo como formas de organizar la “contraprestación” y retornando a un enfoque centrado en la “empleabilidad” que había caracterizado a las políticas asistenciales de la década del 1990.<sup>8</sup>

En esta tesis se propone un análisis de las experiencias cotidianas de mujeres que fueron inicialmente titulares de los programas Argentina Trabaja y Ellas Hacen y posteriormente pasaron a formar parte del Hacemos Futuro. Como se procurará reconstruir, las formas en que el Estado orienta y redefine sus modalidades de intervención no generan efectos lineales en las vidas de las personas que son definidas como sus destinatarias. Esta consideración y las reflexiones e interrogantes que se desarrollaran a continuación se inscriben y recuperan los avances desarrollados por el equipo de investigación que integro, dirigido por la Dra. María Inés Fernández Álvarez, desde el cual hemos venido llevando adelante análisis etnográficos de prácticas de organización colectiva de sectores populares en articulación con formas de dominación y gobierno.<sup>9</sup> En el marco de este trabajo colectivo, seguimos una línea analítica que procura analizar las modalidades de política colectiva desarrollados por sectores subalternos, teniendo en cuenta las interacciones entre prácticas estatales y procesos de movilización social (Fernández Álvarez y Manzano, 2007; Grimberg, Fernández Álvarez, Carvalho Rosa, 2009; Manzano, 2013).<sup>10</sup> Este enfoque implica reconocer que si las acciones estatales configuran los límites posibles dentro de los cuales las

---

<sup>7</sup> Desde fines de 2015 y a partir de la llegada de la Alianza Cambiemos al gobierno nacional se llevaron adelante medidas de apertura de los mercados, devaluación monetaria, el aumento de las tarifas de los servicios públicos, la transferencia de ingresos a sectores de alta renta y el desfinanciamiento del gasto público (García Delgado y Gradín, 2016; Neffa, 2017)

<sup>8</sup> El Hacemos Futuro pasó a tener como único requisito de permanencia en el programa, la asistencia a capacitaciones y a estudios formales, eliminándose la obligatoriedad de integrar cooperativas de trabajo y trabajar estos espacios colectivos. Además, comenzaron a desarrollarse iniciativas de articulación con empresas privadas. El Plan Empalme habilitó que los y las titulares de programas estatales dependientes de los entonces MDSN y Ministerio de Trabajo puedan ingresar a un puesto de trabajo en el sector formal sin perder su titularidad. Fuente: <https://www.argentina.gob.ar/trabajo/empalme> Fecha de consulta: 7/8/2018

<sup>9</sup> Proyectos UBACYT “Prácticas políticas colectivas, modos de agremiación y experiencia cotidiana: etnografía de prácticas de organización de trabajadores de sectores populares” (2018-2020) y PICT 0659-2015. “Prácticas políticas colectivas, modos de gobierno y vida cotidiana: etnografía de la producción de bienes, servicios y cuidados en sectores subalternos”. Ambos están dirigidos por la Dra. María Inés Fernández Álvarez y radicados en el Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

<sup>10</sup> Esta línea de investigación recupera la noción de hegemonía gramsciana y el concepto de campo de fuerza societal propuesto por Thompson (1984) en pos de problematizar los límites entre Estado y sociedad civil. Se trata de una propuesta analítica que procura poner en cuestión la unicidad de los actores colectivos, poniendo en juego un enfoque relacional para el estudio de las prácticas políticas de sectores subalternos en su articulación con los modos de dominación y gobierno (Roseberry, 2000; Grimberg, 1997; 2009). Para un desarrollo detallado de estas articulaciones conceptuales, ver Fernández Álvarez 2017

personas demandan y se movilizan, las prácticas de organización colectiva crean espacios de disputa que promueven reorientaciones en las políticas (Fernández Álvarez, 2007; 2017). Considerando estas cuestiones, las prácticas de las personas que integran cooperativas de trabajo nacidas a partir de la implementación de las políticas citadas más arriba no se reducen a la aplicación lineal de aquello que se formula y diseña desde las agencias estatales. Por el contrario, estas prácticas constituyen formas de política colectiva que tienen lugar a partir de procesos fluidos y dinámicos, cuyos sentidos, metas, lógicas y acciones van definiéndose en el *transcurrir*, a partir de un “doble movimiento” que incluye tanto a la acción de organizaciones sociales como la implementación de políticas estatales (Fernández Álvarez, 2016a). Siguiendo estos aportes, el trabajo de campo realizado junto a mujeres titulares de los programas Ellas Hacen y Argentina Trabaja me fue revelando que no existía una dimensión específica y única de la vida de estas mujeres que se pudiera delimitar como un “efecto” o “resultado” del programa (Pacífico, 2016, 2017). Así como los “actores colectivos” no podían aislarse y abordarse por fuera de entramados relacionales (Fernández Álvarez y Manzano, 2007; Fernández Álvarez, 2010a, 2017), los programas sociales tampoco actuaban aisladamente, separados de otros programas destinados a la misma población, ni de otros procesos presentes en la vida cotidiana, como las prácticas de cuidado, las formas de organización doméstica y familiar, la participación en movimientos y organizaciones sociales. En pos de aprehender la complejidad de las experiencias cotidianas de estas mujeres, se tornó necesario ir más allá de los programas estatales- su diseño, implementación, representaciones que los sostienen- para otorgarle centralidad analítica a las vidas de las personas que se relacionan con ellos. Para las mujeres que forman parte de las escenas etnográficas descritas más arriba, los programas estatales proveían un ingreso monetario estable de importancia para la subsistencia. Una centralidad ya identificada en etnografías previas sobre movimientos de desocupados que registraron la importancia de los “planes” como medio de vida para los sectores populares (Quirós, 2011, Manzano, 2013). Asimismo, su participación en la cooperativa se imbricaba cotidianamente con actividades y relaciones sociales que solían trascender lo establecido en la planificación de la política, tornando difusos los límites con los espacios domésticos y las relaciones familiares.

Por un lado, es importante considerar la existencia de un conjunto de otros programas estatales de características diversas, que tuvieron como destinatarias a estas mismas mujeres. Las titulares del Argentina Trabaja y el Ellas Hacen eran al mismo tiempo

destinatarias la Asignación Universal por Hijo<sup>11</sup>, el Plan Más Vida<sup>12</sup> y el Plan Nacional de Seguridad Alimentaria<sup>13</sup>. Existe cierto consenso en afirmar que en las últimas décadas las mujeres se tornaron las principales “beneficiarias” de políticas sociales (Molyneux, 2007, Pautassi, 2009; Anzorena, 2013; De Sena, 2014). Mientras que algunos de estos programas pusieron el foco en el cumplimiento de “condicionalidades” dirigidas a acreditar controles de salud y la escolaridad de los hijos menores a su cargo; otros, entre los que podemos incluir al Ellas Hacen y el Argentina Trabaja tuvieron la particularidad de proponer la realización de actividades de “contraprestación”. Es decir, ambas políticas propusieron espacios de trabajo y formación para las propias mujeres que en la práctica se superpusieron con el cumplimiento de las “condicionalidades” previstas por otras políticas, comúnmente vinculados con el cuidado de sus hijos e hijas.

Por otro lado, si las vidas de las mujeres de sectores populares han estado atravesadas por la implementación de una diversidad de políticas, ellas también han sido partícipes de distintos procesos de organización y demanda impulsados por movimientos sociales. Se ha registrado una participación mayoritariamente femenina en los procesos de movilización que, desde mediados de la década de 1990, impulsaron los movimientos de desocupados (Andujar, 2005; Causa y Ojam, 2008; Di Marco, 2011). Estos movimientos han participado de la gestión de programas de empleo transitorio, otorgándole a los *planes* sentidos vinculados a la construcción de *organización y lucha* (Quirós, 2011, Ferraudi Curto, 2013) y la demanda por trabajo digno y genuino

---

<sup>11</sup> La Asignación universal por hijo (AUH) es una medida de protección social implementada en nuestro país desde el año 2009. Consiste en la transferencia mensual de un ingreso monetario según cantidad de hijos e hijas menores a cargo. La reciben padres o madres estén desocupadas, trabajen en la economía informal con ingresos iguales o inferiores al Salario Mínimo, Vital y Móvil, sean monotributistas sociales, o titulares de algún programa social entre los que se encuentran el Hacemos Futuro (Ex Ellas Hacen y Argentina Trabaja). Para acceder a la totalidad de este beneficio, se requiere la acreditación anual de la escolarización y los controles de salud de los y las menores. Si bien este beneficio puede ser percibido por la madre o el padre, diversos estudios han resaltado la presencia mayoritariamente femenina en su titularidad (Goren, 2012; Cena, 2014; Pautassi, Arcidiacono, Straschnoy, 2013, Grassi, 2013)

<sup>12</sup> El Plan Más Vida es un programa de asistencia alimentaria implementado desde el Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Buenos Aires, dirigido a garantizar la provisión de leche para niños y niñas en sus primeros años de vida. surge en reemplazo del Plan Vida, el cual inició en el año 1994 y consistía en el reparto de leche a cargo de trabajadoras voluntarias llamadas “manzaneras”. A partir de 2002 la modalidad de gestión de este programa fue transformada y se reemplazó la distribución de alimentos por un vale monetario. Actualmente el ingreso monetario es provisto a través de una tarjeta de débito del Banco Provincia.

<sup>13</sup> El Plan Nacional de Seguridad Alimentaria fue creado en 2003 a partir de la Resolución del MDS 2040/03. Las prestaciones incluidas en el programa incluyeron tanto la provisión de alimentos para comedores sociales, infantiles y comunitarios, la promoción de autoproducción de alimentos y la asistencia alimentaria y nutricional directa. Ésta última se efectuó a través de la distribución de módulos de alimentos, tickets o tarjetas alimentarias a las familias, desnutridos y otros grupos de riesgo. Algunos estudios afirman que a lo largo de los años, se observó una tendencia hacia una mayor cantidad de prestaciones bancarizadas, en lo que respecta a las formas de asistencia directa (Aulicino y Diaz Langou, 2012)

(Fernández Álvarez y Manzano, 2007; Manzano, 2013).<sup>14</sup> La implementación del Argentina Trabaja también incorporó a movimientos sociales en su ejecución a través de un proceso controvertido que incluyó intensas movilizaciones por parte de “organizaciones de desocupados” demandando su participación en una gestión inicialmente centrada en los municipios (Natalucci y Paschkes Ronis, 2011; Natalucci, 2012; Gradin, 2014; Fiszman, 2015).

Más recientemente, algunas de las organizaciones sociales que venían participando de la su gestión han articulado reivindicaciones comunes nucleándose en organizaciones políticas más amplias como la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) que tiene como principal eje de demanda el reconocimiento de derechos laborales para aquellas personas que “se inventan” el trabajo por fuera de la condición de asalariados. La CTEP se formó en 2011 y ha venido impulsando iniciativas de trabajo en el marco de esta política- de herrerías, bloqueras, carpintería, huertas, mejoramiento y refacción de viviendas, el mantenimiento de instituciones educativas y el desarrollo de espacios de cuidado.<sup>15</sup> Las demandas y prácticas políticas de esta confederación se orientan hacia la construcción de una herramienta gremial para los y las trabajadoras de la economía popular. Principalmente, la CTEP problematiza condiciones actuales de distribución de la riqueza y a la condición de asalariados como la principal forma de acceso a derechos, poniendo al cuidado y a la producción de condiciones de vida dignas en el centro de sus modalidades organizativas (Fernández Álvarez, 2016b, Señorans, 2018). Las cooperativas de trabajo creadas a partir de programas estatales y nucleadas

---

<sup>14</sup> La categoría “planes” fue una forma coloquial de hacer referencia a múltiples programas de empleo transitorio implementados en nuestro país desde 1993, los cuales fueron a menudo gestionados por movimientos sociales. Estos programas tenían como objetivo fomentar la inserción laboral de trabajadores y trabajadoras desocupadas en obras y tareas de utilidad pública, transfiriendo un ingreso monetario mensual. (Manzano, 2013). Entre algunos de estos programas podemos mencionar a los planes Trabajar I, II y III, el programa de Servicios Comunitarios- posteriormente reemplazado por el programa de Empleo comunitario- y el Programa de Emergencia Laboral. A partir del año 2002, en el marco de la declaración de Emergencia Ocupacional Nacional, una gran parte de estos programas fueron unificados en el Plan Jefes y Jefas de Hogar (PJJHD), que llegó a tener unos 1.975.000 beneficiarios/as (Cross, 2012) de los/as cuales el 70% eran mujeres (Zibecchi, 2013). A partir del año 2004, la mayor parte de las mujeres inscriptas en el PJJHD fueron consideradas “inempleables” o “vulnerables sociales” y transferidas al Programa Familias, que otorgaba un ingreso mensual según cantidad de menores a cargo a cambio de cumplir con controles sanitarios y la escolaridad de los menores (Zibecchi, 2013; Scarfó, Hopp y Highton, 2009).

<sup>15</sup> Estos espacios de cuidado han comenzado a desarrollarse en distintos puntos del conurbano bonaerense durante 2018 gracias a convenios establecidos con el MDSN. Estos espacios habitualmente llevan el nombre de “Espacios de Primera Infancia” y reciben niños de entre 45 días hasta los 3 años de edad. La construcción de estos espacios fue realizada por las cooperativas de trabajo del Argentina Trabaja y quienes se desempeñan como cuidadoras son habitualmente mujeres titulares de ése u otros programas estatales como el Salario Social Complementario

en la CTEP desarrollaron prácticas que pusieron en juego estas demandas, en las cuales las mujeres tuvieron una presencia significativa.

Cabe destacar también el creciente impulso que obtuvieron en los últimos años aquellos procesos de movilización que procuraron visibilizar y demandar respuestas a situaciones derivadas de las asimetrías de género, destacando problemáticas como la violencia, la distribución del trabajo doméstico no remunerado, la feminización de la pobreza, el acceso a derechos sexuales y reproductivos.<sup>16</sup> Como ha ocurrido con mujeres titulares del Ellas Hacen, cuya implementación no involucró a movimientos y organizaciones sociales, en estos procesos de organización se incorporaron también personas que no poseían trayectorias ni vínculos previos con organizaciones sociales y políticas. Estos procesos de movilización se articularon con la generación de espacios de encuentro entre mujeres en donde se pusieron en común experiencias y se desarrollaron arreglos colectivos para lidiar con problemáticas comunes (Pacífico, 2016). Teniendo en cuenta todos estos procesos, podemos afirmar que para las titulares del Argentina Trabaja y el Ellas Hacen, el trabajo en las cooperativas y la asistencia a capacitaciones se combinaron en la vida cotidiana con una variedad de otros procesos tales como su participación en diversos procesos de organización y movilización social, las interacciones con funcionarios estatales, el cuidado de hijos/as y otros familiares y el cumplimiento de las condicionalidades propuestas por otros programas estatales.

A la luz del trabajo de campo realizado, podemos subrayar que de forma recurrente una buena parte de estas prácticas tuvo lugar en torno a las casas de las mujeres. Se trató de espacios en torno a los cuales se pusieron en práctica una serie de intercambios que centrales para la reproducción de la vida y el desarrollo de modalidades de organización ligadas a movimientos sociales. Allí funcionaban merenderos, obradores, centros “socio comunitarios”; tenían lugar reuniones de las cooperativas, plenarios, espacios de formación, charlas y encuentros de mujeres. La construcción misma de estas viviendas era a menudo realizada a partir del trabajo de las cooperativas y algunas veces se desarrollaban reformas que hacían posible la puesta en marcha de proyectos de las organizaciones sociales en las que participaban sus dueñas. Allí, en la realización a

---

<sup>16</sup> Entre estas iniciativas, vale la pena mencionar la participación de mujeres integrantes de cooperativas del Ellas Hacen y del Argentina Trabaja en las movilizaciones convocadas por el Colectivo Ni Una Menos a partir del 3 de junio de 2015. En esta fecha tuvo lugar una masiva movilización que se repitió años subsiguientes, en repudio a los femicidios y la violencia de género y en demanda de presupuesto estatal para la resolución de esta problemática. También fue significativa su participación en las marchas del 8 de marzo en ocasión al día de la mujer y en otras iniciativas- tales como movilizaciones, radios abiertas, plenarios, charlas- llevadas adelante por movimientos sociales, oficinas municipales y organizaciones de mujeres, dirigidas a visibilizar esta problemática en los ámbitos locales.



veces simultánea de diversas tareas, los límites entre aquello que se realizaba en el marco de las cooperativas y otras prácticas de militancia, el cuidado de los hijos e hijas, la interacción con funcionarios estatales, las modalidades de encuentro y ayuda entre mujeres se tornaban difusas. Siguiendo la forma de conceptualizar a las prácticas políticas colectivas que hemos citado más arriba, registramos que en las vidas de nuestras interlocutoras aquello que comúnmente es definido como parte de “la política”- la implementación de programas estatales, el desarrollo de trayectorias de militancia- no se desplegaba en espacios diferenciados, ajenos al ámbito doméstico o al cuidado infantil.

A lo largo de la tesis, profundizaremos en una problematización de los límites entre lo político y lo doméstico; lo productivo y lo reproductivo, lo público y lo privado, a partir de una etnografía centrada en aquello que ocurre en torno a las casas. Se pretende así aportar a una línea de estudios que hemos venido desarrollando junto al equipo de investigación del cual formo parte, enfatizando en la relación entre procesos de organización colectiva y prácticas y sentidos construidos en torno a las casas. Cobran relevancia una serie de trabajos etnográficos recientes que centrados en las casas han problematizado su definición como “unidad residencial” restringida al desarrollo de la vida familiar y las prácticas de cohabitación (Bustamante y McCallum, 2011; Wiggers, 2014; Jardim, 2013, Motta, 2014). Estos estudios recuperaron de las obras de Carlsen y Hugh Jones (1995), Ingold (2000) y Miller (2001), la apuesta por problematizar el carácter fijo y estable que los estudios clásicos de parentesco otorgaron a las casas y proponen analizarlas bajo el mismo lente analítico que a las personas que las habitan (Cavalcanti, 2009; Bustamante y McCallum, 2011; Motta, 2016; Cortado 2016; Dumans Guedes 2017). Así, han resaltado la importancia que las transformaciones en las viviendas adquieren a la hora de diseñar proyectos a futuro, recordar el pasado y modificar formas de vida (Cavalcanti, 2009; Weitzman, 20014; Motta, 2016; Dumans Guedes 2017). Recuperando conceptos como los de “configuración de casas” (Marcelin, 1995) y “vecinalidad” (Webster, 1976; Pina Cabral, 1991), han explorado el modo en que la circulación de objetos, personas, chismes y ayudas entre casas habilita a construir y afianzar relaciones sociales entre las personas que habitan en ellas (Pietra Fase Godoy, 2014; Pina Cabral, 2014; Comerford, 2014; Motta, 2016). En nuestro caso de análisis, etnografiar desde las casas torna posible abordar el modo en que, en la vida cotidiana de estas mujeres, las formas de política colectiva vinculadas tanto a la implementación de programas estatales como a la acción de organizaciones sociales, se articulan con prácticas de cuidado y ponen en el centro a la reproducción de la vida.

Durante el trabajo de campo realizado, el cuidado apareció de forma recurrente como un horizonte al que se dirigían diversas actividades y reflexiones cotidianas. Por un lado, porque su participación en espacios formativos, de trabajo y militancia supuso para las mujeres titulares del Argentina Trabaja y Ellas Hacen la necesidad de negociar tiempos dedicados al cuidado infantil y el trabajo doméstico, en contextos donde la provisión pública de servicios de cuidados suele ser insuficiente.<sup>17</sup> Observaciones similares ya habían sido identificadas para los casos de la participación de mujeres en otros programas estatales como el Plan Jefas de Hogar Desocupadas (Anzorena, 2013; Zibecchi, 2013) y en procesos de organización colectiva como la recuperación de empresas (Fernandez Álvarez y Partenio, 2013) y movimientos de desocupados (Causa y Ojam, 2008; Di Marco, 2011).<sup>18</sup> Por otro lado, he registrado que muchas veces las prácticas desarrolladas en las cooperativas implicaban la realización de actividades vinculadas al cuidado de la vida y el trabajo reproductivo, tales como la realización de mejoras habitacionales, el mantenimiento de instituciones educativas, la gestión de ayuda alimentaria a partir del desarrollo de merenderos y huertas. Asimismo se han desarrollado entre las mujeres formas colectivas y compartidas de resolver la atención de sus hijos y de cuidarse a sí mismas ante situaciones de violencia (Fernández Álvarez y Pacífico, 2016; Sciortino, 2018a).

En las últimas décadas, los cuidados se han transformado en un interesante eje de debate académico, como resultado de una serie de procesos históricos tales como el aumento en la tasa de ocupación femenina, el envejecimiento de la población y la expansión de redes migratorias. La noción de cuidados ha trascendido aquellas definiciones que lo restringen a la atención de las necesidades vitales de aquellas personas consideradas “dependientes”, para poner en el centro a la interdependencia como una condición general de la vida humana e incluir todas aquellas prácticas y relaciones que hacen posible la reproducción de la vida y la creación de bienestar (Carrasco, 2003, 2013; Pérez Orozco, 2006, 2014, Herrera, 2013). Estos trabajos recuperan contribuciones fundantes de la economía feminista, que se orientaron a

---

<sup>17</sup> Según ha revelado Faur (2012), la insuficiencia de servicios públicos de cuidado infantil, especialmente para menores de 4 años de edad se torna un factor de desigualdad de clase entre mujeres. De acuerdo con un informe realizado por el Ministerio de Trabajo en 2004 y citado por la autora, en ese entonces el 83% de los niños y niñas que no asistían a centros de cuidado infantil en el Área Metropolitana de Buenos Aires, tenían a sus madres como principales cuidadoras, mientras que sólo el 4,7% eran cuidados por sus padres.

<sup>18</sup> Además de ser un aspecto recurrentemente observado durante mi trabajo de campo, otros estudios han evidenciado que la necesidad de atender al cuidado de los hijos/as ha sido destacada como una de las principales limitaciones enfrentadas por las mujeres para asistir a las actividades previstas por los programas estatales, tanto para el caso del Argentina Trabaja (Neffa y López 2012), como del Ellas Hacen (Arcidiácono y Bermúdez, 2018a; Sciortino, 2018a),

cuestionar los límites entre producción y reproducción, poniendo en evidencia el valor del trabajo doméstico y no remunerado y problematizando los límites de aquello que se entiende por “economía” (Carrasco, 2003; Pichio, 2004; Beneria, 2006). Estas perspectivas han propuesto un desplazamiento de la mirada centrada en los circuitos mercantiles para poner en el centro del análisis las condiciones posibilidad para la producción de “vidas que valgan la pena de ser vividas” (Pérez Orozco, 2014; Narotzky y Besnier 2014). Desde este enfoque, las modalidades de organización colectiva de sectores populares han sido analizadas como formas de disputar una vida digna y proyectar bienestar en contexto donde el trabajo asalariado es más bien excepcional (Fernández, Álvarez, 2016b).

Recuperando estas perspectivas ampliadas y multidimensionales de los cuidados esta tesis aborda etnográficamente las experiencias cotidianas de mujeres que participan de cooperativas de trabajo creadas a partir de programas estatales, analizando sus prácticas y relaciones como parte de un conjunto de formas colectivas de reproducción de la vida. Se propone reconstruir y analizar los modos en que la participación en movimientos y organizaciones sociales y las actividades de “contraprestación” – laborales y formativas- que se promueven a partir de programas estatales suponen el desarrollo de actividades y relaciones que giran en torno a las casas y el despliegue de prácticas orientadas al cuidado de la vida. De forma más sintética, se abordará cómo las casas y las prácticas de cuidado están en estrecha relación con “la política”. Durante el desarrollo de mi tesis de licenciatura se tornó evidente que para comprender los modos en que las mujeres vivenciaban su tránsito por el programa estatal, no alcanzaba con acompañar las capacitaciones, reuniones e interacciones con funcionarios estatales (Pacífico, 2016). En esta oportunidad profundizaré en el desplazamiento producido gracias a dicha “salida” del programa, el cual me permitió entre otras cosas “entrar” a las casas de mis interlocutoras. En el siguiente apartado, reconstruiré el recorrido realizado durante el trabajo de campo, caracterizando las personas que fui conociendo, los espacios por los que fui transitando y el modo en que estas interacciones aportaron a la construcción del problema de investigación que será abordado en las páginas que siguen.

### **Recorridos y desplazamientos en el trabajo de campo**

Entre noviembre de 2014 y julio de 2018 realicé observación participante junto a mujeres que formaban parte de cooperativas creadas en el marco del Programa de Ingreso social con trabajo. Acompañé las prácticas cotidianas de titulares de las dos líneas de intervención de la política; en una primer etapa a aquellas inscriptas en el Ellas Hacen

y en una segunda a quienes estaban en el Argentina Trabaja. Ambas políticas estuvieron sujetas a significativas modificaciones a partir de los cambios en la gestión del estado nacional ocurridos en diciembre de 2015. En las reconstrucciones etnográficas que se incluyen en esta tesis, estas transformaciones se harán presentes desde las vidas de las personas consideradas sus destinatarias. El análisis de las rupturas y continuidades en las políticas no será el principal eje de indagación. Al centrarnos en las vidas de las personas hacia quienes las políticas están dirigidas, veremos por un lado que ellas vivenciaron su participación en programas que pretendían romper con el “asistencialismo” recuperando aspectos de sus trayectorias en políticas precedentes; en un proceso similar a lo que Verónica Gago (2014) ha definido como “neoliberalismo desde abajo”. Por otro lado y de un modo análogo, la eliminación de las cooperativas no implicó, o al menos no de manera automática que éstas dejen de ser tomadas como punto de referencia para las prácticas cotidianas. En muchos casos, los proyectos productivos que estas entidades impulsaban continuaron desarrollándose y la pertenencia a las cooperativas permeaba relaciones cotidianas.

Antes que los vaivenes en las modalidades de implementación y en la orientación de los programas sociales, lo que organizará los análisis desplegados en esta tesis serán las experiencias cotidianas de las mujeres de sectores populares, sus casas y formas de reproducir la vida. Durante la primer etapa del trabajo de campo realizado, que se extendió entre noviembre de 2014 y diciembre de 2015, acompañé inicialmente espacios de formación, reuniones y otras actividades promovidas por el Ellas Hacen. La percepción de que restringir la observación participante a espacios directamente vinculadas al desarrollo del programa estatal no era suficiente para capturar la complejidad de las vivencias de las titulares me llevó a considerar una diversidad de otros espacios y tareas poniéndome en relación con trayectorias de militancia, prácticas de cuidado, y relaciones de amistad, vecindad y parentesco. “Salir” de los espacios de formación configuró un movimiento que me invitó a entrar en las casas y en espacios vecinos a ellas: veredas, comercios, instituciones educativas y de salud, “locales” de las organizaciones sociales.

En julio de 2016 inicié una nueva etapa de mi investigación en la que acompañé a mujeres titulares del Argentina Trabaja que formaban parte de procesos organizativos impulsados por la CTEP. Estaba interesada por conocer las prácticas de trabajo que desarrollaban las cooperativas creadas al calor de los programas estatales y las experiencias de mujeres que se habían incorporado a ellas a partir de vínculos previos con movimientos sociales de trayectoria más amplia. Estas cuestiones eran más difíciles de abordar haciendo trabajo de campo junto a las cooperativas del Ellas Hacen, donde

los proyectos de trabajo no habían llegado a concretarse, la capacitaciones se habían interrumpido y el vínculo entre las mujeres y organizaciones sociales, cuando existía, solía establecerse con posterioridad a su ingreso al programa. En esta nueva etapa del trabajo de campo, las casas ya no fueron solamente un punto de llegada producto de desplazamientos analíticos y decisiones metodológicas. No fue sólo un interés por descentrar de aquellos aspectos más “institucionales” de los programas estatales, las casas se impusieron como espacio privilegiado del trabajo de campo porque era donde transcurrían buena parte de las prácticas cotidianas de mis interlocutoras. Allí funcionaban talleres, obradores y merenderos. La construcción y reforma de estos espacios materiales solía ser uno de los trabajos cotidianos de las diferentes cooperativas. A continuación, quisiera reponer brevemente el recorrido transitado a lo largo de estos tres años y medio, en pos de reconstruir los modos en que el problema de investigación y los ejes de análisis que serán trabajados en esta tesis se fueron delineando a partir de las interacciones sostenidas con personas de carne y hueso que, entre otras cosas, me abrieron las puertas de sus casas.

El 11 de noviembre de 2014 me reuní con Mariela, titular del Ellas Hacen y presidenta de la cooperativa Mujeres Valientes del distrito bonaerense de Tres de Febrero. Ese no fue mi primer contacto con una titular del programa, pero sí la primera vez que lo hacía en el marco de mi investigación doctoral, la cual estaba en su etapa inicial. Entre 2012 y 2014 me había desempeñado como trabajadora “territorial” en el Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES), experiencia laboral que me había permitido participar de algunas actividades concretas relacionadas con los programas Argentina Trabaja y Ellas Hacen, tales como reuniones informativas con personas inscriptas en él y la formalización de las cooperativas de trabajo.<sup>19</sup> En ese periodo, mi contacto con los y las titulares de los programas se limitó a encuentros puntuales y esporádicos en los que me vinculaba como trabajadora de una agencia estatal. Esta experiencia laboral me permitió conocer aspectos de cómo el programa era concebido y puesto en práctica por funcionarios y funcionarias estatales, pero poco sabía de las vidas de esas personas que desde la jerga estatal llamábamos “cooperativistas”. A Mariela había llegado por una ex compañera de trabajo en el INAES. Ambas vivían en el mismo barrio y las unía un vínculo de parentesco: Mariela estaba casada con su primo. Después de reunirme con ella y comentarle mis objetivos, me invitó al espacio de capacitación que reunía a

---

<sup>19</sup> . Para concretar esta formalización, se realizaron asambleas constitutivas en las que, luego de que capacitadores del INAES coordinasen una charla acerca de algunos aspectos del funcionamiento de las cooperativas, los socios votaban a las autoridades del consejo administrativo. Funcionarios estatales del INAES y del MDSN colaboramos en la realización de formularios y estatutos que los/as integrantes de las cooperativas debían firmar.

las integrantes de su cooperativa semanalmente y que llevaba como nombre “Género y Proyectos de País”. Al participar de estos talleres, observé que para quienes asistían allí, los espacios de formación constituían un momento de encuentro con otras mujeres, en el que se ponían en común experiencias de vida. Ellas solían referirse a las capacitaciones como “la cooperativa”. Decían “Los jueves hay cooperativa” y si se encontraban por el barrio durante la semana, se saludaban diciendo “nos vemos en la coope”. Durante los talleres, las integrantes de Mujeres Valientes se contaban sus problemas, intercambiaban consejos y ayudas. Este espacio de encuentro a veces se prolongaba por fuera del taller, tomando mates en alguna casa o simplemente “paseando” por el barrio y “haciendo tiempo” hasta que se hiciera la hora de retirar a sus hijos del colegio. Las integrantes de esta cooperativa solían afirmar que la política “no les interesaba”. Fue una de las primeras advertencias que me hizo Mariela cuando nos reunimos: “a las chicas no les gusta hablar de política”. Al decir esto, Mariela había utilizado un tono firme y enfático que daba cuenta de que sintetizaba algo importante. Poco a poco, fui estrechando vínculos con Carla, Mónica, Sandra y otras integrantes de las cooperativas que empezaron a invitarme a pasar tiempo con ellas luego de las capacitaciones. Pasear por el barrio, tomar mate en sus casas, realizar trámites en oficinas estatales o pedir turno en los centros de salud fueron algunas de las actividades que compartí con ellas. Asistí también a cumpleaños, *baby showers* y festejos de fin de año. El trabajo de campo más sistemático junto a las chicas de Mujeres Valientes se extendió hasta diciembre de 2015, momento en el cual las capacitaciones se interrumpieron. Luego de esa fecha, mantuve contacto con ellas y seguí asistiendo a encuentros sociales esporádicos aunque mis visitas tuvieron menor frecuencia.

Para fines del 2014 también había tenido la oportunidad de conocer titulares del mismo programa en Moreno, otro distrito del conurbano bonaerense. La invitación me llegó por un conocido que estudiaba en mi facultad y tenía un amigo trabajando como funcionario estatal en dicho programa. El evento se llamaba “Primera Cátedra Popular Ellas Hacen, Ellas Dicen” y era descripto como “un espacio de construcción colectiva” orientado hacia “la democratización de la palabra de cada compañera, y el aporte de sus experiencias de vida”. Pedí permiso para asistir y a partir de ese día quedé en contacto con Marcos, un coordinador territorial del programa que me presentó a varias de sus titulares. Entre ellas, conocí a Laura, que recientemente había “comenzado a militar”. Participaba en ese entonces de una organización llamada Comunidad Organizado, la cual era parte del Frente Para La Victoria en el distrito y de la cual Marcos era referente. Fue así que en Moreno mi acercamiento a las mujeres inscriptas en el Ellas Hacen me puso enseguida en relación con diversas agrupaciones consideradas “políticas”. Si bien al igual que en

Tres de Febrero las modalidades de ingreso al programa no habían estado vinculadas a relaciones previas con organizaciones sociales y políticas, para muchas de ellas fue su participación en el programa lo que las motivó a “meterse en política”. Tanto Laura como otras mujeres comenzaron a asistir a plenarios y reuniones, organizar festivales para los chicos/as del barrio, acompañar movilizaciones, reunirse con funcionarios y participar de campañas electorales. Entre diciembre de 2014 y diciembre de 2015 participé de capacitaciones y reuniones de varias cooperativas de Moreno que fui conociendo a partir de sus vínculos con la organización Comunidad Organizada y acompañé prácticas de militancia y situaciones en los espacios domésticos de estas mujeres. Posteriormente, cuando las actividades promovidas por el programa se tornaron esporádicas a partir del cambio de gobierno, continué acompañando las prácticas cotidianas de Laura que inició una trayectoria de militancia y de interacciones con funcionarios del municipio. En mayo de 2016, tras expresarse una serie de diferencias con Marcos al respecto de los objetivos de la organización, Laura dejó Comunidad Organizada para pasar luego a formar parte de otra organización llamada Juana Azurduy, que formaba parte del Movimiento Octubres.<sup>20</sup> Gran parte de la *militancia* de Laura se volcó al acompañamiento y la visibilización de la problemática de *violencia de género*. Ella había padecido violencia por parte de su ex marido y asumía el asunto como una causa personal. Estrechó vínculos con funcionarias de la Dirección de la Mujer del Municipio de Moreno, rebautizada como Dirección de Políticas de género a partir de 2016. Acompañándola a Laura, yo también pasé a conocer una parte del funcionamiento de esa oficina del estado municipal y participé junto a ella de una serie de eventos locales que pretendían visibilizar la problemática de la violencia hacia las mujeres en el distrito.

Durante 2016 y 2017, las capacitaciones previstas por el programa Ellas Hacen se limitaron a encuentros muy esporádicos. Sin propuestas de espacios formativos, ni de otras actividades de “contraprestación”, algunas mujeres se dedicaban a terminar sus estudios secundarios y quienes ya los habían terminado solamente debían firmar una planilla semanal. La ausencia de actividades previstas por el programa se solía vivir con preocupación. Un clima de incertidumbre y temor acerca del futuro de esta y otras políticas permeaba mis interacciones con ellas. En marzo de 2016 en el marco de esta atmosfera de dudas, fui con las chicas de la cooperativa Mujeres Valientes de Tres de Febrero a una asamblea convocada por una funcionaria del estado municipal. Además

---

<sup>20</sup> El movimiento Octubres se constituyó como un movimiento de desocupados luego de la crisis económica del 2001 y se definió como de orientación peronista y de izquierda. Su surgimiento tuvo lugar impulsado por la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA). Posteriormente, brindó su apoyo al gobierno de Néstor Kirchner

de informar algunas cuestiones relativas a la organización de las sedes del Plan Fines,<sup>21</sup> dos militantes de la CTEP se acercaron a hablar con las titulares presentes. Les informaron que la CTEP era una organización gremial que demandaba derechos para los trabajadores informales y que habían logrado, entre otras cosas, que sus afiliados pudieran acceder a una obra social. Comentaron que además había comenzado a establecer negociaciones con el Ministerio de Desarrollo Social y a partir de distintas movilizaciones habían logrado aumentos y aguinaldos para las cooperativas de los programas estatales. Ahora estaban demandándole al Ministerio insumos para llevar adelante “unidades productivas” en las que generar ingresos que complementen lo que recibían por el programa. Luego de presentar estos logros y objetivos de la confederación, invitaron a las mujeres de Ellas Hacen a que también se afilien a la CTEP, remarcando que era una decisión personal y voluntaria que no implicaba descuentos en el ingreso monetario percibido. Las mujeres allí presentes manifestaron sus preocupaciones e incertidumbres acerca de lo que sucedería con los programas estatales. Al finalizar la charla, compartieron entre ellas sus dudas acerca de cómo responder a la invitación, que las acercaba a modalidades de acción y organización que vivían como ajenas.

La asamblea ponía en evidencia el lugar preponderante que la CTEP estaba adquiriendo, y apostaba por ampliar, en el proceso de movilización y demanda sobre el futuro de los programas estatales. Teniendo esto en cuenta, me interesé por conocer más de cerca las experiencias de mujeres que formaban parte de cooperativas gestionadas por esta organización. No era la primera vez que escuchaba hablar de la CTEP. En el equipo de investigación del cual formo parte se venían desarrollando trabajos de investigación junto a distintos espacios dentro de la Confederación. Fue gracias a María Inés, mi directora de tesis, que conocí a Verónica, presidenta de la cooperativa Todos Unidos, del distrito bonaerense de Pilar y creada a partir del Argentina Trabaja. Ella se definía a sí misma como una militante peronista y venía participando del Movimiento Evita desde que la época en que éste era un “movimiento de desocupados”.<sup>22</sup> Además, Verónica ejercía desde pequeña el oficio de vendedora ambulante en el ferrocarril San Martín y formaba parte de los procesos de organización de los trabajadores de su sector, con quienes hacía poco tiempo habían formado la

---

<sup>21</sup> Plan de Finalización de Estudios Secundarios. Ver nota al pie N° 5

<sup>22</sup> El Movimiento Evita es una organización política y social de alcance nacional que se formó en el año 2005, en un contexto de crisis social y económica en el país. La creación del movimiento surge a partir de la división de una corriente incluida en el Movimiento de Trabajadores Desocupados. El trabajo territorial del Movimiento Evita se organiza a través de los diferentes distritos y en relación a áreas de trabajo que toman la forma de frentes y secretarías, tales como el frente de mujeres, la campaña nacional contra la violencia institucional, la juventud, entre otras.



cooperativa Vendedores Unidos del Tren San Martín, que integraba la rama de trabajadores del Espacio Público en la CTEP. María Inés venía desarrollando una investigación colaborativa junto a este espacio y en julio de 2016, acudimos a un evento social organizado por los vendedores con el motivo de realizar unas encuestas en el marco de un proyecto de Extensión Universitaria.<sup>23</sup> Le comenté los objetivos de mi investigación y a las pocas semanas Verónica me invitó a su barrio y a las jornadas de trabajo de su cooperativa. Todos Unidos se dedicaba a realizar tareas de refacción y construcción de viviendas. Sus integrantes solían decir que lo que hacían cotidianamente consistía en “inventar” su propio trabajo, formulación que hacía propios los planteos y reivindicaciones de la CTEP. Además de refaccionar casas, los integrantes de la cooperativa participaba de procesos de movilización, llevaban adelante huertas en las casas de sus integrantes, gestionaban merenderos y comedores, organizaban festivales para el día del niño y ponían en práctica espacios de formación que la propia Verónica se ocupaba de planificar. Verónica me fue presentando a otras mujeres del Argentina Trabaja y sugiriéndome experiencias que “podían servirme” para mi investigación.

Así fue que conocí a Analía, presidenta de la cooperativa Nestornauta volcada a realizar refacciones y tareas de mantenimiento en instituciones educativas. Desde nuestras primeras charlas telefónicas, Analía destacó que consideraban que en las escuelas hacían un trabajo que era “importante” y “útil”, que permitía mejorar las condiciones de escolaridad de los niños y niñas de sus barrios, con quienes muchas veces los ligaban vínculos de parentesco. También me remarcó que se sentían “reconocidos” por los miembros de la comunidad educativa de las instituciones en las que ejercían el trabajo. Acompañando sus jornadas de trabajo, presencié la realización una variedad de tareas que resultarían difíciles de encasillar en un único rubro: cortaban el pasto, hacían arreglos de electricidad y plomería, reparaban juegos con materiales reciclados, recuperaban maderas para construir muebles. Su trabajo consistía mayormente en estar disponibles para lo que hiciera falta, o como solían decir “hacer un poco de todo”. Registré debates acalorados sobre cuál era la solución más práctica y segura para reparar algún mueble roto o juego en mal estado, considerando el uso que le darían los estudiantes y situaciones en las que ellos le proponían a las autoridades de la escuela

---

<sup>23</sup> Proyecto UBANEX “Herramientas audiovisuales para la autoformación en cooperativas y experiencias de la Economía Popular” (2016). Para análisis de la construcción política de este espacio de vendedores en el espacio público, consultar Fernández Álvarez 2016b y 2018. Otros integrantes del equipo han desarrollado investigaciones junto a la rama textil (Señorans, 2018), la rama de cartoneros/as (Sorroche, 2016) y en torno a procesos de organización de personas que pasaron por contextos de encierro (Laurens, 2017)

la realización de arreglos específicos y gestionaban por su cuenta el acceso a materiales necesarios.

Por último, nuevamente gracias a los contactos que me sugirió Verónica, mi tránsito por la CTEP también me permitió conocer la dinámica cotidiana de un Polo Productivo que estaba siendo recientemente inaugurado en San Miguel, distrito cercano a Pilar. El polo productivo La Quinta del pueblo estaba emplazado en un terreno amplio rodeado de pasto y árboles, con una casa en donde funcionaba la sede del Movimiento Evita en el distrito. Todas las cooperativas del Argentina Trabaja que estaban en CTEP en San Miguel asistían dos veces por semana a la Quinta durante la mañana entre las 8 y las 12 del mediodía. Allí tenía lugar varios proyectos: huerta, vivero, bloquera, herrería. También se pintaban muebles y se llevaban adelante trabajos de mantenimiento del espacio. Visité durante algunos meses el Polo y conocí a María, la presidenta de otra cooperativa del distrito que había montado en su casa un taller de carpintería junto a su grupo de trabajo. En su vivienda también funcionaba un merendero y comedor visitado por niños y niñas del barrio.

Hacer observación participante con mujeres que participaban de la CTEP- puntualmente con las cooperativas Todos Unidos y Nestornauta de Pilar y el polo productivo La Quinta del Pueblo, de San Miguel- me permitieron conocer los modos en que desde una organización que se definía como la herramienta gremial de los trabajadores excluidos del mercado laboral formal, se le otorgaba sentido a la gestión de estos programas estatales.

Esta diversidad de experiencias que acompañé entre noviembre de 2014 y julio de 2018, me permitieron por un lado, dar continuidad y profundizar los avances plasmados en mi tesis de licenciatura, aportando a la comprensión de la variedad de prácticas y sentidos que se asociaban con las cooperativas. Éstas se definían a partir de una multiplicidad de actividades, de trabajo, pero también de militancia, de cuidado, de organizarse con otras mujeres, que se tornaban centrales para la reproducción de la vida. En algunas situaciones, las vivencias de estas mujeres adquirían un sentido que ellas definían como “político” asumiendo trayectorias de militancia, mientras que en otras, las vidas eran construidas a partir de la distancia y oposición a aquello caracterizado como “político”. “Militar y meterse en política” no suponía las mismas cuestiones en todos los espacios; los sentidos de estas prácticas se definían en relación a trayectorias de vida, según modos en los que se pensaba el mundo del trabajo y experiencias personales ligadas a las relaciones de pareja y a situaciones de violencia. En toda esta diversidad, lo que

emergía como recurrente era que las experiencias de estas mujeres no se desprendían linealmente de los planteos que establecían los programas estatales.

Podríamos entonces, definir los objetivos de esta tesis como orientada al análisis de los modos en que las mujeres resignifican o le otorgan sentido y configuran prácticas a partir de su experiencia en los programas estatales. Este recorte, sin embargo, supondría asumir que las vidas de estas mujeres podrían recortarse en experiencias a partir de espacios predeterminados como “los programas estatales”, las “organizaciones sociales”, las “cooperativas”. El recorrido durante el trabajo de campo me generó impresiones distintas. Observando las formas en que se organizaban las casas, la variedad de relaciones y actividades establecidas en torno a estos espacios y el modo en que las lógicas de cuidado atravesaban la generalidad de la vida cotidiana, me dirijo a pensar las experiencias cotidianas de estas mujeres problematizando los límites de “la política” y atendiendo específicamente a sus intersecciones con aquello que es comúnmente definido como “reproductivo”, “doméstico” o como parte de la vida “íntima”. Desde las casas, abordaremos procesos relevantes para la reproducción de la vida de estas mujeres, los cuales incluyen la participación en programas estatales, pero también otras prácticas de militancia, las ayudas entre mujeres, las prácticas de cuidado y las interacciones con funcionarios estatales.

## **ACERCA DEL ABORDAJE ETNOGRÁFICO**

La presente tesis recupera un enfoque etnográfico entendiéndolo como un trabajo analítico que parte de interacciones establecidas a partir de la experiencia prolongada en el campo (Rockwell, 2009). Esta perspectiva le otorga una relevancia particular al trabajo de campo como experiencia intersubjetiva, como proceso de interacción que no se encuentra dissociado del trabajo conceptual (Achili, 2005). No se trata únicamente de producir descripciones, procurando que sean “fieles a la realidad”, sino de elaborar formulaciones teórico etnográficas sobre la base de la “acción vivida”, considerando tanto intercambios verbales, como acciones, silencios y todo aquello percibido a través del olfato, tacto, la visión (Peirano, 2014). Llevar adelante una investigación etnográfica junto a personas que se encuentran organizadas colectivamente posee algunas especificidades que fueron- y continúan siendo- objeto de reflexión en el marco del equipo de investigación del cual formo parte. Estas reflexiones estuvieron presentes- a partir de la lectura de bibliografía, pero también de intercambios y debates durante las reuniones de equipo- desde el inicio de mi formación doctoral aportándole un posicionamiento particular a los vínculos que establecí durante el trabajo de campo.

En primer lugar, los aportes de Fernández Álvarez y Carenzo (2012), me invitaron a poner en cuestión la necesidad de establecer una distancia ontológica entre investigadores/as y sujetos/as de investigación, como requisito para la producción de una “buena etnografía”. Los autores reivindican la posibilidad de hacer investigación abriéndose a la producción teórica compartida y a la elaboración colectiva de categorías conceptuales. Estos aportes acerca de metodologías de co teorización (Rappaport, 2007) o de investigación colaborativa nutrieron mis vínculos en el campo, motivando especialmente a considerar que la producción de conocimiento no se desarrolla exclusivamente desde ámbitos académicos y que este proceso puede verse enriquecido si participamos de un dialogo en el que exponemos nuestras opiniones y miradas; sin disociar el pensar del hacer (Fernández Álvarez y Carenzo, 2012). En ese sentido, la producción de conocimiento etnográfico se valió de esta productividad de estar abierta a la posibilidad de implicarme, política y afectivamente con las personas que conocí durante mi trabajo de campo. Manifesté desde mis primeros acercamientos mi disponibilidad para colaborar o contribuir a las cooperativas y organizaciones y a medida que el vínculo se fue afianzando, fui asumiendo roles diversos en relación a las características de los espacios por los que transitaba. En algunos casos, las personas con las que interactué me honraron con la confianza de invitarme a participar de tareas específicas tales como escribir comunicados, elaborar proyectos, participar de la planificación de plenarios y espacios de formación y también hablar y expresar mis puntos de vista. Este involucramiento hizo posible un conocimiento más profundo de las modalidades de organización analizadas y nutrió las reflexiones que se despliegan en estas páginas.

La voluntad por contribuir a las modalidades de organización desarrolladas por mujeres de sectores populares supuso reflexionar también acerca de qué y cómo se difundiría sobre las prácticas y procesos que acompañé. Pensar a la producción de conocimiento como colaborativa implica no desestimar la importancia de la relación entre la producción teórico- etnográfica y su divulgación, una preocupación sobre la que también hemos reflexionado colectivamente en el marco del equipo de investigación. Particularmente, el trabajo de campo realizado para esta tesis interpeló estos dilemas de un modo recurrente debido a la frecuente circulación en la opinión pública de una serie de imaginarios negativos acerca de quienes reciben ingresos monetarios a partir de programas estatales. Como será analizado en detalle en el capítulo cuatro, los y las titulares de políticas como el Argentina Trabaja y el Ellas Hacen fueron calificados a menudo como “vagos”, carentes de disposición al trabajo, que reciben dinero sin hacer nada a cambio. Esta mirada deslegitimadora también posee marcas de género,

encarnadas en la sospecha de que si las mujeres reciben ingresos monetarios según cantidad de hijos e cargo, la percepción de ese dinero podría ser la finalidad última por la que tienen hijos. La expectativa de que mi investigación “sirva” para “mostrar” una imagen opuesta estuvo presente desde los primeros intercambios y gravitó las interacciones durante la observación participante.

Desarrollar un trabajo etnográfico comprometido con aportar a procesos de organización, exige definir qué y cómo se escribe, qué datos se priorizan, qué se analiza y que silencios se guardan (Fernández Álvarez, 2010b). Compartir con mis interlocutores los sentimientos de indignación y la voluntad de impugnar discursos estigmatizantes y reduccionistas acerca de los y las titulares de programas estatales fue parte de mi forma de implicarme en el campo. En esta tesis procuraré, sin embargo, valiéndome de la potencialidad de la etnografía por generar un “efecto de presencia” en los lectores (Fassin, 2016), ir más allá de la difusión de una imagen positiva, contrapuesta a aquella de la “vagancia”, para intentar correr el eje de la discusión. Aunque el propósito central de esta tesis no sea problematizar estereotipos acerca de los sectores populares, la existencia de estos discursos estigmatizantes sobrevoló las definiciones acerca de qué temáticas abordar, qué registrar y qué hacer público de ese registro. En la medida en que fue posible, se compartieron con mis interlocutoras avances de la investigación bajo la forma de ponencias y artículos y se desencadenaron intercambios que me hicieron profundizar en algunos aspectos de aquellas reflexiones preliminares. La apuesta por producir etnografías “públicas” que estén disponibles para una audiencia amplia y puedan ser apropiadas, debatidas, contestadas (Fassin, 2013) invita a reflexionar acerca del sentido de lo que se produce, a qué procesos aportan nuestros datos y elaboraciones conceptuales. Esta preocupación estuvo presente a la hora de definir ejes de análisis y en la expectativa de poder construir a futuro producciones que trasciendan los límites de la interlocución académica.

Por último, me gustaría reflexionar brevemente acerca de las implicancias metodológicas que tuvo el desplazamiento analítico de los programas estatales a las vidas de sus destinatarias. Moverme etnográficamente de los espacios institucionales a las casas y los barrios me puso en una relación de proximidad con aspectos que podrían ser considerados de la vida “intima” de mis interlocutoras y que a lo largo del desarrollo de la investigación fueron adquiriendo centralidad como ejes de indagación. En oportunidades, los vínculos adquirieron una tonalidad de proximidad afectiva, en la que no solamente se compartieron proyecciones acerca de horizontes de organización colectiva, sino que también nos confiamos mutuamente aspectos de la vida personal. No fueron pocos los momentos en los que dudé acerca de si escribir sobre estos aspectos

formaba parte de mi acuerdo de ingreso al campo. Me pregunté si ellas tenían en cuenta que asuntos como los celos de un marido, la decisión de tener o no hijos, las relaciones familiares y los modos en que se organizaban las viviendas eran también objeto de indagación antropológica. Al consultar sobre estas inquietudes con mis interlocutoras, descubrí en ocasiones que ellas eran más conscientes del potencial analítico y político de sus vidas íntimas de lo que yo había imaginado. Otras veces, decidí silenciar o resguardar por medio del anonimato cuestiones que podrían ocasionar situaciones incómodas para mis interlocutoras.

Cabe sin dudas una reflexión acerca del modo en que mi condición de género promovió una forma particular de vínculo con otras mujeres. La antropología feminista ha desarrollado reflexiones metodológicas que contribuyeron a problematizar el modo en que se entendía la objetividad del conocimiento científico y las rigideces de la relación entre investigadores/investigados (Stacey, 1988; Callaway 1992; Abu Lughod, 1990; Bell, 1993; Haraway, 1995.) proponiendo pensar al/la etnógrafo/a como sujeto generizado (Abu Lughod, 1988; Markowitz, 2003; Gregorio Gil, 2014) y no disociar lo conceptual de lo emocional y personal (Okely, 1975). Particularmente se planteó que considerar que como etnógrafas somos vistas como seres sexuados y colocados en categorías de género proporciona mejores condiciones para una comprensión multi dimensional y holística de las prácticas estudiadas (Markowitz, 2003). Desde perspectivas feministas, la objetividad radica en la posibilidad de producir “conocimientos situados”, que partan de la naturaleza encarnada de todo punto de vista (Haraway, 1995), reivindicando la potencialidad de una etnografía parcial e interesada (Abu Lughod, 1990). En esa dirección, se hace preciso explicitar aquellas condiciones y posicionamientos del/la investigador/a que puedan haber influido en el desarrollo de la investigación, considerando a éste/a como un individuo real, histórico, atravesado por marcas de género, clase, raza (Harding, 2002). Durante el trabajo de campo, mis posibilidades de conocer prácticas, opiniones y sentimientos en torno al cuidado, los hijos, las relaciones de pareja constituyeron un camino que no fue unidireccional. La curiosidad y la indagación no estaban solo de mi lado. En ocasiones, me preguntaron acerca de mi situación afectiva, mis relaciones de pareja y mis proyecciones a futuro. Fueron frecuentes los interrogantes acerca de si ya tenía hijos y si pensaba tenerlos; intercambios que a menudo daban lugar a conversaciones más profundas acerca de la reproducción y el cuidado. La puesta en común de inquietudes y problemáticas supuso que yo también exponga en esas relaciones mis formas de experimentar la condición de género, poniendo en evidencia los modos particulares en que la categoría mujer se construía de forma encarnada (Haraway, 1995) experimentada de forma conjunta a

otras diferencias (Moore, 1991). Por razones de espacio y porque desviarían del propósito central de esta investigación, estos intercambios recíprocos no serán incluidos de forma recurrente a lo largo de toda la tesis, pero sí es importante señalar que fueron condición de posibilidad y nutrieron la elaboración de reflexiones que serán desarrolladas en las páginas que siguen.

## **ESTADO DEL ARTE**

Esta tesis dialogará con dos conjuntos de estudios que desarrollaré a continuación. En primer lugar, recorro los principales ejes de debate que conforman el **campo de estudios sobre cuidados** recorriendo sus múltiples abordajes: como aporte a la economía, trabajo, disposición afectiva, factor de desigualdad y práctica concreta. En segundo lugar, recorreremos una serie de discusiones acerca de las **experiencias de mujeres de sectores populares en procesos de organización y demanda**, considerando estudios volcados al análisis de su participación en movimientos y organizaciones sociales, aquellos que se orientaron a abordar sus experiencias como beneficiarias de programas estatales y otros que focalizaron en la reciente emergencia de un feminismo popular.

### **Los cuidados en el debate académico**

El campo de estudios sobre cuidados ha ganado centralidad en el debate académico de las últimas décadas, recibiendo una serie de aportes que trascienden los límites disciplinares y colocan en el centro del análisis interrogantes de relevancia en el desarrollo de esta tesis. De forma mayoritaria, los abordajes académicos sobre los cuidados se han llevado adelante desde perspectivas de género y/o feministas que reconocieron la predominancia de mujeres en la realización de estas actividades y las implicancias de su desigual distribución en la reproducción de asimetrías de género.

La **economía feminista** ha desarrollado importantes aportes a este campo de estudios. Desde una perspectiva crítica a la economía ortodoxa, permitió evidenciar que esta disciplina se había centrado mayormente en analizar procesos de producción de mercancías y trabajos remunerados, otorgándole insuficiente atención a aquellas actividades de cuidado que, frecuentemente realizadas por mujeres en espacios domésticos, no poseían remuneración a pesar de ser centrales para el mantenimiento

de la vida humana. En particular estos aportes recibieron el impulso de una serie de discusiones que se desarrollaron principalmente en Europa y Estados Unidos a partir de la década de 1970 y que se conocieron posteriormente como el “Debate sobre el trabajo doméstico”. Tal como reconstruye Silvia Federici (2013), la “Campaña de Salario para el trabajo doméstico”, desarrollada a partir de 1972 en distintos países europeos, fue impulsada mayormente por activistas provenientes del marxismo que desarrollaron críticas a las concepciones restringidas de lucha de clases centradas en los trabajadores masculinos de la clase proletaria industrializada. El cuidado fue abordado como parte de un conjunto de **trabajos domésticos no asalariados** que eran reconocidos como los cimientos del sistema de explotación fabril (Federici, 2013). Desde estos aportes, la posición de la mujer fue pensada como una forma específica de explotaciones de clase (Molyneux, 1979; Beneria, 1979; Dalla Costa, 2006). Estas contribuciones marcaron notablemente los debates en torno al cuidado desde la economía feminista, abriendo camino no sólo a subrayar los aportes del trabajo no remunerado, sino a visibilizar los vínculos entre estos trabajos y los circuitos productivos. La economía capitalista fue concebida desde entonces como un circuito integrado entre producción y reproducción (Carrasco, 1992; Picchio, 1994, 2009). Estas autoras plantearon que los análisis de los sistemas económicos solían ignorar justamente esos vínculos esenciales entre la esfera de la producción material y la de la reproducción de la vida humana; vínculos que son la condición de posibilidad para la existencia del sistema en su conjunto (Carrasco, 1991: 99). El trabajo no remunerado realizado por las mujeres supone cuidar espacios, cuerpos, bienes, brindar educación y apoyo psicológico, todas tareas que amplían la renta monetaria y que deben ser tenidas en cuenta como componentes de riqueza (Picchio, 2009).

Dentro de esta apuesta por **integrar analíticamente los circuitos productivos y reproductivos**, cobró centralidad la reflexión sobre los orígenes del capitalismo que fue abordada en profundidad en la obra *El Calibán y la bruja*, de Silvia Federici publicada por primera vez en el año 2004. En su libro, la autora plantea a la exclusión de las mujeres del trabajo asalariado y su confinamiento a las tareas reproductivas como una parte central de la “acumulación originaria” ya que fue a partir de este sometimiento que se constituyó y reprodujo la fuerza de trabajo (Federici, 2010). Según Federici, el surgimiento del capitalismo tornó a producción y reproducción como actividades sexualmente diferenciadas, invisibilizando el valor económico de las segundas. Este proceso implicó un disciplinamiento de la mujeres, y un menor control de ellas sobre sus propios cuerpos, instalando la idea de que reproducción y cuidado de los hijos constituían una “vocación natural” de las mujeres (2010:112).



El interés de la economía feminista por los procesos a partir de los cuales la vida humana se reproduce y cuida fue derivando recientemente en una serie de reflexiones que se despegaron del foco inicialmente colocado en la pregunta por la reproducción de la fuerza de trabajo. Estos estudios remarcaron la importancia de pensar a la vulnerabilidad y la interdependencia como condiciones generales de la vida humana, contradiciendo modelos que oponían personas y grupos dependientes de otros independientes (Carrasco, 2003, 2012; Pérez Orozco, 2006, 2014; Leon, 2009; Picchio, 2009; Herrero, 2013). En este sentido, Cristina Carrasco ha planteado que mantener la vida humana depende de un conjunto de trabajos de cuidado habitualmente realizados por mujeres en un contexto emocional diferente del trabajo remunerado, en tanto comprenden servicios personales que satisfacen necesidades materiales e inmateriales de los más diversas y que implican **relaciones afectivas** indisociables de las actividades realizadas (2003). Para la autora, los trabajos de cuidado son, parafraseando a Adams Smith, una especie de “mano invisible” de la vida cotidiana, en tanto resultan actividades fundamentales, pero escasamente reconocidas debido a que la producción capitalista se desliga del cuidado de la vida y aparece como un proceso autosuficiente (Carrasco, 2003). La producción académica europea ha incorporado reflexiones que estuvieron específicamente motivadas por una serie de procesos históricos recientes registrados en ese continente tales como el aumento de la tasa de actividad femenina, el envejecimiento de la población y la crisis económica desencadenada a partir del año 2008. Por un lado, estos procesos han evidenciado que las posibilidades de dar respuesta a la cada vez más creciente demanda de cuidados son limitadas (Pérez Orozco, 2006; Carrasco, 2012). Este fenómeno ha sido denominado como **crisis de cuidados** y ha dado lugar a la emergencia de perspectivas que propusieron colocar el centro analítico en los procesos de **sostenibilidad de la vida**; es decir, valorar y comprender a las actividades de cuidado en sí mismas; como tareas fundamentales para que la vida continúe (Carrasco, 2003, 2012; Bosch, Carrasco y Grau 2005; Pérez Orozco, 2006, 2014; Picchio, 2009). Estos aportes otorgan un lugar central a las nociones de vulnerabilidad e interdependencia. Amaia Pérez Orozco (2006) ha identificado la estrechez de algunas concepciones de cuidado que se centran en la condición de dependencia como una situación individualizada y estática que supone relaciones asimétricas entre quienes dan y reciben cuidados. Como propuesta alternativa y en coincidencia con Carrasco (2012) la autora propuso problematizar este ideal de autosuficiencia impuesto por el capitalismo heteropatriarcal y atender a los cuidados como forma de resolver la interdependencia y **construir condiciones de vidas vivibles** (Pérez Orozco, 2006, 2014). Así, la pregunta sobre cómo se desarrollan los cuidados no puede ser abordada en términos individuales o particulares, sino que

corresponde observar las redes de interdependencia y formas de vida en común (Perez Orozco, 2014: 80). En esta línea de interrogar las condiciones que hacen posible la vida, la economía feminista ha establecido **diálogos con el ecologismo**, reivindicando que tanto los trabajos de cuidado como las condiciones ambientales son centrales para el mantenimiento de la vida humana y suelen no ser tenidas en cuenta en los análisis del sistema económico capitalista (Bosch, Carrasco y Grau, 2005; Herrero, 2013). Por último, estos enfoques centrados en los procesos de sostenimiento y reproducción de la vida se han orientado a analizar las **consecuencias que las crisis económicas** mundiales y las políticas sociales implementadas en su respuesta han tenido para las vidas de las mujeres trabajadoras, atendiendo específicamente las dinámicas de distribución de cuidados. Se ha observado, por un lado, una tendencia hacia una mayor privatización de los cuidados, que, de la mano con políticas de austeridad y ajuste neoliberal, impulsaron crecientes procesos de naturalización de la asociación entre mujeres y cuidados, limitando sus oportunidades laborales (Ezquerria, 2012; Gálvez Muñoz, 2013; Espino, 2012; Comas D'argemir, 2014). Este contexto habilitó nuevas lecturas de los aportes realizados por Silvia Federici (2010) en torno al lugar del trabajo de las mujeres en la acumulación originaria. Se destacó que más que un proceso únicamente fundacional, esta acumulación originaria aparece de forma continua durante las crisis económicas, sobrecargando de trabajo a las mujeres (Ezquerria, 2012) y generando formas de extractivismo menos sostenibles (Cielo y Vega, 2015). En conjunto, los aportes realizados desde perspectivas afines a la economía feminista han significado un gran avance en tanto permitieron ampliar definiciones de trabajo e interpelar las miradas ortodoxas del sistema económico en su conjunto, procurando incluir en el análisis el aporte de todos aquellos trabajos realizados por las mujeres. Esta perspectiva, será de suma importancia para el desarrollo de esta tesis, en tanto permite abordar al conjunto de actividades realizadas por las cooperativas en análisis, como formas de trabajo que permiten la reproducción de la vida bajo modalidades diferentes a las del trabajo asalariado. Se procurará aportar a estos debates llevando adelante un abordaje etnográfico de las prácticas de cuidado de mujeres de sectores populares que capture los modos en que los vínculos entre producción y reproducción son construidos cotidianamente.

La consideración de las **características emotivas y relacionales del cuidado** también recibió el aporte de la producción académica de sociólogas estadounidenses como Nancy Folbre y Paula England. El concepto de *caring labour* propuesto por Folbre (1995) puso el énfasis en sus connotaciones emocionales, definiendo al cuidado como un sentido de responsabilidad y preocupación por los demás: "concerns with others"

(1995:75). Se destacó que los cuidados consisten en actividades que procuran que otra persona se *sienta* cuidada; no siendo equivalentes a otros trabajos domésticos, reproductivos o no remunerados (Folbre, 1995). Desde la perspectiva de la autora, el trabajo de *care* no es siempre desinteresado; puede estar motivado tanto por sentimientos de altruismo, como por la expectativa de reciprocidad a largo plazo o el cumplimiento de lo que se percibe como una responsabilidad (Folbre, 1995; 2012). Estos estudios propusieron pensar al *care* como un bien público, en tanto poseen la particularidad de promover el desarrollo de capacidades de otras personas, generando beneficios que se extienden por toda la sociedad, en tanto aquellas personas que los reciben aprenden a desarrollar habilidades físicas, emocionales e intelectuales que se trasladarán hacia nuevas relaciones (England y Folbre, 1999; Folbre, 2001; England, 2005). Esta perspectiva se diferencia de aquella desarrollada por las feministas marxistas en la década de 1970, en tanto contempla la expansión del beneficio más allá de la referencia al trabajo asalariado y a la producción de nuevas generaciones de mano de obra (England, 2005). Estos aportes registraron que la retribución percibida por aquellas personas que cuidan, no alcanza a contemplar la potencialidad de su labor en tanto bien público (England y Folbre, 1999; England 2005; Folbre, 2017) y que muchas veces quienes realizan trabajos de cuidado remunerado experimentan dificultades para demandar mejores condiciones laborales, las cuales derivan justamente de la orientación emotiva de la tarea (Folbre, 2001; 2017; England, 2005).

El énfasis puesto en los afectos, emociones y subjetividades involucradas en el trabajo de cuidado ofreció también pistas para pensar los procesos opresivos que giran en torno a la realización de estas actividades. El trabajo de Arlie Hochschild (1983) centrado en los daños psicológicos y la alienación experimentada por personas cuyos trabajos implican poner en juego emociones, inauguró una perspectiva orientada a pensar **los costos emocionales** enfrentados por cuidadoras remuneradas. La noción de cadenas globales de afecto que propuso Hochschild (2001) inspirada en el trabajo de Rhacel Parreñas (2001, 2005) sobre migrantes Filipinas que trabajan como niñeras en países del Norte, permitió mapear estos costos a través de vínculos de cuidado, pagos e impagos entre distintas personas alrededor del mundo. Este autor se refirió a estos trayectos migratorios motorizados por las necesidades de cuidado como un proceso de extracción de valor afectivo desde los países centrales hacia los periféricos (Hochschild, 2001). El trabajo de cuidados ocupó así un lugar relevante en análisis feministas de la “globalización”, destacando que la mayoritaria presencia de mujeres en circuitos migratorios (Sassen, 2003) ponía en riesgo los bienes comunes del tercer mundo, ya que estos países están siendo vaciados de cuidadores (Hochschild, 2013),

mientras que muchas mujeres de países del norte construyen sus carreras profesionales sobre la dependencia del trabajo como niñeras de las migrantes (Ehrenreich y Hochschild 2002). Existe también una línea de estudios que ha abordado a los cuidados, interrogando los **aspectos éticos y morales** involucrados en su realización. Dialogando con los planteos fundantes de Gilligan (1982) sobre la “ética del cuidado”, la politóloga estadounidense Joan Tronto (1987) ha propuesto pensar al cuidado como una teoría moral alternativa y no como una tendencia suplementaria a la ética de la justicia. Así, la autora señala que el desafío que deben enfrentar los estudios feministas en relación al cuidado, es el de construir una teoría social y política que incluya a la ética del cuidado, sin dar por sentada su asociación con las mujeres (Tronto, 1987). En líneas generales, estos aportes proponen politizar el análisis del cuidado (Fisher y Tronto, 1990) y democratizar su distribución (Tronto, 2007; 2013). Fisher y Tronto (1990) señalaron que la necesidad de problematizar distinciones heredadas de la tradición filosófica occidental para considerar cómo, en la práctica, el cuidado es un proceso que permea la vida en su totalidad y sobrepasa antítesis entre público y privado, derechos y deberes, amor y trabajo (Fisher y Tronto, 1990). Democratizar y valorizar al cuidado torna mejores las formas en que éste es puesto en práctica, y permite asimismo construir mejores democracias (Tronto, 2013). La autora resalta que las injusticias derivadas de la asignación de responsabilidad del cuidado son un aspecto de suma importancia en tanto de allí derivan distintas formas de jerarquización de ciudadanos que no sólo se basan en el género, sino también en la raza, la clase y la nacionalidad.

Tanto el enfoque propuesto en los trabajos de Tronto (1987) como de Ehrenreich y Hochschild (2002) permitieron poner en relación a las condiciones desiguales de distribución de los cuidados con aspectos afectivos, emocionales y éticos involucrado en su puesta en marcha. Estas perspectivas han sido retomadas en trabajos posteriores desarrollados principalmente en Brasil y Francia desde un enfoque **cosubstancial**, para que busca evidenciar el entrecruzamiento de desigualdades de clase, sexo, raza (Kergoat, 2014; Hirata, 2014). Estas inequidades han sido analizadas como una unidad indisociable, resaltando la necesidad de no jerarquizar formas de opresión (Kergoat, 2014).<sup>24</sup> Se ha señalado que si las mujeres se encuentran sobre representadas en los trabajos más precarizados (Hirata, 2002; Hirata y Kergoat, 2007) el trabajo de cuidado

---

<sup>24</sup> La noción de cosubstancialidad fue propuesta por Daniele Kergoat en 2006 como una respuesta crítica a otros abordajes de estas desigualdades que venían siendo desarrollados bajo el paradigma de la interseccionalidad. El enfoque de la cosubstancialidad propuesto por Kergoat supone reconocer sexo, clase y raza como relaciones sociales fundamentales y transversales que se imbrican. El autor propuso profundizar en los aspectos relacionales y materiales de estas formas de opresión, atendiendo al carácter dinámico de estas posiciones y evitando una excesiva fragmentación en múltiples categorías, antes que en relaciones (Kergoat, 2014)

remunerado se destaca por ser realizado por aquellas más pobres, menos cualificadas (Sorj y Fontes, 2012) y a menudo migrantes (Hirata, 2014). Se ha prestado particular atención a aspectos menos explorados en la literatura sobre cuidados, como el lugar que adquiere la sexualidad en el desenvolvimiento de estos trabajos (Molinier, 2012; Debert y Brigeiro, 2012; Hirata, 2016), señalando también los sufrimientos y consecuencias psíquicas enfrentadas por cuidadoras remuneradas (Hirata, 2016). El enfoque cosubstancial ha permitido abordar también los modos en que sentidos asociados a lo femenino y a las diferentes nacionalidades se ponen en en las definiciones de quienes son “buenas cuidadoras” (Debert, 2014, 2016). A partir de un análisis comparativo entre Brasil e Italia, se mostró como imágenes asociadas al género, etnicidad y nacionalidad le imprimen una dinámica específica al mercado del cuidado, identificando que la contratación de trabajadoras remuneradas se asocia a la construcción de una imagen de “familia respetable” (Debert, 2016). Estos trabajos, centrados en las dinámicas emocionales, afectivas y éticas del cuidado otorgaron a este campo de estudios una dimensión vivencial centrada en aspectos subjetivos y relacionales de las experiencias de cuidadoras. En esta tesis, se pretende aportar a estas cuestiones considerando cómo estos afectos y emociones son puestos en juego en modalidades de organización colectiva que se dirigen no únicamente al cuidado de personas “dependientes”, sino a la construcción de condiciones de vida digna en un sentido más amplio.

En América Latina se desarrollaron una serie de trabajos desde distintas ramas de las ciencias sociales que han contribuido a ofrecer un panorama bien detallado de las dinámicas desiguales a través de las cuales el cuidado se resuelve en el contexto de la región; prestando especial atención a los efectos para las mujeres de sectores populares y focalizando en el análisis de **las políticas públicas y legislaciones vigentes**. Las políticas de transferencia de ingresos llevadas adelante desde mediados de la década de 1990 en Argentina estimularon un interesante debate en torno a las consecuencias que generaron en la distribución de cuidados. Ha habido un consenso general en afirmar como aspecto recurrente de la implementación de estas políticas, la presencia de una asociación naturalizada entre mujeres y maternidad que contribuyó a sobrecargarlas de trabajo a través de la asignación de distintos tipos de responsabilidades vinculadas al cuidado (Molyneux, 2007; Pautassi, 2009; Zibecchi, 2013; Anzorena, 2013; Rodríguez Gusta, 2013; De Sena, 2014). Esta observación ha estado presente en análisis de distintos programas de transferencia de ingresos como el Plan Jefas de Hogar (Anzorena, 2013; Zibechi, 2013; Rodríguez Gusta, 2013), el Plan Vida (Masson, 2004, Eguía y Ortale, 2007) y también ha permeado los debates en torno a otras medidas de

protección social implementadas posteriormente, como la Asignación Universal por Hijo (Goren, 2012; Cena, 2014; Pautassi, Arcidiacono, Straschnoy, 2013, Grassi, 2013, Gómez Martín, Del Rio Fortuna y Pais Andrade, 2013). Es importante subrayar que esta problematización de los modos en que las políticas sociales dirigidas a sectores populares incidieron sobre la distribución del cuidado, también ha estado presente en las reflexiones sobre políticas llevadas adelante en otros países de Latinoamérica, como el Bolsa Familia (Brasil), el Oportunidades (México), Chile Solidario, Bono de Desarrollo Humano (Ecuador) y Mi familia Progresiva (Guatemala) (Rodríguez Enriquez, 2011; Espino, Esquivel, Rodríguez Enriquez, 2012). En lo que refiere a la Argentina, se ha destacado que si bien los programas de transferencia de ingresos se han ido “femenizando” (Rodríguez Enriquez, 2007; Pautassi, 2009; Arcidiacono, Pautassi y Zibecchi, 2010, De Sena, 2014), muchas veces esto ocurrió a partir de su definición como “beneficiarias operativas” (Rodríguez Enriquez, 2011) o “mediadoras” (Pautassi, 2009), entre sus hijos y el Estado. Diversos trabajos académicos coincidieron en afirmar que la interpelación desde el Estado hacia las mujeres de sectores populares especialmente como cuidadoras, derivó en su definición como “inempleables”, desestimulando su ingreso al mercado laboral (Zibecchi, 2013; Rodríguez Gusta, 2013). Estas dinámicas de intervención estatal fueron claramente ilustradas en el proceso a partir del cual las mujeres beneficiarias del Jefas de Hogar fueron transferidas al Plan Familias, un programa que se dirigió exclusivamente al cumplimiento de “condicionalidades” relacionadas con la salud y educación de los hijos/as (Pautassi, 2007; Scarfo, Hopp y Highton, 2009). Así se ha destacado que los lineamientos de las políticas estatales tienen implícitas nociones de género y formas de definir a los cuidados que en muchos casos reproducen la tradicional división sexual del trabajo, otorgándole escaso reconocimiento a aquellos trabajos reproductivos realizados por mujeres (Anzorena, 2013). Algunos trabajos mostraron también que la acción de este tipo de políticas acabó impulsando a organizaciones de la sociedad civil a construir nuevos dispositivos de atención a la infancia en los que muchas mujeres beneficiarias se desempeñaron como cuidadoras comunitarias exponiéndose a un gran desgaste emocional a cambio de poco reconocimiento (Zibecchi, 2013; Paura y Zibecchi, 2014; Fournier, 2017).

La **provisión pública de cuidado infantil** también ha sido objeto de diferentes análisis que buscaron interrogar los modos en que el Estado interviene en este campo. Se ha utilizado la categoría de “organización social del cuidado” para hacer referencia al modo en que éste es resuelto a través de la intervención de múltiples espacios entre los que se destacan el Estado, el mercado, la comunidad y las familias (Esquivel, Faur y Jelin,

2012; Rodríguez Enriquez y Marzonetto, 2015). Estos trabajos no sólo documentaron de forma exhaustiva la oferta pública de servicios de cuidado, confirmando su insuficiencia para responder a la demanda existente (Rodríguez Enriquez 2007, Faur 2010), sino que también reflexionaron acerca de las consecuencias que este fenómeno conlleva en la vida de las mujeres de sectores populares. Al contar con menos posibilidades para adquirir servicios de cuidado en el mercado, ellas sufren mayor presión sobre su tiempo de trabajo y restricciones para llevar adelante otras actividades (Faur, 2010 Rodríguez Enriquez y Marzonetto, 2015). Estudios volcados al análisis del derecho, han evidenciado que las mujeres que están insertas en el mercado laboral formal también enfrentan consecuencias de la injusta distribución social del cuidado, debido a que en contextos de ajuste y flexibilización, las políticas de **conciliación familia- trabajo**, acaban discriminando a las mujeres y reproduciendo una noción de masculinidad desvinculada del cuidado (Pautassi, Faur y Gherardi 2006). Aun contemplando estas cuestiones, ha habido consenso en afirmar que son las mujeres de sectores populares quienes encuentran mayores dificultades para resolver esta tensión entre trabajo y cuidado, situación que empeora en el caso de las familias monoparentales (Aguirre Cuns, 2015) y con mayor cantidad de integrantes “dependientes”, ocasionado trayectorias laborales más intermitentes y precarias. (Cerruti 2003; Zibecchi, 2013). Algunos trabajos han agregado que esta desigualdad se ve incluso profundizada debido a la existencia de “mandatos morales” que configuran las relaciones de parentesco en los sectores populares (Findling et al, 2012), y la persistencia de visiones familísticas del cuidado en nuestra sociedad, que idealizan el “amor maternal”. (Esquivel, Faur, Jelin, 2012). Estos trabajos mostraron cómo esta “ideología maternalista” y las dificultades para acceder a servicios del cuidado en el mercado, incurren en un “círculo vicioso” (Pautassi, 2013; Zibecchi 2013, Faur, 2010) que crea y reproduce desigualdades (Aguirre Cuns, 2015).

Otro aporte significativo para dar cuenta de estas desigualdades fueron los estudios basados en la metodología del **uso del tiempo** que procuraron tornar medible el trabajo realizado y su asignación diferencial según género y clase social. A partir de la recolección de información volcada en diarios de actividades, se ha procurado captar la totalidad de actividades vinculadas al cuidado, incluso aquellas que por realizarse de forma simultánea o tener menos valoración social, suelen ser olvidadas (Aguirre y Batthyany, 2005; Aguirre Cuns, 2008;). Mensurar el tiempo que hombres y mujeres de distintos sectores socioeconómicos dedican al trabajo doméstico ha permitido profundizar en el conocimiento de las desigualdades que atraviesan los cuidados (Aguirre y Ferrari, 2014; Rodríguez Enriquez y Marzonetto, 2015), demostrando que

durante periodos de reducción de ingresos económicos familiares y aumento de precios, incrementa también el volumen del trabajo no remunerado realizado por mujeres de sectores populares (Delfino, 2012). En conjunto, todos estos trabajos permitieron mapear y prestar evidencia acerca de las dinámicas desiguales del cuidado y el modo en que distintos procesos socioeconómicos y la formulación de políticas estatales intervienen profundizando asimetrías de género y clase. Esta tesis abordará las prácticas cotidianas de mujeres de sectores populares, para contribuir al análisis de cómo estas desigualdades se vivencian y reproducen en el día a día, dando lugar también a modalidades de organización colectiva que procuran disputar estas asimetrías.

Por último, en Argentina, investigaciones realizadas desde la antropología han contribuido al campo de estudios sobre cuidados mayormente en dos líneas relevantes para la presente investigación; las reflexiones sobre prácticas de educación y crianza, y los aportes provenientes de la antropología feminista. Particularmente, algunos trabajos analizaron articuladamente las prácticas de **educación y crianza**, a partir del abordaje etnográfico de prácticas comunitarias de cuidado (Santillán, 2014) y los sentidos construidos en torno a las responsabilidades de los adultos en la educación de sus hijos (Cerletti y Santillán, 2018). El trabajo de Laura Santillán sobre experiencias comunitarias de cuidado problematiza su reducción a iniciativas espontáneas, nacidas únicamente como una reacción defensiva ante periodos de crisis y como respuesta a las carencias de la educación pública, para insertarlas en un proceso histórico y social a largo plazo (Santillán, 2014, 2017). Según la antropóloga, estas formas de cuidado se anclan en raíces sociopolíticas y trayectorias más amplias, recuperando experiencias de movilización y trabajo territorial acumuladas y delineadas por los modos de vida de quienes las llevan adelante (2014:101). Estos trabajos permitieron documentar la multiplicidad de acciones que llevan adelante los adultos con niños a cargo, subrayando que si bien las escuelas ejercen una gran influencia al definir formas correctas de ejercer la maternidad/paternidad (Santillán, 2009; Cerletti, 2010), los padres y madres también llevan adelante prácticas que van más allá de los carriles más “formales” e “institucionalizados” y del binomio familia/escuela (Santillán, 2013; Cerletti y Santillán, 2018). Los trabajos de la antropología de la educación y la niñez también han contribuido en analizar una diversidad de formas de cuidado, a partir de la realización de etnografías que capturaron las perspectivas de niños y niñas indígenas (Szulc, 2015; Garcia Palacios; Hecht y Enriz, 2015) e identificaron formas particulares de crianza (Colangelo, 2014).



La **antropología feminista** ha contribuido significativamente a problematizar visiones universalizantes de los cuidados. Se han recuperado aportes de aquellos trabajos fundantes que procuraron desnaturalizar la asociación entre mujeres y maternidad (Martin, 1990; Moore, 1991; Palomar Vereza, 2005) y pensar género y parentesco de forma conjunta, (Collier y Yanagisako, 1987). Nuestra disciplina ha mostrado su potencialidad para abordar los cuidados de forma multidimensional, atendiendo a cómo la maternidad es entendida a partir de concepciones diversas en relación a contextos históricos específicos, sin perder de vista su sujeción a relaciones desiguales y de dominación (Tarducci, 2011; Cernadas Fonsalías, 2012, Tabbush y Gentile, 2014). Se han desarrollado interesantes contribuciones en pos de problematizar miradas normativas de los cuidados, explorando la persistencia de imágenes morales asociadas al “deber ser” de la maternidad a partir de estudios etnográficos de circuitos de adopción (Tarducci, 2011), experiencias de maternidad en contextos de encierro (Kalinsky, 2011, Tabbush y Gentile, 2014), comaternidad (Trupa, 2015) y prácticas de cuidado en contextos de marginalidad y vulnerabilidad (Castiilla, 2017). Esta tesis pretenderá aportar a estos debates a partir de un análisis que indague sobre los modos en que la maternidad y el cuidado son experimentados por mujeres que participan de procesos de organización colectiva; explorando particularmente el modo en que a través de prácticas desarrolladas en las casas, se contornean los límites entre lo público y lo privado.

### **Mujeres de sectores populares y procesos de organización**

La participación creciente de mujeres en los procesos de movilización social gestados a partir de mediados de la década de 1990 estuvo acompañada por el desarrollo de una variedad de trabajos académicos sobre las dimensiones generizadas de estos procesos. Un eje de análisis que ha permeado buena parte de los estudios sobre el tema consistió en interrogar cómo se construían las relaciones de género en el seno de las organizaciones. En una serie de estudios locales provenientes de la sociología y la historia oral se ha problematizado los lugares específicos que las mujeres ocuparon en los movimientos de desocupados. Una primer advertencia que estos trabajos han colocado en el debate académico refiere a las **jerarquías de género en su organización interna**; existió consenso en afirmar que la predominancia de mujeres en las bases de las organizaciones sociales no hallaba correspondencia en su presencia en los puestos de conducción (Svampa y Pereyra, 2003; Di Marco, 2003, Andujar, 2005; Cross y Freytes Frey, 2007). En relación con esta consideración, surgieron análisis que buscaron poner esta situación

en relación con las **identidades y trayectorias de las mujeres**. En el marco de un análisis sobre la identidad piquetera y las condiciones que hicieron posible la emergencia de estos movimientos, Maristella Svampa y Sebastian Pereyra (2003) caracterizaron la heterogeneidad que caracterizaba a sus bases. Según los autores, el género, junto con la generación y la clase social componían un triple clivaje que componía dicha pluralidad. La escasa presencia de mujeres como dirigentes a nivel nacional fue explicada mayormente según las diferencias en sus historias previas. Las trayectorias de involucramiento político y sindical de los varones solían otorgarles ventajas en esta dirección en relación a las mujeres, cuyas experiencias organizativas previas se situaban en el plano barrial (Svampa y Pereyra, 2003). Para la historiadora Andrea Andujar, la marginación de los espacios de jefatura se debió a la confrontación de lógicas y formas diferenciales de hacer política que traspasaban sus pertenencias de clase. Las referencias afectivas y la expresión de emociones que marcaban genéricamente el comportamiento de las mujeres se oponían a la dureza, de carácter, firmeza y seguridad que, asociados al accionar masculino; eran aptitudes más valoradas para el ejercicio de liderazgos (Andujar, 2005). Otras autoras pusieron el foco en la distribución de tareas cotidianas en los movimientos de desocupados, remarcando que las actividades “reivindicativas” solían centralizarse en las mujeres, dejando aquellas definidas como “políticas” para los varones. Se remarcó que esta diferenciación contribuyó a la reproducción de estereotipos de género de los que derivaban concepciones específicas acerca del “ser mujer” (Cross y Freytes Fey, 2007). Graciela Di Marco (2003) llevó estos interrogantes sobre las asimetrías de género al análisis comparativo de tres procesos de movilización social impulsados a partir de la crisis del 2001- las asambleas barriales, los movimientos piqueteros y la recuperación de empresas- registrando que la forma organizativa adoptada en las fábricas recuperadas, otorgaba mayores posibilidades de democratización que en los otros procesos.

Pese al reconocimiento de estas relaciones desiguales, estos trabajos no pasaron por alto el registro de las **tensiones y rupturas** que el involucramiento en estos procesos organizativos trajo aparejado **en las vidas de las mujeres**. Di Marco registró que la participación en acciones colectivas supuso transformación de sus identidades y a “la democratización de los espacios donde transcurre su vida cotidiana” (2003:30). Así, varias autoras reconocieron a la participación política de las mujeres como un “camino sin retorno” que las ponía en contacto con un sinnúmero de aprendizajes (Di Marco, 2003; Bidaseca, 2003; Cross y Freytes Frey, 2007). En esta línea, el libro compilado por Adriana Causa y Julieta Ojam (2008) reúne una serie de investigaciones que a partir

de la reconstrucción de las prácticas y estrategias llevadas adelante por mujeres piqueteras y de los significados que le otorgan a su participación en movimientos de desocupado, ponen en evidencia las complejidades y ambivalencias del impacto de estos procesos en sus vidas. Particularmente, se señaló que las acciones colectivas, no fueron para estas mujeres sólo una vía para garantizar la subsistencia material, implicaron también el tejido de nuevas redes sociales que hicieron de sostén ante situaciones de crisis (Causa, 2008). Se registró que estos procesos a partir de los cuales las mujeres ocuparon nuevos lugares en el espacio público implicaron tanto una sobrecarga de trabajo como una mayor autonomía y autoestima (Rifkin, 2008, Ojam 2008), redefiniendo el lugar de lo doméstico y politizando la maternidad (Vazquez, 2008). Otros trabajos han puntualizado en los efectos que las crisis económicas impusieron en las vidas cotidianas de las mujeres, sosteniendo que éstas tienen un potencial transformador sobre las prácticas y las formas de concebir las desigualdades (Borland y Sutton, 2007) Un análisis comparativo entre dos momentos históricos críticos de la Argentina – la década de 1930 y de 1990- confirmó esta relación entre los contextos de crisis y los cambios entre los roles de género ocupados por las mujeres, registrando su tendencia a protagonizar procesos organizativos en pos de garantizar la supervivencia familiar y en el ámbito comunitario (Cross y Ulivarri, 2015). El barrio y el hogar se constituyen así en espacios de “domesticidad extra doméstica” en los que las mujeres se conforman como sujetos públicos, politizando sus habilidades, sus cuerpos y su cotidianidad (2015: 32). En conjunto, estos trabajos han permitido evidenciar los límites y potencialidades que la participación de mujeres en movimientos sociales ha tenido para la transformación de las asimetrías de género. Esta tesis pretende contribuir a esta literatura registrando los modos en que el desarrollo de modalidades de organización colectiva impulsados por mujeres supone no sólo la salida al espacio público, sino también la transformación de las casas y el despliegue de formas específicas de cuidado.

Otro interesante eje de debate presente en los análisis de las relaciones de género en los movimientos de desocupados ha girado en torno a la **confluencia de sus demandas con las reivindicaciones del movimiento feminista**. Algunos trabajos han analizado la participación de mujeres en las organizaciones de desocupados como parte del “movimiento amplio de mujeres”, destacando el aporte de estos procesos a la visibilización de temáticas históricamente problematizadas por los feminismos como la violencia de género, los derechos sexuales y reproductivos (Di Liscia, 2008; Tarducci y Rifkin, 2010; Di Marco, 2011). Se ha registrado que esta construcción de demandas confirma el carácter complejo de la identidad de género y su articulación con otros ejes

de poder tales como la clase, la etnia, la edad (Elizalde, 2006). Asimismo, se ha remarcado que la incorporación de nuevas actrices sociales provenientes de sectores populares a la práctica política argentina y su participación en los Encuentros Nacionales de Mujeres dio lugar a la emergencia de un “feminismo popular”, en el cual las luchas por trabajo digno se articularon con las demandas por la legalización del aborto y el repudio a la violencia contra las mujeres (Di Marco, 2011). A nivel regional, se han identificado procesos similares de “recuperación” del feminismo por parte de los movimientos populares, incluyendo a la despatriarcalización de la sociedad como parte central para alcanzar sociedades más justas en el marco de gobiernos progresistas (Carosio, 2014). Cabe destacar los aportes realizados al análisis de este fenómeno de incorporación de activistas de diferentes sectores al movimiento de mujeres a partir de etnografías sobre los encuentros nacionales de mujeres (Masson, 2007; Sciortino, 2012). Centrando su atención en las perspectivas y experiencias de las mujeres, estos trabajos han observado la existencia de diferencias de criterio al definir la prioridad de ciertas problemáticas entre las mujeres de las organizaciones populares y aquellas con una trayectoria más amplia en el feminismo (Masson, 2007). Focalizando en el caso de las mujeres originarias, se ha planteado que si bien algunas de ellas desarrollaron vínculos de solidaridad con el feminismo a partir de la participación en los encuentros, sus identificaciones políticas no se construían desde allí (Sciortino, 2012).

Las reflexiones acerca de la confluencia entre el feminismo y los movimientos populares han recibido un impulso significativo en nuestro país en los últimos años debido a procesos de intensa movilización que se gestaron a partir de junio de 2015 bajo la consigna “Ni una menos”. Estas modalidades de organización estuvieron inicialmente centradas en torno al repudio de los femicidios para rápidamente dar lugar a la incorporación de demandas más amplias vinculadas con las desigualdades de género, los derechos reproductivos y el empobrecimiento de las mujeres. Tanto en Argentina como en otros países de América Latina, estos procesos de movilización fueron analizados como parte de la consolidación de un **feminismo popular** cuyas reivindicaciones no se definieron estableciendo jerarquías entre distintas opresiones (Korol, 2016), ni en torno a una única demanda específica (Martinez, 2018). Una serie de análisis sobre estos procesos ha destacado su **anclaje en historias de lucha previas**, tales como la segunda ola feminista durante la década del 1970 en Buenos Aires, los Encuentros Nacionales de Mujeres, los movimientos de desocupados que resistieron al neoliberalismo y el activismo en torno a los derechos humanos (Korol, 2016; Laudano, 2017; Gago, 2018; Sosa, Menendez, Bascuas, 2018; Sciortino, 2018b; Martinez 2018). El escenario abierto a partir de las primeras movilizaciones del “Ni una

menos” fue analizado como un “momento de apertura” en el que mujeres de distintas trayectorias y pertenencias se articulan en torno a consignas compartidas (Sciortino, 2018b). La reemergencia del feminismo popular fue caracterizada como **interseccional** en tanto permitió ligar las temáticas de la violencia machista con otras problemáticas como la explotación laboral, la violencia política, el extractivismo (Gago, 2018) y la opresión racista, clasista y heterosexista (Carosio, 2017). Resultan sin dudas significativos los aportes que al análisis de estos procesos han brindado las recuperaciones de una serie de conceptualizaciones feministas ya clásicas sobre los procesos de reproducción del capital, el surgimiento del capitalismo (Federici, 2004) y el carácter intersubjetivo y expresivo de la violencia de género (Segato, 2003). De la mano de estas contribuciones, las luchas actuales del feminismo popular han sido comprendidas como formas de reproducción de la vida y producción de lo común en contextos de creciente precariedad (Gago, 2018; Sosa, Menendez, Bascuas, 2018; Menendez, 2018; Gutierrez Aguilar, 2018). Los procesos de organización y demanda en contra de la violencia machista fueron analizados en conexión a procesos socio políticos más amplios como las condiciones de creciente desigualdad y la militarización de los Estados (Segato, 2014; Sagot, 2017). Específicamente, la mexicana Raquel Gutierrez Aguilar (2018) ha remarcado que estos procesos de organización desafían la racionalidad masculina dominante signada por la acumulación de capital y ponen en el centro la defensa de la vida. Por su parte, Verónica Gago (2017) ha sostenido que estas modalidades de organización elaboran a la violencia contra las mujeres como parte de una ofensiva del capital. La autora planteó que la apropiación de huelga como acción de lucha en los “paros internacionales de mujeres” contribuyó a problematizar las fronteras de aquello que es definido como trabajo, visibilizando el aporte de las economías informales, populares y del trabajo doméstico no remunerado (Gago, 2018). Coincidiendo con este planteo y centrándose en la experiencia uruguaya, Menéndez (2018) identificó el carácter pedagógico de esta acción de protesta, ya que supuso tanto el reconocimiento de la sobrecarga de trabajo presente en la vida diaria de muchas mujeres, como un desplazamiento subjetivo desde el lugar de víctimas hacia el de la lucha. Así, estos estudios también abordaron la reemergencia del feminismo popular a partir de la pregunta por los **efectos subjetivos** generados en las mujeres que participaron en él. Una cuestión que ha sido señalada como relevante refiere a la revalorización y politización de las relaciones “entre mujeres” (Menendez, 2018; Gutierrez Aguilar, 2018; Gutierrez Aguilar, Sosa y Reyes, 2018; Furtado y Grabino, 2018). Algunas autoras señalaron que el tránsito por espacios de mujeres promovió el tejido de redes de contención que supusieron un punto de quiebre en las trayectorias vitales (Sosa, Menéndez y Bascuas, 2018). El acto de compartir experiencias fue

identificado como fuente central de energía desplegada luego en el espacio público, en tanto permitió la politización de relaciones y su valorización como una acción subversiva (Menéndez 2018) que trasciende la política delegativa e instala una lógica propia, no masculina (Furtado y Grabino, 2018). En conjunto, estos trabajos han permitido registrar la relevancia de crecientes procesos de movilización impulsados por mujeres de diferentes trayectorias y orígenes, destacando su potencial transformador y crítico de opresiones de clase, raza y género. Esta tesis se propone aportar a esta literatura, dando cuenta de los modos en que estos procesos se articulan cotidianamente en las vidas de sectores populares titulares de programas sociales. Se procurará etnografiar las formas colectivas en que reproducen sus vidas y lidian con problemáticas vinculadas a las asimetrías de género y clase.

En este sentido, cobra relevancia el aporte de **estudios etnográficos** que situando la mirada desde las **prácticas y vidas cotidianas de las mujeres** han analizado relaciones y sentidos de género en los procesos variados de movilización y organización social. Una cuestión que ha marcado estos debates tanto en Argentina como en el resto de los países de Latinoamérica ha sido la distinción entre intereses prácticos y estratégicos propuesta por Maxime Molyneux en 1985. Con la intención de problematizar la idea de que la diferencia sexual fuese la base que habilitaba la construcción de propósitos comunes, la autora distinguió entre intereses “prácticos”- basados en la resolución de problemáticas derivadas de la tradicional división sexual del trabajo- y “estratégicos”- que perseguían transformadoras de las relaciones sociales, procurando potenciar la posición de las mujeres y reposicionarlas. Molyneux (2003) sostuvo que si bien los intereses prácticos pueden ser la base para una transformación política que permita impugnar estructuras desiguales, no ocurre de esta manera en la mayor parte de las veces. En una sintonía similar, el trabajo de Lola Luna (2004) diferenció entre movimientos feministas y movimientos por la supervivencia. Si los primeros se configuraron en torno a un discurso crítico de los significados de género y a la demanda por el reconocimiento de derechos para las mujeres, en los segundos confluyeron reivindicaciones ligadas a la responsabilidad femenina en la economía familiar, el cuidado de los hijos e hijas y el acceso a la alimentación, la vivienda, la salud y la educación. La autora identificó que el maternalismo, entendido como la sobrevalorización de la maternidad y la definición de la función social de las mujeres según su capacidad reproductiva, ha sido motor de aquellas formas de organización impulsadas por mujeres de sectores populares ante periodos de crisis económicas (Luna, 2004). También se identificaron raíces maternalistas (Luna, 2004) y familistas (Jelin, 2007) en las modalidades de organización y demanda desarrolladas por activistas

de las causas de derechos humanos que reclamaron justicia por familiares víctimas del terrorismo de estado.

Diversos trabajos etnográficos han complejizado estas diferenciaciones recurriendo a los aportes del feminismo en antropología y reconstruyendo los modos en que los procesos de organización y demanda se hacían carne en las vidas cotidianas de las mujeres. Particularmente iluminadores han sido aquellos trabajos que, recuperando los aportes de Michelle Rosaldo han propuesto pensar estos procesos de organización yendo más allá de la oposición entre doméstico y público. En esta línea, el trabajo de Díaz Barriga (2000) sobre movimientos urbanos en Méjico mostró los modos en que mujeres pobres llevan adelante formas creativas de conceptualizar sus necesidades en contextos de desigualdades y relaciones de poder más amplias. Según el autor, la resistencia hacia relaciones de género tradicionales no necesariamente se construye a partir de un tránsito desde lo privado hacia lo público. El abordaje etnográfico tornó posible incorporar al análisis los sentimientos y significados ligados a la participación de hombres y mujeres en espacios tales como el trabajo asalariado o el hogar, suspendiendo así aplicaciones mecánicas del modelo público privado (Maurer, 2000). Así, estudios centrados en prácticas de organización de mujeres en México (Díaz Barriga, 2000), Bolivia (Lagos, 2008), Ecuador (Lind, 2005) y Nicaragua (Bayard De Volo, 2001) han evidenciado que estos procesos contribuyen a poner en cuestionamiento la división público/privado, subrayando que los discursos de género tradicionales poseen contradicciones que presentan oportunidades para problematizar inequidades. El análisis de Stephen (2005) ha registrado un proceso de organización impulsado por tejedoras de Teotitlán, dando cuenta de las formas en que se promovieron relaciones de género más igualitarias tanto en la casa como en la comunidad, reorientando la división de tareas en el hogar y promoviendo una mayor participación femenina en la vida política comunitaria. Las observaciones de la autora ponen de relieve la diversidad de procesos de identificación que envuelven a la categoría "madre" y que a veces incluyen visiones críticas de las relaciones de género vigentes. En una línea similar, el análisis de María Lagos (2008) sobre política y vida cotidiana en Cochabamba evidenció los límites de separar analíticamente producción y reproducción, proponiendo interrogar el significado específico de lo doméstico en cada contexto etnográfico. Lejos de ser dos espacios divididos, doméstico y público se entremezclan en las prácticas cotidianas, del mismo modo que intereses prácticos y los estratégicos se superponen y articulan

En el caso de estudios etnográficos situados en Argentina, han cobrado relevancia

aquellos análisis sobre relaciones y sentidos de género en los procesos de organización y demanda por trabajo digno (Fenández Álvarez, 2006, 2017; Gonzalez Martin, 2008; Fernandez Álvarez y Partenio, 2010; Partenio 2011; Espinosa, 2013). María Inés Fernández Álvarez (2006, 2017) ha indagado en la construcción de roles de género durante un proceso de recuperación de una empresa textil, evidenciando que si por un lado las trabajadoras “legitimaron” su lucha apelando a su lugar de madres o cuidadoras, su experiencia en procesos de movilización social y acciones colectivas produjo tensiones en torno a las responsabilidades familiares y favoreció la generación de espacios de mayor autonomía y libertad. El trabajo de Cecilia Espinosa (2013) supuso la problematización de distinciones jerárquicas y estáticas entre el feminismo y el movimiento de mujeres. La autora propone que aun cuando las mujeres se acerquen a movimientos de desocupados en calidad de “madres” esta situación inicial puede irse resignificando. La construcción de “espacios de mujeres” al interior de los movimientos de desocupados supuso en algunos casos tensionar la ideología de armonía y complementariedad entre hombres y mujeres (Espinosa, 2013), y el despliegue de “prácticas de encuentro” entre mujeres que permitieron “poner en palabras” cuestiones que permanecían en la intimidad tales como situaciones de violencia de género, abuso y abortos (Partenio, 2011). La etnografía también ha permitido focalizar en las dimensiones emocionales (González Martin, 2008; Fernández Álvarez, 2011) y corporales (Espinosa, 2016) de las experiencias de las mujeres en procesos de organización. La práctica misma de hablar ha sido analizada como técnica corporal entrenada y una posible estrategia de género, en tanto que ellas “tomen la palabra” permite problematizar los lugares que “naturalmente” le son asignados a los géneros (Espinosa, 2016). De esta manera los estudios etnográficos han permitido evidenciar el carácter fragmentario y contradictorio de los procesos a partir de los cuales estas asimetrías son problematizadas, disputando algunos sentidos, al mismo tiempo que otros permanecen naturalizados. Estas etnografías han evidenciado que reivindicaciones ligadas a sentidos de género tradicionales, como la maternidad y el cuidado no inoculaban la posibilidad de producir tensiones en las relaciones de género. Todos estos trabajos, que la presente investigación propone recuperar, coinciden en poner el foco en la forma en que, sobre la base de necesidades concretas- como la demanda por el trabajo, la vivienda, la alimentación- se van articulando otras negociaciones y miradas críticas de las asimetrías de género.

La **perspectiva etnográfica** también ha brindado significativas contribuciones para el análisis de los vínculos entre la **participación de mujeres en procesos organizativos vinculados a la puesta en marcha de programas estatales**. Un aporte significativo



de estos trabajos ha sido evidenciar los modos en que las categorías escencializantes impuestas por los programas sociales fueron problematizadas en las prácticas cotidianas (Masson, 2004; Russo, 2009, 2010; Pozzio, 2011). El trabajo de Laura Masson, centrado en las experiencias de aquellas mujeres encargadas de la gestión del Plan Vida, exploró las relaciones cotidianas establecidas por las “manzaneras”, quienes se ocupaban de la distribución territorial de los alimentos que proporcionaba el programa, mostrando cómo su identificación con formas solidaria y “despolitizadas” de hacer política fue puesta en tensión en la vida cotidiana (Masson, 2004). Los aportes de Marlene Russo han permitido dar cuenta de la forma en que las mujeres responsables de comedores y merenderos se apropian de las políticas sociales implementadas por el Estado, constituyendo formas de participación política. La autora ha destacado que si bien por un lado ocupar el lugar de “jefas de comedores” fija a las mujeres en una identidad tradicional de género, por otro lado las habilita a salir de la frontera doméstica para apropiarse de lo público, del barrio, transformando los roles que el Estado impone (Russo, 2009, 2010). Maria Pozzio (2011) también ha reconstruido etnográficamente los modos en que las políticas son experimentadas en las vidas cotidianas de sus destinatarias, destacando que la participación comunitaria fomentada por programas estatales es valorada como un “compromiso” que configura un hecho clave en sus vidas y que incluso produce condiciones de posibilidad para la emergencia de esferas de “intimidad” y “autonomía”. Por último, el más reciente trabajo de Silvana Sciortino (2018a), centrado en las experiencias de mujeres titulares del Ellas Hacen ha identificado que, ante la naturalización que el programa establece entre mujeres y maternidad, ellas desarrollan modalidades compartidas de cuidado que se asientan en estilos de crianza a través de redes familiares extendidas y les permiten cumplir con las contraprestaciones. Esta tesis recupera estos aportes de la perspectiva etnográfica para pensar las prácticas de las mujeres titulares de programas estatales, puntualizando específicamente en los modos en que los espacios propuestos por un programa estatal son incorporados a sus vidas, entrecruzándose con prácticas de cuidado y otras modalidades de trabajo, militancia y organización colectiva.

## **ENFOQUE CONCEPTUAL PROPUESTO**

Esta tesis propone un abordaje etnográfico de las experiencias cotidianas de mujeres que participan de cooperativas de trabajo creadas a partir de programas estatales, atendiendo a las formas de reproducción y cuidado de la vida y al desarrollo de prácticas

políticas organizadas en torno a las casas. Para tal fin, se recuperarán contribuciones del campo disciplinar de la **antropología política**, siguiendo puntualmente aquellas miradas que han venido problematizando la percepción de “lo político” como campo separando (Gledhill, 2000) y apostando a aprehender los modos en que sus fronteras se tornan difusas en la vida cotidiana, (Vincent, 2002, Cañedo Rodríguez, 2011). Específicamente priorizaremos una perspectiva centrada en las prácticas cotidianas de las personas, contribuyendo a una conceptualización de la **política colectiva como un hacer juntos(as)** que se redefine y negocia en el día a día, bajo formas tan creativas y constructivas como controvertidas y disputadas (Fernández Álvarez, 2017). Recuperando la vocación holística y relacional de nuestra disciplina, pondremos en juego una mirada atenta a restituir la dinámica de los procesos políticos, capturando su carácter simultáneamente direccionado e indeterminado, proyectado y emergente (Fernández Álvarez, Gaztañaga y Quirós, 2017). Esta perspectiva permitirá abordar las experiencias de las mujeres que participan de programas estatales procurando poner en suspenso miradas normativas acerca del “impacto” de estas políticas; para enfatizar en cambio en los “múltiples modos de ser, estar y hacer” y los variados sentidos que ellas le otorgan a las cooperativas (Fernández Álvarez, 2015:42).

Esta conceptualización, que pone en foco en el hacerse de la política, supone un descentramiento de los “actores colectivos” como objeto (Quirós, 2011), problematizando su unicidad y su asociación con atributos normativos definidos a priori (Fernández Álvarez, 2016a). Antes que establecer fronteras rígidas que separen Estado y sociedad civil, nos centraremos en el análisis de las **interacciones entre prácticas estatales y modalidades de organización colectiva** abordando el tejido de complementariedades, contradicciones e interdependencias que modelan tanto el sentido de las luchas como la orientación de las políticas (Grimberg, Fernández Álvarez y Carvalho Rosa, 2009; Fernández Álvarez, 2017). Esta perspectiva resulta congruente con aquellas miradas antropológicas que han contribuido a desreificar el estado interrogando las formas en que la gente lo percibe y experimenta (Ferguson y Gupta, 2002) y explorando específicamente sus dinámicas de relación con los sectores subalternos (Lagos y Calla, 2007; Barragan y Wanderley, 2009; Grimberg, 2009; Fernández Álvarez, 2007, 2017; Manzano, 2013; Lazar, 2013). Se considerará que las políticas públicas, lejos de aplicarse de un modo lineal, son recibidas de formas ambiguas (Shore, 2010) y apropiadas creativamente (Poole, 2012). Recuperaremos la categoría de “encuentro” para profundizar en el análisis de las interacciones concretas entre representantes del Estado y las poblaciones (Wanderley, 2009), siguiendo aquellos análisis que interrogaron la especificidad de estas relaciones cuando

involucran a ciudadanos organizados colectivamente (Fernández Álvarez, 2014). Estos aportes permitirán capturar etnográficamente aquello que se produce en los encuentros entre mujeres de sectores populares y agencias estatales y los modos en que estas interacciones se inscriben en trayectorias de vida y procesos organizativos más amplios.

Procuraremos abordar los modos en que las prácticas colectivas desarrolladas en el marco de las cooperativas suponen no sólo la producción de formas de “trabajo”, sino que aportan a la **reproducción de la vida** en términos más amplios (Fernández Álvarez, 2016b; Señorans, 2018). Se recuperarán perspectivas antropológicas que han interrogado los modos en que las personas desarrollan arreglos dirigidos a construir “vidas que valgan la pena ser vividas”, tanto para sí mismos como para futuras generaciones, involucrando además del trabajo remunerado, variadas formas de aprovisionamiento, relaciones de confianza y prácticas cuidado (Nartozky y Besnier, 2014; de L’Estoile, 2014, Fernández Álvarez, 2018). Esta perspectiva permite considerar los modos en que en el curso de procesos de organización colectiva se disputan y proyectan nociones de bienestar que interpelan los sentidos asociados al trabajo asalariado (Fernández Álvarez, 2016b). Una reflexión que dialoga con aquellos abordajes feministas de la economía que propusieron ampliar la definición de trabajo formulada desde visiones ortodoxas descentrando de los mercados y poniendo el foco en la totalidad de actividades y relaciones necesarias para reproducir y sostener la vida (Beneria, 2006; Picchio, 2009; Carrasco, 2013; Pérez Orozco, 2014). Siguiendo esta línea analizaremos a las formas de organización y prácticas cotidianas de cuidado desarrolladas por mujeres de sectores populares, problematizando el modelo de sujeto autosuficiente sobre el cual se sostiene el sistema capitalista y reclamando centralidad analítica para la totalidad de procesos y relaciones de interdependencia que permiten reproducir la vida (Carrasco, 2003; Pérez Orozco, 2014). Se considerarán los aspectos emocionales y subjetivos que se involucran en los cuidados (Carrasco, 2013) y se aportará a un abordaje multidimensional de estos procesos como una necesidad que atraviesa todo el ciclo vital y no se restringe a la relación estática entre sujetos dependientes/independientes o pasivos/activos (Pérez Orozco, 2006). Esta noción de cuidados y el foco puesto en las formas en que se reproduce la vida y las relaciones de interdependencia, permitirá analizar articuladamente las prácticas de trabajo y formación que se desarrollan en las cooperativas, las dinámicas familiares y los procesos de organización social y movilización orientados a construir mejores condiciones de vida.

Contribuiremos a mirar estas formas colectivas de reproducción de la vida atendiendo específicamente al modo en que estos procesos se construyen a través de **prácticas y**

**relaciones en torno a las casas.** Éstas serán abordadas no como entidades inmutables cerradas hacia el exterior, sino como procesos inacabados (Carsten y Hugh Jones, 1995; Miller, 2001; 2013; Ingold, 2000; 2012a). Procuraremos capturar los modos en que casas y personas están mutuamente implicadas, se mixturan y transforman juntas; subrayando la importancia de analizar a ambos bajo el mismo cuadro analítico (Carsten y Hugh Jones, 1995). Las casas de las protagonistas de esta tesis no serán entonces tomadas únicamente como el telón de fondo o escenario donde transcurren las prácticas etnografiadas. Tomar a las casas como eje de análisis nos permitirá analizar cómo la proyección de horizontes de vida más dignos que resultan centrales para la organización colectiva sobre la base de experiencias de precariedad (Fernández Álvarez, 2018) se materializa y conecta con procesos de construcción y reforma de los espacios materiales (Cavalcanti, 2009; Dumans Guedes, 2017). Se analizará cómo las prácticas desarrolladas en las casas permiten generar arreglos económicos (Motta, 2016), afianzar y construir relaciones sociales (Comerford, 2013) y aportar a la política partidaria (Laguens, 2017). Se recuperarán perspectivas etnográficas que propusieron pensar a las casas como un hecho social total en sentido maussiano en el cual convergen una diversidad de fenómenos de la vida social (Cavalcanti, 2009) aportando a problematizar visiones duales acerca de lo público/privado (Young, 2005; Borges, 2011). En nuestro caso, analizaremos a través de ellas la confluencia entre la participación en programas estatales, la construcción de modalidades de organización vinculadas a movimientos sociales, las prácticas de cuidado y otras formas de trabajo.

Por último, la apuesta por contribuir a una problematización de los límites entre lo público y lo privado; lo político y lo doméstico recibirá los aportes teóricos de la **antropología feminista**. Los avances desarrollados en nuestra disciplina a partir de la década de 1970 han permitido en primer lugar, problematizar el sesgo androcéntrico que venían teniendo las investigaciones, reclamando abordajes que consideren el rol político de las mujeres; criticando aquellos análisis en las que éstas sólo se hacían presentes como esposas, madres, hijas u objetos de intercambio (Collier, 1974; Stolcke, 1996). Estas críticas fueron terreno fértil para reflexiones acerca del carácter político de procesos como el parentesco, la reproducción y la sexualidad (Yanagisako y Collier, 1987; Ross y Rapp, 1997; Browner, 2000). Desafiando explicaciones biologicistas, las diferencias entre hombres y mujeres fueron llevadas al terreno simbólico (Lamas, 1986), y explicadas como jerarquías construidas a partir de acciones y relaciones sociales concretas (Rosaldo, 1995). Estas discusiones hicieron posible la problematización de visiones eurocéntricas y universalistas acerca de la familia (Collier, Rosaldo y Yanagisako, 1982; Collier y Yanagisako, 1987; Segalen, 1992;) y el cuidado (Borneman, 1997) y la

desnaturalización del “amor maternal” (Chodorow, 1974; Rosaldo, 1974; Palomar Vereza, 2005; Tarducci, 2011). Partiremos de una comprensión del género como forma primaria de relaciones de poder (Scott, 1996) y como estructura de relaciones que provee una metáfora de todas las formas de subordinación, (Segato, 2003). Analizaremos las experiencias cotidianas de mujeres de sectores populares desde una mirada atenta a las desigualdades de género y considerando cómo ésta es experimentada de forma conjunta a otras diferencias basadas en clase, raza, edad (Moore, 1991).

## **TESIS A SOSTENER**

Esta tesis analiza experiencias cotidianas de mujeres titulares de programas estatales que promovieron la creación de cooperativas de trabajo. Se sostiene que las prácticas desarrolladas no se limitan al cumplimiento de aquellos requisitos propuestos por el estado. Sus formas de organizarse colectivamente tienen anclaje en trayectorias previas de trabajo, participación en movimientos sociales y en su tránsito por programas sociales previos. Estas prácticas colectivas permiten la reproducción de la vida involucrando articuladamente la interacción con agencias estatales, el desarrollo de modalidades de organización colectiva, la generación de formas de ayuda y encuentros entre mujeres y el despliegue de dinámicas específicas de organización familiar. En el desarrollo de estas prácticas, sus casas cobran una relevancia central, son transformadas y puestas a disposición. La construcción y reforma de espacios materiales y los movimientos que giran en torno a las casas tornan posible modalidades de organización colectiva y la proyección de horizontes de vida. El hacer juntas de estas mujeres posee características específicas que se vinculan con esta influencia recíproca entre las casas y sus vidas:

Por un lado, estas prácticas permiten politizar un conjunto de problemáticas que aparecen comúnmente definidas como parte de la vida íntima o personal, como las relaciones familiares y de pareja; las situaciones de violencia y las posibilidades de mejorar las condiciones de vida. Al reivindicar la relevancia de trabajos realizados en las casas y dirigidos al cuidado de la vida, se problematizan los límites entre lo productivo y lo reproductivo, lo doméstico y lo político, lo personal y lo colectivo.

Por otro lado, la participación en las cooperativas es construida por las mujeres en términos morales, recuperando valores hegemónicos en torno al carácter dignificante del trabajo, al tiempo que se incorpora la relevancia de aportar a la construcción de mejoras en las formas de vivir. Las expectativas de comportamiento entre integrantes

de las cooperativas no se limitan al cumplimiento de reglas derivadas de las jornadas laborales: interpelan prácticas vinculadas al trato personal, las formas de habitar los espacios domésticos, de moverse en el barrio y de organizar las rutinas diarias.

Por último, el cuidado de los hijos e hijas se desarrolla de forma articulada con la puesta en marcha de procesos de organización política. La militancia es vivenciada como una forma específica de cuidar que permite construir aprendizajes y proyecciones junto con los y las hijas. Las prácticas políticas desarrolladas por estas mujeres suponen un abordaje colectivo de las necesidades de cuidado infantil, que se entrelazan con formas de cuidar de sí mismas y hacer frente a problemáticas derivadas de las asimetrías de géneros. Estas prácticas construyen redefiniciones acerca de qué implica cuidar, sobrepasando su asociación a un conjunto restringido de necesidades de seres considerados “dependientes”.

## **ORGANIZACIÓN DE LOS CAPÍTULOS**

Esta tesis está organizada en seis capítulos y las conclusiones. Los distintos capítulos aportan a un análisis etnográfico de las formas de participación de mujeres de sectores populares en procesos de organización colectiva vinculados a la implementación de programas estatales y a la acción de movimientos y organizaciones sociales. Se ponen en común los resultados del trabajo de campo realizado junto a mujeres titulares de los programas Ellas Hacen y Argentina Trabaja, posteriormente englobados en el Hacemos Futuro.

En el **capítulo 1** se analizan distintas modalidades de organización colectiva construidas por titulares de los programas estatales, focalizando en el modo en que las mujeres se apropian de los espacios formativos y laborales propuestos por el Estado y crean formas de reproducir y mejorar las vidas. Recuperando la categoría de “encuentro” propuesta por la antropología del Estado, se indagará en cómo que los contenidos de los programas estatales son trascendidos a partir de prácticas políticas colectivas. Por un lado, se analizarán las formas en que mujeres titulares del Ellas Hacen desarrollan acciones orientadas a ir “más allá” de lo que propone el programa. Focalizaremos en los vínculos establecidos entre las titulares, en los usos y sentidos otorgados al dinero y en el acercamiento a organizaciones políticas. En segundo lugar, reconstruiremos los modos en que integrantes de cooperativas nacidas al calor del Argentina Trabaja y nucleadas en la CTEP reivindican el desarrollo de los “proyectos productivos” como una

forma de “inventarse el trabajo” y “generar organización”. A la luz de estas diversas experiencias sostendremos que lo que las personas hacen con las políticas no se restringe a al cumplimiento de requisitos pre establecidos y supone producir estrategias colectivas dirigidas a la reproducción de la vida.

En el **capítulo 2** reflexionaremos acerca de la relación entre los procesos de construcción y reforma de las casas y el desarrollo de prácticas políticas colectivas. A partir del análisis de los relatos y prácticas de tres mujeres que ocuparon la posición de presidentas de sus cooperativas del Argentina Trabaja, indagaremos en las relaciones que ellas establecen con sus viviendas. Reconstruiremos el modo en que los espacios materiales son construidos y transformados y exploraremos conexiones entre estos procesos y las dinámicas de organización colectiva vinculados a la implementación de una política estatal. Se propone una contribución a pensar las prácticas políticas de mujeres de sectores populares no sólo como un movimiento de “salida” al espacio público, sino también como un proceso que modela y transforma los espacios domésticos.

En los siguientes dos capítulos, se exploraran las experiencias de estas mujeres haciendo especial hincapié en las emociones y valores morales que se ponen en juego a la hora de construir sentidos en torno a la *participación* en espacios colectivos promovidos por programas estatales.

El **capítulo 3** se analizan los modos en que titulares de Ellas Hacen construyen significados morales en torno a su *participación* en el programa. A partir de la reconstrucción de algunas controversias generadas entre las integrantes de las cooperativas al respecto de las inasistencias, se focaliza en el modo en que ellas definen qué es *participar* y qué acciones son consideradas obligatorias. Exploraremos el modo en que aquellos valores que forman parte de la imagen ideal o el “deber ser” de las cooperativas, son dotados de sentidos específicos que involucran valoraciones acerca del trato personal, formas esperadas de estar en el barrio y la observación de movimientos entre casas vecinas.

En el **capítulo 4** analizaremos la producción de compromisos entre integrantes de las cooperativas y con vecinos y vecinas de sus barrios. Exploraremos una serie de acontecimientos que surgen a partir de la incorporación de nuevos integrantes a una cooperativa. Indagaremos en aquellas prácticas que se esperan de estos nuevos integrantes, enfatizando en el modo en que la *participación* en la cooperativa interpela comportamientos íntimos, vinculados a las formas de sentir y al modo en que se habitan los espacios domésticos. Analizaremos el modo en que se vivencian y discuten

imaginarios morales negativos que circulan en torno a los sectores populares y consideraremos especialmente cómo se experimentaron las transformaciones en las políticas estatales que ocurrieron a partir del lanzamiento del Hacemos Futuro. Por último reconstruiremos el modo en que la puesta en marcha de formas de organización política requiere la producción de compromisos y relaciones que se proyectan entre las casas y en la circulación de objetos, personas y ayudas entre ellas.

En el **capítulo 5** desarrollamos un abordaje etnográfico de las prácticas de cuidado de las titulares del Ellas Hacen y del Argentina Trabaja. En un primer momento, desarrollamos la forma en que se generan tramas colaborativas de cuidado de los hijos e hijas que permiten la participación de mujeres en las cooperativas. Sostendremos que desde estas experiencias, los cuidados no se resuelven dentro de los límites de la familia nuclear, ni se encuentran escindidos de los procesos de organización colectiva en los que participan las mujeres. En esta dirección, reconstruiremos los modos en que las mujeres reflexionan acerca de las relaciones que mantienen con sus hijos e hijas, dando lugar a problematizar visiones maternalistas de los cuidados. Por último, indagaremos en cómo en el marco de su participación en espacios colectivos se construyen proyecciones y reflexiones en torno a la maternidad, que permiten pensarla como una experiencia que no tiene sentidos unívocos.

En el **capítulo 6** analizo un conjunto de formas de organización colectiva dirigidas a lidiar con situaciones de *violencia de género*. Reconstruiremos un entramado de prácticas de militancia desarrolladas por mujeres de sectores populares, las cuales involucran la participación de organizaciones sociales y agencias estatales que despliegan un trabajo “en red”. Mostraremos que el desarrollo de modalidades de organización colectiva orientadas a que las mujeres “salgan de la violencia” supone atender a una variedad de problemáticas que derivan de asimetrías de clase y género, brindando formas de acompañamiento que recuperan aprendizajes experiencias de vida de quienes “atravesaron situaciones de violencia”, otorgando ayudas para la resolución de necesidades concretas, entre las cuales, contar con una casa a la que recurrir se tornó un aspecto particularmente relevante.

En las **conclusiones** desarrollo las principales contribuciones de esta tesis para pensar las formas en que las mujeres de sectores populares participan de procesos de organización colectiva, focalizando en el modo en que el análisis de estas prácticas políticas contribuye a politizar las vidas íntimas, problematizando los límites entre lo público y lo privado, lo productivo y lo reproductivo, lo doméstico y lo político.





## **Capítulo 1: Producir la política, reproducir la vida. Formas de organización colectiva y encuentros con el Estado de mujeres de sectores populares.**

Laura supo del Ellas Hacen gracias al colegio de sus hijos. Una mañana de marzo de 2013, ella pasó por la escuela y la directora quiso hablar especialmente con ella. “Fijate que están anotando en un programa para que las mujeres terminen de estudiar”, le dijo. La idea al principio no la convenció pero cuando estaba viajando en colectivo, volviendo del centro de Moreno a su barrio, su suegra la llamó para darle el mismo aviso. Laura estaba con una vecina. La miró y le dijo “¿Y si nos bajamos a ver qué onda?”. Carla, de Tres de Febrero, se enteró del Ellas Hacen por medio de la “manzanera” que se ocupaba de entregarle la leche que proporcionaba el Plan Más Vida.<sup>25</sup> Estaba embarazada de su tercera hija y le llevó los documentos necesarios para tramitar la percepción de la ayuda alimentaria. En principio, pensó que debía ser mentira, pero entró a internet y averiguó la fecha y dirección a la que tenía que presentarse. Tenía que llevar fotocopia del documento y partida de nacimiento de sus hijos y dirigirse a uno de los Centros Deportivos Municipales.

Cuando Verónica entró al Argentina Trabaja, ya llevaba varios años militando en el Movimiento Evita de Pilar. Antes, había participado del Movimiento de Trabajadores Desocupados, línea fundacional de la que se desprendió dicha organización. Su trayectoria de militancia ligada al peronismo se remonta a su adolescencia y al cumplir sus dieciocho años de edad obtuvo por primera vez la condición de titularidad en un programa estatal: el Barrios Bonaerenses.<sup>26</sup> Matilde, de San Miguel, había estado en el Programa de Empleo Comunitario<sup>27</sup>. Luego de perder su trabajo como empleada doméstica en casas particulares, se acercó a un movimiento social a “preguntar por los planes”. Empezó a participar de un comedor y a “meterse en todo” dentro de esa

---

<sup>25</sup> Ver Nota al pie N ° 12, en Introducción a esta tesis.

<sup>26</sup> El Programa Barrios Bonaerenses fue lanzado en el año 2000 bajo la órbita del gobierno de la provincia de Buenos Aires y fue implementado en el marco de la Emergencia Laboral declarada por el decreto 1862/97. Esta política estuvo dirigido a personas sin ingresos y promovió la generación de proyectos productivos, de servicios, capacitación y obras menores según propuesta de Municipios, Organizaciones gubernamentales y no gubernamentales. Sus beneficiarios participaban de jornadas laborales de 5 horas diarias.

<sup>27</sup> El Programa de Empleo Comunitario (PEC) fue lanzado en el año 2003 a partir del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social y estuvo destinado a trabajadores/as desocupados/as y en situación de “vulnerabilidad social” y tuvo como objeto promover la participación en actividades formativas en empresas productivas así como en la construcción, y desarrollo de proyectos de contenido social o generación de unidades económicas, entre otros. (Neffa, 2012)

organización. Cuando se creó el programa Argentina Trabaja, formó parte del grupo de personas que “tomaron el Ministerio” demandando por “cupos para los movimientos”.

Esta breve descripción pone en evidencia la diversidad de situaciones y relaciones a partir de las cuales tuvo lugar el ingreso a los programas Argentina Trabaja y Ellas Hacen. En sus vidas, la condición de titularidad de programas sociales no constituye un hecho aislado ni novedoso en las vidas de estas mujeres. En la mayoría de los casos, ellas poseían experiencias previas como “beneficiarias” de otras políticas similares. Como hicimos referencia en la introducción, diversos análisis académicos han registrado que en las últimas décadas, tanto en Argentina como en el resto de Latinoamérica, las mujeres de sectores populares se han tornado las principales titulares de programas sociales dirigidos a sectores definidos como “vulnerables” (Rodríguez Enriquez, 2011; Espino, Esquivel, Rodríguez Enriquez, 2012; Anzorena, 2013; Zibecchi, 2013). Un punto de consenso en la producción académica sobre estos procesos ha sido la constatación de que esta sobre representación de mujeres como “beneficiarias”, se vinculó con asociaciones naturalizadas entre mujer y maternidad (Molyneux, 2007; Pautassi, 2009; Rodríguez Enriquez, 2011; Zibecchi, 2013; Anzorena, 2013; Rodríguez Gusta, 2013; De Sena, 2014). Según estos análisis, el Estado interpeló a las mujeres principalmente como las mejores administradoras de la asistencia estatal y principales encargadas del bienestar familiar (Anzorena, 2013; Rodríguez Gusta, 2013; De Sena, 2014), ubicándolas más como “intermediarias” entre sus hijos y el Estado, que como “destinatarias” directas de las políticas (Pautassi, 2009; Rodríguez Enriquez, 2011; Dionisi, 2014).

En los casos específicos de los Programas Argentina Trabaja y Ellas Hacen, se ha observado que si bien la formación y la realización de oficios otorgaron mayor visibilidad a las mujeres, tensionado estereotipos de género (Hopp, 2015) y fomentando su independencia económica (Hintze, 2018), la escasa oferta de servicios de cuidado trajo aparejadas dificultades para el fomento de su autonomía (Foti y Sanchis, 2014; Arcidiacono y Bermudez, 2018a) y su participación en las actividades (Neffa y López, 2012). Se puso en evidencia que estas políticas estaban asentadas en visiones familiaristas, en tanto las mujeres fueron definidas como vulnerables por ser “madre solteras”, “jefas de hogares monoparentales” o víctimas de violencia, y no por su condición de desigualdad en las relaciones de género o la discriminación estructural en el mercado laboral (Anzorena, 2015).

En este capítulo, se recuperan contribuciones de la antropología de las políticas públicas en pos de explorar aquellas prácticas y relaciones cotidianas que se generan en torno

a los programas estatales; considerando el modo en que se producen formas de organización colectiva que trascienden los objetivos de las políticas. En particular, cobran relevancia una serie de aportes de la antropología social para el estudio de las políticas públicas, que han permitido problematizar aquellas conceptualizaciones centradas en aspectos institucionales del estado. El trabajo de Shore y Wright (1997) resultó fundante en esta dirección en tanto supuso la apuesta por construir un nuevo campo de estudios denominado como antropología de las políticas públicas-*anthropology of policy*. Siguiendo un enfoque foucaultiano las autoras propusieron una indagación antropológica que aborde a las políticas como formas de gobierno que actúan sobre y a través de los sujetos, regulando conductas y promoviendo procesos de sujeción y subjetivación. Esta propuesta se distancia de perspectivas normativas o instrumentales de la política, problematizando su comprensión como entidades objetivas y racionales que regulan a la población de arriba hacia abajo (Gil Araujo, 2010; Franzé Mundano, 2013). Según Shore y Wright (1997), el concepto de *policy* no se reduce a la aplicación de un conjunto de programas, normas, decretos o leyes orientadas hacia un fin específico, sino que implica un proceso complejo de regulación de las poblaciones. El aporte de la antropología para el estudio de las políticas radica desde este enfoque en explorar las maneras ambiguas y disputadas en que éstas son promulgadas y recibidas, dando lugar a un abordaje atento a explorar especialmente sus efectos, aquellas relaciones que crean y los sistemas de pensamiento más amplios en los que están insertas (Shore, 2010). La recuperación de los aportes de Michelle Foucault ha inspirado la generación de perspectivas que pusieron de relieve las limitaciones de poner en juego una perspectiva “estatocéntrica” para el estudio de las políticas (Sharma y Gupta, 2006). En este sentido, han sido centrales los aportes que invitaron a problematizar la idea de Estado como organización racionalizada con un anclaje institucional estático para abordarlo desde sus efectos (Trouillot 2001) o márgenes (Das y Poole 2008, Asad 2008). Una contribución saliente de estas perspectivas ha sido el de abrir interrogantes en torno al modo en que se concretan los “encuentros” entre estado y poblaciones (Wanderley, 2009; Poole, 2012; Lynch Cisneros, 2012). Se trata de miradas que pusieron énfasis en los modos en que los lenguajes técnicos y las leyes son apropiados creativamente por las personas (Poole, 2012) y a las relaciones de afecto y sociabilidad que dan forma a las prácticas administrativas (Lynch Cisneros, 2012). Recuperando esta categoría de “encuentro”, María Inés Fernández Álvarez (2015), ha propuesto indagar en el potencial creativo de aquello que se produce cuando el Estado se encuentra, no con “individuos” aislados, sino con “colectivos” políticamente organizados. Atendiendo específicamente a prácticas de gestión colectiva del trabajo, la autora ha llamado la atención acerca del modo en que categorías propias de la

administración estatal- tales como sostenibilidad económica o eficacia- permean las prácticas cotidianas de las organizaciones, tornándose nociones disputadas (Fernández Álvarez, 2014).

Recuperando estas miradas, en este capítulo, exploraremos aquello que se produce colectivamente a partir de los vínculos entre las titulares y en aquellas interacciones mantenidas con funcionarios y funcionarias estatales. Antes que priorizar el análisis de los impactos que las políticas- y sus construcciones de género- tienen en las vidas individuales de las mujeres, reconstruiremos los modos en que ellas vivenciaron su ingreso y participación en las cooperativas creadas a partir de los programas Argentina Trabaja y Ellas Hacen. En primer lugar, abordaremos las experiencias de titulares del Ellas Hacen, quienes ingresaron a espacios de formación y capacitación en los que establecieron vínculos con otras mujeres, pusieron en marcha formas de circulación monetaria y procuraron resolver conjuntamente problemas comunes en un proceso que incluyó la interacción con diversas agencias estatales. En segundo lugar, exploraremos las prácticas cotidianas y trayectorias de mujeres que ingresaron al Argentina Trabaja a partir de vinculaciones con un movimiento social que fue posteriormente una de las organizaciones fundantes de la CTEP. Abordaremos las particularidades que adoptó en el marco de estas cooperativas, lo que nuestras interlocutoras definieron como un proceso de *inventarse* o *generarse* el trabajo. En conjunto, las reconstrucciones etnográficas y análisis presentados aquí nos permiten aportar a pensar los modos en que las mujeres producen colectivamente arreglos dirigidos a sostener y mejorar sus vidas a partir de los espacios de encuentro generados en el marco de un programa estatal.

## **I. COMPARTIR Y RESOLVER PROBLEMAS ENTRE MUJERES.**

El Ellas Hacen propuso una serie de espacios formativos para sus titulares. Según su resolución de lanzamiento, el programa tenía como objetivo general el “fortalecimiento de las capacidades humanas y sociales de las mujeres” mediante “la formación en perspectiva de género”, la “construcción de ciudadanía urbana y capacitación en oficios”.<sup>28</sup> Entre los años 2013 y 2015, los espacios formativos propuestos se articularon a través de la Dirección Nacional de Formación de Cooperativas Protegidas, que dependía del Programa de Ingreso Social con Trabajo en el marco del MDSN. En 2014,

---

<sup>28</sup> Resolución (MDSN) 2176/2013

desde esta Dirección se lanzó el ciclo de formación “Ellas Hacen, Saben y Dicen”, del cual, según consta en comunicaciones ministeriales, participaron unas 44 mil mujeres en todo el país.<sup>29</sup> La orientación de este ciclo formativo consistió en fomentar que las mujeres desarrollen “prácticas comunitarias” que puedan ser transmitidas a la comunidad. También se presentó como una herramienta para que ellas puedan “empoderarse como sujetas de derecho, ampliar sus horizontes, recuperar la autoestima y construir una vida sin violencias”.<sup>30</sup> El desarrollo de estas instancias de formación requirió del despliegue de una serie de convenios con Universidades nacionales, sindicatos y otras agencias estatales.<sup>31</sup> Entre las temáticas que abordó este ciclo formativo se pueden mencionar el aprendizaje de oficios, la promoción de salud y una serie de talleres sobre cooperativismo, género, agroecología, prevención de violencia, entre otras temáticas. También se desarrollaron talleres artísticos en áreas como el cine, el teatro, la serigrafía, encuadernación, armado de muñecos, herrería, entre otros. De acuerdo con un informe publicado en 2015, los espacios formativos que tuvieron mayor alcance fueron las capacitaciones de Cooperativismo y trabajo en Equipo, de las que participaron un 45,1% de las titulares y los talleres de Género y Proyectos de País con un 42,9% de cobertura. En tercer lugar, con un 33,6% de cobertura, se ubican las capacitaciones en plomería e instalación de agua fría. Así, los documentos estatales producidos entre 2013 y 2015 pusieron especial hincapié en los propósitos de alcanzar el “empoderamiento” de las mujeres, “el fomento de su autoestima y autonomía” y “la desnaturalización del sometimiento”, mediante la reflexión colectiva y el aprendizaje de oficios definidos como “tradicionalmente masculinos”. Se trataba de una etapa que era definida como “pre laboral”, en tanto priorizaba el desarrollo de espacios formativos como antesala a la generación de proyectos de trabajo. Posteriormente, con el cambio de signo político en la gestión del Estado nacional, se desencadenaron modificaciones significativas en la modalidad de gestión del Ellas Hacen, dejando en suspenso la posibilidad de generar proyectos laborales en el seno de estas cooperativas. Particularmente en el año 2016, el programa Ellas Hacen fue rebautizado como Ellas

---

<sup>29</sup> Fuente: MDS (2015b) “Más de 44 mil mujeres de Ellas Hacen realizan prácticas comunitarias”. Disponible en: <http://www.desarrollosocial.gob.ar/noticias/mas-de-44-mil-mujeres-de-ellas-hacen-realizan-practicas-comunitarias-y-se-capacitan/> Fecha de consulta 19/3/2019

<sup>30</sup> Fuente: MDS (2015c) Ellas hacen, saben y dicen. Inclusión laboral, educativa, cultural, económica y territorial. Pág. 6

<sup>31</sup> Entre las Universidades Nacionales con las que el Programa llevó adelante convenios para el desarrollo de espacios formativos se encuentran la Universidad Nacional de la Matanza, La Universidad Nacional General San Martín, la Universidad Nacional de la Plata, la Universidad Nacional Arturo Jauretche y la Universidad de Buenos Aires. Además se llevaron adelante convenios con la UOCRA para el desarrollo de capacitaciones en el rubro de la construcción y se articuló con otros programas y agencias estatales como el Pro Huerta, el Ente Nacional de Obras Hídricas de Saneamiento y el Consejo Nacional de la Mujer.

Hacen - Nuevo Enfoque. Esta reformulación estableció que los ejes centrales de las actividades de formación serían la terminalidad educativa, la salud, las mejoras en el hogar y la formación laboral.<sup>32</sup> Los nuevos lineamientos sancionados en octubre de 2016 derivaban de una normativa previa, que regía desde mayo del mismo año y que había establecido la necesidad de reformular las dos líneas de actuación del programa de Ingreso Social con Trabajo debido a que la participación de cooperativas en el programa “no había logrado la consolidación de las mismas”, ni su inserción al mercado, ni tampoco la inclusión laboral de las personas que las integran.<sup>33</sup> Como iremos analizando a lo largo de la tesis, estas transformaciones derivaron finalmente en la eliminación de las cooperativas y el lanzamiento de un programa nuevo llamado Hacemos Futuro.

En los siguientes dos apartados, analizaremos los modos en que las propuestas del programa durante sus primeros años de implementación fueron incorporadas a las vidas de sus titulares. Reconstruiremos puntualmente las experiencias de integrantes de las cooperativas Mujeres Valientes y Nuevos Rumbos de los distritos bonaerenses de Tres de Febrero y Moreno respectivamente. Durante este periodo, las integrantes de ambas cooperativas se reunían semanalmente en el espacio de taller denominado de Género y Proyectos de País. Estas capacitaciones tenían una duración de tres horas y eran coordinadas por un tallerista del MDSN. Las temáticas propuestas para estos encuentros giraban en torno a conceptos como estado, economía social, género, salud y comunicación. Eran frecuentes los debates en torno a temáticas tales como modelos de desarrollo económico, la historia de procesos de movilización, la participación de las mujeres en política, y la división sexual del trabajo, entre otros. En estas páginas, más que centrarnos en los contenidos y prácticas pedagógicas generadas en este espacio de formación, focalizaremos en aquello que las mujeres producen alrededor de las dinámicas propuestas por los programas- espacios formativos, reuniones, charlas- considerando las formas en que ellas se encuentran con el Estado, a partir de interacciones concretas con funcionarios y funcionarias estatales y entre las titulares. Encuentros en los que se ponen en juego además de los lineamientos institucionales propuestos por las agencias estatales, las trayectorias de vida de las personas y sus problemas cotidianos.

## **La cooperativa es como un escape**

---

<sup>32</sup> Resolución MDSN 2055/2016

<sup>33</sup> Resolución MDSN 592/2016

En noviembre de 2014, me acerqué por primera vez al Club barrial donde tenían lugar los talleres de Género y Proyectos de país a los que acudían las chicas de Mujeres Valientes. Esa mañana, la vi a Carla, una de sus integrantes, sentada en el asiento de acompañante de un auto estacionado. Su marido estaba sentado junto a ella y discutían. Tenía la vista puesta un poco en la calle y un poco en sus compañeras que también la miraban desde lejos, paradas en la vereda. Un rato después, Carla bajó del auto, saludó a las demás y entraron al Club mientras conversaban de distintos temas e intercambiaban opiniones, en medio de un clima amistoso y animado.

Carla nació en 1990 en un barrio de Tres de Febrero. En ese entonces tenía 24 años de edad y tres hijos: un varón que acababa de cumplir los 6 años y dos niñas de 4 y 2. Cuando quedó embarazada de su hijo mayor, tenía 17 años y dejó de asistir al colegio secundario. Volvió a retomar sus estudios formales cuando ingresó al programa. Fue ésta también la primer oportunidad en la que tuvo un ingreso económico estable: “Nunca tuve un sueldo fijo ni nada, hasta que tuve la cooperativa y sé que todos los cinco, yo voy y tengo la plata”. Carla recuerda que en el momento de ingreso al programa, se encontraba viviendo en una casa alquilada, por la que pagaba 300 pesos mensuales. Todavía no había nacido su hija más chica, y recibía unos 400 pesos por la asignación de sus dos hijos.<sup>34</sup> Esa suma le alcanzaba para pagar el alquiler y le dejaba unos 100 pesos para comprar pañales y otras cosas. Si bien vivía con su marido, el padre de sus tres hijos, cuenta que la relación con él “iba y venía”. A veces, él aportaba dinero para la compra de alimentos e insumos de primera necesidad, que obtenía a partir de changas comprando y vendiendo productos usados. Carla recibía también ayuda económica de sus padres y muchas veces, almorzaba y cenaba en la casa de ellos.

Además de un ingreso estable, la cooperativa le proporcionó una serie de relaciones con otras mujeres, desde las que compartir experiencias personales, intercambiar ayudas y consejos: “Para muchas chicas la cooperativa fue un escape de salir de la casa. Hay mujeres que nunca salieron de su casa, del tema de criar a los chicos, de estar todo el tiempo así, de no tener ni una chica con quien hablar. Yo creo que mi grupo de amigas ahora son más las chicas de la cooperativa”. Mariela, la presidenta de Mujeres Valientes también puso hincapié en estos vínculos cuando me reuní con ella

---

<sup>34</sup> La asignación universal por hijo, lanzada en el año 2009 consistió inicialmente en el cobro de 180 pesos mensuales por hijo menor a cargo. Posteriormente el monto percibido estuvo sujeto a aumentos anuales alcanzando unos \$837 para el año 2017 (Maneiro, 2017). Cabe aclarar que la percepción de este ingreso se encuentra dividida en dos etapas de pago. Se abona mensualmente el 80% y el restante 20% es retenido y pagado anualmente luego de la constatación de las condicionalidades de escolaridad y salud que propone esta política. A menudo, mis interlocutoras se referían al cobro de este ingreso anual como el “retroactivo de la asignación”.



por primera vez y me contó que el programa le resultaba una “linda experiencia”, principalmente porque la había puesto en relación con muchas otras mujeres. Agregó que si bien muchas de “las chicas” que integran la cooperativa se conocían “de vista” por habitar barrios vecinos, era a partir del programa que habían comenzado a “llevarse”: “Por ejemplo hay dos chicas que eran cuñadas y no se hablaban más porque el marido de una se había peleado con el de la otra. Terminaron las dos en la misma cooperativa y se empezaron a llevar bien. Se dieron cuenta que no había problema entre ellas.”, ilustró

La mañana en que me dirigí a la cooperativa por primera vez, percibí enseguida la velocidad e intensidad con la que se desarrollaban conversaciones entré las mujeres, las voces de unas se superponían con las de las otras y se mezclaban con algunas carcajadas. El tallerista era un hombre de unos 40 años que estaba contratado por el Ministerio de Desarrollo Social y era militante de una organización política kirchnerista.<sup>35</sup> Ese día, llegó trayendo unos papeles afiches, abrió y cerró los brazos extendiéndolos hacia arriba para captar su atención.

En grupos de entre 10 y 15 mujeres, las integrantes de dos cooperativas estaban distribuidas en los asientos de cemento del patio trasero del club barrial que era la sede de las capacitaciones. El tallerista comenzó dando algunos avisos prácticos respecto al uso del espacio físico, los horarios y las planillas que tenían que firmar. Luego, les preguntó cómo estaban con “el tema del temporal” y si alguna había necesitado ayuda por las inundaciones.<sup>36</sup> Finalmente, introdujo los contenidos del taller repasando algunas cuestiones que habían visto la semana anterior:

“En el taller pasado estuvieron viendo algunos ejemplos de organización. Porque como estuvimos viendo, para cambiar las cosas, para cambiar a la sociedad, no alcanza sólo con el Estado, no alcanza sólo con la economía. Entonces cuando el Estado y la economía no alcanzan para resolver nuestros problemas, es cuando la gente organizada, reclamando, tiene un lugar. Porque si no nos juntamos y reclamamos por lo que necesitamos, nadie no los va a dar sólo”.

---

<sup>35</sup> Para análisis detallados acerca de las experiencias de militantes y referentes de organizaciones sociales en el trabajo en el Estado, ver Gómez y Massetti, 2009. Perelmiter 2010, Massetti 2011

<sup>36</sup> En noviembre de 2014 había tenido lugar un fuerte temporal que afectó principalmente a las zonas norte y oeste del Gran Buenos Aires. Varias integrantes de la cooperativa tuvieron pérdidas materiales o tuvieron que ser evacuadas producto de inundaciones. Como medida compensatoria, el gobierno nacional anunció el cobro de un ingreso monetario extra para quienes recibían la AUH y habitaban las zonas afectadas.

El tallerista prosiguió dando ejemplos de “mujeres organizadas”, tales como las trabajadoras de fábricas recuperadas y las madres de plaza de mayo. Finalmente le pidió a las chicas que armaran grupos y eligieran una delegada. Les entregó una cantidad de papeles por grupo y les pidió que hagan la mayor cantidad de avioncitos de papel que pudieran hacer en un determinado tiempo. Al finalizar con esta tarea, propuso que reflexionen acerca de cómo se habían organizado. Posteriormente, les pidió que se agruparan por cooperativa, hicieran un listado de las actividades que venían haciendo y analicen cuáles eran sus fortalezas y debilidades como grupo. Mientras se desarrollaban estas actividades, las mujeres intercambiaban chistes y comentaban novedades acerca de sus vidas. El tallerista se acercó a pedirles un mate y recibió en cambio la tapa del termo llena de yerba usada y un palito de madera. Cuando lo acercó a su boca y comprobó que había sido objeto de una broma de las chicas, ellas se estallaron en carcajadas. Él sonrió y les pidió que bajen el volumen de voz para que el resto de las chicas pudieran concentrarse.

Durante los meses que acompañé el funcionamiento de estos talleres, fui observando una dinámica similar a la de aquel día. Era frecuente que mientras resolvían alguna actividad planteada por el tallerista, aprovecharan para contar qué habían hecho el fin de semana, qué ropa estrenarían sus hijos para navidad y dónde estaban las mejores ofertas de alimentos. Había un componente fuertemente narrativo en ese momento de encuentro, un lugar dónde se contaban cosas, se relataban anécdotas presentes y pasadas. Solían intercambiarse novedades acerca de las relaciones familiares, peleas con parientes, conflictos con los hijos y con los maridos. A veces, se devolvían consejos y sugerencias sobre asuntos vinculados al cuidado de los hijos, se recomendaban instituciones educativas y de salud. Asistir a los talleres era un requisito obligatorio para las titulares, pero también constituían un momento definido en términos de “despeje” y “diversión”. Muy a menudo, los relatos se teñían de un tono humorístico e irónico. A Marta la gastaban porque decía que al mate le ponía “un yuyito del amor”, a Mónica le decían que habían visto un auto en la puerta de su casa y la desafiaban a que cuente quién la estaba visitando. “Las que no vienen, como se la pierden”, escuché decir a Mónica una de esas mañanas, mientras pasaba su dedo índice por el borde del ojo, secándose lágrimas de risa. Marta le respondió que ella venía con un montón de problemas, pero que en la cooperativa, lograba olvidarse de ellos.

La risa y las bromas eran aspectos constitutivos del espacio. María Pozzio (2011) observó usos similares del humor y la picardía en espacios de interacción entre mujeres titulares de un programa de transferencia de ingresos que realizaban tareas de promoción de la salud. La autora recupera a Claudia Fonseca (2000) quien plantea que

el humor y la picardía constituyen interesantes vías de acceso a discursos alternativos al hegemónico y, en el caso analizado, permitían replantear la asociación entre mujer y maternidad (Pozzio, 2011:50). En el caso que venimos analizando, la ironía y los chistes hacían de los encuentros de formación un espacio que era concebido en términos de “despeje” y “dispersión”. Ellas construían en esos intercambios la posibilidad de “olvidarse” de los problemas, compartiéndolos en un tono que esquivaba la solemnidad para teñirse de carcajadas y chistes colectivos.

Este espacio de encuentro e intercambio se prolongaba muchas veces por fuera de los talleres. Las iniciativas de hacer planes durante los fines de semana, salir a bailar o cenar en alguna casa, solían enfrentar dificultades para concretarse. Cenas y salidas se proyectaban con entusiasmo, se imaginaban horarios y lugares y cuando parecía restar sólo un mensaje de confirmación, los planes se diluían y la siguiente semana nos encontraba buscando explicaciones de por qué no se habían concretado. Las horas posteriores a los talleres solían en cambio transcurrir en compañía, tomando mate en alguna casa, “haciendo tiempo” hasta que se hiciera la hora de retirar a sus hijos del colegio o acompañándose en trámites y compras. Cuando fui invitada a “hacer tiempo” con ellas, percibí que algunas cuestiones que eran mencionadas durante las capacitaciones como al pasar, eran abordadas en conversaciones más íntimas en sus casas. Tuve la oportunidad de conocer un poco más acerca de aquellas problemáticas comunes que se compartían entre chistes e ironías durante las capacitaciones y comprendí que entre las mujeres circulaban diversas formas de ayuda y se construían arreglos colectivos para hacer frente a estas situaciones.

Una mañana, mientras tomábamos mate en la casa de Carla, ella nos contó a mí y a Mónica que desde la noche anterior, Sandra y sus hijas estaban “parando” en su casa. La hija más chica de Carla iba y venía desparramando juguetes por la mesa en la que estábamos sentadas, mientras Carla nos contaba que Sandra, luego de una discusión con su marido, había salido de su casa en plena noche, con una olla de guiso a medio hacer y su hija recién nacida cubierta en frazadas. Carla se apretó con sus hijos y su marido en una sola cama y le dejó a Sandra los colchones de sus hijos. “A Sandra todas las amigas que tenía ya no le dan bola, a mí me pasa lo mismo. Porque vos pedís ayuda cuando estás mal y después no te entienden por qué volvés [con su marido]. En cambio con Sandra nos entendimos desde el principio. Un día, cuando no hacía mucho que habíamos empezado en la cooperativa, yo estaba re triste porque estaba mal con mi marido y no tenía un mango. Ella casi no me conocía y me ayudó. Me prestó plata”.

Dos semanas después de esa mañana, mi teléfono sonó en la noche de un viernes. Un mensaje de texto de Mónica en el que decía necesitar alguien “con quien hablar” porque estaba bajón. Mónica tenía en ese entonces 36 años, 3 hijos de 18, 16 y 9 años y estaba embarazada. Solía jactarse de su asistencia perfecta en las capacitaciones. Además de participar en las actividades del programa, trabajaba como empleada doméstica en casas particulares. Comenzó a realizar ese trabajo cuando “quedó sola” después del fallecimiento de su marido, el padre de una de sus hijas. Anteriormente, había sido beneficiaria del plan jefas de hogar. De esta experiencia, recuerda que iba con su mamá a una unidad básica una vez por semana y se dedicaba a cocer y remendar ropa proveniente de donaciones. Al entrevistarla, varios años después, resaltó, al igual que lo había hecho Carla, que a partir del ingreso al Ellas Hacen había establecido vínculos de amistad que habían sido difíciles de tejer anteriormente. Cuando conversamos por teléfono ese día de fines del 2014 en que me envió un mensaje de texto, me contó que la bajoneaban las ausencias de su pareja y la falta de acompañamiento y apoyo económico que recibía de su parte. Antes de despedirnos, me dijo: “Yo espero toda la semana a que sea jueves e ir a la cooperativa...Para ver a las chicas, estar con ellas, me divierto, me desconecto. Es un momento para mí”.

Las palabras de Mónica en esa conversación telefónica, las charlas que entre mates discurrían en las casas luego de las capacitaciones evidenciaban que la cooperativa adquiría para sus integrantes una relevancia que no se reducía a la posibilidad de construir alternativas laborales o formativas. Si las interacciones durante las capacitaciones eran un espacio de divertimento y “despeje” para las titulares, en el tiempo que mediaba entre semana y semana, cuando “se esperaba” la llegada del jueves, tener a alguien a quien llamar, una casa que visitar, o con quien tomar mate, resultaban aspectos relevantes que permitían lidiar de un modo más llevadero con problemas cotidianos. De un modo similar a lo que ha sido señalado otros estudios al respecto de experiencias de mujeres en movimientos de desocupados, las interacciones entre titulares del Ellas Hacen permitían compartir y discutir inquietudes comunes (Cross y Partenio, 2011), generando “prácticas de encuentro” a través de las que visibilizar formas de violencia, resignificar trayectorias y poner en palabras problemas que aparecían confinados al ámbito privado (Partenio, 2011), problematizando ideologías de armonía y complementariedad entre hombres y mujeres (Espinosa, 2013, 2016). En los intercambios entre titulares del Ellas Hacen, durante las capacitaciones y en los encuentros que se prolongaban fuera de ellas, se ponían en común temores y aprendizajes; se iban construyendo poco a poco vínculos en los que era posible ir entretejiendo y comparando las propias historias. “Hablar de los problemas” abría

camino a pensar una variedad de situaciones derivadas de las asimetrías de género en las relaciones de pareja, como compartidas.

Ayudarse ante situaciones críticas no implicaba solamente intercambiar consejos o abrir las puertas de las casas para recibir a compañeras. La circulación de objetos y dinero, los intercambios mercantiles y los préstamos también producían estos vínculos. Algunas titulares guardaban ropa que a sus hijos ya no les entraba y se la pasaban a aquellas que tenían hijos más pequeños. En momentos de urgencia, como inundaciones u otros accidentes acontecidos en las casas, se juntaban alimentos, vajilla y muebles para las damnificadas. Circulaba a veces dinero en pequeñas sumas, bajo la forma de préstamo de una a otra titular, como había contado Carla acerca de su relación con Sandra. También era frecuente que algunas trajeran productos para vender, habitualmente ropa comprada al por mayor o productos de perfumería por catálogo. Viviana Zelizer (2011) ha propuesto que el dinero, lejos de ser un mediador abstracto e impersonal conlleva dimensiones sociales de relevancia. La autora ha llevado adelante un planteo analítico que procuró problematizar visiones economicistas, enfatizando en que las personas le otorgan al dinero, usos y significados diferenciales. Desde esta perspectiva, las relaciones “privadas” o “íntimas” no se encuentran en contradicción con las transacciones económicas. En Argentina, algunos trabajos han recuperado esta perspectiva para pensar los usos del dinero de titulares de programas estatales. En esta línea se han identificado relaciones entre circulaciones y usos del dinero y valores generizados (Wilkis y Partenio, 2010; Krausse, 2016; Hornes, 2016). Se ha planteado que el dinero transferido por los programas estatales contribuye a menudo a la feminización de ciertas prácticas económicas, ubicando a la gestión de recursos del hogar como una competencia específicamente asociada a las mujeres (Castilla, 2014; Hornes 2016). En nuestro caso de análisis el dinero percibido a través de programas estatales se incorporaba a circuitos de préstamo e intercambios mercantiles entre las titulares. A veces el dinero era utilizado para la compra en pequeña escala de productos comercializables que permitían generar ingresos extra y cuyas principales consumidoras eran otras beneficiarias de los mismos programas estatales. Pedir dinero prestado o recibir ingresos monetarios complementarios a través de la venta de productos eran parte de las prácticas que permitían proyectar salidas a relaciones de pareja en las que mediaban situaciones de violencia en los vínculos de pareja o sortear carencias económicas que se agudizaban en los momentos en que no recibían ayuda económica de los padres de sus hijos e hijas. El dinero circulante era parte constitutiva de las relaciones sostenidas entre las mujeres y de las formas de compartir y resolver problemas que derivaban de asimetrías de género. Era incluso desde estas relaciones,

en el marco de estos vínculos en los que circulaban consejos, chistes, ayudas, que las personas accedían a información importante sobre los pagos de programas estatales o la posibilidad de acceder a una transferencia extra, o a un préstamo. Mariela, por ejemplo, había pedido un préstamo en un banco privado, poniendo como garantía la Asignación Universal por Hijo y le se encargó de darle precisiones a sus compañeras de cooperativa acerca de con quien debían hablar y a donde dirigirse. Durante las mañanas de capacitación, circulaban de forma recurrente interrogantes acerca de si ya se había acreditado el pago de la Asignación, el Plan Más Vida o el Ellas Hacen. Las mujeres se preguntaban mutuamente si estaban “cargadas” las tarjetas “verde” o “azul”.<sup>37</sup> También se ponían de acuerdo para acompañarse a gestionar subsidios o ayudas monetarias específicas que eran otorgadas ante situaciones eventuales, como había ocurrido en el caso del temporal y la inundación.<sup>38</sup> El acceso al dinero que otorgaba el Estado, y las posibilidades de generar usos específicos para esas transferencias monetarias no se construían individualmente, a través de la relación directa entre titulares y agencias estatales. Las conversaciones en los talleres, el compartir de información e incluso los intercambios mercantiles modelaban las formas de construir destinos para estos ingresos.

Varias de las mujeres con las que interactué explicaban sus vínculos con sus compañeras de cooperativa en términos de amistad. Para ellas, tornarse titular del Ellas Hacen implicó el acceso a un ingreso monetario fijo mensual y el establecimiento de relaciones de proximidad con otras mujeres. Los usos del dinero y la posibilidad de construir vínculos de amistad desde los que ayudarse mutuamente ante situaciones difíciles no constituían procesos paralelos y separados. Tal como ha señalado L Estoile (2014) ante contextos de precariedad estructural e incertidumbre radical, la amistad provee un lenguaje socialmente legitimado que torna posible reducir el riesgo y las inseguridades en torno al futuro. El autor sostiene que relaciones interpersonales poseen una importancia singular para ampliar el campo de oportunidades y lidiar con condiciones de vida precarias. Al reparar en una expresión enunciada por un trabajador rural de Pernambuco- “el dinero es bueno, pero un amigo es mejor”- L’ Estoile (2014) plantea que esta valoración diferencial entre dinero y amistad, no implica que ambas sean esferas indisociables. Las posibilidades de ampliar el “campo de oportunidades” y de alcanzar una buena vida se construyen “invirtiendo” en relaciones interpersonales, en las cuales no están ausentes las circulaciones monetarias. Inspirándome en estas

---

<sup>37</sup> La referencia a las tarjetas verde y azul forma parte del vocabulario coloquial a través del cual se evoca el cobro de dos planes de asistencia alimentaria: el Plan más vida y el Plan Nacional de Seguridad Alimentaria. Ver notas al pie n° 12 y 13.

<sup>38</sup> Ver nota al pie n° 36, en este capítulo.

reflexiones, podemos resaltar que ingresar a los espacios de capacitación promovidos por un programa estatal, supuso para las titulares la producción de mejoras en las formas de vida y la generación de arreglos para resolver problemáticas cotidianas, en las que la circulación de dinero y las formas de amistad se entrecruzaban y complementaban. Si los contenidos de las capacitaciones resaltaban las imágenes ejemplares de mujeres que se *organizaban* para “cambiar las cosas”; ellas construían cotidianamente su propia forma de introducir modificaciones en sus realidades cotidianas. Desarrollaban formas de ayudarse gestando vínculos de amistad, en los que circulaban objetos, dinero; se ponían en común problemas y chistes. Los espacios de formación propuestos por el programa eran incorporados a sus vidas a partir de estas relaciones que pasaban a ocupar el lugar de algo que se esperaba de una semana a la otra.

### **El programa como un refugio**

Corría el mes de marzo de 2015 y eran alrededor de las 8, 30 de la mañana. Laura, la presidenta de la cooperativa Nuevos Rumbos, esperaba junto a otras decenas de mujeres la llegada de la tallerista en la puerta de una unidad básica ubicada en el centro de Moreno, donde tenían lugar las capacitaciones de Género y Proyectos de País. Las saludé y escuché que conversaban acerca de cómo les había ido el día anterior, un domingo que algunas de ellas habían destinado a asistir a una movilización en apoyo a la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner en ocasión del acto inaugural de las sesiones ordinarias del Congreso de la Nación. Laura repasaba situaciones acontecidas durante la movilización y comentaba la cantidad de gente que se había acercado. Otras de las chicas, que no habían asistido pero sí habían escuchado el discurso en la televisión, comentaban algunos puntos centrales de la exposición. Laura tenía para ese entonces una vida agitada. No sólo participaba de los espacios formativos propuestos por el programa y realizaba una serie de tareas que le correspondían en tanto presidenta: ocuparse de planillas de asistencia, dar avisos a sus compañeras y acercar documentación al CAL. Hacía algunos meses que había “empezado a militar”. Su tiempo se repartía entre capacitaciones, trámites del programa, reuniones con funcionarios, asambleas de la organización en la que participaba, reuniones con integrantes del amplio escenario que conformaba el Frente para la Victoria en el distrito, actividades de campaña electoral, festivales recreativos para los niños y niñas de su barrio, el cuidado de su hijo y sus dos hijas y el trabajo doméstico que realizaba en su hogar.

El comienzo de su trayectoria de militancia política había tenido lugar con posterioridad a su ingreso al programa y había sido promovido a través de vínculos con determinados funcionarios y funcionarias estatales. En una charla a la que había sido convocada desde el Ellas Hacen, había conocido a una funcionaria de la Dirección de la Mujer del Municipio y la habían cautivado sus palabras acerca de “los derechos de las mujeres y el empoderamiento”. Laura, que en ese momento estaba tramitando el embargo de la asignación que cobraba su ex esposo, se acercó a hablarle y días después se dirigió a la Dirección para pedir asesoramiento sobre su problema. La celeridad y el compromiso de las funcionarias de esa oficina municipal, su paciencia para explicarle los pasos a seguir entusiasmaron a Laura. Sus visitas a la dirección comenzaron a hacerse casi cotidianas, acompañando a mujeres que tenían “algún problema”. “Entonces después ya eran demasiadas chicas que iban, muchas, todas con distintos problemas, todas de parte mía. (...) O [porque] no cobraban la asignación o el marido no le dejaba ver los chicos o no tenían para remedios o no les salía la pensión por discapacidad. No sé. Infinitudes. Hasta una que tenía que ir a ver un hijo que estaba preso y no conseguían el boleto. Cosas así”. Laura acabó haciéndose conocida de todas las que trabajaban en aquella dirección y tenía un trato directo con quien era en ese momento la directora. No sólo iba a la oficina acompañando a quienes solicitaban ayuda sobre una problemática, también organizó eventos en los que las funcionarias visitaron su barrio. Puntualmente recuerda una actividad que convocaron en una plaza en su barrio, a la que asistió la titular de la dirección: “Vino en un remís, me acuerdo, había más de doscientas chicas. Todas estaban porque yo les decía mañana va a venir la señora, que vos querés tal cosa, venite. Y esa a su vez le decía a otra, se bajaban del colectivo. Porque sabían quién era y se sentaban”

El vínculo que Laura estableció con la dirección de la mujer marcó el inicio de un recorrido que ella comenzó a hacer por las oficinas municipales, estableciendo contacto y ganándose la confianza de funcionarios y funcionarias. En el programa, conoció también a un coordinador territorial que la invitó a participar de Comunidad Organizada, una organización que estaba comenzando a gestarse. El coordinador territorial tenía unos 24 años y había mantenido durante el 2014 reuniones semanales con las presidentas de las cooperativas. Se consideraba a sí mismo un “militante del campo popular” y un trabajador estatal de aquellos que les gustaba “estar en el territorio”.

En poco tiempo, Laura se reconoció a sí misma como *referente* en su barrio y en la cooperativa. Sus compañeras veían en ella alguien a quien comentarle algún problema y pedirle ayuda. En su militancia, confluían tanto la voluntad por ayudar a las chicas



como su interés por construir un espacio propio y aportar a su crecimiento personal. Laura reivindicaba a menudo la importancia de “hacer algo” con el programa, ir “más allá” de las propuestas y construir proyecciones a futuro a partir de esa oportunidad. Esta voluntad de construir y sostener “un espacio propio” era relevante para ella en gran parte debido a experiencias previas. Solía decir que, luego de haber pasado por una “situación de violencia” con su ex marido, había reconocido la importancia de tener su autonomía. A esta situación se le sumaba una complicación de salud que había atravesado antes de ingresar al programa y que la había impedido de realizar diversas actividades durante un tiempo. Se trataba de un golpe en la cabeza que había sufrido cuando colocaba el techo de su casa y que le había provocado amnesias temporarias y desorientación, un estado del cual se recuperó tras estar un año en rehabilitación, asistiendo a neurólogos y realizando diversos ejercicios:

“Pienso que me refugié mucho también en el programa. Tenía que superar lo del accidente, de que me decían que no podía. Y valorarse, no es que no me valoraba pero en el sentido de valorarme yo como yo, como Laura. Siempre era “la mama de” , “la mujer de” .Y ahí era como que me reconocían por ser yo, no por la mama de alguien. Podía ser yo. Decir... “mirá lo que organicé”. El asunto de la plaza. O lo que pude hacer, mirá solamente le dije a tal persona y me resolvió un problema. Esa satisfacción, no sé, no sé si satisfacción, no sé como se explica. Pero era eso que me entusiasmaba”

Valorizarse a ella misma, entusiasmarse y experimentar sentimientos de satisfacción a partir de la comprobación de “lo que podía lograr” y de cómo esos logros le permitían “ayudar” a otras personas fue un aspecto central del modo en que vivenció su ingreso al Ellas Hacen y su consecuente acercamiento a la militancia. En su análisis sobre la participación de mujeres en la gestión cotidiana del Plan Vida, Laura Masson (2004) sostuvo que la tendencia a asociar el involucramiento en formas de organización política con una capacidad de dar sin recibir y actuar de forma altruista se corresponde con una serie de construcciones tradicionalmente asociadas a lo femenino. Siguiendo a la autora, la reivindicación de las prácticas de las manzaneras- quienes entregaban la leche proporcionada por el plan- como un trabajo desinteresado se correspondía con una dicotomía entre los términos solidario y político, que, propuesta en el discurso oficial, solía tensionarse en las interacciones concretas con vecinos y agentes. Las prácticas que analizamos aquí también invitan a repensar la oposición entre solidaridad o trabajo desinteresado y política. Para nuestra interlocutora, la percepción de la militancia como una forma de “ayudar” a otras personas, se articulaba con una construcción, también recurrente, de que la militancia implicaba hacer “algo por sí misma”. El altruismo o la solidaridad no se oponían a la posibilidad de apostar a su propio crecimiento. Laura

comenzó a proyectarse trabajando en el municipio, un objetivo que trastocó los planes que tenían inicialmente y que consistían en invertir el dinero percibido por el programa para montar un local en su casa y dedicarse a la venta de productos de limpieza. Su intención de empezar a trabajar en el municipio encontraba para ella sentido siempre y cuando pudiera también trabajar para conseguir mejoras en su barrio y “ayudar” a los que necesitaban. “A mí lo que me interesa es poder estar bien en el barrio, que la gente hable bien de mí y no mal. Lo que más me importa es conservar mi buen nombre. Mi abuelo siempre nos decía. Ustedes lo único que tienen, lo mejor que pueden tener, es su buen nombre, tener palabra.”, me dijo un día mientras conversábamos de sus motivaciones para seguir “en política”.

Si cuando ingresó al Ellas Hacen, Laura tenía previsto un destino específico para el dinero que iría a percibir: la construcción de un local en su casa y la puesta en marcha de un emprendimiento comercial; asistir a actividades propuestas por la política implicó conocer personas y forjar vínculos desde los que proyectar otros horizontes. No fue sólo encontrarse con una agrupación política en particular, sino fundamentalmente ponerse en contacto directo con un modo particular de hacer, y de “ayudar” que la puso en relación con diversas agencias estatales. El Estado, se hacía presente en su vida no solamente por su condición de titularidad de un programa estatal que le imponía una serie de requisitos de permanencia: asistir a capacitaciones, presentar documentación y gestionar planillas. A partir del desarrollo de su trayectoria como militante, Laura se encontraba con una diversidad de personas, oficinas, y formas de hacer que eran parte del Estado. Sobre esta heterogeneidad, ella construía una forma de militar que tenía mucho que ver con saber moverse en los vínculos con agentes estatales variados.

Lo que Laura lograba llevando a “las chicas del Ellas Hacen” a recorrer agencias estatales, pidiendo ayudas y estrechando vínculos con funcionarios de distintas áreas, era principalmente, ampliar el abanico de interlocutores y oficinas estatales a los que las titulares tenían acceso. Las interacciones con funcionarias adquirieron el carácter de trato personal confirmando la diversidad de procesos interpersonales y afectos que dan forma a las prácticas administrativas (Lynch Cisneros, 2012). Comenzar a militar implicó para Laura un proceso nuevo y en cierto punto imprevisto que podemos pensar como uno de los “efectos inesperados” de la política (Shore, 2010). Si, en sus palabras, ella se había “refugiado en el programa”, la “satisfacción” y “entusiasmo” que ella se detenía en describir, se encarnaba justamente en todo aquello que había logrado por fuera de lo que estaba implícito en los objetivos de la política.

Construir demandas en torno de la resolución de problemáticas relevantes para las vidas de sus compañeras requirió movilizar relaciones personales con funcionarios/as estatales, que Laura pudo construir en parte debido a que solía presentarse ante esas oficinas como representante de un colectivo (Wanderley, 2009). Referenciarse como presidenta de su cooperativa, acudir al encuentro de funcionarias acompañada de otras chicas y tener la capacidad de organizar eventos en los que asistían buena cantidad de mujeres le permitió a Laura dar respuesta a pedidos de vecinas y compañeras de cooperativa y alcanzar así sus primeros logros como militante. Esta multiplicidad de personas y oficinas con las que Laura entraba en contacto permitía resolver problemáticas que no eran directamente abordadas ni contempladas por el Ellas Hacen, y que eran sin embargo cruciales para la reproducción de la vida de sus compañeras, tornándose un eje central de su militancia.

## **II. INVENTAR TRABAJOS PARA PROMOVER LA ORGANIZACIÓN**

En agosto de 2009, durante el discurso de lanzamiento del Argentina Trabaja, la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner ponía énfasis en la voluntad de generar “empleo genuino”, como el “mejor antídoto contra la pobreza”. El Argentina Trabaja se propuso así fomentar la actividad económica e incrementar los ingresos de aquellos sectores de la población definidos como el “núcleo duro de la pobreza”, a través del “trabajo organizado y comunitario” y del incentivo al “desarrollo local”. En los documentos estatales de ese periodo, aparece explícitamente una intención por diferenciar a este programa de otras políticas implementadas por gobiernos precedentes, subrayando objetivos dirigidos a “generar y recuperar la dignidad del trabajo para la promoción de las familias”. Los trabajos propuestos para las cooperativas creadas a partir de este programa contemplaban la realización de obras “de mediana y baja complejidad” con un “fuerte impacto en los barrios” y orientadas a “mejorar las condiciones sociales y la calidad de vida de los vecinos y vecinas”.<sup>39</sup>

Las cooperativas fueron creadas a través del INAES y formalizadas gracias a la Resolución 3026, que le otorgaba fácil salida administrativa a las entidades incluidas en esta política. Inicialmente, se conformaron a partir de grupos de 60 integrantes. En 2012 tuvo lugar una redefinición en la implementación del programa que consistió en la reorganización de las cooperativas en grupos de 30 integrantes y en la inclusión de

---

<sup>39</sup> MDSN (2010) Guía Informativa del Programa de Ingreso Social con Trabajo publicada por el Ministerio en el año de lanzamiento del programa

componentes “hídricos, sanitarios, productivos”, el desarrollo de “obradores”, el estímulo al saneamiento de las riveras.<sup>40</sup> A diferencia del Ellas Hacen cuya implementación se efectuó a través del MDSN por medio de sus Centros de Atención Local, el Argentina Trabaja contempló una modalidad de gestión descentralizada, a través de gobiernos municipales, federaciones y mutuales. Inicialmente se priorizó a los gobiernos municipales como ejecutores de la política, despertando controversias en movimientos sociales que veían postergado su protagonismo en relación al rol preponderante que habían tenido en la gestión de política precedentes (Natalucci, 2012: Natalucci y Pasques Ronis, 2012; Gradin, 2014). El desarrollo de una serie de reclamos y movilizaciones por parte de las organizaciones sociales permitió que éstas accedieran a cupos y a la posibilidad de gestionar sus cooperativas (Natalucci, 2012; Hopp y Frega, 2012).

En los casi nueve años en los que fue implementado el Argentina Trabaja, las cooperativas desarrollaron una variedad de tareas, muchas de ellas vinculadas a obras de infraestructura pública, mejoras barriales y arreglos en las viviendas. En algunos casos y según iniciativas locales, se desarrollaron proyectos productivos tales como talleres de herrería, carpintería, textiles, entre otros. Estos trabajos tuvieron gran variabilidad de acuerdo a las relaciones locales, la posibilidad de acceder a materiales y las iniciativas de los gobiernos municipales y organizaciones sociales participando de su gestión. A continuación reconstruyo las trayectorias y formas de trabajo de cooperativas creadas a partir del Argentina Trabaja que forman parte del Movimiento Evita, dentro de la CTEP. Propongo analizar los modos en que en el marco de estas cooperativas creadas a partir de un programa estatal, las personas llevan adelante proyectos de trabajo orientadas a la construcción de formas colectivas de reproducción de la vida que recuperan experiencias previas de organización.

### **Con la cooperativa, construimos organización**

“Lo que nosotros hicimos es generarnos nuestro propio trabajo, dedicarnos al mejoramiento de viviendas. Vamos yendo a las casas de los compañeros que necesitan arreglar, y tienen los materiales y arreglamos”, me respondió Verónica cuando le pregunté a qué se dedicaba la cooperativa Todos Unidos, de la cual ella era presidenta. Estábamos en la puerta del local del Movimiento Evita y esperábamos a “la responsable política” de dicha organización en el distrito de Pilar con quien Verónica me había

---

<sup>40</sup> Resolución de la Secretaría de Coordinación y Monitoreo Institucional N°1499/2012. Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

sugerido conversar. Luego de pronunciar esas palabras sin titubeos, Verónica hizo una pausa, le dio una pitada a un cigarrillo y extendió su mano, para señalar la llegada de Belén, que era a quien estábamos esperando.

El local del Evita tenía un hall de entrada, un salón grande y un espacio pequeño al que Belén se refirió como “la oficina”. Allí fue que nos reunimos y conversamos sentadas alrededor de una estufa eléctrica. Era el mes de junio de 2016 y el invierno se sentía intenso en aquel espacio. Luego de preguntarme de dónde venía y en qué consistía la investigación que estaba desarrollando, Belén compartió su impresión acerca de los trabajos realizados por las cooperativas creadas a partir del Argentina Trabaja:

- Las cooperativas nos parecen una buena oportunidad para crear organización, que no sean sólo programas sociales. Nosotros veíamos que las cooperativas se ocupaban principalmente de servicios y eso era algo que no estaba bueno, no le servía a nadie...

-¿Vos decís barrido y eso?- dije

-Claro, eso. Entonces no generaban un vínculo con el vecino, una organización. Porque el vecino empezaba a pensar que el otro le tenía que ir a barrer y eso no le servía nadie. Entonces fuimos generando otros trabajos, algunos están haciendo mejoramiento de viviendas, construcción. Tenemos una que hace mermeladas, venden acá en la feria, una que están haciendo bloques. Y otra que está con un emprendimiento textil.

No serían estas las únicas veces que escucharía a diferentes referentes y militantes del Movimiento Evita relatar las cosas que “se hacían” con las cooperativas. Tampoco sería la única vez en que la descripción de las actividades evocaría la asociación entre dichos trabajos y la “construcción de organización” y vínculos con “los vecinos”. Referirse al trabajo como algo que es *generado* o *inventado* suponía por un lado reivindicar un lugar activo en el despliegue de aquello que proponen las políticas. Pero además, la utilización de esta expresión anclaba en planteos y reivindicaciones sostenidas por la CTEP. Con esas palabras se sintetizaba la pertenencia a una parte de la sociedad definida como *economía popular* y compuesta por aquellos sectores de la población que sobrevivían gracias a *inventarse* el trabajo (Pérsico y Graboís, 2014). La construcción política de la CTEP condensa por un lado una lectura acerca de la distribución de la riqueza, la configuración de las clases y las formas actuales del capitalismo, desde la que se plantea el carácter cada vez más excepcional del trabajo asalariado, creando una demanda por derechos para aquellos que se encuentran históricamente excluidos de esa condición (Fernández Álvarez, 2016b, Señorans, 2018). Se trata de una forma de organización y demanda en la que los sentidos sociales e históricamente asociados al

trabajo asalariado operan “como un horizonte desde el que disputar derechos” (Fernández Álvarez, 2016b: 84).

Algunas semanas después de esa visita al local del movimiento, me acerqué a una jornada de trabajo de la cooperativa en la cual Verónica ocupaba el rol de presidenta. Me encontré con ella en el mismo local en el que habíamos esperado a Belén y caminamos juntas a la casa en la que se encontraban trabajando ese día. Mientras recorríamos las calles de su barrio, Verónica me señaló una escuela que habían pintado, una salita en la que habían hecho reparaciones y una parroquia que sabía que tenía un comedor todo equipado y en desuso el cual proyectaba poner en funcionamiento con la cooperativa. Al pisar la calle sobre la que estaba ubicada su casa, me aclaró: “Este asfalto lo conseguimos gracias a la lucha de los vecinos”. Acto seguido, comenzó a relatarme las protestas y movilizaciones que habían llevado adelante hacía un año atrás junto a un grupo de vecinos, pidiéndole al municipio que hiciera efectiva la obra de pavimentado de esa calle, después de que ésta hubiera sido aprobada en el concejo deliberante.

La caminata, que no era larga, se hizo aún más veloz mientras Verónica retrataba la historia de diversos trabajos realizados con la cooperativa y las formas de organización que venían desarrollando. Las calles, viviendas e instituciones parecían ofrecer puntapiés ideales para introducir informaciones nuevas. Fue en esa charla que escuché por primera vez la historia de la primera casa que habían construido con la cooperativa. Se trataba de la vivienda de una señora mayor que habitaba hasta entonces una “casilla” de chapa y madera. La señora había obtenido un subsidio destinado a la compra de materiales, pero no poseía recursos para contratar mano de obra ni contaba con las posibilidades de hacerlo ella misma o de pedirle ayuda a alguien de su entorno. Una trabajadora social que conocía su caso y que había tenido contacto con la cooperativa cuando habían estado trabajando en la salita de primeros auxilios, les preguntó si se animaban a construirle la casa. Recuerdan que se trató de un gran desafío ya que implicó levantar una casa “desde cero”, tarea para la cual muchos integrantes tuvieron que aprender oficios desconocidos y otros, que ya poseían conocimientos de albañilería, poner en común estos saberes y transmitirlos a sus compañeros y compañeras. La obra fue realizada en diciembre; los y las integrantes de la cooperativa cuentan que “le pusieron pila” para finalizarla antes de año nuevo y rememoran aquellas jornadas con satisfacción, destacando la alegría que sintieron al ver el avance en la construcción de la vivienda y al compartir con la señora su emoción cuando estuvo terminada. A partir de esa experiencia inicial, los y las integrantes de Todos Unidos fueron profundizando sus conocimientos y ganando experiencia en tareas vinculadas a la construcción y

mejoramiento de viviendas. Si bien las posibilidades de realizar estos trabajos encontraron habitualmente los límites de la disponibilidad de materiales para las obras; éstas pasaron a ser las tareas más comunes de la cooperativa.

En las descripciones que esa mañana Verónica alternaba con la caminata, la trayectoria de la cooperativa se entrelazaba con ideas de aquello que soñaba construir para el futuro y se ilustraban en un detallado conocimiento de las historias y necesidades de sus vecinos y vecinas. Entre esas historias, Verónica me habló también de Mirta, la dueña de la vivienda a la que nos dirigíamos. Mirta era integrante de la cooperativa y en ese momento sus compañeros estaban ayudándola a reparar los daños que habían sido ocasionados en su vivienda producto de un incendio. Justo en frente de la casa de Mirta, había una placita en la que habían instalado dos arcos de fútbol. Atravesamos la “canchita” y Verónica aprovechó para comentarme que la cooperativa también se ocupaba de mantener ese espacio verde; en el que durante un tiempo habían promovido actividades deportivas junto a su marido que también era integrante de la cooperativa y participaba de actividades del Movimiento Evita. En la casa de Mirta, las personas allí presentes se repartían las tareas de revoque que harían ese día. El marido de Verónica y otro integrante de la cooperativa revocaban la habitación principal subidos a un andamio que habían improvisado con una escalera y una tabla de madera. Otro cortaba unos troncos, mientras el resto se dividía entre preparar la mezcla, alcanzar materiales y cebar algunos mates. En una breve reunión, se organizaron las actividades pendientes para la jornada, que incluían amasar las tortas fritas y buscar maderas para prender el fuego en el merendero que esa tarde tendría lugar en la casa de Verónica, cortar el pasto de la canchita, continuar el revocado de las paredes, preparar el almuerzo. En esa charla grupal, también se intercambiaron ideas acerca de qué acciones llevar adelante en el futuro

-Una cosa que estaría bueno empezar a hacer, es armar un frente barrial, para reclamar las cosas que queremos acá en el barrio. Los funcionarios, ni bien asumen, se olvidan de los problemas del barrio, y nosotros tenemos que estar en la calle, hablando con los vecinos, caminando el barrio, porque no nos van a venir a dar nada si no nos movemos.- dijo Verónica

-Hay que pro- tes- tar- dijo otro integrante de la cooperativa -. Si las cosas no nos gustan, si no llegamos a fin de mes, tenemos que reclamar

-También podemos hacer huerta- continuó Verónica- podemos hacer dos, tres huertas en distintas casas. Todos sabemos hacerlo porque alguna vez lo hemos hecho, y tener unos tomates, unos morrones...

La conversación continuó entre preocupaciones por la situación actual de los precios de los alimentos y especulaciones acerca de cómo treparían en los próximos meses los valores del kilo de tomates. “La cooperativa tiene que servirnos para construir organización”, dijo Verónica mientras compartía con entusiasmo las ideas que tenía en mente y aseguraba que ofrecerían posibilidades para resolver problemas cotidianos suyos y de otras personas que habitaban sus mismos barrios.

La caminata junto a Verónica, el relato de las actividades llevadas adelante en el pasado y la breve reunión en la que se organizaban tareas y se proyectaban perspectivas a futuro me permitió visualizar rápidamente que los trabajos de la cooperativa comprendían un conjunto diverso de actividades que variaban de acuerdo a las posibilidades y necesidades registradas en cada momento. Si bien Verónica había respondido inicialmente que se dedicaban a “mejorar y arreglar viviendas”; en la práctica ésta no era la única actividad que llevaban adelante. Los y las integrantes de la cooperativa sostenían un merendero tres veces por semana, gestionando parte de la ayuda alimentaria que el MDSN otorga a través de la CTEP; ponían en marcha huertas en las casas de algunos de sus integrantes; proyectaban formas de organización y movilización, discutían su asistencia a las medidas de protesta a las que adhería el Movimiento Evita. Varias veces, la escuché a Verónica definir el trabajo de su cooperativa como *refacciones sociales*. Una categoría con la que ella sintetizaba el hecho de que se trataba de un trabajo *social*, porque estaba específicamente destinado a personas que necesitaban mejorar sus viviendas y juntaban de a poco los materiales pero les resultaría muy difícil pagar por la mano de obra. De esta manera, ella parecía enfatizar en que más que un rubro, o un conjunto especializado de oficios que podrían ser contenidos en el “objeto social” de la cooperativa, la relevancia de sus actividades estaba definida por las personas hacia quienes las tareas estaban dirigidas. Se trataba de vecinos y vecinas, habitantes de sus mismos barrios, con necesidades similares a las suyas.

Estas formas de organización y esta tendencia a producir colectivamente la resolución de necesidades ligadas a las condiciones de vida en los barrios populares no se desprendía únicamente de la intervención estatal. Si bien, como ya hemos citado más arriba, las normativas y resoluciones de lanzamiento del programa Argentina Trabaja evocaban esta asociación entre trabajo asociativo, organización barrial y producción de mejoras en las condiciones de vida; nuestro caso evidencia que la proyección de estas formas de trabajo y construcción política se corresponde también con una serie de cuestiones vinculadas a trayectorias previas. Para Verónica, participar de la cooperativa formaba parte de un conjunto de modalidades de organización de las que ella venía



siendo parte desde temprana edad y que interpelaban tanto las formas de vida en el barrio como la construcción de formas de organización gremial en torno al oficio que realizaba desde chica: la venta ambulante en el ferrocarril

En 2016, Verónica tenía 36 años de edad y hacía 13 que vivía en el mismo barrio de Pilar que recorriamos esa mañana de julio. Su infancia había transcurrido en un barrio de San Miguel que por ese entonces era un asentamiento precario. Ante la pérdida del trabajo que su padre tenía como chofer de colectivo, ella y su familia atravesaron una etapa que recuerda como muy difícil, marcada por la escasez de recursos básicos para la subsistencia. Fue en ese contexto que desde muy temprana edad comenzó a trabajar en la venta ambulante en el ferrocarril. Según suele reconstruir, el comienzo de su trayectoria como militante peronista tuvo lugar a sus 14 años de edad, cuando junto con su madre participaron de una serie de procesos organizativos dirigidos a demandar mejoras en el barrio que habitaban. Recuerda que participaron de una asociación de jubilados, pidieron el acceso a servicios públicos y demandaron mercadería que se repartía entre vecinos. A los 18 años, obtuvo la titularidad del Programa Barrios Bonaerenses. En el contexto de este programa realizó tareas de “contraprestación” que también estaban orientadas a mejorar el barrio. El trabajo, organizado en “cuadrillas”, consistía en la limpieza, zanjeo, desmalezamiento y rastrillaje de las calles del barrio. El voto de sus compañeros y compañeras de cuadrilla le concedió en ese entonces el lugar de “capataz”, para sorpresa de los funcionarios estatales que no entendían como alguien de tan solo 18 años había logrado ese reconocimiento.

A los 23 años, Verónica se juntó con Juan, su actual pareja, también vendedor del ferrocarril y ambos se mudaron a Pilar. Allí, una vecina la invitó a las reuniones del MTD Evita y así comenzó una trayectoria de militancia en esa organización en la que también participó su marido. Dentro de las distintas actividades que ambos realizaron en el marco del Evita, una de las iniciativas que promovieron marcó un claro antecedente al posterior proyecto de las *refacciones sociales*. Se trató de la campaña “Una mano por tu rancho”, mediante la cual invitaban a los/as vecinos/as a involucrarse en jornadas solidarias orientadas a mejorar las viviendas de quienes lo necesitaran.

Así, el trabajo de refacción de viviendas y la multiplicidad de formas de organización que Verónica ponía en marcha junto a sus compañeros/as de cooperativa retomaba una trayectoria más amplia de experiencias de militancia y del tránsito por otros programas estatales. En comparación a los trabajos de mejoras en las calles y veredas del barrio realizados anteriormente- en el marco del Argentina Trabaja y del Barrios Bonaerenses- las *refacciones viviendas*, las huertas, las mejoras en instituciones educativas eran

consideras actividades de relevancia, que resultaba más grato realizar: “Con el Argentina Trabaja, cuando empezamos nos habían mandado a hacer saneamiento, rastrillaje, limpieza. Nos daban escobilla y bolsa de basura. (...) Lo que discutimos nosotros es que decíamos que estábamos todo el tiempo limpiando la calle, que eso tampoco se veía, no tenía fruto (...) Eso lo puede hacer tranquilamente el dueño de casa, pero nosotros no veíamos ningún fruto. Para mejorar nuestro barrio era necesario hacer las refacciones de escuelas, de las instituciones públicas que teníamos en el barrio como el centro de salud, el jardín de infantes, el centro de boy scout, el comedor que tenemos acá”, planteaba Verónica.

En más de una oportunidad, escuché a los y las integrantes de la cooperativa referirse a estos trabajos como tareas más *útiles*, *productivas* e incluso más *satisfactorias* que aquellas ligadas al mantenimiento y limpieza de los espacios públicos. Al igual que había planteado Belén en nuestra primera charla, “barrerle la vereda al vecino”, era concebida como una actividad menos relevante para la construcción de modalidades de organización barrial. Sus efectos eran menos durables, solían borrarse con facilidad y constituían acciones que el propio vecino podía hacer por el mismo.

La historia de la cooperativa implicó un movimiento de las calles, a las instituciones barriales y de allí, a las casas. Recorridos similares pude registrar en otras cooperativas del Argentina Trabaja nucleadas la CTEP- Evita con las que pude interactuar. La cooperativa Nestornauta, cuyos integrantes habitan en barrios cercanos al de Verónica también comenzó realizando tareas de barrido y limpieza de las calles para posteriormente volcarse a la refacción de casas y luego dedicarse más específicamente a realizar diversas actividades en colaboración con instituciones educativas. Analía, su presidenta, me expresó en reiteradas oportunidades el avance significativo que implicó para ellos lograr su entrada a las escuelas, espacio en el que sentían que su trabajo era reconocido y constituía un aporte para las condiciones de escolaridad de los niños y niñas, algunos de los cuales eran familiares de integrantes de la cooperativa. Ella tenía una trayectoria previa de participación en la cooperadora escolar del jardín de infantes al que acudieron sus hijos y ahora que ellos ya habían crecido, varias de las maestras que había conocido en ese entonces se desempeñaban ahora como directoras en instituciones educativas nuevas. Los vínculos de confianza que ella tenía con maestras y directoras y su conocimiento tanto de cuestiones que suelen ser necesarias en las escuelas como de las formas esperadas de moverse en esos espacios, había agilizado el trabajo para trabajar allí. Verónica me la presentó en un festejo de los diez años del Movimiento Evita en Pilar que ocurrió a fines del 2016 y ella llevaba consigo una cartulina azul con una foto de la cooperativa, que una de las escuelas le había entregado a título

de “reconocimiento por su trabajo desinteresado durante los últimos cinco años”. Me mostró el diploma con orgullo y posó junto a sus compañeros y compañeras exhibiéndolo en una foto que les saqué.

Estos casos, evidencian que de forma recurrente el trabajo realizado en la cooperativa es vivenciado por sus integrantes como algo que no viene dado, que debe ser construido y que requiere que las personas pongan en común ideas y conocimientos, movilicen relaciones y analicen el aporte que dejan determinadas actividades. Si ponemos en relación las trayectorias de estas cooperativas con aquello que fue establecido desde las normativas que regularon la implementación del Argentina Trabaja, encontramos congruencias que sin embargo, no generan efectos lineales ni se concretan de un modo homogéneo. Entre los años 2012 y 2013 se sancionaron normativas dentro del MDSN que buscaban fomentar desde la gestión estatal una mayor “especialización de las cooperativas de trabajo”, contemplando la necesidad de promover acciones que aporten “mayores beneficios a las comunidades destinatarias” e incluyendo específicamente la posibilidad de que éstas lleven adelante tareas de mejoras de “vivienda social” y “acondicionamiento y adecuación de establecimientos educativos e instituciones hospitalarias”.<sup>41</sup> De esta manera, las políticas propusieron en parte este desplazamiento de un foco inicialmente puesto en las tareas de “barrido y limpieza” de las calles hacia la refacción de viviendas, el mantenimiento de instituciones públicas y el desarrollo de proyectos productivos. Sin desmerecer la influencia de estos lineamientos, mirando desde la perspectiva de las personas que integraron estas cooperativas y reconstruyendo sus trayectorias es posible considerar también el modo en que en la proyección de estos horizontes de trabajo, se pusieron en juego experiencias organizativas previas, relaciones sociales y conocimientos de sus integrantes. Al hacer efectiva la construcción de estas formas de trabajo, las personas acudieron a formas de organización ya conocidas y movilizaron vínculos de confianza que tenían en sus barrios.

Un conjunto de trabajos etnográficos ha analizado las modalidades en que movimientos de desocupados se vincularon con la gestión cotidiana de los programas estatales, a partir de la reconstrucción de las prácticas de las personas que formaron parte de estas organizaciones (Quirós, 2011; Manzano, 2013; Ferraudi Curto, 2006, 2011; Colabella, 2012). En diálogo crítico con aquellos análisis sobre las relaciones entre estado y organizaciones sociales que habían enfatizando en la configuración de prácticas clientelares y en los procesos de institucionalización de los movimientos; estos trabajos

---

<sup>41</sup> Resoluciones 1499/2012,3877/2013 y 7921/2013.

han analizado las tramas de relaciones y sentidos que se articulan en torno a la demanda de *planes* y la puesta en marcha de prácticas de contraprestación (Manzano, 2008, 2013; Quirós, 2006, 2011). Desde la perspectiva de los movimientos, los programas de empleo transitorio constituyeron, más que beneficios otorgados por el Estado, objetos de demanda y *conquistas* producto de la *lucha* (Quirós, 2011; Manzano, 2013). Las prácticas de los y las integrantes de movimientos sociales se orientaron hacia la proyección e intención de “ir más allá de la caja y el plan” o de aquellas demandas definidas como “reivindicativas” (Quirós, 2006, 2011; Ferraudi Curto, 2006). Específicamente, Quirós (2011) planteó que en el hacer cotidiano de las personas, la realización de prácticas “de contraprestación” que eran requisito para la permanencia en estos programas, no inculcaba la posibilidad de generar formas de *compromiso* con estos espacios, desbordándose en la práctica los límites entre lo obligatorio y lo voluntario.<sup>42</sup>

Estas advertencias se encuentran en consonancia con aquello que venimos analizando en estas páginas. Las personas con las que interactué no solamente reproducían en sus prácticas de trabajo los lineamientos de las políticas. Además de cumplir con aquellas horas de trabajo necesarias para la permanencia en los programas, se producían formas de organización colectiva. Al igual que plantearon los estudios sobre movimientos desocupados, la participación en aquellas prácticas de trabajo promovidas en el marco de estas políticas constituye una arista central de los modos en que las personas construyen su *compromiso* e *involucramiento* con estas organizaciones y en las formas en que se plantea la interacción con el Estado (Quirós, 2011; Manzano, 2013). En el caso que venimos analizando, resulta también significativa la forma en que estos programas estatales se articulan y solapan con formas de *organización* barrial que son centrales para la reproducción de la vida y que interpelan los límites de la categoría “producción”, tal como lo desarrollo a continuación.

### **Inventar trabajo y desbordar los límites de lo productivo**

El proceso de *invención* del trabajo que llevaban adelante las cooperativas implicaba no solo construir las condiciones materiales para poder llevar adelante obras de construcción y otras tareas diversas, sino también una reflexión cotidiana acerca de la relevancia que tenían cada uno de esos trabajos. Preguntarse qué tareas valían la pena

---

<sup>42</sup> En el capítulo tres se explorarán con más detalle los alcances de esta perspectiva que supone problematizar visiones dicotómicas y normativas de la política, tal como ha sido advertido en Fernández Álvarez, 2007, 2017, Quirós, 2011; Colabella, 2012.

de ser realizadas, cuales aportaban más o dejaban “más frutos” constituyó una parte central de estas prácticas. Esta reflexión, muchas veces interpelaba los límites de aquello que era considerado *productivo* según las definiciones establecidas por funcionarios estatales. En septiembre de 2016, Verónica me contó un intercambio que resulta ilustrativo de estas cuestiones. Las cooperativas habían sido convocadas por el Ministerio de Desarrollo Social a una jornada de “Empadronamiento y actualización de datos”. Se trataba de un trámite anual que solían realizar los y las titulares de los programas Argentina Trabaja y Ellas Hacen y consistía en una breve encuesta, realizada a cargo de funcionarios y funcionarias estatales, acerca de variadas cuestiones vinculadas tanto a las condiciones de vida, la situación educativa y familiar como a las opiniones que las personas tenían con respecto al programa y a sus proyectos futuro. Según me contó Verónica, quien llevó adelante la encuesta esa mañana de septiembre de 2016, les dio a entender que era importante para las cooperativas la puesta en marcha de proyectos productivos, lo cual eventualmente se podría convertir en una condición para continuar en el programa. En diálogo con dicho agente estatal, ella comentó los proyectos que llevaban adelante desde su cooperativa. Habló específicamente de la refacción de viviendas y de las huertas. “A nosotros lo que nos gustaría es capacitarnos en producción agroecológica. No queremos que nos vengan a explicar qué se planta en cada estación porque eso ya lo sabemos. Queremos aprender sobre compost orgánico”, le dijo. El funcionario estatal se mostró interesado en este punto y agregó que las verduras orgánicas podían ser comercializadas con facilidad ya que se estaban vendiendo a precios muy elevados en los barrios privados de Pilar. Verónica me relató ese intercambio sin disimular indignación: “¿Por qué tiene que ser para los ricos? ¿Por qué la gente pobre no puede comer verdura de buena calidad, sin pesticidas? Todo me lo quería llevar para el lado de venderlo, de hacer plata, y yo quiero que hagamos para la gente del barrio”.

El funcionario estatal priorizaba la ejecución de proyectos cuyos productos pudieran venderse a un buen precio y, en este sentido, sugería como posibles consumidores a personas de altos ingresos residentes en los barrios privados de la zona. En contraste con esta definición, las prácticas cotidianas de la cooperativa interpelaban la categoría de producción y ampliaban sus límites, incorporando la importancia de hacer un trabajo que sea con y para el barrio y que sea durable más allá del tiempo de la jornada laboral. Si barrer la vereda, “no dejaba tantos frutos” como construir casas; la producción agroecológica de verduras podía considerarse un trabajo productivo siempre y cuando permitiera transmitirle un conocimiento a vecinos y vecinas y favorecer el consumo de productos de mejor calidad; colaborando en la organización del barrio. La cooperativa

reclamaba en sus acciones la productividad de una serie de prácticas que incluían mayormente trabajos realizados en las casas, como el mantenimiento de las viviendas y la producción de alimentos para el consumo familiar. De esta manera se desafiaba el dualismo entre aquellas acciones orientadas hacia la producción, en tanto implicaban la generación de bienes y servicios a ser intercambiados en el mercado, y las que perseguían como fin la reproducción de la vida, definidas habitualmente como trabajo doméstico o reproductivo.

La necesidad de problematizar visiones duales y jerárquicas de la economía ha sido advertida por una serie de estudios feministas que han propuesto desarrollar análisis que superen el esquema androcéntrico basado en un sujeto ideal y autosuficiente (Carrasco, 2013; Pérez Orozco, 2014). El concepto de trabajo reproductivo fue introducido con el objetivo de dar cuenta del aporte de estos trabajos para la consecución del bienestar y el sostenimiento de la vida (Carrasco, 2003; Picchio, 2009; Benería, 2006). Más recientemente, el debate académico se ha orientado hacia interrogar cuáles son las condiciones para lograr la producción de vidas dignas o vivibles. El concepto de sostenibilidad de la vida ha puesto de relieve que la vida humana es siempre vulnerable y precaria y se resuelve gracias a redes de interdependencia (Herrero, 2013; Pérez Orozco, 2014). Pérez Orozco (2014) plantea la necesidad de visibilizar la amplitud de procesos y trabajos que son necesarios para mantener la vida, desbordando modelos binaristas. La oposición entre trabajo productivo y reproductivo, trae consigo la jerarquización de aquellas actividades asociadas a lo masculino, al espacio público y a la remuneración. Ubicar al sostenimiento de la vida en el centro del análisis, permite poner en suspenso estas oposiciones jerárquicas, para poner en práctica una mirada transversal que permita observar la “interacción dinámica entre ambas esferas y su entretendido” (2014: 47). Esta mirada reconoce que las fronteras entre el mundo del trabajo y otras actividades vitales no son nada evidentes y tienden a ser cada vez más difusas. La construcción política que lleva adelante la CTEP posee algunos puntos en común con esta perspectiva, en tanto reivindica una noción de trabajo que no queda reducida a lo estrictamente mercantil y considera todo aquello que permite la supervivencia de quienes son parte de la “economía popular”. Como señala Fernández Álvarez (2018) este reconocimiento de quienes conforman este sector de la sociedad como trabajadores otorga legitimidad a una demanda por derechos, que supone asimismo la construcción colectiva y disputa de nociones de bienestar. La autora analiza la experiencia organizativa de vendedores de los espacios públicos, de la cual la propia Verónica forma parte por su trabajo en el ferrocarril. Su análisis pone de relieve que la construcción de formas de organización colectiva y la formación de una

cooperativa de trabajo integrada por vendedores, constituye una práctica de cuidado que permite la defensa de una forma de vida que está siendo amenazada, proyectando desde allí la demanda por derechos históricamente negados.

Recuperando estas contribuciones para el caso que venimos analizando, podemos afirmar también que la proyección y disputa de formas de bienestar, supone reconocer el carácter compartido de problemáticas vinculadas a las condiciones de vida en barrios populares, como las formas precarias de la vivienda o la dificultad para acceder a alimentos de calidad. Las prácticas cotidianas de la cooperativa en análisis ponen de manifiesto la necesidad de desarrollar arreglos colectivos para “mejorar la vida del vecino”, satisfaciendo necesidades propias y ajenas. Estas formas de organización colectiva van más allá de garantizar la supervivencia o de cumplir con los requisitos de un programa estatal. En ocasiones suponen problematizar el acceso a ciertos recursos y patrones de consumo- “¿Por qué los pobres no podemos comer comida sin agrotóxicos?”. Sus actividades resultan una interesante oportunidad para repensar los límites de la categoría producción, en tanto reivindican la invención de trabajo – productivo– como un conjunto de acciones que son realizadas en los hogares y que tienen como fin último no solo resolver necesidades, sino también mejorar las condiciones de vida. En el día a día, se construye un estado de atención hacia las necesidades de quienes participan de la cooperativa y sus vecinos. Recuperando las palabras de Pérez Orozco (2014) se construyen formas colectivas de resolver la interdependencia. En un ir y venir de proyectos que se diversifican cotidianamente confirman la porosidad de las fronteras entre aquello que es considerado trabajo y las prácticas orientadas hacia construir mejores condiciones de vida. Como desarrollaremos en el siguiente apartado, esta valorización del trabajo *inventado* por los y las titulares del Argentina Trabaja en términos de su contribución a la mejora de las condiciones de vida, se sostenía también a través de la circulación de productos entre cooperativas, cuyos proyectos laborales se entrelazaban aportando a la construcción política que ponía en marcha la CTEP.

## **Sabemos que somos trabajadores**

En diciembre de 2016, siguiendo las sugerencias de Verónica, me reuní con Roxana, la principal *referente* del Movimiento Evita en el distrito de San Miguel. Tal como había hecho Belén, ella también se dispuso a comentarme la multiplicidad de trabajos que *generaban* desde las cooperativas, hilando en su discurso la enumeración de aquellos

proyectos que estaban en marcha con la descripción de los que pensaban promover en el corto plazo. Me dijo que algunas cooperativas hacían “mejoras en el barrio”, trabajando en la remodelación de plazas, haciendo veredas y refaccionando viviendas. Resaltó que en el último tiempo, como había sucedido en la mayoría de los distritos del Gran Buenos Aires, habían tenido que multiplicar merenderos, en los que muchas mujeres preparaban comidas para los niños y niñas del barrio.<sup>43</sup> Se detuvo puntualmente en remarcar la importancia de que se desarrollen prácticas de formación en oficios y me habló de talleres de carpintería, herrería y bloqueras.

Una particularidad del trabajo de las cooperativas del Argentina Trabaja en San Miguel, consistía en que muchas de éstas, acudían dos veces por semana a participar de jornadas laborales en un espacio común, al cual las personas solían referirse como “el polo productivo”. Allí, las cooperativas cumplían un horario de cuatro horas que iba desde las 8 de la mañana hasta las 12 del mediodía. Así, el tiempo de trabajo de los y las titulares se dividía entre la realización de los proyectos que se llevaban adelante en sus barrios- mejoras de infraestructura, reformas en las casas, merenderos, entre otros- y la participación en aquellos trabajos que tenían lugar en este espacio central, sede de la CTEP Evita en el distrito. El “polo” estaba ubicado a unas diez cuadras de la estación de San Miguel, en una casa cedida por un militante del Movimiento Evita y situada en una zona de casonas antiguas y quintas de fin de semana. Un terreno amplio y parquizado rodeaba a la casa, en la que se observaban los vestigios de lo que seguramente alguna vez había sido una quinta de fin de semana. Un rectángulo de cemento evidenciaba los restos de una pileta de material que había sido cubierta para evitar la acumulación de agua o posibles accidentes.

En febrero de 2017 comencé a acompañar las jornadas laborales del “polo”, en donde se realizaban distintos trabajos. A través de un vínculo con promotores del INTA, se desarrollaban proyectos de vivero y huerta. También se habían gestionado los materiales necesarios y herramientas para producir bloques, y para desarrollar un proyecto de herrería. Rejas, bloques y verduras que se generaban allí eran destinados a abastecer los merenderos desarrollados en varios barrios del distrito. A medida que fui conociendo el modo en que se construían las formas de trabajo allí, fui percibiendo que el trabajo en el “polo productivo” complementaba y reforzaba aquellos proyectos que las cooperativas ponían en marcha en los barrios. De este modo. la producción

---

<sup>43</sup> Distintos informes han registrado que al asistencia a comedores comunitarios y merenderos registró un aumento sostenido a partir de los años 2016 y 2017 (CELS, 2017; UCA, 2018). Según sistematizaciones realizados desde la UCA, en el bienio 2017 y 2018, la proporción de niños, niñas y adolescente que se encontraban experimentando inseguridad alimentaria alcanzaba el 29,3%.



generada en este espacio se insertaba en circuitos de aprovisionamiento que fortalecían iniciativas dirigidas a mejorar las condiciones de vida en los barrios. Dolores Señorans (2018) ha observado procesos similares en su etnografía sobre la conformación de un polo textil, que integra la CTEP. La autora sostiene que las relaciones construidas en el “polo textil” habilitaron el desarrollo de prácticas en las que el espacio laboral se articuló con formas de sostener la vida más allá de él. La construcción colectiva de formas de resolver el cuidado de los hijos, la generación de estrategias de ayuda mutua y la disputa por conseguir mejoras en el barrio constituían actividades sumamente valoradas, que conformaban al polo textil como un espacio de organización en el que se trascendía el trabajo y lo productivo. En nuestro caso de análisis, vale la pena resaltar que la relevancia de aquellos productos – rejas, bloques, alimentos- que los y las titulares de Argentina Trabaja generaban en el polo productivo tampoco radicaba exclusivamente en el valor de la producción en sí, sino en el modo en que estos bienes insertaban en circuitos de abastecimiento que favorecían una construcción política más amplia. Es decir, que, de un modo similar al que plantea Señorans (2018), el valor del trabajo se relacionaba con la construcción de formas de organización orientadas a reproducir la vida.

La organización de las tareas cotidianas del polo estaba a cargo de cinco mujeres, todas titulares del Argentina Trabaja. Ellas asistían todos los días, llegaban unos minutos antes de las 8 y solían irse un poco después del mediodía. Se ocupaban de gestionar planillas de asistencia, organizar grupos de trabajo, proveer herramientas y otros materiales necesarios para realizar los trabajos y difundir información necesaria. Para ellas, dedicarse a la realización de estas tareas había implicado asumir mayores responsabilidades, un proceso que ellas y otras personas reconocían como de *crecimiento* en la política.<sup>44</sup> Eran ellas quienes solían hablar en asambleas, encabezar movilizaciones y quienes aparecían recurrentemente en las fotos que, luego de alguna protesta o acto, se exhibían en redes sociales. En muchos casos, ellas también eran *referentes* importantes en sus barrios y, al finalizar las jornadas en “el polo”, regresaban a casas en las que tenían lugar merenderos, centros “socio comunitarios”, talleres productivos.<sup>45</sup> Estos eran los casos de personas como Matilde y María. Ambas eran

---

<sup>44</sup> Se observan en este punto procesos que coinciden con aquello que ha registrado Manzano (2008) sobre el modo en que la gestión de programas estatales puso a los y las integrantes de movimientos sociales en relación con prácticas y vocabularios “técnicos” específicos. La autora plantea que estos procesos modelaron la vida cotidiana de estas organizaciones y también abrieron camino a la apropiación colectiva de saberes y al desarrollo de formas de especialización técnica y aprendizajes que marcaron puntos de inflexión en las trayectorias de vida de algunas personas.

<sup>45</sup> En el capítulo dos profundizaremos en los vínculos entre la producción de formas de organización colectiva y la generación de procesos de construcción y reforma de las casas.

militantes con años de trayectoria en el Movimiento Evita. El inicio de sus trayectorias como militantes se remontaba al periodo posterior a la crisis del 2001, a partir de la participación en las prácticas de movilización que habían puesto en marcha organizaciones de desocupados.

Matilde tenía en 2017, 48 años de edad y cuatro hijos. Antes de participar del Movimiento Evita había formado parte de Barrios de Pie<sup>46</sup>. Se había acercado a dicho movimiento cerca del año 2002, cuando fue a “averiguar sobre los planes” luego de haber perdido su trabajo como empleada en casas particulares. Su participación en este movimiento se volvió central en su vida cotidiana. No sólo resolvió allí como alimentar a sus hijos que asistían al comedor y obtuvo luego la titularidad en el Programa de Empleo Comunitario<sup>47</sup>. Encontró en esta forma de organización algo que “le gustó” y empezó a “meterse en todo”. Cuando en 2009 se lanzó el programa Argentina Trabaja, participó de las demandas que se llevaron adelante reclamando el ingreso de las organizaciones a la gestión de dicha política. Años después, cuando ya era titular de este programa, conoció militantes del Evita. Atraída por las actividades que estaban realizando las cooperativas de ese movimiento y por causa de desacuerdos con otras referentes de Barrios de Pie, Matilde acabó pasándose al Evita.

A María, la crisis del 2001 la encontró participando de cortes de ruta en el marco de una organización de alcance local que ella definió como “piquetera”. Ella había nacido en 1972 y por entonces tenía 29 años de edad. A través de su participación en dicha organización de desocupados, había accedido al programa Barrios Bonaerenses. Algunos años después, ella y su marido se mudaron de barrio junto a sus hijos aprovechando que la casa de su suegro había quedado vacía y estaba localizada en un barrio con mejores condiciones de infraestructura. Una vecina de este nuevo barrio le ofreció anotar a su marido para el Programa de Empleo Comunitario, y ella empezó a acudir a reuniones y jornadas de trabajo promovidas por el Movimiento Evita, inicialmente reemplazándolo a él, que se encontraba “haciendo changas” de trabajos de albañilería. Cuando se lanzó el Argentina Trabaja, ella ya tenía un vínculo con el Evita,

---

<sup>46</sup> El movimiento Barrios de Pie surgió en diciembre de 2001 como parte del frente Libres del Sur. Su surgimiento es resultado de la confluencia entre la Corriente Patria libre y un sector de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) que se había autodenominado como CTA de los Barrios.

<sup>47</sup> El Programa de Empleo Comunitario (PEC) fue creado en enero de 2003 a partir del Ministerio de Trabajo, empleo y Seguridad Social. Estuvo dirigido a personas desocupadas y en situación de vulnerabilidad social que no se encontrasen recibiendo ingresos monetarios productos de otros seguros de desempleo o programas de transferencia de ingresos como el Plan Jefes y Jefas de Hogar. El programa procuró brindar ocupaciones transitorias y prácticas de formación profesional, que permitan mejorar la calidad de vida de la comunidad y acerquen a las personas desocupadas a formas de inserción laboral. Cabe aclarar que esta política surgió en reemplazo del Programa de Emergencia Laboral, el cual estaba vigente desde 1999.

dado por reemplazar a su marido en las actividades del PEC. Así, obtuvo un cupo en las primeras cooperativas que se formaron y, desde ese momento, su vínculo con “El Evita” se hizo cada vez más estrecho.

Para ambas mujeres, vincularse a movimientos sociales y tornarse titulares de distintos programas sociales dirigidos a personas en situación de “vulnerabilidad social” constituían procesos articulados, que se vinculaban con la necesidad de paliar los efectos de crisis económicas y de resolver la supervivencia en momentos marcados por el desempleo estructural y altos niveles de pobreza. Sus trayectorias evidencian que los encuentros con el Estado, no pueden recortarse desde el ingreso a un programa estatal en particular, sino que en las experiencias analizadas, evidencian una historia de vinculación con las políticas que se remonta a décadas precedentes. Si el Argentina Trabaja tenía para el año 2017 una antigüedad de unos ocho años; María y Matilde, así como otras mujeres que transitaban diariamente por el polo, habían sido en muchos casos también titulares de aquellos programas de empleo transitorios implementados durante la década de 1990 y principios de los 2000.

En sintonía con lo que señalan otros estudios, en los años que siguieron a la crisis del 2001, “los planes” adquirieron una marcada importancia como medio de vida para los sectores populares (Quirós, 2011; Manzano, 2013). Nuestras reconstrucciones etnográficas confirman esa consideración a la vez que nos permiten iluminar el modo en que a la luz de las demandas y reivindicaciones que la CTEP puso en agenda desde su formación en 2011 se construyeron formas específicas de valorizar el trabajo realizado en el marco de la implementación de programas estatales como parte del campo de la economía popular. Como referimos más arriba, la construcción política de la CTEP, al definirse como una organización gremial que demanda derechos para quienes *se inventan* el trabajo, pone de relieve la importancia que una serie de prácticas laborales no asalariadas poseen para la reproducción de la vida de aquellos sectores de la población que han quedado excluidos del mercado laboral formal. En este sentido, el sostenimiento de las vidas de los sectores populares depende de las formas creativas en que éstos *se inventan* el trabajo.

A fines de abril del año 2017, el polo productivo de San Miguel fue escenario de una asamblea en la que la definición de los trabajos realizados por las cooperativas del Argentina Trabaja como parte de la economía popular se hicieron particularmente explícitos. Se trataba de una reunión que tenía como objetivo votar la participación en una la movilización que tendría lugar en ocasión del día de trabajador. Frente a titulares del Argentina Trabaja del distrito y con la presencia de militantes y *referentes* de distritos

vecinos, distintos oradores y oradoras tomaron el micrófono y reconstruyeron los motivos por los cuales era importante participar de dicha movilización, aludiendo en casi todos los casos la importancia de “mostrarse y reconocerse como trabajadores”. Matilde fue una de las oradoras y ancló la importancia de la movilización en la reconstrucción de algunos aspectos de su trayectoria:

- El primero de mayo tenemos que estar en la calle, que ellos vean que nosotros sabemos que somos trabajadores, que por más que no estemos trabajando formalmente, o en una empresa, nosotros día a día somos los que nos inventamos el trabajo, para darle de comer a nuestros hijos, a los hijos de los vecinos, a los hijos del barrio. Convencer a la gente de que no somos choriplaneros. Yo también, tuve que salir a la calle, y en un momento difícil, fui una de las que tomé el desarrollo social allá y a lo lejos para conseguir el argentina trabaja. Y que no es de ahora, ya hace... vengo trabajando... Hace más de diez años. Hoy, creo en la CTEP, creo en el movimiento evita y como dije una vez que me lo recordó el otro día Roxana. Nosotros somos la CTEP, nosotros somos tanto los varones como las mujeres, somos la CTEP. Y yo creo en esto. Yo creo porque estoy viendo los resultados.

Al igual que Verónica, cuando me relataba los trabajos que realizaban en la cooperativa como formas de *generarse* el trabajo; Matilde hacía propios los planteos de la CTEP y los vinculaba con aspectos de su trayectoria vinculados a su participación en aquellas procesos de organización y demanda. Asumía de este modo una noción de trabajo que no se restringía a sus formas convencionales “en una empresa”, o “formal” y que poseía una connotación ligada al rol de cuidado- “darle de comer a nuestros hijos”. En su discurso, Matilde retomaba aspectos de esta trayectoria, incorporando planteos puestos de relieve por la CTEP, para sostener su afirmación como trabajadora y, desde allí, dar impulso a la convocatoria a la movilización.

Un rato antes, otra oradora del distrito de San Martín relató una historia de vida similar, reivindicando su experiencia en los procesos de demanda de acceso al Argentina Trabaja y su larga trayectoria en el Movimiento Evita. Al referirse a la economía popular, aseguró que había existido desde siempre pero que reconocerse como parte de ella era un proceso más reciente: “Yo ni sabía que era una trabajadora de la economía popular”. Planteó que, estas formas de trabajo siempre habían existido y que las mujeres habían tenido en ellas un protagonismo especial: “Desgraciadamente las mujeres pobres nos quedamos sin trabajo y no nos puede volver a absorber el sistema. Y salimos a la calle a inventar el trabajo, no solo a cuidar niños, a hacer tortillas, tortas, que se yo, todo lo

que se nos pueda ocurrir que se pueda vender. Entonces, compañeros, no dejemos nunca que nos desvaloricen. No somos la señora que ayuda, somos trabajadores y esta es la idea que tenemos que tener. Si nosotros no nos creemos que somos trabajadores, la sociedad va a seguir desvalorizándonos”.

Ambas intervenciones – y muchas otras durante esa asamblea- ponían el foco en la centralidad de definirse como trabajadores/as en tanto forma de “valorizarse” a sí mismos y a los procesos de organización que llevaban adelante. Estudios etnográficos previos han interrogado los modos en que el trabajo es significado en aquellos procesos de organización colectiva que se generaron en torno al problema del *desempleo*, entendiendo a esta categoría como construcción social elaborada a partir de relaciones de hegemonía (Fernández Álvarez y Manzano, 2007). Específicamente, el análisis etnográfico de procesos de recuperación de empresas reveló el modo en que la construcción de demandas en torno al trabajo, articuló las categorías de dignidad y supervivencia (Fernández Álvarez, 2007, 2017). El análisis de la autora evidencia cómo, para las obreras de una fábrica textil, el trabajo abarcaba la totalidad de la vida, no sólo garantizando la existencia material; sino también proveyendo dignidad. La noción de dignidad era evocada como recurso clave para legitimar la acción, categoría que adquiría significados específicos según marcas de género: para las mujeres se definía a partir de la posibilidad de garantizar la supervivencia de los y las hijas. Según éste análisis, la importancia del trabajo en estos contextos remite no sólo a las posibilidades de garantizar la reproducción, sino que “define la existencia misma” (2017:97). Resultan significativas las similitudes entre el discurso de personas como Matilde y aquel identificado por Fernández Álvarez (2017) en las obreras de una fábrica textil recuperada. La identificación como trabajadoras también constituyó en nuestro caso de análisis una forma recurrente de legitimar procesos de movilización. También de un modo similar, mis interlocutoras, apelaron a la necesidad de darle de comer a los y las hijas como un aspecto significativo que las impulsaba a *inventarse* el trabajo.

Inspirándome en estas reflexiones podemos afirmar que la reconstrucción de las prácticas cotidianas en el polo productivo, y el análisis de aquellos discursos que se construyeron en torno a la convocatoria a una movilización por el día del trabajador dan cuenta de la recuperación de significados históricamente asociados al trabajo- como valor en sí mismo y factor que legitima la *lucha*. Teniendo en cuenta la construcción política de la CTEP a la que hemos referido más arriba, y los modos en que estos planteos fueron recuperados por mis interlocutoras podemos destacar que para nuestras interlocutoras el trabajo producido en el marco de las cooperativas tenía

importancia en términos de ser aquello que se *inventa* para reproducir y mejorar la vida tenga o no una remuneración monetaria directa.

## Conclusiones

En este capítulo, analizamos una diversidad de experiencias de organización colectiva generadas por mujeres titulares de los programas Argentina Trabaja y Ellas Hacen. Ambas políticas tuvieron como objetivo la promoción de la “inclusión social” mediante la creación de cooperativas de trabajo y la transferencia de ingresos monetarios a sus integrantes. Mirando desde las perspectivas de las titulares, estos programas tuvieron significados diversos que incluyeron la valoración de la estabilidad del ingreso económico, de los vínculos establecidos con otras mujeres y el fortalecimiento de formas de militancia política y de *lucha* de organizaciones sociales. Antes que focalizar en los significados que las mujeres le otorgan a estos programas en términos individuales, aquí procuramos llevar adelante un análisis centrado en aquello que se produce en los encuentros con el Estado, poniendo especial atención en las prácticas colectivas que hacen posible reproducir y mejorar las vidas. Cabe resaltar que una diferencia saliente entre las experiencias de las titulares del Ellas Hacen con respecto a las del Argentina Trabaja, se relacionó con las características de implementación de ambos programas y con las modalidades en que tuvo lugar el ingreso a los mismos. El Argentina Trabaja estuvo gestionado a través de organizaciones sociales, incluyendo entre sus titulares a muchas mujeres que venían participando de prácticas de movilización en el marco de movimientos de desocupados. El Ellas Hacen, en cambio, centralizó su implementación a través de las sedes locales del Ministerio de Desarrollo Social, incorporando en gran medida a mujeres que no poseían vínculos con estas organizaciones.

Estas trayectorias previas modelaron el sentido de aquello que se produjo a partir del ingreso a los programas en cada caso. En cuanto a las titulares del Ellas Hacen, ingresar al programa implicó para muchas de ellas la posibilidad de conocerse con otras mujeres, poner en común problemas y hacer circular diversas modalidades de ayuda. Estas formas de compartir y resolver conjuntamente problemáticas compartidas incluyeron la circulación de dinero, intercambios mercantiles y la generación de interacciones con agencias estatales, construyendo vínculos de confianza con funcionarios/as y demandando la intervención sobre problemáticas específicas. Para las titulares del Argentina Trabaja con las que tuve la oportunidad de interactuar el ingreso a este programa cobraba sentido en el marco de las *luchas* llevadas adelante por la CTEP,

resaltando la importancia de *inventar* trabajos considerados *útiles* y *productivos* y de aportar a modalidades de construcción barrial. Reivindicar la importancia de estas actividades formó parte de una construcción identitaria como trabajadoras, que recuperó valores dominantes al tiempo que amplió los límites de lo que es definido como trabajo.

Poniendo en perspectiva la diversidad de experiencias analizadas, todas ellas evidencian que las prácticas colectivas generadas por las titulares permitieron ensanchar el aporte que los programas estatales generan a la reproducción de las vidas. Sus prácticas no se construyeron únicamente a partir de aquellos esencialismos con los que el estado clasifica a quienes son las destinatarias de sus políticas como “madres”, “vulnerables”, “jefas de hogar” o “desocupadas”. Focalizar en los encuentros entre estado y poblaciones, nos permite abordar los modos en que las personas producen prácticas colectivas con las políticas: con el dinero que reciben, con las personas que conocen a partir de estas experiencias, con el tiempo del que disponen para realizar las actividades de trabajo y formación que el programa propone. Si los programas estatales sobre los que nos detuvimos aquí establecen formas de contraprestación medidas en tiempo, solicitando la disponibilidad de una cantidad de horas semanales para participar de espacios laborales y formativos, aquí observamos que la acción de las personas no se limita a dar un tiempo a cambio de un ingreso monetario, sino que producen colectivamente estrategias de reproducción de la vida algo utilizando ese tiempo disponible. Así, la participación en estos programas no se construye únicamente como una forma de garantizar la mera subsistencia, supliendo ingresos monetarios que no han podido generarse a través del mercado de trabajo. Al organizarse colectivamente, ellas construyen posibilidades de mejorar sus vidas que, como veremos en el siguiente capítulo, se materializan específicamente en transformaciones en las casas.

## **Capítulo 2: Reformar las casas, construir política. La transformación colectiva de las viviendas y la producción de formas de militancia.**

Habían pasado tres meses desde la última vez que había visitado a María, la presidenta de una cooperativa del Argentina Trabaja del distrito de San Miguel. La había visitado por última vez en diciembre de 2016 y, para marzo de 2017, casi seguí de largo al pasar por la puerta de su casa sin reconocerla. Lo que anteriormente era un patio de entrada, ahora estaba techado y tenía paredes y ventanas constituyendo un ambiente más que era utilizado para el funcionamiento del merendero. Las reformas cambiaban sustancialmente el frente de la casa y estaban prácticamente terminadas, como si siempre hubieran estado allí. Al abrirme la puerta y luego de que yo comentase los cambios en la edificación, María me dijo que todavía restaban detalles de terminación. Dos integrantes de “la juventud del movimiento” se habían ofrecido colaborar con la decoración. Ella había propuesto pintar en la fachada un mural con la cara de Eva Perón y los logos del Movimiento Evita y de la CTEP. Para el interior, prefería motivos infantiles, acordes al público que solía frecuentar el espacio. “Del Ministerio mandaron ventanas pero sin rejas. Por suerte tengo compañeros que se dan maña con todo y ya están haciendo unas con un par de fierros que pudimos encontrar” me dijo señalándome otros de los arreglos que faltaban. Al ingresar a la casa, María me mostró otra de las modificaciones. La pieza de una de las hijas se había reducido para dar lugar a una pequeña despensa en donde se almacenaba la mercadería para el merendero.

Como había ocurrido con la casa de María, las de otras de mis interlocutoras en el trabajo de campo se habían ido transformando a lo largo del tiempo en que realicé observación participante junto a ellas. Cuando, en julio de 2016, conocí la vivienda de Verónica, presidenta de la cooperativa Todos Unidos, la edificación constaba de tres habitaciones, una sala de estar y una cocina. Para febrero de 2019, la cantidad y tamaño de los ambientes se había multiplicado y la casa había crecido hacia arriba incorporando una nueva planta. Las reformas de la casa habían sido realizadas a partir de las jornadas laborales de la cooperativa. Analía, la presidenta de la cooperativa Nestornauta también había podido edificar su casa gracias al trabajo que habían aportado sus compañeros de cooperativa.



Estas reconstrucciones evidencian los modos en que el desarrollo de prácticas colectivas vinculadas a la gestión de programas estatales y a la acción de organizaciones sociales se materializó específicamente en la transformación, construcción y reforma de las casas. El ingreso monetario percibido a través de los programas estatales era muchas veces invertido en la compra de materiales necesarios para la realización de mejoras en las casas o para la construcción completa de viviendas. Estas iniciativas solían verse fortalecidas en los casos en que las cooperativas desarrollaban proyectos de trabajos dirigidos específicamente a la realización de refacciones y mejoras habitacionales. Además, las casas de algunas de mis interlocutoras, eran transformadas para dar lugar a proyectos productivos y comunitarios, tal como había sucedido con la casa de María y el merendero.

La puesta en marcha de proyectos barriales comunitarios en las casas de mujeres de sectores populares, ha sido observada en otros trabajos que analizaron estos procesos como una forma de “politización de espacios privados” desde la que se cuestionaron formas de dominación masculina (Vázquez, 2008). Otros trabajos, en cambio, indagaron en las implicancias subjetivas que tuvo para estas mujeres su incorporación en acciones en el espacio público, tales como protestas, asambleas, cortes de ruta y en procesos organizativos puestos en marcha en los espacios barriales. Se ha remarcado que para muchas de ellas, esta participación supuso cambios irreversibles en sus vidas (Di Marco, 2003; Bidaseca, 2003; Cross y Freytes Frey, 2007), constituyendo un antes y un después (Rifkin, 2008). Deborah Rifkin (2008) señala que, al formar parte de asambleas, cortes de ruta y otras acciones de protesta desarrolladas fuera de los hogares, las mujeres alcanzaron mayores grados de libertad que pueden suponer puntos de partida para desnaturalizar roles tradicionales de género. En sintonía con estos argumentos, Graciela Di marco (2010) planteó que la salida al mundo público, le permitió a las mujeres de sectores populares la adopción de un discurso de derechos, fortaleciendo la idea de que el acceso a éstos era posible a partir de las lucha. Espacios como comedores barriales, roperos comunitarios y merenderos, también han sido analizados como “bisagras”, que hicieron posible la dinamización de lazos sociales, la incorporación de rutinas laborales y la adquisición de una mayor autonomía que fomentó la transformación de situaciones de aislamiento social (Causa, 2008). Algunas autoras han planteado sin embargo que estas modalidades de participación marcaron una presencia mayoritaria de mujeres en actividades consideradas “reivindicativas”, es decir, en aquellas demandas dirigidas a resolver necesidades de subsistencia, obstaculizando su involucramiento en acciones políticas “más allá del barrio” (Cross y Freytes Fey, 2007). La participación de mujeres de sectores populares en los Encuentros Nacionales

de Mujeres ha sido analizada como un estímulo para la emergencia de un activismo enmarcado en el “feminismo popular, el cual permitió articular las demandas por trabajo digno con otras históricamente puestas en agenda por el feminismo (Di Marco, 2011; Korol, 2016). En trabajos más recientes, este debate acerca de la confluencia entre el movimiento feminista y las luchas de las mujeres que formaron parte de organizaciones populares se ha renovado a partir del estímulo que ofrecieron las masivas movilizaciones en repudio a la violencia machista y las huelgas de mujeres desarrolladas a partir de 2015 y 2016. La movilización Ni una menos ha sido analizada como un “momento de apertura” que permitió que mujeres de diferentes trayectorias y pertenencias se articularan en torno a demandas compartidas (Sciortino, 2018b) y que permitió consolidar la construcción de un movimiento feminista interseccional (Martinez, 2018; Sosa, Menendez, Bascuas, 2018). Se ha afirmado que participar de procesos de movilización específicamente convocados alrededor del repudio de asimetrías de género generó efectos subjetivos de relevancia tales como la revalorización y politización de las relaciones “entre mujeres” (Menendez, 2018; Gutierrez Aguilar, 2018; Gutiérrez Aguilar, Sosa y Reyes, 2018; Furtado y Grabino, 2018). Se sostuvo que medidas específicas de lucha como el “paro” de mujeres permitieron visibilizar el aporte de aquellos trabajos no remunerados y poner en común la sobre carga que estas actividades traen aparejadas en las vidas cotidianas (Menendez, 2018, Gago, 2018). Así, distintas investigaciones han analizado la participación política de mujeres de sectores populares, interrogando aquellas consecuencias derivadas de la puesta en marcha de modalidades de organización y prácticas por fuera del hogar, tales como movilizaciones, cortes de ruta, asambleas, merenderos, encuentros de mujeres, jornadas de trabajo comunitario.

En este capítulo, procuramos aportar a estas discusiones, poniendo el foco en los modos en que la participación en procesos de organización colectiva y el desarrollo de formas de militancia protagonizadas por mujeres de sectores populares, se articulan con procesos de transformación y reforma de sus casas. Así, procuramos iluminar el modo en que aquellos procesos de organización colectiva construidos en torno a los programas estatales ejercieron influencia sobre las casas; promoviendo reformas en los espacios materiales. En esta dirección, recuperaremos una serie de aportes antropológicos que evidenciaron el modo en que en las prácticas de construcción y reforma de las casas, se materializan transformaciones en las formas de vida, permitiendo proyectar horizontes de un mejor futuro (Cavalcanti, 2009), desarrollar arreglos económicos (Motta, , 2016), afianzar la pertenencia a un barrio (Weitzman, 2013), construir la percepción de una vida más estable y sosegada (Dumans Guedes,

2017) y promover formas de privacidad e independencia para la vida familiar (Cortado, 2016). Estas perspectivas poseen la riqueza de problematizar la fijeza de las casas procurando abordarlas como procesos que transforman y son transformados por las vidas de quienes las habitan (Miller, 2001; 2013; Ingold, 2011). Particularmente, Tim Ingold (2011), ha propuesto una perspectiva que brinda interesantes claves analíticas para pensar la relación entre las personas y sus casas. El autor puso de relieve la importancia de considerar los modos en que las personas establecen un compromiso práctico con el entorno. Las casas y otros “ambientes para la vida”, no son únicamente estructuras ya construidas o el sustrato pasivo sobre el cual se imponen formas previamente diseñadas. Habitar los espacios, implica movimientos de apertura y de involucramiento en el fluir del mundo vivido. Al vivir, las personas responden a circunstancias cambiantes, improvisando y participando de la creación del ambiente, llevando adelante procesos de construcción que surgen en el fluir de la actividad, y no como una simple transcripción de formas ideales pre existentes que se aplican en un sustrato material sin forma (Ingold, 2011, 2012a).

Esta propuesta invita a considerar la relación que nuestras interlocutoras establecen con sus casas, abordando a éstas últimas no como lugares ya construidos, escenarios estables en los que se llevan adelante determinadas prácticas. Se trata de abordajes que focalizan en la “mutabilidad” de las casas (Motta, 2016), subrayando el modo en que estos espacios se encuentran en permanente construcción y, considerando que las reformas ocasionadas en ellos no dependen únicamente de la voluntad de los individuos. El foco de este capítulo estará puesto entonces en relevar cómo las casas participan de la puesta en marcha de formas de organización colectiva; interrogando los modos en que estos espacios materiales son transformados a partir del *transcurrir* de estas dinámicas colectivas. Así, las miradas antropológicas acerca de las casas, serán interesantes lentes analíticas para contribuir a la conceptualización de las prácticas colectivas como formas de “hacer juntos” (Fernández Álvarez, 2017).

Para organizar estos argumentos, exploraremos las relaciones que tres titulares del Argentina Trabaja y presidentas de cooperativas establecen con sus casas. Reconstruiremos el modo en que mudanzas y reformas se encuentran en relación con la proyección de horizontes de vida, destacando especialmente las maneras en que la participación en las cooperativas, habilita condiciones de posibilidad para reformar las casas. En segundo lugar, nos desplazaremos en un sentido inverso, considerando el modo en que la transformación de las casas torna posible la utilización de algunos sectores de ella para la puesta en marcha de proyectos vinculados con las prácticas de militancia de quienes habitan allí. Por último, reflexionaremos acerca de las formas en

que las mujeres vivencian y significan la presencia cotidiana de actividades vinculadas a las modalidades de organización colectiva en sus viviendas. Reconstruiremos el modo en que se crean y negocian los límites de esta presencia y los desafíos enfrentados al procurar definir y separar qué espacios estarán disponibles para qué usos.

### **“Los compañeros me hicieron la casa”**

Una tarde de octubre de 2018, me reuní con Analía, presidenta de la cooperativa Nestornauta, en una plaza cercana a la estación de trenes de Presidente Derqui. Desde marzo de ese mismo año, había estado acompañando los trabajos que desde la cooperativa llevaban adelante en instituciones educativas, había participado de reuniones y de otras de sus interacciones cotidianas. Comencé la entrevista pidiéndole que me cuente cómo había sido su acercamiento al Argentina Trabaja y al Movimiento Evita. La conversación fue derivando hacia otros aspectos de su vida entre los que se destacaban las trayectorias laborales y el tipo de relación que había mantenido con distintos miembros de su familia. Fue casi cerca del final de la charla que se detuvo en describir un momento particularmente difícil para ella que había acontecido hacía ya más de seis años. Se trataba de una separación temporal de su marido, con quien estaba en pareja desde sus 15 años de edad. Analía ya había hecho alusión a ese periodo de la vida en otras oportunidades, en las charlas que entre mates manteníamos durante las jornadas de trabajo. Escuchar la reconstrucción de ese acontecimiento en el marco de una revisión más amplia sobre su historia de vida, me permitió reparar en que se trataba de un suceso, que además de tener una importancia central en su vida afectiva, mostraba claramente la confluencia entre las formas de organización puestas en marcha por la cooperativa y la relación que ella establecía con su casa.

Me comentó que si bien ella en principio no le había contado a sus compañeros acerca de la separación, ellos enseguida comenzaron a verla triste y se preocuparon. Carmen, que además de integrar la cooperativa tenía con ella una relación de amistad, se acercó a preguntarle qué le pasaba y a ofrecerle ayuda. “Yo lo que necesito, es tener mis dos piecitas y un baño”, dijo Analía tras contarle su situación. En ese momento ella se encontraba viviendo en la casa de su suegra, adonde se habían instalado hacía ya varios años. Su marido era quien “se había ido de la casa”, concretando la ruptura del vínculo. Ambos compartían hasta entonces una misma habitación junto a sus cuatro hijos. Además de su trabajo en la cooperativa, ella se desempeñaba algunos días por semana haciendo trabajos de limpieza en casas particulares, empleo que le permitía

complementar sus ingresos y poder “guardar algo” para comprar materiales. Sus compañeros de cooperativa le ofrecieron “ayudarla a construir”. Es decir, pusieron la mano de obra e iniciaron el proceso de construcción como parte de las actividades que desarrollaban en la cooperativa.

Hasta ese momento, se habían dedicado a realizar tareas de refacción y mantenimiento en espacios públicos e instituciones barriales. Corría el año 2012 y recientemente habían terminado de trabajar en la reforma de un polideportivo municipal. Posteriormente, la cooperativa centraría su trabajo en la realización de tareas de mantenimiento y arreglos de todo tipo en instituciones educativas. Fue así que la separación de Analía coincidió con un momento en que la cooperativa estaba “buscando un trabajo” para realizar. La obra en el polideportivo había terminado, todavía no habían “conseguido una escuela” y no querían volver a realizar las tareas de mantenimiento y limpieza de espacios públicos que habían desarrollado en un comienzo y que, tal como desarrollamos en el capítulo previo, eran percibidas como menos *útiles* y satisfactorias de realizar. La construcción de la casa de Analía en el terreno de su suegra fue la primer obra que llevaron adelante como grupo de trabajo. Varios integrantes de la cooperativa, como Esteban y Beto, tenían experiencia en el rubro de la albañilería y trabajar en la casa de Analía supuso una oportunidad para que ellos trasmitan sus conocimientos al resto. En los años que siguieron, el trabajo de la cooperativa se fue alternando entre las tareas que realizaban en las escuelas y la colaboración en reformas eventuales que algún integrante necesitaba realizar en su casa. Adicionalmente, realizaron trabajos en otras viviendas de vecinos y conocidos que habían sufrido pérdidas producto de temporales o incendios. Fue así que las necesidades de Analía y las condiciones de su casa abrieron camino a la realización de un trabajo nuevo por parte de la cooperativa, una posibilidad que luego estuvo disponible para otras personas que tuvieran necesidades similares.

La nueva casa de Analía estuvo formada aquellas “dos piecitas y un baño” que había proyectado. Si bien continuó compartiendo la cocina con la madre de su marido y las habitaciones se conectaban con la de ella, representaban un espacio propio. Lo que a primera vista podía concebirse como una ampliación de la casa de su suegra, implicaba un cambio sustancial en sus condiciones de vida y ella se refería a esos dos nuevos ambientes como su casa. Una casa que en todo caso, “se comunicaba con la de su suegra”. Para acelerar el proceso de construcción, Analía le había ofrecido a Esteban y a Beto, aquellos integrantes de la cooperativa que eran albañiles, pagarles para que continúen trabajando en su casa al término de la jornada laboral que realizaban en el marco de la cooperativa. Ese tiempo de trabajo se sumaba a las cuatro horas que

dedicaban a la tarea como parte de su participación en el Argentina Trabaja. Además de construir la casa de Analía, los integrantes de Nestornauta también habían montado un galpón en el fondo del terreno donde se almacenaría el pequeño stock de herramientas con las que contaba la cooperativa: una desmalezadora, una pinza “corta candado”, serruchos, martillos, palas.

A los siete meses de haberse separado, el marido de Analía quiso volver con ella y tras varias idas y vueltas ella decidió aceptarlo nuevamente en su casa. “Mi suegra dijo que la decisión la tenía yo, que ella lo aceptaba solamente si yo estaba de acuerdo porque esta casa había dejado de ser suya cuando se fue”. El marido de Analía retornó así a una casa que en palabras de su propia madre, “ya no era suya” y que estaba prácticamente irreconocible. Nuevas paredes formaban dos habitaciones donde antes sólo había un pasillo que separaba con la casa del vecino. El piso todavía era de tierra y el baño estaba en proceso de construcción, pero la obra estaba lo suficientemente avanzada como para sorprenderlo. Mientras la entrevistaba y al reflexionar sobre su separación, Analía remarcó dos cosas, ambas reflexiones vinculadas a la casa. En primer lugar, dijo estar convencida de que las condiciones habitacionales habían sido importantes desencadenantes de la separación: “Dormíamos todos en la misma pieza y eso también desarmó la pareja. No tenés intimidad, no podés hablar, siempre tenés alguien ahí”. Desde esta reflexión es que planteó que cuando se decidió “volver” con su marido; es decir, a aceptarlo nuevamente en la casa, necesitaba “empezar de cero” en un espacio nuevo. Por este motivo, ella apuró lo más posible la mudanza a la nueva habitación aún cuando faltaban detalles de terminación: “un día me agarró la loca de quererme mudar y me mudé”. En segundo lugar, al hablar de ese momento de su vida, Analía destacó la importancia que tuvo para ella “la ayuda de la cooperativa” en tanto sin ella, hubiera tenido que pagar la mano de obra y tal vez no hubiera sido posible iniciar el proceso de construcción. “Los compañeros me hicieron la casa”, la escuché decir varias veces cuando expresaba su agradecimiento.

La reconstrucción que Analía hizo de su vida, se organizaba a partir de la enumeración de los espacios en los que había habitado. La casa de su suegra era la primera que habían ocupado una vez casados pero no era la única en la que habían vivido. Analía se casó a sus 19 años, estando ya embarazada. Se instaló con su marido en la casa de su suegra en donde también se hizo cargo del cuidado de una sobrina que tenía por entonces 8 años de edad. Se trataba de la hija de su hermana, quien tenía problemas psiquiátricos y no podía hacerse cargo de la niña. Luego de vivir tres años en la casa de su suegra y cuando ya estaba esperando a su segundo hijo, su madre, que había aceptado un trabajo cama adentro como cuidadora domiciliaria le ofreció mudarse a su

casa. “Ya vas por el segundo, vas a estar más cómoda ahí”, recuerda que le dijo. La casa era grande y era el mismo sitio a donde sus padres se habían instalado con ella y sus hermanos cuando Analía tenía cinco años de edad. Junto a su marido, ocuparon esa casa durante 12 años y tuvieron dos hijos más. Vivieron allí hasta que su madre, decidió reinstalarse en esa vivienda luego de la muerte de la abuela de Analía, a cuyo cuidado se había dedicado los últimos años. “Yo necesito que rehagan su vida en otra parte”, son las palabras que Analía recuerda que le dijo su madre y que ella interpretó rápidamente como que la estaba “echando”. Al irse de la casa de su madre, ella y su marido, que en ese momento tenía trabajo en una fábrica, se fueron a alquilar una casa que tenía local a la calle y Analía montó por primera vez un emprendimiento comercial vendiendo artículos de librería. Antes de casarse, había trabajado durante varios años como niñera en la casa de una vecina, actividad que interrumpió cuando quedó embarazada y se mudó junto a su marido. Durante los años posteriores al casamiento, Analía dedicó la mayor parte de su tiempo en ocuparse del cuidado de sus hijos y de otros trabajos domésticos. Además, participaba de la cooperadora de la escuela a la que ellos asistían y tenía algunas horas de trabajo semanales como empleada en casas particulares. Su trabajo en la librería duró poco tiempo ya que en ese momento su madre se enfermó y ella pasó a dedicarse a su cuidado. Su marido acabó perdiendo el trabajo luego de acumular inasistencias los días en que debía quedarse con sus hijos porque Analía acompañaba su madre a realizarse estudios y visitar médicos. Sin poder pagar más el alquiler, se mudaron nuevamente a la casa de su suegra. Allí vivían cuando Analía ingresó al Argentina Trabaja, en el año 2009. Fue aquella sobrina que ella había criado cuando era pequeña, la que le ofreció anotarla y, como sus hijos ya estaban grandes y su marido estaba con dificultades para conseguir un trabajo estable, se decidió a probar. La mudanza a la casa de su suegra había sido en principio una salida provisoria en un contexto en el que la familia atravesaba problemas económicos y se les había dificultado el pago del alquiler. El grupo familiar había crecido y debieron acomodarse los seis en una misma habitación. Los años fueron pasando y no conseguían juntar el dinero para irse o construir un espacio en ese mismo terreno, hasta que siete años después cuando Analía ya llevaba algunos años participando en la cooperativa del Argentina Trabaja y se encontraba separada de su marido, las “dos piecitas y el baño” pasaron a concretarse.

En sus contribuciones al estudio antropológico de la cultura material, Daniel Miller (2001) propone pensar las relaciones que las personas establecen con los hogares en términos de “acomodación”: así como transformamos las casas adaptándolas a necesidades y metas propias; nosotros mismos nos adaptamos a ellas, estamos bajo su influencia

(Miller, 2013). Siguiendo una perspectiva similar, Tim Ingold (2011) propuso replantear la división que muchas veces se establecen entre acciones vinculadas a la construcción de una casa y aquellas dirigidas a habitarla. La casa, no es nunca la cristalización de un diseño pre existente, ella está siendo hecha y rehecha a medida que es habitada por los seres humanos que se relacionan con ella.

Lo que las contribuciones de ambos autores coinciden en señalar, es que la relación entre las casas y los seres humanos no supone un proceso direccionado a través del cual la voluntad de las personas se impone sobre las cosas. Según Ingold (2011), esto no implica otorgarle vida a los objetos materiales, sino traerlos a la vida. Es decir, “restaurarlos de aquellos flujos generativos del mundo de materiales a partir del cual ellos llegan a existir y continúan subsistiendo” (2011: 29).<sup>48</sup> Esta óptica resulta sugerente para pensar algunos aspectos de la vida de Analía a los que hemos referido más arriba. En el modo en que ella reconstruyó su biografía, se observaron sucesivos modos de “acomodarse” a la casa, en los que se ponían en juego una serie de condicionamientos y restricciones que eran ajenas a su voluntad y no siempre estaban bajo su control. Fueron las condiciones de su casa- el escaso número de habitaciones y la convivencia junto a sus hijos en un mismo cuarto- las que, según ella, desencadenaron su separación y sobre ese asunto es que ella se dispuso a trabajar para afrontar la tristeza que le había generado el acontecimiento e incluso para poder volver a convivir con su marido. Las casas también ofrecían posibilidades de construir horizontes laborales. Al mudarse a una casa alquilada que ya poseía un local a la calle, Analía había puesto en marcha un emprendimiento comercial. El análisis etnográfico de Eugenia Motta (2016), reveló que muchas veces, las casas de las favelas son transformadas para poder generar estrategias que permitan ganar ingresos económicos, tales como el alquiler de locales comerciales o la venta de productos. En este caso, el proceso parecía darse en otra dirección con respecto a lo observado por la autora. En vez de realizar una transformación del espacio material en vistas a poder montar un local; fue mudarse a una casa que ya tenía dicho espacio lo que impulsó a montar un comercio.

Una cuestión relevante del planteo de Daniel Miller (2013) es que el autor resalta que la relación entre las personas y sus casas evidencia claramente una serie de relaciones de poder y dominación. A diferencia de lo que sucede con otros objetos materiales, como las prendas de vestir, el acceso a la vivienda se encuentra condicionado por la acción de un gran número de actores, tales como el Estado, los propietarios de la tierra, las empresas constructoras. A partir de estas relaciones, la cuestión de acceder a un

---

<sup>48</sup> La traducción es propia



lugar donde vivir supone contornos de poder y escala que “tornan cuestiones tan íntimas como nuestros relacionamientos personales, dependientes de fuerzas mucho mayores”<sup>49</sup>(2013:121). En el caso de Analía, ella establecía una clara correspondencia entre las características de su casa y la interrupción temporaria de su vínculo de pareja. El análisis de su experiencia de vida nos invita a profundizar en las conexiones entre relaciones que podrían definirse como “íntimas” y una serie de procesos más amplios. La inestabilidad de los ingresos económicos y las dificultades de acceder a un empleo seguro fueron generando que ellos permanecieran en la casa a la que se habían mudado, en principio, como una salida provisoria. Además, sus sucesivas mudanzas habían tenido una relación próxima con las necesidades de cuidado de familiares- hijos, personas mayores que enfermaban-, y con la voluntad de otras personas, como su madre, que ofreció un espacio y luego dispuso nuevamente del uso de la vivienda. Finalmente, la concreción del proyecto habitacional que tenía en mente hacía tiempo, acabó siendo impulsada a partir de las modalidades de organización que llevaban adelante desde la cooperativa de la cual ella formaba parte.

Verónica, presidenta de Todos Unidos, también llevó adelante reformas significativas en su casa junto a su cooperativa. Ella llegó a Presidente Derqui cuando se juntó con Juan, su actual pareja. En ese entonces, ambos esperaban un hijo y ella ya tenía tres hijos de parejas previas: dos hijas mujeres que en ese momento tenían 2 y 4 años y un hijo varón más grande con quien no convivía. La mudanza no era sólo de casa, cambiaba también de barrio y procuraba comenzar una vida alejada de su ex marido, el padre de sus hijas, que solía ir recurrentemente a su casa a agredirla. Verónica y Juan se conocían por ser ambos vendedores ambulantes en el ferrocarril, oficio que ambos realizaban desde temprana edad. Cuando se refiere al pasado y a su llegada al barrio de Derqui, Verónica pone énfasis en las condiciones precarias de su vivienda el día que se mudó. El contexto especialmente complicado en el que ocurrió su mudanza, referido a los problemas con su ex marido, es evocado a menudo reconstruyendo la imagen de ella ya embarazada durmiendo en el piso de una única pieza junto a su pareja y sus dos hijas pequeñas. En distintas oportunidades, la vi señalar las condiciones actuales de su vivienda y reconstruir el proceso través del cual su casa había llegado a ser lo que era: “De todo esto que ven ahora, había una sola piecita”, decía con orgullo cuando intentaba animar a otras personas que estaban construyendo también sus viviendas o tienen voluntad de comenzar a hacerlo. Su casa era ahora una edificación de material con ambientes

---

<sup>49</sup> La traducción es propia

separados para las habitaciones, cocina y sala, contrastando notablemente con la casilla de chapa y madera a la que había llegado hacía varios años.

La primera vez que acompañé a una jornada de trabajo de su cooperativa, Verónica me dijo que iban a juntarse en “el obrador” para luego ir a la casa en la cual iban a trabajar ese día. Me imaginé un espacio institucional del programa Argentina Trabaja o de la CTEP. Durante el transcurso de la jornada, comprendí que el “obrador” se ubicaba en la vivienda de Verónica. Se trataba de un pequeño galpón, similar al que había en la casa de Analía, donde se guardaban palas, picos, rastrillos y otras herramientas recibidas por medio del Argentina Trabaja hacía varios años. Si bien el “obrador” estaba ubicado al final de la vivienda, era posible acceder a él sin atravesar toda la casa, entrando por un pasillo lateral que daba al jardín trasero. Allí, había también tierra suficiente para desarrollar una huerta, una pequeña galería techada, una soga para tender la ropa y una porción de tierra en la que en verano solían armar una pileta de lona de grandes proporciones, en la que sus hijos y sobrinos se divertían y le hacían frente al calor. En ese entonces, la casa estaba compuesta por una sala, una cocina y tres habitaciones.

En 2017, Verónica inició un nuevo ciclo de reformas en su casa que para el momento en que se escribió esta tesis se encontraba aún en proceso y para el cual contó con la ayuda del trabajo de su cooperativa. Esta nueva transformación hizo crecer la casa hacía arriba ya que Verónica proyectó la construcción de un segundo piso para que cada uno de sus cuatro hijos con los que convivía tuvieran su propia habitación. Para llevar adelante estos arreglos, el techo de su casa devino en losa y desde el ambiente en donde antes estaba la cocina construyeron una escalera de madera que iba al nuevo primer piso. La planta superior estaba construida sobre la cocina y lo que antes eran las piezas. Separando con paredes livianas tipo durlock el espacio se transformaría en cuatro habitaciones a las que se accedía por un pasillo distribuidor, que también daba a un pequeño baño. Cuando las piezas estuvieron listas y sus hijos ya pudieron mudarse a dormir arriba, comenzó el periodo de reformar la planta de abajo, eliminando paredes que dividían a los dos cuartos en los que antes dormían ellos. En el nuevo espacio creado a partir de tirar abajo esas paredes, se instaló la cocina y la anterior cocina se unió a la sala, derribando también la pared que las dividía. Las reformas fueron realizadas durante un periodo largo de tiempo, entre 2017 y 2019. Ella y su marido se dedicaban a trabajar en la obra en los momentos en que podían hacerlo y, en ocasiones, la cooperativa Todos Unidos participaba de las reformas. A la hora de definir el orden de los trabajos, ella solía encargarse de señalar que sus reformas eran “por comodidad” y que la prioridad la tenían quienes debían realizar

arreglos que revistieran mayor urgencia, como lo eran aquellos casos en los que las personas habitaban casillas de chapa y madera y estaban emprendiendo la construcción de casas de material. Al igual que había hecho Analía, Verónica y Juan también le pagaron ocasionalmente a uno de los integrantes de la cooperativa para que trabaje en las refacciones de la vivienda fuera del horario de la cooperativa.

Además de reorganizar ambientes y ampliar la edificación, este ciclo de reformas contempló la instalación de la red de agua en la vivienda. Hasta ese momento, el agua que utilizaban Verónica y su familia era extraída a través de una bomba en el fondo de su vivienda. Para lavar los platos, bañarse o utilizar el baño, se llevaba agua a la casa utilizando baldes. En febrero de 2019, en la última visita que le hice a Verónica antes de escribir estas páginas, ella me mostró su nueva instalación de agua. Si bien no estaba terminada la extensión por toda la casa, ya había una primer canilla en funcionamiento y un tanque colocado arriba del techo de su vivienda. “Ahora puedo tomar agua de mi casa!!”, me dijo con alegría, cuando rechazó mi ofrecimiento de ir al kiosco a comprar una bebida para acompañar el almuerzo. Me explicó detalles acerca de la profundidad a la que habían hecho el pozo y me confirmó que era la primera vez que ella habitaba en una vivienda con instalación de agua corriente. Verónica hizo números conmigo y me comentó que era un trabajo que tenía un costo económico alto, pero que esperaba que ahora que ya habían aprendido a gestionarlo ellos mismos, la iniciativa se incorpore en las casas de otros y otras compañeras. Cuando lograsen reunir algo más de dinero, pensaban comprar un calefón eléctrico y recién entonces, iban a poder bañarse saltando el proceso de poner agua a calentar en una olla en la cocina.

Para Verónica y su familia, éstas reformas implicaban cambios sustanciales en las condiciones de vida. En la nueva disposición de la casa, se cristalizaban anhelos de una vida mejor, algunos de ellos postergados durante años. Las reformas coincidieron con un momento particular de su vida, en el cual ella comenzaba estudios universitarios en Derecho y sus dos hijas mayores estaban terminando el secundario. Verónica asociaba la reforma de la casa a la posibilidad de tener mejores condiciones para desarrollar sus estudios y a que su hijo y sus tres hijas puedan diseñar con mayor libertad sus proyectos de vida. Estaba particularmente interesada en que sus hijas, que para el momento en que se iniciaron las reformas tenían 16 y 18 años, no se apresuren por “salir a alquilar” o “juntarse” con sus novios y que prioricen sus proyectos personales. Una pieza propia y una casa más amplia y confortable proporcionaban a su entender mayores condiciones para que ellas ganaran tiempo, puedan ahorrar algo de dinero y “comprarse un terrenito” para tener “su propia casa”.

Tal como observa Mariana Cavalcanti (2009) y es válido considerar tanto para las experiencias de Verónica como para las de Analía, muchas veces las personas narran el pasado a través de los cambios en los espacios materiales que habitan. La autora presta especial atención al modo en que, al reconstruir sus memorias sobre tiempos pasados, las personas suelen hacer alusión a la “lucha”, el “trabajo duro” y la “perseverancia” que fueron necesarios para acceder a mejorar sus condiciones habitacionales. Cavalcanti plantea que existe una relación entre los modos de reconstruir el pasado, las proyecciones hacia el futuro y los sentidos otorgados a la remodelación de las viviendas. Poner en marcha reformas en las casas implica un proceso a través del cual los habitantes de barrios populares se producen a sí mismos como sujetos de su propia historia e imaginan la posibilidad de un futuro mejor (Cavalcanti, 2009). En el discurso de Verónica, estas referencias a tiempos más difíciles atravesados en el pasado permeaban los diálogos con sus hijas e hijos y también formaban parte del modo en que ella reivindicaba la importancia de los trabajos realizados por la cooperativa. La posibilidad de imaginar formas de vida más dignas, se construía colectivamente a partir de las modalidades de trabajo que llevaban adelante y se correspondía con la construcción política a la que se apuntaba desde la CTEP, tal como hemos desarrollado en el capítulo previo. Así, la narrativa de “esfuerzo” y “trabajo duro” se articulaba con modalidades de demanda y organización que ponían en el centro a las condiciones de vida de quienes forman parte de la economía popular, reivindicando asimismo el valor de los trabajos que estos sectores *se inventaban* para sobrevivir. Las aspiraciones de mejorar la calidad de vida a partir de la transformación de las viviendas tenían sentido en el marco de un proceso de construcción política mediante el cual las experiencias de vida precarias eran procesadas colectivamente, proyectando hacia futuro formas de bienestar y el acceso derechos históricamente negados (Fernández Álvarez, 2018).

Las trayectorias de Analía y Verónica ponen en evidencia la imbricación mutua entre las transformaciones en las viviendas- por mudanzas, refacciones y construcción de espacios - y acontecimientos importantes de sus vidas como los nacimientos y crecimiento de los hijos, la ruptura de las relaciones de pareja, la enfermedad de familiares, las necesidades de cuidado y situaciones de violencia en los vínculos de pareja. Por otro lado, también revelan que sus casas no sólo son moldeadas a partir de intenciones, sino que como planteó Miller (2013) y observó también Dumans Guedes (2017) ellas en sí mismas tienen la capacidad de hacer cosas con las personas. Vale la pena resaltar que el énfasis que la perspectiva de Miller (2005) le otorga a la agencia de las cosas, radica en la consideración de que las formas materiales tienen consecuencias

para las vidas de las personas, muchas veces de forma autónoma a la voluntad humana. Esta conceptualización se enmarca en una apuesta por tomar distancia de miradas que reifican a los sujetos, estableciendo una oposición absoluta entre la vida de las personas y los objetos. Una propuesta que procura trascender el foco que los estudios antropológicos de la cultura material llevados adelante en las décadas de 1970 y 1970 le habían dado al análisis simbólico y estructural de las casas (Miller, 2001). El autor propone rechazar cualquier énfasis excesivo en las capacidades que las personas tienen por sobre las cosas, para explorar los impedimentos y frustraciones que derivan de la relación entre las personas y la cultura material. En nuestro análisis, observamos que las casas- el tamaño y cantidad de los ambientes, su ubicación geográfica y las personas con las que son compartidas- pueden llevar a “desarmar parejas” o ser un elemento que somete a relaciones opresivas, como en el caso de Verónica quien se mudó a una vivienda más pequeña y precaria en pos de alejarse de las agresiones de su ex marido. En ambos casos las posibilidades de reformar o construir las viviendas se relacionan con procesos organizativos derivados de la implementación de una política estatal y la participación en un movimiento social. Como ya observamos en el capítulo anterior, para ambas cooperativas, el proceso de *invención* del trabajo, acabó proyectándose sobre las casas, construyéndose desde allí la posibilidad de realizar trabajos considerados *útiles* y *productivos*.

En el caso de la cooperativa de Verónica, la proyección de horizontes de trabajo a futuro que complementarían al de las *refacciones sociales* solía tomar a las casas y a sus necesidades como punto de referencia. Una mañana, luego de una reunión de la cooperativa, Verónica comenzó a contarme cómo había adquirido los muebles que se encontraban al interior de su vivienda. Un juego de comedor que le había comprado en cuotas a alguien que vendía puerta a puerta, un par de sillones encontrados en la calle y puestos en condiciones, unos estantes que ella misma había elaborado con sobrantes de madera. Lo que en principio podría haber parecido una conversación trivial acerca de algo sencillo como el mobiliario de su casa, rápidamente adquirió el tono de una reflexión más amplia acerca de lo que había identificado como un problema común a muchas personas en el barrio: la dificultad de acceder a muebles buenos y baratos. “Eso podríamos empezar a hacer con la cooperativa”, expresó rápidamente como si se estuviera convenciendo de una idea que venía dándole vueltas en su cabeza. “Tenemos que empezar a fabricar muebles para la gente del barrio, que sean buenos y baratos”. La refacción de casas estaba dejando como saldo una nueva proyección, la de construir también mesas, sillas, armarios y estanterías. En solo cuestión de semanas, habían contactado a un conocido que trabajaba en un corralón y podía conseguirles material de

descarte de tarimas y pallets de madera. Si bien el proyecto de producir muebles a una mayor escala y venderlos a gente del barrio aún no pasó de ser proyecto, en pocas semanas el frente de la casa de Verónica se había llenado de maderas acumuladas y al poco tiempo se habían hecho los primeros bancos destinados al merendero. Un tiempo después, nos encontrábamos también en la sala de su casa, dedicadas a cortar tela para confeccionar pecheras que serían utilizadas en una movilización. Mientras conversábamos tomando mate entre telas y tijeras; Verónica propuso que, más adelante, se podía iniciar un emprendimiento textil. “Sábanas, manteles, cortinas, que es algo que en todas las casas se necesita”, propuso en un ejercicio de imaginación que, una vez más, se guiaba por los requerimientos de las casas.

Las casas constituyen un eje de análisis de relevancia para considerar el modo en que los programas estatales y las prácticas de militancia se incorporan en las vidas de las personas. Este proceso supone en ocasiones un camino de ida y vuelta. Si hasta aquí observamos cómo el desarrollo de prácticas políticas colectivas torna posible la reforma de las casas y el acceso a mejores condiciones de vida o a la imaginación de un futuro mejor, en el siguiente apartado exploraremos cómo estas transformaciones permiten generar espacios para el desarrollo de proyectos de trabajo de las cooperativas y la puesta en marcha de otras prácticas de militancia.

## **Hacer política desde las casas**

Las casas de Verónica y de Analía tenían un espacio destinado al “obrador” de sus respectivas cooperativas. Esta situación se repetía de forma recurrente en las viviendas de muchas presidentas de cooperativas del Argentina Trabaja con las que tuve la posibilidad de interactuar.<sup>50</sup> En el frente de la casa de Verónica, solían verse enrolladas anderas de la CTEP y del Movimiento Evita y, en el jardín trasero, una gran variedad de remeras del movimiento y la confederación en distintos talles, pertenecientes a todos los integrantes de la familia, colgaban de la soga y se secaban al sol.

De la misma forma, la experiencia de María, presidenta de una cooperativa del barrio de Manuelita, en el distrito de San Miguel, resulta ilustrativa del modo en la participación

---

<sup>50</sup> El desarrollo de “obradores barriales” está contemplado en la Resolución 1499/2012 sancionada por la Secretaría de Coordinación y Monitoreo Institucional del MDSN. En este sentido, el programa otorgó los fondos para la construcción de estos obradores, que fueron llevados adelante gracias a un convenio con la Confederación Nacional de Cooperativas de Trabajo. Dicha confederación se hizo cargo de la coordinación de la provisión de insumo, la asistencia y control de las obras y la capacitación de las cooperativas. Fuente: <http://www.cnct.org.ar/secciones/obradores-barriales> Fecha de consulta: 3/5/2019

en procesos organizativos y modalidades de militancia se proyectaba sobre la reforma de espacios materiales. Su cooperativa desarrolla un proyecto de carpintería. Se trata de una de las iniciativas que primero me mencionó Roxana, la “responsable política” del distrito cuando me reuní con ella. A las pocas semanas, siguiendo sus sugerencias, visité a María en su casa, que era el mismo sitio donde tenía lugar el taller. Recorriendo un camino similar al de las cooperativas de Verónica y Analía, la cooperativa de María también había desarrollado diferentes trabajos a lo largo de los años. Inicialmente se habían dedicado a la construcción de veredas en sus barrios, para luego desarrollar trabajos de refacción de viviendas y tareas de mantenimiento en escuelas. Al igual que había sucedido con la casa de Analía y su cooperativa, en el caso de María también, su casa había sido una de las primeras sobre las que habían intervenido con la cooperativa. En este caso, había sido la medianera que separaba su vivienda con la de su vecina, la que había sufrido un derrumbe y había demandado una reconstrucción inmediata. A María le preocupaban particularmente que los perros que habitaban en la casa de al lado, pudieran entrar en su terreno y pelearse con sus mascotas. Junto a su cooperativa levantaron la pared divisoria y luego, acabaron remodelando buena parte de la casa de su vecina, que se encontraba en condiciones de gran deterioro. Realizaron trabajos similares en otras casas del barrio y luego se dedicaron a pintar y hacer arreglos en escuelas, hasta que decidieron que era momento de emprender un proyecto distinto. Se juntaron y comenzaron a “tirar ideas”, exponiendo cada uno lo que “sabía hacer”. Entre las diferentes opciones que sopesaron, la carpintería les pareció la más viable, considerando los conocimientos necesarios y los costos de los materiales y herramientas. Para comenzar con la producción, María solicitó un crédito a su nombre.<sup>51</sup> Con ese dinero, compraron serruchos martillos, clavos, cola y madera. Comenzaron a fabricar los primeros bancos, mesas y juguetes infantiles, aprendiendo a medida que los realizaban. Por entonces, trabajaban en el patio delantero de su casa, hasta que construyeron un local al frente de la vivienda y un taller en el fondo.

Al reconstruir las reformas que tuvieron lugar en su casa, María puso particular énfasis en el modo en que la fisionomía de su vivienda se había alterado a medida que avanzaban con el proyecto de carpintería, ocasionando particularmente la pérdida de espacios al aire libre, como patios y parque: “Yo antes tenía cuatro árboles, higo,

---

<sup>51</sup> El crédito fue otorgado por la fundación Protagonizar, dirigida a financiar micro emprendimientos. Su surgimiento se remonta al año 1999, impulsada por un grupo de sacerdotes jesuitas que se encontraban desarrollando sus trabajos en un barrio de San Miguel. Esta fundación otorga financiamiento a grupos de micro emprendedores que solicitan créditos de bajo monto para comenzar o fortalecer un emprendimiento. Actualmente, esta organización no gubernamental desarrolla su trabajo a través de cuatro sucursales que se encuentran ubicadas en barrios periféricos de San Miguel y Moreno.

níspero, un hermoso parque, pero cuando bajaron los materiales para hacer polos productivos... ¿Quién tiene el terreno? ¿Quién ofrece el terreno? Porque yo no tengo terreno, es chiquito. Y si no hacemos esto, no vamos a tener el polo productivo no vamos a trabajar más. Siempre vamos a vivir en la calle porque no vamos a tener donde estar. Nadie quiso, entonces yo puse mi casa. Y así fue que me quedé sin árboles, sin pasto, sin parque”. Además de la construcción de estos dos nuevos ambientes, la incorporación de nuevas maquinarias tornó necesario modificar la instalación eléctrica de la casa para poder albergar el proyecto de la carpintería.

Una segunda etapa de transformaciones tuvo lugar en el momento que la conocí, entre fines de 2016 y principios de 2017. Por entonces, allí se realizaba, además de las actividades de la carpintería, la elaboración de alimentos para el merendero que funcionaba en su casa. En la misma cocina que ella utilizaba para hacer el almuerzo y cena de su familia, sus compañeras de cooperativa se dedicaban a preparar comida para las decenas de niños que llegaban a tomar la merienda por la tarde. Otro grupo de mujeres acudía por la tarde a servir la merienda y preparar la cena que las familias se llevaban a sus casas. Todas las semanas, los días martes, un camión se detenía en la casa de María y descargaba los alimentos frescos de su merendero y de otros dos espacios similares que tenían lugar en barrios cercanos. Si estaba presente, María controlaba meticulosamente que no falte nada, reclamaba alimentos que “le debían” de la semana anterior y se anotaba los faltantes para demandarlos en otra oportunidad. Los días en que María estaba ocupada en otras tareas, como el desarrollo de las funciones administrativas y de gestión sobre las que hicimos referencia en el capítulo anterior, su hija, que también integraba la cooperativa, estaba detrás de la gestión de la mercadería. Una vez descargada, era preciso separar en tres partes iguales las frutas, quesos, tapas de tarta, leche, entre otros productos. Una balanza eléctrica del tipo comercial era utilizada para pesar frutas y verduras con exactitud.

Así, la casa de María tenía un movimiento agitado de actividades y afluencia de personas desde temprano en la mañana, hasta que terminaban de lavar las ollas y elementos utilizados para servir la merienda y la cena. Tres de sus hijos y su marido habían ingresado hacía poco a la cooperativa. Solían decir que para ellos, estar en el Argentina Trabaja y militar en el Movimiento Evita era una dedicación prácticamente a tiempo completo, y esto se debía entre otras cosas a que, como todo sucedía en su casa, ellos estaban “siempre pendientes”. El crecimiento del merendero al que cada vez acudieron más personas, motivó a fines de 2016 a iniciar la edificación de un espacio cerrado en el patio en donde solían servir merienda y cena.



La casa de María, como la de otras de mis interlocutoras, era una casa “mutable”, en el sentido en que Eugenia Motta (2016) propuso en su análisis etnográfico. Tal como ya había sido interrogado por trabajos previos, la autora explora algunos de los aspectos que impulsan esta mutabilidad. Otras etnografías ya habían identificado que la posibilidad de agregar nuevos ambientes, transformar su distribución o ampliar espacios ya existentes se correspondía a menudo con cambios en la composición de la familia- llegada de hijos, casamientos-, (Cavalcanti, 2009; Bustamante y McCallum, 2011). Los hallazgos de Motta (2016) confirman esta tendencia y evidencian también que la mutabilidad de las casas torna posible la combinación simultánea y sucesiva de diferentes actividades para ganar dinero, gracias a la transformación de espacios de la casa en locales comerciales: “Las casas son espacios mutables y pueden ser transformadas en lugares cedidos a actividades que no son las del cuidado y mantenimiento de cotidiano de la vida como cocinar, dormir, guardar pertenencias” (Motta, 2016: 207).<sup>52</sup> En nuestro caso, la construcción del local y taller de carpintería en la casa de María, no era tanto una estrategia comercial; sino que se encontraba enmarcada en las modalidades de organización derivadas tanto de la acción de programas estatales como de las prácticas políticas promovidas por la CTEP. El posterior cerramiento del patio delantero para el merendero, confirma esta relación entre las prácticas de militancia y las reformas en las viviendas. Constatar el carácter mutable de las casas, le permitió a Motta (2016) observar la complejidad de las prácticas económicas cotidianas y la porosidad de las fronteras entre economía y parentesco. En nuestro caso de análisis, la mutabilidad de las casas evidencia una estrecha relación entre lo que ocurre con las casas y las prácticas de política colectiva desarrolladas por mujeres de sectores populares.

Podríamos pensar, que personas como María, Verónica o Analía llevan adelante transformaciones en sus casas procurando hacer en ellas un espacio para desarrollar proyectos del movimiento. Es decir, que la reforma y construcción de las casas tienen como meta el despliegue de estas prácticas de militancia. Sin embargo, si atendemos al modo en que estos cambios se van dando de forma paulatina, reorientando el uso de los espacios una vez que han sido transformados y recreando nuevos procesos de construcción que no se reducen al cumplimiento de un objetivo específico y previamente determinado, esta explicación teleológica de las reformas puede ser complejizada. Abordando las prácticas políticas colectivas como un *transcurrir*, cuyos horizontes y modalidades van definiéndose en el proceso, (Fernández Álvarez, 2016a); las transformaciones en las casas no implican únicamente la resolución de objetivos

---

<sup>52</sup> La traducción es propia

precisos y delineados de antemano- hacer funcionar un merendero o un taller de carpintería. Muy a menudo, algunas mujeres comienzan “haciendo merendero” en sus patios y jardines y, una vez que estas actividades ya están desarrollándose con regularidad, al aumentar la afluencia de niños y niñas que buscan su merienda, se identifica la necesidad de un espacio cerrado en el cual sea posible evitar el frío y la lluvia. Una vez que el espacio se cierra, los patios muchas veces pasan a ser incluso nombrados bajo terminologías diferentes, tales como “salón de usos múltiples” o “centro socio comunitarios”. Ya disponiendo de salones bajo techo, son escenario de actividades nuevas, como espacios formativos, talleres recreativos, entre otras. Recuperando a Miller (2013), no son sólo las personas que reforman sus casas para dar curso a metas, la materialidad de las casas agencia en sí misma efectos que pueden dar lugar a que las personas hagan cosas que anteriormente no estaban dentro de sus planes.

En las reconstrucciones que María hacía de los cambios en su vivienda, ella solía poner en relación aquello que ella y sus compañeros y compañeras había logrado construir con la cooperativa- nuevos proyectos laborales, el aprendizaje y aplicación de un oficio y el perfeccionamiento de los muebles que fabricaban- con las mejoras significativas en las condiciones de vida propias y de su familia. Ambos procesos eran referenciados explicitando que sentía *orgullo* por los avances y mejoras alcanzadas. De un modo similar a aquello que observó Cavalcanti (2009), los cambios en las viviendas eran reconstruidos como una forma de “lucha”, cuya descripción marcaba los diálogos generacionales. En este caso, y de un modo similar al que planteamos en el caso de Verónica, no se trataban de narrativas que apelaran únicamente al esfuerzo individual, sino que incluían a las modalidades de construcción colectiva en el marco de una organización social con la que la unían vínculos de *compromiso*. Antes de que conozca a María, Roxana, una de las principales referentes del Movimiento Evita en el distrito, me había hablado de ella haciendo hincapié en que se trataba de una militante muy *comprometida*, alguien que tenía *incorporada la lucha*. María también significaba su pertenencia al movimiento, en términos de *lucha*, pero resaltaba especialmente el agradecimiento y el orgullo que sentía por la organización, en relación a “todo lo que habían conseguido”. En una entrevista que le realicé, ella aludió específicamente a estos sentimientos:

M: Yo le tengo mucho amor a esta organización. Y a parte del amor, el respeto se lo ganó con todo lo que nos dio y con las posibilidades que nos da en los barrios. (...) Siempre agradecida. Siempre muy agradecida a mi organización porque sin mi organización hoy yo hubiera estado en la calle. Yo agradezco lo que tengo y le

agradezco al Evita por lo que tengo. Entonces siempre se los recalco a ellos [sus hijos] que... siempre les digo que esto no hubiese sido posible si no hubiésemos tenido lo que tenemos. Porque yo estuve a punto de perder mi casa. Tuve una carta de desalojo

F: ¿Por qué?

M: La persona que estaba viviendo ahí después de que falleció mi suegro es como que hizo poner el gas y no lo pagó y a base de eso fueron pasando los años y se hizo una deuda entonces yo me tuve que presentar. Sin la cooperativa, no hubiera podido pagar la deuda y hoy esa casa no sería mía. Cuando terminé de pagar, la pude poner a mi nombre. Así que hoy por hoy es mía. Si no hubiera estado en el evita, tengo hasta los perros del evita.

El agradecimiento y amor que ella reivindicaba sentir hacia la organización, se correspondía con un análisis en el cual “tener la cooperativa”, recibir dicho ingreso monetario y trabajar en ella, eran aspectos fundamentales que le permitieron conservar su casa, y “no quedar en la calle”. La cooperativa y la organización tornaban la propia existencia de su casa como posible. La gratitud hacia la organización permeaba los diálogos que ella mantenía con sus hijos. Los sentimientos- de gratitud, amor, - con los que ella evocaba su vínculo con la organización, parecían expresarse no sólo en palabras, sino en acciones que influían especialmente sobre la relación que ella establecía con su casa. Si la organización y la cooperativa, le habían permitido conservar su casa, era poniendo éste espacio a disposición que se afianzaba el *compromiso* y la *incorporación* de las luchas del movimiento. Sus aportes a la construcción política de la organización no dependían únicamente de la participación en actividades fuera de su hogar: movilizaciones, reuniones, asambleas, trabajos. Implicaban también abrir las puertas de la casa y ofrecerla como un insumo para transformar y hacer política desde y con ella, ponerla a disposición aun cuando esto suponga algunas “perdidas”: ceder espacios, quedarse sin árboles ni pasto.

En este sentido, en el modo en que ella afianzaba su *compromiso* con el movimiento e *incorporaba las luchas* de la organización, su casa ocupaba un lugar central. En su análisis etnográfico acerca de formas de involucramiento político Julieta Quirós (2011) ha advertido que las personas no construyen su participación en política como la consecuencia directa de una serie de razones intelectuales o motivaciones que puedan ser fácilmente enumeradas. La autora afirma que una de las potencialidades de la etnografía consiste en capturar el modo en que las personas se van “enganchando en política”, recuperando la expresión que una de sus interlocutoras usó para describir su vínculo con un movimiento de desocupados. El “engancharse”, dice Quirós (2011), sólo

puede observarse en acción, e implica explorar el modo en que, al hacer política, las personas comprometen afectos, prácticas corporales, gustos, emociones, estados de ánimo. La etnografía hace posible apostar a un abordaje desde el cual la política no es únicamente una actividad realizada por los sujetos, sino que se trata de una dinámica capaz de “hacer personas” (2014:55). Estas apreciaciones brindan pistas interesantes para pensar los modos en que María construía su vínculo con el movimiento y las prácticas mediante las cuales ella evocaba su *compromiso*. Si ella hacía propias las *luchas* de la organización y las *incorporaban* a su vida, éste proceso no podría explicarse únicamente a través de razones instrumentales. Se trataba un vínculo emotivo, que modelaba aquello que le transmitía a sus hijos, constituía la base para la existencia misma de su casa y de lo que era posible hacer en el barrio. Si, siguiendo a Quirós (2014), la política se despliega entramada en prácticas que pueden no ser socialmente reconocidas como tales; nuestro análisis revela el modo en que ésta extiende su influencia por sobre las casas y se hace con y a través de ellas. Las experiencias de María o de Verónica, evidencian que la militancia política implicaba para ellas, poner sus casas a disposición, aportando desde allí a la construcción de condiciones de posibilidad que permitían “hacer en el barrio”. Sin embargo, no se trataba de un proceso armónico, en el que primaban solamente el gusto por hacer y la voluntad de contribuir a las modalidades organización. Ofrecer la casa propia para las actividades del merendero, la cooperativa y otros proyectos vinculados a la militancia traía aparejadas algunas incomodidades cotidianas y la necesidad de negociar límites al respecto del uso del uso de los espacios; aspectos sobre los cuales profundizaremos a continuación.

### **Separar un poco la casa de la cooperativa**

Entre agosto y septiembre de 2016, un nuevo proyecto ocupó a los y las integrantes de la cooperativa Todos Unidos. Un vecino de Verónica, que también formaba parte de una cooperativa del Argentina Trabaja del distrito, había cedido un terreno desocupado que se encontraba en el medio de la casa de ambos. La idea era que ambas cooperativas se dediquen a poner el lugar en condiciones para poder contar con un espacio en donde realizar diversas actividades, entre ellas, el merendero que por entonces funcionaba en la casa de Verónica. La iniciativa había surgido cuando el vecino de Verónica había acudido a ella a comentarle que estaba preocupado por la posibilidad de que alguien ocupe el terreno. Él tenía unos sesenta años de edad y, junto a su mujer, se reivindicaban descendientes del pueblo tehuelche. Decían que durante la época de la presidencia de Menem habían obtenido derechos sobre ambas tierras debido a su

reconocimiento como “nativos” del lugar. Al conversar sobre el tema, tanto Verónica como su vecino coincidieron en que una buena estrategia para prevenir ocupaciones era levantar alguna edificación y darle un uso al espacio.

Un jueves de septiembre llegué a la casa de Verónica a las 10 de la mañana y busqué directamente a los integrantes de la cooperativa en el terreno contiguo. Mirta, Jimena y Micaela se encontraban limpiando y desmalezando el espacio. No era la primera jornada de este tipo y recuerdo que tuve la sensación de que el terreno era más grande de lo que había percibido las veces anteriores que lo había visitado. Una notable cantidad de yuyos y arbustos habían sido removidos y una montaña de hojas secas y ramas estaban listas para ser quemadas. La posibilidad de contar con un espacio propio para la cooperativa era vivenciada con entusiasmo y durante todo el día, escuché diferentes diálogos referidos a los usos potenciales que podrían darle.

Fui percibiendo que la imaginación de todo lo que se podía hacer en el nuevo espacio, parecía derivar en la utilización de nuevas categorías para nombrarlo. Las primeras veces, se habían referido al sitio simplemente como “un espacio para el merendero”, pero ahora, se incorporaban nuevas categorías. En su Facebook, Verónica había anunciado las primeras jornadas de trabajo en el espacio diciendo que próximamente tendrían su “centro cultural”. Esa tarde, me había pedido que tome fotos de cómo estaba quedando y me mostraba en su celular el modo en que el terreno lucía hacía algunas semanas. “Esto va a ser nuestro salón de usos múltiples. Podemos hacer formación, reuniones de la cooperativa, merendero, clases de apoyo.”

Verónica hablaba mientras recorríamos el terreno y me indicaba el lugar exacto donde pretendían levantar las primeras paredes. El salón que pensaban construir, se apoyaría sobre uno de los muros de la casa de Verónica, de modo que sólo levantarían tres paredes, en principio utilizando madera y chapa. Además de la posibilidad de contar con un espacio nuevo, específicamente dedicado a la realización de actividades de la cooperativa, Verónica me comentó ese día que estaba interesada en que de ese modo, pudiera “separar un poco más”, su casa de la cooperativa. Me dijo que muchas veces ella intentaba que las reuniones se realizasen en el fondo de la vivienda y no en su sala, pero que, el frío y la necesidad de usar el baño terminaban devolviéndonos a todos al interior. Me comentó que la intensa circulación de personas le hacía más difícil a veces mantener el orden en su casa, especialmente cuando venían niños pequeños que “tocaban todo”.

Ese día, la jornada de trabajo fue en doble turno. Luego de pasar la mañana y una parte de la tarde limpiando el terreno, nos dedicamos a preparar las rosquitas para las y los

niños que acudirían al merendero. Cuando paramos a almorzar, preparamos varias tartas de jamón y queso y las cocinamos en el fuego. Verónica prestó una olla essen con forma de tartera que hacía efecto de horno. Insistió en que almorzar allí nos permitiría a todos ir acostumbrándonos al nuevo espacio, familiarizándonos con el lugar y con el hábito de cocinar de esa manera. También en el fuego cocinamos las rosquitas y calentamos la leche chocolatada para quienes ese día acudieron al merendero. Dos caballetes y una madera formaron una mesa para recibir a los comensales, que vinieron trayendo cada uno su taza. La merienda se sirvió en aquel terreno y Verónica le contó a los niños y niñas que se habían acercado que próximamente iban a tener un espacio cerrado allí mismo. Aprovechando que yo había llevado la cámara de fotos, pidió que hiciéramos una foto grupal con todos los niños que habían asistido ese día, que se quedaron jugando a la pelota en la calle después de tomar la leche. El proyecto de contar con un espacio nuevo como sede del merendero parecía ser un hecho.

Tan sólo algunas semanas después, una serie de acontecimientos complicaron las perspectivas de continuidad. Sin disimular un gran desánimo, Verónica me contó que la iniciativa “se había pinchado”, debido a que se habían desencadenado conflictos con una persona que reclamaba la tenencia de ese terreno, argumentando que lo había comprado y que tenía “papeles” que lo demostraban. Esa persona había intentado ingresar al terreno con chapas y tirantes, listo para construir allí una casilla y se había enfrentado a la resistencia de quienes vivían en la cuadra, incluidos Verónica, Juan y los vecinos de al lado. La situación todavía no estaba clara y sería necesario un largo procedimiento judicial para que se resolviera quién poseía verdaderamente los derechos sobre el terreno. Verónica y sus compañeros de cooperativa habían evaluado que, de iniciar las obras en ese terreno, podrían enfrentar una orden de desalojo y la consecuente destrucción de lo que hubieran logrado construir. Si bien la situación había bajoneado notablemente a todas y todos los integrantes de la cooperativa, las perspectivas de conseguir otro espacio continuaban formando parte de las proyecciones: “Nosotros dijimos, que no hay que abandonar, que tenemos que seguir construyendo, que esto no nos detenga... Lo que hablamos es de ponernos a hablar con los vecinos que viven más cerca de la canchita, y construir ahí... Pero vamos a necesitar que un par de vecinos tengan la llave, que lo cuiden... Porque ya es otro barrio, nosotros no estamos tan cerca...”.

Algunos meses después, el merendero se mudó y empezó a realizarse en la casa de otra vecina. Tal como afirmaba Verónica, para construir un espacio físico disponible para realizar actividades en el barrio era necesario que quienes habiten en las inmediaciones del mismo se hagan cargo de su mantenimiento y limpieza, de abrir y cerrarlo y de

mantenerlo ocupado, evitando que se deteriore o sea destruido. En este sentido, el terreno de su vecino era una oportunidad que poseía grandes ventajas en tanto se ubicaba fuera de la casa de Verónica pero a una distancia lo suficientemente cerca como para que ella y los integrantes de su familia pudieran estar atentos al espacio en el día a día. Es decir, su ubicación habilitaba las condiciones de posibilidad para el sostenimiento del espacio, permitiendo al mismo tiempo establecer algunos límites, respecto a otras actividades desarrolladas en la casa de Verónica, dándole la privacidad que ella consideraba necesaria para el desarrollo de la vida familiar. El salón iba a estar pegado a su casa, compartiendo una pared con la de su vivienda, casi como una extensión de la misma pero manteniendo una entrada diferente.

La preocupación por establecer definiciones y límites acerca de la ocupación de las casas fue un tema recurrente durante el trabajo de campo. Verónica indicaba a los integrantes de la cooperativa que entrasen por la puerta lateral, la cual conducía a un pasillo que permitía acceder directamente al fondo y al obrador, sin pasar por la sala. Otras veces, el permiso para acceder a cierta parte de la casa era un indicador del tipo de relación que establecía con las personas. Por ejemplo, en una oportunidad en la que me quería manifestar su simpatía por una de las mujeres que estaba colaborando con la gestión del merendero, Verónica me remarcó que, cuando esa mujer se había acercado a conversar un asunto con ella, la había hecho a pasar y la había invitado a tomar unos mates, mientras que, a otras personas, las hubiera recibido en la vereda. La aclaración no estaba solamente dirigida a mí, se trataba de una acción mediante la cual ella había buscado expresarle a esa persona los términos de la relación.

La ampliación de la casa de Verónica y especialmente la construcción de las habitaciones de sus hijos en la planta superior de la vivienda también permitió establecer más claramente las distinciones entre aquellos espacios destinados a la vida familiar y los sectores que eran accesibles para más personas y que podían ocasionalmente ser escenario de actividades relacionadas con su militancia. Agrandar la sala y mudar la cocina tornaba posible que el espacio cedido para realizar reuniones se distinguiera claramente del sitio donde se preparaban las comidas y en donde simultáneamente sus hijos podían estar desayunando o almorzando. Es decir, que si bien era frecuente que la casa de Verónica se desarrollasen actividades relacionadas con sus prácticas de militancia- reuniones, espacios formativos, jornadas de trabajo, el merendero- esto no implicaba que su casa como totalidad estuviera disponible para cualquiera de estos proyectos. Al contrario, existía una explícita intención por precisar límites al respecto de qué parte de la casa se ofrecía y en qué horarios se permitía ingresar. Estos límites, derivaban de una constante evaluación de qué era lo mejor para cada situación y el uso

de los espacios variaba de acuerdo a las estaciones del año y la temperatura. En días de lluvia o momentos donde el frío era intenso, la sala de Verónica se abría para nosotros y muchas veces fue el espacio utilizado para el almuerzo. En otras oportunidades, como cuando emprendimos el desarrollo de encuentros de formación, la utilización del televisor para acceder a materiales audiovisuales eran un factor que nos atraía hacia allí y Verónica no dudaba en ofrecerla para tales fines. Parecía ser, que se trataba de límites que no poseían un carácter absoluto. Si por un lado Verónica deseaba “separar un poco” las cosas y mantener algunos espacios de su casa a resguardo de las actividades de la cooperativa y de su involucramiento político, éstas fronteras estaban constantemente en movimiento. El *transcurrir* de las prácticas políticas colectivas de las que ella se involucraba, acababa a menudo expandiéndose hacia su casa.

En cuanto a María, la presencia de distintas actividades vinculadas a los proyectos de la cooperativa en su casa se hizo tan intensa, que, llegado un punto, ella y su marido decidieron mudarse y dejar la vivienda en donde tenía lugar el proyecto de carpintería y el merendero a sus hijos mayores y como “sede del movimiento”. La mudanza ocurrió en 2018 y supuso un movimiento de regreso a un barrio cercano en el que ella había crecido y en dónde por entonces continuaba viviendo su madre. Yo ya la había escuchado hablar de la posibilidad de mudarse en 2017, cuando, luego del fallecimiento de uno de sus hermanos, ella estaba preocupada porque su madre había quedado sola. La madre de su actual pareja y padre de su hijo menor les había ofrecido que construyeran en el terreno de su vivienda y, contando con la ayuda de su cooperativa, comenzaron a construir una casa en la que se mudaron al año siguiente.

Además del interés por estar más cerca de su madre, María y su pareja se mudaron con su hijo menor a la nueva vivienda, procurando “descansar un poco” de la intensa actividad que por entonces tenía lugar en su casa. Las recientes transformaciones en los requisitos de permanencia establecidos por los programas estatales y el lanzamiento del Hacemos Futuro, habían generado nuevos cambios en la utilización del espacio.<sup>53</sup> La necesidad de generar nuevas ofertas de terminalidad educativa para que los y las integrantes de las cooperativas pudieran acceder a la finalización de los estudios secundarios había llevado a María a proponer su merendero, como sede del Plan Fines. Es decir, que aquel patio delantero que se había cerrado un año antes, procurando dar cobijo a los niños y niñas que asistían a tomar la leche, se había transformado en una sede de estudios secundarios. Además, la implementación del salario social

---

<sup>53</sup> Volveremos sobre estas transformaciones en los programas estatales en los capítulos 3 y 4



complementario, había promovido la incorporación de nuevas personas a los polos productivos y obradores. La carpintería de la casa de María era uno de los sitios propuestos para desarrollar capacitaciones de oficios dirigidas a estas nuevas personas que se comenzaban a vincular con las organizaciones. Entre la sede de Fines y las capacitaciones que daban en la carpintería, su casa registraba un movimiento aún más intenso de personas y actividades. Las clases de la sede de estudios secundarios transcurrían durante la tarde e implicaban la utilización del espacio por mayor cantidad de horas que el merendero. La ventana de la pieza de la María, tenía salida al salón donde transcurrían las actividades y, según ella me explicó, era difícil descansar un rato sin escuchar las conversaciones de las clases. Además, como el salón estaba construido en lo que anteriormente era un patio delantero, se trataba de un ambiente de paso obligado para ingresar a la vivienda. Es decir que si bien no era necesario pasar por la casa para entrar al aula, los habitantes de la casa sí entraban a ella a través de él.

En enero de 2019, visité a María en su nuevo hogar. Una chica con remera de la CTEP me fue a buscar a la parada. Entré por un patio delantero que estaba cerrado con un techo de chapa. Tres mujeres revolvían una olla que estaba apoyada en una cocina del tipo industrial conectada a una garrafa. La voz picara de María que me invitaba a pasar tratándome de usted con su característico estilo jocosos, salía desde el interior. En la mesa, ya estaba listo el mate. La vivienda era más pequeña que la anterior, pero muy agradable, con detalles de terminación que le daban un aire a nueva. Las paredes estaban pintadas de colores y en la cocina había alacenas de madera, que, según me explicó, formaban parte de los productos que elaboraban con la cooperativa. Dos piezas y un baño daban a la sala principal que estaba amueblada con mesas y sillones. Mientras tomábamos mate y conversábamos, desde la puerta entre abierta llegaba el aroma del guiso que estaban cocinando en el patio delantero. María me empezó a comentar cómo había sido la mudanza al nuevo barrio. Me contó que se había encontrado con “mucha necesidad” y que había estado promoviendo la inscripción de vecinos en el Salario Social Complementario. Junto a ellos, estaban organizando un grupo de trabajo con el que se disponían a generar “mejoras” en el barrio, y procuraban conseguir materiales para “hacer las veredas”. Mientras tanto, cortaban el pasto y colaboraban con el mantenimiento de espacios públicos barriales. Hacia algunos meses, un merendero había comenzado a funcionar en su casa, iniciativa que había derivado en el cerramiento de aquel patio por el cual yo había ingresado. Las chicas que revolvían la olla mientras nosotras conversábamos se encontraban precisamente preparando las viandas para la cena de quienes asistirían a comer por la noche.

María me describió sus andares por el nuevo barrio con el habitual entusiasmo y orgullo que solía evocar cuando hablaba de las formas en que solían “organizarse” para mejorar sus condiciones de vida. Me dijo que ella y “los compañeros”, solían quedar contentos cuando veían que “dejaban el barrio lindo” y me enumeró estrategias que ponían en marcha para enfrentar la escasez de algunos recursos. Rifas y venta de pizzetas puerta a puerta les permitirían comprar algunos materiales e insumos necesarios para continuar las tareas. María confiaba en la potencialidad de estos procesos de organización y sus experiencias previas le permitían proyectar pasos a seguir. Sin embargo, ésta misma experiencia con la que ella ya contaba en su haber, provocaba que junto al orgullo y al entusiasmo, asomara también un aire a historia conocida, una sensación de estar involucrándose en procesos que no eran del todo nuevos. “Siento que estoy retrocediendo”, me dijo. Quise saber por qué y me animé a opinar que más que “ir para atrás”, estaba multiplicando lo que había aprendido, que era imposible retroceder cuando ya se tenía toda una experiencia. Me admitió que eso era cierto y que las cosas no estaban igual a cuando habían comenzado en el otro barrio, que había aprendizajes y un conocimiento acerca de “cómo hacer las cosas”, que ella podía transmitir y poner en práctica. Pero, insistió, estaba retrocediendo, porque estaba repitiendo una historia ya atravesada, recomenzando nuevamente proyectos casi iguales a aquellos en los que se había involucrado en el otro barrio, enfrentándose a problemas similares y teniendo que “construir” alternativas para resolverlos.

El descanso buscado, no había sido total para María y su marido. Regresar a un barrio en el que la conocían y ponerse en contacto con las problemáticas presentes en ese territorio, parecía no haberle dejado otra alternativa que iniciar nuevamente procesos organizativos dirigidos a mejorar estas condiciones. Estas formas de organización volvían a generar transformaciones en su vivienda, impulsando el cerramiento del patio delantero para poseer un lugar donde cocinar. Es que, poner a disposición ciertos sectores de su vivienda, era uno de los aprendizajes, que ella traía del barrio y la casa en las que previamente había vivido. En el nuevo barrio, María procuraba ubicarse en un lugar diferente con respecto al que había ocupado años atrás. El conocimiento y recursos acumulados la colocaban en un lugar más cercano al de la coordinación, intentaba promover proyectos y fomentar que, de a poco, éstos pudieran “moverse solos”. En el capítulo anterior advertimos que María estaba atravesando un proceso que ella y otros reconocían como de *crecimiento* dentro de la organización. Afianzarse en ese camino demandaba posicionarse de un modo nuevo al respecto aquellos procesos que se gestaban en torno a su casa y en las inmediaciones: intentar estar menos en el día a día, liberar espacio físico y mental que hiciera posible proyectar cosas

nuevas y no sentir que “retrocedía”. En el caso de Verónica, también podemos observar una relación entre el modo en que se disponía la utilización de espacios en su casa y la construcción de trayectos de crecimiento como *referente* en la organización.<sup>54</sup> Ella me había manifestado en varias oportunidades su intención por comenzar a delegar algunas de las responsabilidades que asumía en el marco de su cooperativa. Se habían redistribuido algunas de las tareas administrativas, tales como llevar y traer planillas de asistencia o gestionar el cuaderno en el que anotaban gastos comunes. La mudanza del merendero hacia la casa de otra vecina, se relacionaba con ésta misma intención.

Para ambas, se trataba de límites que lejos de construirse de un modo absoluto, parecían actualizarse casi a diario. El lugar central de sus casas para la puesta en marcha de formas de organización y militancia no se deshacía por completo pese a las mudanzas y reorganización de actividades. Desde la línea de análisis que hemos recuperado en estas páginas, las casas no quedan reducidas a meros espacios en los que se desarrollan actividades que están bajo absoluto control de las personas (Miller, 2013). Al contrario, la perspectiva antropológica sobre las casas nos sugiere que ellas y las personas se transforman mutuamente (Carsten y Hugh Jones, 1995). Uno de los aportes de esta perspectiva, es que, como ya hicimos referencia más arriba pone el énfasis en el carácter indeterminado de la construcción y refacción de las casas. Se trata de una mirada que invita a considerar el modo en que la transformación de los espacios materiales se produce a partir de un complejo entramado en el cual los anhelos de las personas se entremezclan con condiciones de posibilidad producto de relaciones de dominación y desigualdades de clase e incluso con la agencia que encarna la propia materialidad de los objetos. Resultan sugerentes aquellos trabajos etnográficos que subrayaron la correspondencia entre la transformación de las casas y la producción de formas o estilos de vida. Acciones como levantar muros o transformar una casilla en una casa de material han sido observadas en relación a las preocupaciones de sus habitantes por protegerse de peligros externos (Cavalcanti, 2009), alcanzar privacidad e independencia (Cortado, 2016) o “estabilizar” hábitos cotidianos, alcanzando formas de vida marcadas por un mayor sosiego y control (Dumangs Guedes 2017). Estos trabajos coinciden en señalar algunas ambivalencias y contrapartidas que vienen aparejadas junto a estos procesos de construcción. Mientras las casas de material son significadas a partir de los anhelos de garantizar mayor seguridad y resguardo, éstas también producen alteraciones imprevistas y menos deseadas en los modos de vida,

---

<sup>54</sup> En el caso de Verónica, su trayectoria de militancia fue centrándose paulatinamente en la construcción de formas de organización gremial y de demanda de derechos para los y las vendedoras ambulantes del ferrocarril. Sobre este proceso de *crecimiento*, profundizaremos en el capítulo 4. Ver también Fernández Álvarez 2016b, 2018.

como la sensación de vivir “preso” en el interior de un espacio cerrado (Cavalcanti, 2009; Dumans Guedes, 2017). Thomas Cortado (2016) ha planteado que la construcción de muros corresponde en muchos casos con la voluntad de distanciarse, no tanto de los peligros y violencias del exterior, como de las miradas de los vecinos. Su análisis evidencia conexiones entre el acto de levantar paredes y la idea de que una familia necesita un espacio exclusivamente suyo y claramente delimitado para constituirse como tal. Sin embargo, según los datos que aporta el autor, en las prácticas cotidianas de los sectores populares este ideal de vida doméstica basada en la independencia y privacidad suele ser tensionado debido a la necesidad de recurrir a redes de cooperación y ayuda mutua para poder construir, arreglar y mantener la vida en las casas.

Estas etnografías, al igual que los datos que hemos reconstruido en este apartado sugieren que los procesos, siempre inacabados, de construcción y reforma de las casas, se encuentran atravesados por múltiples negociaciones entre aquellas formas de vida que las personas imaginan y proyectan y las condiciones de posibilidad para llevarlas adelante. Es decir, que la casa nunca es el reflejo fiel de los anhelos de quienes la habitan. O, en palabras de Ingold, ésta “exige de quienes viven allí, un refuerzo continuo frente al vaivén de sus habitantes humanos y no humanos”<sup>55</sup> (2012b: 30). De un modo similar a aquello que observó Cortado (2016), las reflexiones de Verónica y María, también evocaban la valorización de formas de privacidad e independencia para el desarrollo de la vida familiar. Manifestaban el anhelo por hacer de sus casas espacios de descanso, por procurar imponer mayores grados de orden y por garantizar condiciones de vida más confortables para ellas y sus familiares. En estos casos, más que marcar, mediante la construcción de muros, una separación entre la vida familiar y las miradas de los vecinos; existía un esfuerzo por delinear limitaciones entre distintas actividades que tenían lugar en el propio interior de la casa y que formaban parte de sus vidas. En la práctica, éstas fronteras se revelaban borrosas y móviles.

Los desafíos enfrentados a la hora de establecer límites en los modos en que las formas de organización colectiva habitan y modelan a las casas; nos permiten evidenciar que en el día a día de nuestras interlocutoras, la “política” no constituye una práctica o dimensión de la vida que pueda llevarse adelante de la puerta de las casas hacia afuera. Resulta significativo que María, aun manifestando su intención por tomar cierta distancia de la intensidad de procesos de organización política que habían proliferado en su casa y en su barrio; no consigue poner en suspenso del todo estas formas de construcción

---

<sup>55</sup> La traducción es propia

barrial. En un barrio “nuevo” encuentra condiciones, “de necesidad” y relaciones que la invitan a comenzar nuevamente a “construir organización”. A través de su experiencia, resulta evidente que “la política” no estaba localizada en un espacio preciso, del cual fuera posible alejarse simplemente cambiando de vivienda. Si en su casa nueva, una vez más, los patios se techaban para albergar grandes ollas y poner en marcha un merendero, era tal vez porque la “política” no se producía en un lugar fijo, sino que se generaba justamente a partir de las relaciones y el compromiso práctico (Ingold, 2011) que las personas establecían con el entorno. En estos casos, ese entorno eran muchas veces las “necesidades” encontradas en el barrio, las condiciones materiales de las veredas y espacios comunes, las privaciones de los vecinos y vecinas. Un conjunto de condiciones que, al ser leídas a partir de trayectorias de militancia y de involucramiento en organizaciones políticas, hacían que se regeneren procesos ya conocidos, provocaban que las formas de organización colectiva vuelvan a golpear las puertas de las casas, demandando nuevos arreglos para sostener la vida.

Siguiendo las advertencias de Borges (2011) acompañar etnográficamente a las mujeres y sus relaciones con sus casas puede ser un camino fructífero para continuar complejizando formas duales de comprender al mundo social, evitando definir y jerarquizar el carácter político de las experiencias de las personas y de los espacios en los que éstas transcurren. De acuerdo con la autora, focalizar en las formas de vida que se experimentan en las casas, puede aportar incluso a una comprensión del Estado como una amalgama de gobiernos localizados y cambiantes, deshaciendo formulaciones generalizantes y dicotómicas acerca de sus relaciones con la sociedad. Lo que sucedía en las casas de nuestras interlocutoras tenía a menudo relación con los avatares en las formas de intervención estatal. Durante 2018, Verónica también prestó su sala para la realización de espacios formativos que permitieran validar la cantidad de horas de capacitación que solicitaba el Hacemos Futuro. Si previamente, ella y otras mujeres habían cedido un sector del terreno en el que estaban ubicadas sus viviendas, para poner en marcha obradores, polos productivos, talleres, locales, merenderos; era también en las casas en donde tenían lugar las capacitaciones que solicitaba el Hacemos Futuro. Las formas de intervención estatal influían sobre las casas, incluso más allá de aquello que era explícitamente propuesto por el Estado. La modificación de las formas de contraprestación solicitadas por los programas sociales a partir de 2018 generó la necesidad de construir espacios y propuestas formativas que hicieran posible que los y las titulares cumplieren aquello que se definía como requisitos de permanencia en los programas, sin alejarse de las formas de organización colectiva. Como veremos más adelante en esta tesis, los y las integrantes de las organizaciones sociales

vinculadas a la gestión de estos programas estatales redirigieron sus esfuerzos en evitar que se concrete lo que percibían que era uno de los propósitos prioritarios de estas modificaciones en la intervención estatal: la fragmentación e individualización de los y las titulares, socavando sus vínculos con las organizaciones. Si el nuevo programa estatal convocaba a los y las titulares de manera individualizada, midiendo el cumplimiento de los requisitos en horas de capacitación; desde las organizaciones sociales se procuró sostener el carácter colectivo de las propuestas formativas, procurando que estas tengan lugar en espacios propios. Estos espacios eran muchas veces las casas que *referentes* barriales ofrecían para tales fines. Así los efectos que producía la política pública derivaban del modo en que las personas disputaban “en el terreno” la reorientación de los programas (Shore, 2010). Estos efectos alcanzaban a las casas intensificando el ritmo y afluencia de personas en ellas y alterando ciertos aspectos de las vidas “privadas” que las personas proyectaban desarrollar allí.

## Conclusiones

En este capítulo propusimos abordar las prácticas de política colectiva desarrolladas por mujeres titulares del programa Argentina Trabaja considerando la relación entre las formas de organización puestas en marcha por las cooperativas y los procesos de construcción y refacción de sus casas. Por un lado, registramos que, una buena parte de lo que nuestras interlocutoras hacen con las políticas estatales y en el marco de sus trayectorias como militantes de una organización social, se desarrolla en sus viviendas. Como ya hemos anticipado en la introducción, entrar en las casas, constituyó una estrategia metodológica de relevancia derivada de un desplazamiento analítico que supuso correr el foco de la atención de los programas estatales, a las vidas de las personas. Aquí, hemos procurado evidenciar que las casas, no constituyen meros “lugares” o “contextos” en los que se desarrollaban prácticas de política colectiva. Observamos, en cambio, que el desarrollo de formas de organización colectiva suponía muchas veces transformar los espacios materiales utilizados como vivienda y desarrollar allí actividades relacionadas con los proyectos políticos y productivos de las cooperativas. Acciones como levantar una pared, techar un patio o construir una vivienda en la planta alta, no constituyen meros efectos subsidiarios o consecuencias indirectas de las formas organizativas desarrolladas por nuestras interlocutoras. Se trata de acciones que forman parte del hacer juntos (as). Si, mirando desde el hacer cotidiano, lo *colectivo* sobrepasa aquellas caracterizaciones que lo definen según atributos definidos a priori; revelándose más bien como “un horizonte, un proyecto, a menudo

conflictivo, que se define, negocia y tensiona en el día a día” (2016a:12), aquí mostramos el modo en que en estos procesos las prácticas de las personas se ponen en relación con las posibilidades que habilitan los espacios materiales de las viviendas. Específicamente, reconstruimos los modos en que las casas son construidas y transformadas a partir del *transcurrir* de las prácticas colectivas.

Vale la pena destacar que la reforma y construcción de casas, constituyó uno de los mecanismos a través de los cuales, nuestras interlocutoras contornearon algunos de los contenidos de los programas estatales. Por un lado, implicó producir un sentido de *utilidad* y relevancia para las actividades de trabajo que en principio eran demandadas por el Estado como contraparte a la condición de titularidad en estos programas. Desde allí se gestaron proyectos que trascendieron los objetivos propuestos por el Estado o, al menos, adaptaron algunos de sus requisitos. Las casas, o terrenos de estas, que algunas de nuestras interlocutoras “cedían” o “prestaban” tornaban posible construir modalidades de organización dirigidas a *inventar* formas de trabajo y arreglos dirigidos a la reproducción de la vida, como la posibilidad de poner en marcha merenderos, huertas, idear proyectos en los que sumar ingresos y mejorar las condiciones habitacionales. Pero además, las transformaciones de las casas acompañaban otros anhelos y proyectos. Por medio de la modificación de sus viviendas, nuestras interlocutoras procuraban acercarse a metas que ya no tenían directamente que ver con el cumplimiento de aquello que sugerían los programas estatales, o con los proyectos de las organizaciones. Las reformas en las casas, ya sea por ampliación, modificación de materiales, realización de detalles de terminación o el tendido de instalaciones de agua y luz suponían cambios significativos en las condiciones de vida y encerraban también la voluntad de acceder a una “vida mejor”, de intervenir sobre vínculos familiares y sobre los proyectos vitales de sus habitantes. La casa, como agente, participaba de la existencia de las personas articulando y entretejiendo procesos variados, borroneando límites entre la política y la vida. O más precisamente, la transformación de las casas reunía al hacerse de la política colectiva con los procesos de reproducción de la vida.

Es importante no perder de vista que la agencia o fuerza de las casas deriva justamente de que las personas están unidas a ellas, a través del compromiso práctico o correspondencia que establecen con el mundo (Ingold, 2011). Restituir la vida de las casas ofrece así interesantes contribuciones para pensar la producción de prácticas políticas colectivas y aporta especialmente a una comprensión de dichas prácticas que tense aquella retórica ampliamente difundida según la cual involucrarse en modalidades de organización y demanda implica acciones de “salida a la calle”. La

creciente presencia de mujeres en procesos de movilización social que se desencadenaron a partir de mediados de la década de 1990 en nuestro país, ha suscitado interrogantes interesantes acerca del modo en que se vivenciaban aquellos tránsitos o desplazamientos hacia la esfera “pública” mediante acciones como la participación en protestas, tomar la voz en las asambleas, entre otras. Los procesos de movilización en torno a la temática de la *violencia de género*, desarrollados masivamente a partir de 2015 también dieron lugar a lecturas que ubicaron el desarrollo de formas de militancia protagonizadas por mujeres, enfatizando en el modo en que éstas ocuparon las calles y desarrollaron formas de protesta. Los datos reconstruidos en estas páginas arrojan luz sobre procesos algo diferentes. En el periodo de tiempo investigado, para mis interlocutoras, las movilizaciones y protestas no constituían una novedad en sus vidas, de la cual pudieran rastrearse disrupciones en la vida cotidiana. Tanto Verónica, como Analía y María venían participando de movilizaciones, plenarios, reuniones y jornadas de trabajo en el marco de la cooperativa desde hacía varios años. En las reconstrucciones que hacían de sus vidas y de las trayectorias de la cooperativa, sobresalían como *logros* y *avances* significativos, no tanto la “salida” hacia fuera del hogar, como la transformación de estos espacios y la posibilidad de generar formas de trabajo en ellas. Esto no supone afirmar que la política estaba localizada en las casas, como si hubiera simplemente cambiado de hábitat, migrado hacia un espacio nuevo. La experiencia de María, quien, tomando distancia de su vivienda no consiguió el “descanso” que buscaba de las modalidades de organización, nos previenen de establecer este tipo de lecturas. Más bien, las formas de política colectiva, parecían construirse bajo procesos similares a aquellos que intervenían en la construcción de las casas: siguiendo rumbos que no obedecían estrictamente a planes y diseños previos, incorporando metas parciales según las condiciones cambiantes que delineaban los programas estatales y generando estrategias para lidiar con lo inesperado. Para nuestras interlocutoras, tornarse titular de un programa estatal o involucrarse en los procesos de organización que impulsaban los movimientos sociales encerraba un proceso, no tanto de cruzar las fronteras entre lo público y lo privado, sino más bien de construir colectivamente mejores condiciones para reproducir la vida, transformándose a sí mismas y a sus casas.



### **Capítulo 3: Más allá de lo obligatorio. Chismes y valores morales en la construcción de formas de participar.**

El portón de la casa de Marcia se encontraba abierto de par en par. Unas cuarenta mujeres titulares del Ellas Hacen estaban reunidas alrededor de una larga mesa en la cocina. Las sillas y el espacio no eran suficientes para todas y algunas habían quedado paradas o asomándose desde la puerta de calle, ubicándose en la frontera entre el adentro y el afuera de la vivienda. Flavia, la presidenta de la cooperativa Nuestro Progreso, había convocado a una reunión con cierta urgencia. Según me había comunicado al invitarme a la misma, el encuentro tenía como objetivo “aclarar algunas cosas” con respecto a las inasistencias: “Es que algunas están faltando y me levantan en peso a mí”, me explicó mientras acudíamos al punto de encuentro. A Flavia la conocía por su participación en Comunidad Organizada, la organización política de Moreno en la que también estaba involucrada Laura. Un cuaderno del tipo escolar estaba abierto sobre la mesa y Marcia, que además de ser la anfitriona de la reunión era la secretaria de la cooperativa, pasaba asistencia de quienes estaban presentes. Eran los primeros días del mes de mayo de 2015 y tanto Flavia como Marcia, se disponían a comunicar algunos trámites administrativos que habían sido recientemente informados por el CAL. Se trataba de un procedimiento orientado a actualizar información sobre la situación educativa de cada titular, el cual consistía en la sistematización de estos datos a través de una planilla en la que constaran los nombres y nivel de estudios de todas las integrantes de la cooperativa. La información volcada allí, debía ser avalada por la respectiva documentación: certificados de alumna regular, analíticos, títulos, según fuera el caso. “Del CAL, quieren saber quiénes están estudiando y quienes no”, había sintetizado Flavia antes de dar detalles acerca de la documentación a presentar.

Las presidentas de las cooperativas eran habitualmente quienes cumplían con la función de transmitir informaciones al respecto de la implementación de los programas estatales. Ellas daban aviso cuando eran convocadas a actividades o era necesario realizar algún trámite y también se ocupaban, a veces junto a las secretarías, de gestionar las planillas de asistencia a aquellas actividades que desde el programa se consideraban *obligatorias*. En muchas oportunidades, la realización de estas actividades organizativas y la difusión de información solía tener lugar en reuniones que eran específicamente convocadas por las presidentas y que a menudo transcurrían en las casas de algunas

de las titulares. Participar en estas reuniones solía ser concebida por las titulares como una actividad *obligatoria*.

No era inusual que se generasen controversias entre las titulares al respecto de los modos en que se construía su *participación* en las cooperativas. Existían debates recurrentes en torno al significado de *participar* y, a menudo, circulaban “chismes” y especulaciones al respecto de los modos en que sus compañeras cumplían o no, con aquello que era considerado *obligatorio*. Estas controversias, solían cifrarse en discursos permeados por valores morales que demarcaban horizontes de expectativas acerca de cuáles eran las formas más deseadas de “estar en el programa” y de relacionarse entre compañeras. Preocupaciones como las de construir un grupo *unido* y las quejas o reproches expresadas cuando las prácticas de alguna parecían no contribuir a estos objetivos, formaban parte de las interacciones cotidianas.

Los estudios sobre las modalidades de trabajo y organización generadas en las cooperativas creadas a partir de programas estatales han incluido interesantes reflexiones acerca de las posibilidades y limitaciones enfrentadas a la hora de construir prácticas autónomas y autogestivas. Si bien los trabajos académicos destacaron la centralidad otorgada a la cuestión del trabajo y a la promoción de la economía social, señalándolos como aspectos novedosos que se contrapusieron a las políticas “asistencialistas” o “compensatorias” de los años 1990 (Hintze, 2007; Vuotto, 2011; Hopp y Gimenez, 2011), esta caracterización no impidió el desarrollo de un interesante debate acerca de sus límites y potencialidades para construir trabajo “genuino” o “sostenible” (Hopp y Frega, 2012). En ocasiones, estas cooperativas han sido caracterizadas como formas de “asociatividad forzada” que si bien son valoradas por sus destinatarios como una oportunidad de trabajo, ofrecen escasas posibilidades de continuidad de forma autónoma e independiente de la ayuda estatal (Hopp, 2015). La percepción individual del ingreso (Hopp y Frega, 2012) y la disposición vertical y jerárquica del trabajo, con escasas instancias colectivas de toma de decisión han sido destacados como elementos que ofrecieron obstáculos para la construcción de una identidad laboral vinculada con el asociativismo y la autogestión (Hopp, 2015, 2016). La forma de selección de los titulares y la ausencia de experiencias de organización previa han sido subrayados como otros limitantes para la construcción de un cooperativismo independiente del Estado (Arcidiacono et al 2014, Lo Vuolo, 2010; Barbetti y Butti, 2016). Las transformaciones generadas en los programas estatales a partir de la asunción de la alianza Cambiemos al gobierno nacional, renovaron el debate académico al respecto de la temática. En trabajos más recientes, se ha subrayado que las transformaciones en las políticas tendieron hacia una gradual individualización de

los y las titulares, restándole peso a las cooperativas y otorgándole mayor centralidad al discurso del capital humano (Gamallo, 2017; Arcidiacono y Bermudez, 2018b). Se ha resaltado que estas transformaciones fueron socavando la vinculación de los integrantes de las cooperativas con las redes sociales y territoriales (Ferrari, Mango y Campana, 2018; Hintze, 2018) y le otorgaron primacía a la empleabilidad, adscribiendo a un enfoque individualista de la sociedad y la intervención estatal (Hopp, 2017, 2018; Hopp y Lijterman, 2019). Algunos estudios basados en la metodología de grupos focales procuraron indagar en las valoraciones y sentidos que quienes integraron las cooperativas le otorgaron a dicha modalidad de trabajo y a los cambios vivenciados a partir de 2016 (Hopp, 2017; Hintze, 2018). Estos trabajos identificaron que la desarticulación de las cooperativas se montó sobre las debilidades de las políticas sociales previas, las cuales no habían logrado consolidar su desarrollo autónomo (Hopp, 2017), dejando la posibilidad de continuidad de las formas autogestivas a merced de las apropiaciones personales y sociales que las personas hubieran podido hacer en cada caso (Hintze, 2018).

En este capítulo, buscamos aportar a estas discusiones poniendo en suspenso la pregunta acerca de las posibilidades de generar formas “autónomas” de asociativismo, para poner el foco en las modalidades en que las mujeres construyen su *participación* y al modo en que definen qué prácticas se consideran *obligatorias*. Consideramos que aún cuando integrar cooperativas y asistir a capacitaciones fueron requisitos establecidos como *obligatorios* para permanecer como titulares en el programa, esto no agota el análisis de los modos en que formar parte de estos espacios es vivenciado en el día a día. Esta reflexión se inspira y retoma los aportes de distintos estudios etnográficos que han problematizado una serie de dicotomías desde las cuales se suelen analizar a las prácticas políticas de sectores populares. En su análisis sobre procesos de recuperación de empresas por parte de sus trabajadores, María Inés Fernández Álvarez (2017) ha propuesto tomar distancia de los enfoques que separan entre acciones “por la supervivencia”, motivadas por cuestiones materiales y otras “reivindicativas” que buscan reconocimiento. Esta contraposición, siguiendo a la autora, establece una jerarquía que ubica el sentido político del lado de la luchas por el “reconocimiento”, desatendiendo así, el carácter político de las acciones “por la necesidad”. Su trabajo nos invita a trascender la pregunta por las motivaciones que guían a las personas a organizarse colectivamente, para interrogar las condiciones que hacen posible el desarrollo de estas prácticas (Fernández Álvarez, 2007, 2017). En una línea similar, Julieta Quirós ha llamado la atención acerca de la existencia de dos imágenes morales que desde la opinión pública y el campo académico se han construido

en torno a la política protagonizada por los sectores populares. A la imagen ejemplar (y positiva) de la resistencia se le contrapuso el discurso del clientelismo, desde el cual se denunció la forma espuria en que se distribuían las ayudas sociales (Quirós, 2011). Ambas perspectivas señalan los límites de aplicar esquemas clasificatorios para el estudio de las prácticas políticas de sectores populares: y llaman la atención acerca de los supuestos valorativos que suelen encerrarse en las dicotomías que asumen un carácter menos genuino para el accionar de grupos y personas que desarrollan acciones apelando la “supervivencia” (Fernández Álvarez, 2007, 2017), o a la “necesidad” (Quirós, 2011).

Estas contribuciones nos impulsan a pensar las prácticas de nuestras interlocutoras y a la construcción cotidiana de su pertenencia a las cooperativas, tensionado idealizaciones desde las que frecuentemente se sopesan sus experiencias. Para el caso específico de las cooperativas formadas a partir de las políticas estatales, esta apuesta suponen revisar la contraposición entre cooperativas “de base” o creadas “desde abajo” y aquellas formadas “desde arriba”, es decir “bajadas” por el Estado (Fernández Álvarez, 2014). Contraposición que modela y normativiza aquello que se espera de las prácticas y relaciones en estas organizaciones. Si al primer conjunto de experiencias se le exige la adhesión a una serie de valores como solidaridad, horizontalidad o autonomía; las segundas “están cuestionadas desde su existencia misma”, en tanto se las considera “armados políticos” o “meros planes” y se espera que con el tiempo desarrollen prácticas acordes a dichos atributos normativos (2014: 2). En estas páginas, recuperaremos las prácticas cotidianas de titulares de cooperativas del Ellas Hacén, procurando no reducir sus experiencias según el carácter “forzado” u “obligatorio” de su participación en las cooperativas. En todo caso, nuestro planteo se dirigirá hacia interrogar los modos en que la *obligación de participar* es procesada y construida colectivamente, apelando a valores morales que son dotados de sentidos específicos, de acuerdo a experiencias que van más allá de los requisitos del Estado y que se construyen recuperando interacciones en otros espacios y situaciones en las que se encuentran las titulares, tales como las casas y las inmediaciones del barrio. Nuestro interés está en reconstruir los modos en que se moldean los límites de aquello que es considerado *obligatorio*. Analizaremos las formas en que la *participación* es dotada de significados morales específicos, que suponen asimismo considerar aspectos de las vidas personales de las titulares abonando a una reflexión acerca de las condiciones de posibilidad para formar parte de espacios colectivos.

Estos argumentos se organizarán en tres apartados y las reflexiones finales. En los primeros dos apartados, reconstruiremos algunas controversias generadas entre las

titulares al respecto de las inasistencias, focalizando en el modo en que ellas construyen sentidos y valores al respecto de su *participación* en el programa. En un primer momento, indagaremos en cómo la construcción de sentidos en torno a la *participación* se lleva adelante no sólo a través de intercambios durante las capacitaciones, sino también compartiendo y haciendo circular “chismes” referidos a las vidas y posicionamiento de sus compañeras de cooperativa. En segundo lugar, exploraremos el modo en que aquellos valores morales- como la *unidad, solidaridad*- que son evocados como parte de la imagen ideal o “deber ser” de la cooperativa son dotados de sentidos específicos que consideran el trato personal, el saludo y otras formas de comportarse en el barrio. Por último, en el tercer apartado, tendremos en cuenta una serie de interacciones a través de las cuales, las valorizaciones acerca de la *participación* individual de las titulares, comienzan a ser tensionadas a partir de la consideración de aquellos condicionamientos que se ciernen sobre las posibilidades de *participar*. Tendremos en cuenta el modo en que la pregunta acerca de por qué no vienen o dónde están las que no están, permite matizar lecturas de estas situaciones únicamente como producto de voluntades individuales, situando a la participación en el contexto de relaciones desiguales de género. Por último, nos referiremos especialmente al modo en que la reconfiguración de las políticas sociales que tuvo lugar a partir de la asunción del gobierno de Macri, imprimió características específicas a estas formas colectivas de comprender la *participación*.

### **“No todas participan igual”**

Habían pasado sólo algunos minutos de las 8 de la mañana de un día de abril de 2015 y, frente a la puerta de la unidad básica donde tenían lugar los talleres de Género y Proyectos de país, en Moreno, esperábamos al encargado de abrir el espacio. Las titulares del Ellas Hacen conversaban en grupos pequeños, comentando diferentes asuntos. Clara le estaba contando a Laura que estaba preocupada porque su hijo mayor estaba enfermo y todavía no estaba segura de qué era lo que tenía. Una chica joven, se acercó hacia el lugar cargando una nena pequeña en brazos y, sin saludar a ninguna de las presentes, se dirigió directamente a hablar con la tallerista, que también estaba parada esperando la apertura del local. Desde donde estábamos nosotras, no podíamos escuchar el contenido de la conversación, pero sí veíamos que la chica le mostraba papeles manifestando en su rostro expresiones de preocupación y que la tallerista la escuchaba y le daba indicaciones. Rápidamente, la reacción de Clara me dio pistas para comprender qué estaba sucediendo. Interrumpió la conversación que tenía con Laura y

comenzó a expresar molestia a través de su comportamiento gestual y corporal. Mantuvo su mirada fija hacia el lugar en donde la tallerista conversaba y llevó sus manos a la cintura en señal de enojo: “ ¡No puede ser! A mí me da bronca, me dan ganas de no venir más”, dijo elevando la voz y buscando la complicidad de sus compañeras. La chica que se había acercado era titular del programa y, acercaba certificados médicos que justificaban su inasistencia a las capacitaciones.

Tras unos breves instantes, nos abrieron la puerta e ingresamos al espacio, sentándonos en círculo como solíamos hacer. Clara estaba casi desbordada por la broca, siguió despotricando contra la mujer y calificando a la situación de injusta. Se acercó a decirle algo a Laura y ambas fueron a hablar con la tallerista. Percibí que se quejaban y expresaban molestia hacia la actitud de su compañera. Al lado mío, otra mujer soltaba unas risas nerviosas.

- Se amotinaron- me dijo sin dejar de reírse
- ¿A vos no te enoja?- pregunté
- A mí me da igual, para qué gastar energía en quejarse- respondió.

Clara y Laura volvieron a sus asientos y la tallerista llamó la atención de todas para dar inicio al encuentro del día. Rápidamente, acusó recibo de las molestias y de los comentarios de las chicas y, tras un breve intercambio de saludos y comentarios acerca de lo que habían hecho el fin de semana, trajo a relucir el asunto.

- Bueno... Vamos a hablar primero un poquito de las inasistencias, porque algunas chicas estuvieron preguntando. La decisión de que se le empiece a descontar el incentivo a las compañeras que tienen inasistencias, no es una decisión nuestra de los talleristas, pasa por el Ministerio y nos la comunicaron en una reunión que tuvimos a principio de año. Algunas compañeras se quejaban de que vienen siempre y otras faltan y siguen cobrando y dicen “Ah bueno, es lo mismo”. Sinceramente yo no sé cuánto es que van a descontar.

- Es que a mí te soy sincera me dan ganas de no venir más, porque me da bronca que las demás no vengan.- dijo Clara

- Es que para algunas siempre surge algo- dijo Laura- Y nosotras cuando nos metimos acá, ya sabíamos cómo era, que iba a haber cosas que teníamos que cumplir. Y las complicaciones ya la teníamos porque con eso entrábamos, no es que son cosas nuevas- agregó Laura.

- Bueno, por eso se está comenzando a ser más estricto con esos temas- argumentó la tallerista

- Para mí que estamos como en una meseta, como durante todo el año pasado las chicas fueron viendo que faltaban y no se les tocaba el sueldo, entonces ahora... ¡Nos achanchamos!- dijo Laura.

- Yo lo que les puedo decir es que la asistencia al Ministerio se la paso yo. Así que si ustedes faltan, me tienen que traer acá algún tipo de certificado que justifique por qué faltaron. Entonces yo, en las planillas que nos bajaron del ministerio, pongo en observaciones "Ausente justificado". No va a dar lo mismo una persona que falta y no trae ningún certificado que la que falta con una justificación, porque estuvo enferma, se le enfermaron los nenes o tuvo que hacer un trámite en ANSES.

Era el comienzo del 2015 y el año había comenzado, tanto en Tres de Febrero como en Moreno con las advertencias de los talleristas de que este año "los descuentos por inasistencias" serían más rigurosos. Escuché a uno de ellos decir que ese año les habían pedido "sintonía fina con el tema de las faltas". Entre otras cosas, esta decisión se solía fundamentar en criterios de justicia que suponía dar respuesta a las quejas que las titulares expresaban cuando veían que otras mujeres "faltan pero siguen cobrando". A lo largo de 2015 los descuentos se hicieron efectivos paulatinamente. Si las mujeres tenían faltas reiteradas que no eran justificadas se les "suspendía" parte del cobro. Al descubrir que habían cobrado menos de lo que solían recibir, se presentaban muchas veces en el CAL y demandaban una explicación. Cuando se les decía que la suspensión del cobro se debía a las inasistencias, se les ofrecía firmar, junto a la presidenta de su cooperativa "un acta de reincorporación", en la que dejaban constancia de que a partir de ese día se comprometían a asistir a las capacitaciones. Luego de firmar el acta e reincorporarse a las actividades, volvían a cobrar su ingreso mensual. Desde la lógica del programa, se consideraban "justificadas" aquellas inasistencias que sean producto de problemas de salud de las titulares o de familiares cercanos y en algunos casos, la necesidad de realizar trámites en alguna dependencia estatal. Para "justificar" la falta, se requería la presentación de documentación que respalde los motivos de las inasistencias.

Asistencias e inasistencias, faltas con o sin justificar no eran solamente asuntos administrativos. Sobre estos temas, versaban intensas conversaciones entre las titulares. Las inasistencias o "falta de participación" solían generar gran revuelo. Las quejas solían fundarse en la especulación de que otras percibían el ingreso monetario "sin hacer" de la manera que ellas hacían y solían dar lugar a clasificaciones morales acerca de sus compañeras: "Hay algunas chicas a las que no les importa venir. Piensan que esto es sólo por el sueldo, no aprovechan la oportunidad de aprender, de estudiar,

de hacer el taller de plomería”, había dicho una titular durante uno de los encuentros de capacitación en Moreno. A Laura, la había escuchado pronunciar apreciaciones semejantes: “Es que si bien la plata es una ayuda importante para todas nosotras, el plan no es sólo la plata, a nosotras se nos paga para que nos capacitemos, para que vengamos”.

En estos intercambios, sobresalía una concepción acerca del mérito, del hacer, como condición para acceder al beneficio monetario, remarcando la importancia de, a través de las capacitaciones, dar la contraparte necesaria que haga de la cooperativa algo más que “solo la plata”. Esta correspondencia entre el cumplimiento de la asistencia a capacitaciones y la recepción del ingreso económico se encontraba también presente en buena parte del discurso oficial del programa, bajo la forma de una relación entre “derechos y obligaciones”, desde la que se fundamentaba la ruptura con políticas “asistencialistas”. “Porque si hay una necesidad hay un derecho... Pero si el derecho se consigue, surge entonces... ¡también la obligación de hacerse cargo de ese derecho y trabajar con dignidad para ganarse el pan! ¡Que nadie te regale nada! ¡Que no le debas nada a nadie! ¡Que lo que tenés en el bolsillo sea tuyo porque lo laburaste, porque te levantaste temprano, porque dejaste a los chicos, porque te capacitaste!”, había dicho la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner cuando en marzo de 2013 anunciaba el lanzamiento del Ellas Hacen. En sintonía con estos fundamentos, los avances en la implementación del programa, se mostraron en ese entonces a partir de la enumeración de la cantidad de mujeres que asistieron a las capacitaciones propuestas, puntualizando para cuántas de ellas dichos espacios formativos representaron la adquisición de un primer oficio.<sup>56</sup> El impacto de estas capacitaciones también se plasmó en relatos de experiencia en los que el Ministerio se propuso “recuperar las voces” de quienes integran las cooperativas, reconstruyendo la forma en que asistir a instancias formativas había modificado sus vidas.<sup>57</sup>

---

<sup>56</sup> Ver “Primer Informe. Antecedentes, creación y primera etapa del Ellas Hacen. Abril de 2014”, “Situación Actualizada de titulares de la línea Ellas Hacen. Perfil de titulares y aspectos evaluativos al primer semestre 2015” y “Ellas Hacen Caracterización de titulares a dos años de inclusión, provincia de Buenos Aires”. Disponibles en <http://www.desarrollosocial.gov.ar/ellashacen>. Fecha de consulta 23 de noviembre de 2015.

<sup>57</sup> Como ejemplo de este tipo de reconstrucciones podemos citar la publicación impresa “Ellas Hacen Historia. Relatos de las integrantes del programa Ellas Hacen, La Plata 2013”. En esta publicación se destacan los testimonios de aproximadamente 50 mujeres inscriptas en el programa. Además, se ha producido un abundante material audiovisual en el que se narran experiencias y testimonios de las integrantes de las cooperativas. Fuente: Canal de Youtube “Ellas Hacen. Ellas Saben”. Disponible en [https://www.youtube.com/channel/UCeKsx1pPbLxwZDJ\\_sKzHDJw](https://www.youtube.com/channel/UCeKsx1pPbLxwZDJ_sKzHDJw) y Video “Ellas Hacen” en Canal de Youtube “MDS Nación” Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=faKnwyc-ZLo> Fecha de Consulta 06 de abril de 2015



Durante el año 2015, dos años después del lanzamiento de esta línea de intervención, titulares y funcionarios estatales que trabajaban en el Ellas Hacen, se enfrentaban ante la incertidumbre al respecto de qué sucedería con dicha política luego de las elecciones presidenciales que tendrían lugar en octubre de ese año. Las posibilidades de continuidad de los programas sociales ante el eventual cambio de gobierno, rondaban las conversaciones en mi trabajo de campo. Que tal candidato va a aumentar la Asignación pero va a sacar los planes. Que en diciembre se termina todo. Que van a hacer planes nuevos, diferentes. En esas decisiones políticas se jugaba una parte importante de la reproducción de la vida de las mujeres con las que estaba interactuando. Los candidatos no hacían caso omiso de estas cuestiones y solían incluir alguna consideración acerca del futuro “de los planes” en sus propuestas: “Dijo que va a mantener los planes. Eso sí, para cobrar, hay que capacitarse y buscar trabajo. Va a terminar con los punteros y los vagos” decía una joven mujer con un bebé en brazos, al comienzo de un spot que promocionaba la candidatura a presidente Sergio Massa.

Así, la “sintonía fina” que los y las talleristas anunciaban que se aplicaría al respecto de las asistencias, debe comprenderse también en el marco de este contexto, en el cual tanto titulares como agentes estatales resaltaban la importancia de “mostrar” los resultados de estos programas y de reivindicar su eficacia para lograr los objetivos pautados y producir cambios en las vidas de las mujeres. Es decir, era importante reafirmar esta definición del programa como algo más que una política de transferir ingresos monetarios y, ante la amenaza de que estas políticas puedan ser eliminadas, visibilizar los alcances que las cooperativas habían tenido promoviendo acceso a capacitaciones y espacios colectivos de trabajo.

Pero la incomodidad y molestia de mis interlocutoras ante las inasistencias de sus compañeras no solo se correspondía con la intención de que ellas se ajustasen a los requisitos establecidos en el programa estatal. A menudo, las quejas y reproches ponían en el acento no sólo en la presencia o no en las reuniones, capacitaciones y espacios de terminalidad educativa; implicaban también una evaluación moral acerca de las formas en que se *participaba* y los sentidos que se le adjudicaba al programa. Más que cumplir con lo *obligatorio*, las prácticas y discursos de mis interlocutoras se orientaban hacia una toma de distancia de la *obligación* y una valorización de “estar” en las capacitaciones y los espacios colectivos de reuniones que procuraba significarlos no únicamente como medio para la percepción de ingreso económico. De un modo similar al que ha sido registrado en estudios sobre procesos de movilización llevados adelante por organizaciones de desocupados, aquí también, plantear que alguien iba sólo por el

dinero, podía constituir un agravio u ofensa del cual las personas procuraban tomar distancia (Quirós, 2011; Ferraudi Curto, 2011; Manzano, 2013).

“Yo no estoy estudiando para cobrar. Yo iba a terminar la escuela aunque no me saliera el plan, ya me había anotado antes.” me dijo una vez Rosa, integrante de la cooperativa Mujeres Valientes, de Tres de Febrero. Habíamos salido de una capacitación y estábamos en un hospital cercano al club donde tenían lugar los talleres, esperando que Mónica retirase unos estudios. Yo quedé en silencio, y cuando estaba preguntándome a qué venía la aclaración, que parecía ser una respuesta a una pregunta que nadie había formulado explícitamente, Rosa agregó un comentario en el que se precisaron mejor los alcances de sus reflexiones. Con seriedad, y un volumen de voz más bajo, me dijo: “Porque las de la otra cooperativa yo sé que ellas van por la plata, ni les importa terminar la escuela. Eso no está bien.”

Así, las formas en que las titulares clasificaban los comportamientos de las otras, sugerían que existía un detallado análisis que evaluaba no sólo el estar, sino los modos en que se estaba. Durante los talleres de Género y Proyectos de País, era frecuente que los y las talleristas propusieran que las integrantes de las cooperativas hicieran balances acerca de cómo funcionaba el grupo y de cuáles eran sus fortalezas y debilidades. En una de estas instancias, Carla leyó las reflexiones de su cooperativa y planteó: “Como dificultad pusimos las llegadas tardes y la asistencia y que no todas participan igual”. Según ella explicó, no era lo mismo “venir” que “participar” ya que “algunas sólo dan el presente y otras estamos acá, participando en las actividades”.

A fines del 2014, la tallerista de Género y Proyectos de País propuso que hicieran una reflexión colectiva de todo lo que había sucedido en el año y de qué “se llevaban” de los encuentros. El intercambio trajo a relucir explícitamente algunas de las formas esperadas de *participación* y las valorizaciones que establecía la tallerista al respecto: “Yo ahora veo que ustedes se llevan mejor, se ríen. Y entonces yo me quedo con eso, más allá del contenido, con que ustedes puedan relacionarse, que eso es lo más importante. Porque si la idea es que después conformen un grupo de trabajo, se organicen como cooperativa. Es mucho más difícil sino se conocen primero.” Su conclusión partió de una reconstrucción de aquello que había sucedido en los primeros encuentros de los que remarcó que en un comienzo, “no se escuchaban, nadie quería hablar”. Al reflexionar acerca de estos asuntos, la tallerista reveló que aquellas estrategias pedagógicas que se proponían desde la planificación del programa, no siempre funcionaban en la práctica y que al principio había sido todo un desafío para

ella ir construyendo las condiciones para transformar esos talleres en un espacio de intercambio fluido y distendido.

-Es que el programa está muy bueno pero hay cosas que se piensan desde una oficina y después venís acá y hay otra realidad. Uno viene con toda la planificación de los talleres y tal vez yo vengo acá la primer clase, propongo que nos pongamos en círculo y tal vez ustedes no quieren. Y de pronto la dinámica que tocaba para ese taller no se puede hacer... Yo no me olvido más de vos... - la tallerista señaló a una de las titulares

- ¿Yo? ¿Por qué yo?

- Que la primer clase, todas venían mal que mal contando cosas de sus vidas. Y cuando te tocó a vos dijiste "Yo no hablo de mi vida personal". Yo me quería matar! Dije ¿Con esta qué hago? Y resultó que hay que ir entrando en confianza. Al principio no querían hablar...

- Es que no nos conocíamos, por qué íbamos a hablar nuestras cosas con gente que recién conocemos.

- Nosotras también veníamos con toda la bronca, de que sabíamos que hay otras chicas que están sin venir, que no vinieron nunca a nada y sabemos que cobran. Y eso nos da bronca, porque entonces nosotras podríamos estar tomando mate, o en casa con los chicos y no nos quedamos en casa tomando mate y venimos. Y seguro que yo que vengo siempre, una vez faltó y me dejan sin cobrar- intervino Mariela.

La tallerista respondió que ella de a poco "las fue entendiendo" y que comprendió que ellas iban "un poco obligadas" pero destacó como un logro que, luego de algunos meses, "se llevaran mejor, se rían, pudieran conocerse y relacionarse". Sus reflexiones sugerían que, ante la *obligatoriedad* de asistir, había algo que podía ser creado y recreado con el tiempo. Ese algo más estaba representado en las risas, en el "llevarse mejor", conocerse y constituía a su entender uno de los logros de la cooperativa.

En un sentido similar, tampoco había formas homogéneas de "no venir" o faltar. No sólo porque existían categorías, como las de "ausente con aviso" o "falta justificada", para nombrar las inasistencias cuando se debían a motivos específicos. Muchas veces, circulaban entre las titulares especulaciones y comentarios acerca de los motivos posibles por los que alguna estaba ausente. Entre febrero y mayo del 2015, las miradas de las integrantes de la cooperativa Mujeres Valientes se posaron sobre Mariela, la presidenta. Solía llegar tarde o no asistir a las capacitaciones y las mujeres se quejaban de que no transmitía la información que debía comunicar adecuadamente. Por lo que llegó a comentar los días en que estuvo presente, ella había conseguido un nuevo

trabajo y se estaba separando. Su nueva ocupación le imponía algunas dificultades para cumplir con sus funciones como presidenta. Lo que más alteró los ánimos de la cooperativa, fue la sospecha de que Mariela no estaba consiguiendo acercar en tiempo las planillas de asistencia al CAL.

Si bien Mariela había sido electa como presidenta por sus compañeras, quienes consideraron que era “la más capacitada” porque siempre “estaba al tanto de lo que sucedía y transmitía información”, esta valorización era constantemente revisada y debía actualizarse cotidianamente. Cuando ella regresó a la cooperativa después de algunas ausencias y en el medio de todas estas incertidumbres y tensiones, sus compañeras no tardaron en expresarle su disconformidad. Ella les dio tranquilidad afirmando que se había ocupado de “cumplir” con lo que debía en tanto su lugar de presidenta y asegurándoles que no tendrían dificultades. Estaba visiblemente molesta por las acusaciones recibidas y por lo que intuía que se venía hablando sobre ella:

“No sé de dónde ustedes sacaron que iban a suspenderles el cobro. Yo la semana pasada fui al CAL y me dijeron que nada que ver, que no las van a suspender porque no estaban las planillas y no pueden dejar sin cobrar a una cooperativa entera. Yo siempre tuve la mejor onda con ustedes y a ninguna se le ocurrió preguntarme qué me pasaba, si tenía algún problema o por qué no estaba viniendo”

Mariela también estaba enojada. Se sentía sobrepasada y le molestaban los reclamos de sus compañeras. Durante algunas semanas, amenazó con renunciar a su cargo como presidenta y las integrantes de la cooperativa se debatieron acerca de quién querría ocupar su lugar. Nadie quería. Era evidente que la función de presidenta demandaba un trabajo extra que era especialmente incómodo debido a la posibilidad de estar sujeta a reclamos y sospechas por parte de las demás. Mariela mantuvo su cargo por un tiempo más, pero el clima entre las chicas permaneció algo tenso en los meses que siguieron.

- Es una lástima que se haya armado tanto lío, porque antes éramos un lindo grupo, más unidas- sintetizó Ana, un día que viajábamos juntas en colectivo
- ¿Y no probaron con hablar? ¿Aclarar las cosas?- pregunté
- No... todas hablan pero por detrás... Nada de frente- me respondió.

Tuve la sensación de que Ana estaba desilusionada y yo también me sentía un poco así. Unas semanas después, vi a Carla conversar algo con Mariela al final de una de las capacitaciones. Como me llamó la atención ese acercamiento, me dirigí hacia donde ellas estaban. Carla le comentaba a Mariela que había escuchado que otras mujeres

del barrio estaban entregando proyectos al Ministerio para “pedir máquinas” y constituir un emprendimiento textil. A Carla le parecía que podían ellas también “aprovechar para pedir” e irse asegurando un ingreso para “cuando se acabe el plan”. Mariela le respondió que era una buena idea y que a ella la plata siempre le faltaba, pero que, dada la desunión y la falta de solidaridad que había entre las mujeres, le parecía inviable. Sus palabras tiraron abajo la idea de Carla, que se mostró desilusionada pero estuvo de acuerdo en que era difícil armar un equipo de trabajo entre las mujeres, especialmente cuando habían tenido problemas con cosas “tan simples”.

- Yo le vine a hablar directamente a Mariela porque si no se arma lío- me dijo mientras caminábamos hacia la parada del colectivo- Pero tiene razón... así como somos no se puede hacer nada.

Se venían diciendo cosas de lo que Mariela hacía y dejaba de hacer. A quiénes les pasaba el presente, qué faltas “justificaba”, cómo intervenía frente a sus propias ausencias. Era evidente que algo de todo lo dicho, había llegado a oídos de Mariela y había promovido un cambio casi abrupto en su actitud. La circulación de “chismes” afectaba a las relaciones dentro de la cooperativa de un modo difícil de revertir.

Desde la antropología, se han realizado distintos aportes para pensar el lugar que el “chisme” ocupa en la expresión de conflictos y en la construcción de alianzas entre grupos. En su ya clásico “Gossip and Scandal”, Gluckman (1963) fue pionero en señalar al chisme como un juego culturalmente controlado que posee importantes funciones sociales vinculadas al mantenimiento de la cohesión social y unidad de los grupos. A partir del análisis de las relaciones entre habitantes de un pequeño poblado del área industrial inglesa, Elías y Scotson (2000) proponen pensar al “chisme” no como un fenómeno independiente de las relaciones sociales, sino como un instrumento que contribuye tanto a reforzar la integración o cohesión social de los grupos como a excluir personas y cortar relaciones. Las normas, creencias y relaciones sociales definen aquellos temas sobre los que vale la pena “chismear” y, en su circulación, se proveen apoyos y ayudas.

Tanto el trabajo de Gluckman como el de Elías y Scotson han sido aportes significativos para plantear la reflexión acerca del “chisme” y han influenciado análisis posteriores. Específicamente, algunos estudios sobre la vida cotidiana de sectores populares han recuperado estas contribuciones. El trabajo de Claudia Fonseca (2000) titulado *Familia, fofoca e honra* ha señalado que entre personas de barrios marginales, el “chisme” es el medio privilegiado por el cual las mujeres influyen en la reputación de otras personas, perjudicando o consolidando la imagen pública de los otros e incidiendo sobre la

producción del honor en hombres y mujeres. Partiendo de estos aportes, Patricia Fassano (2006) ha realizado una importante contribución al estudio etnográfico del “chisme” invitándonos a pensarlo como una de las prácticas a partir de las cuales los sujetos otorgan significación y producen al mismo tiempo la vida social. Según la autora, a través del “chisme” las personas no sólo interpretan la realidad social, sino que también resuelven situaciones, redefinen alianzas y conflictos. Es así que distintos estudios han coincidido en afirmar el carácter productivo del “chisme”, el cual incide sobre cuestiones que no pueden ser dichas abiertamente y que involucran moralidades públicas (Fassano 2006, Eilbaum 2011; Colabella, 2013) y generan desprestigio (Fonseca, 2000; Ferraudi Curto, 2011).

La circulación de “chismes” sobre lo que hacía Mariela con la gestión de las planillas de asistencia generó un revuelo significativo y dieron lugar a diferentes posicionamientos. Mientras algunas pensaban que era mejor hablar con Mariela, preguntarle qué le había pasado, otras tenía menos paciencia y querían ir directamente a hablar al CAL, procurando prevenir eventuales consecuencias. Estos acontecimientos tuvieron implicancias en el modo en que se sostuvieron las relaciones en la cooperativa y, una vez dejado atrás el calor del conflicto, escuché recurrentes comentarios algo nostálgicos acerca de los tiempos previos a las discusiones con Mariela, remarcando que antes “había más unión, más compañerismo”. Mediante la circulación de “chismes”, se tejieron algunas alianzas y se desgastaron otras relaciones, pero también, las tensiones pusieron particularmente en evidencia algunas imágenes ideales acerca de la cooperativa. Los “chismes” circulaban en una variedad de situaciones de la vida cotidiana, mientras se paseaba por el barrio, se hacían las compras, se esperaba en la puerta del colegio de los hijos e hijas o se tomaba mate en alguna casa. Así, estos intercambios que ocurrían por fuera de aquellos espacios formativos que el programa proponía como *obligatorios* ejercían una influencia significativa sobre los modos en que se comprendía la *participación* en la cooperativa. El “chisme”, tal como han advertido los aportes conceptuales que hemos citado más arriba, se revelaba como productivo y performático, en tanto aquellas reflexiones que circulaban en este tipo de interacciones, informaban el modo en que se construía el significado de *participar*.

Pero, por otro lado, reconocer que se hablaba “por detrás” y no “de frente” era pensado como un obstáculo de construir una cooperativa “unida”. El eventual reconocimiento por parte de Mariela de que sus compañeras hablaban y especulaban sobre ella y no con ella, hacían de “el chisme” un valor opuesto a aquello que era deseable construir en el marco de la cooperativa: la *unión*, la *solidaridad*, el *compañerismo*. La *unidad*, como valor moral que forma parte de las características ideales de este tipo de entidades,

sobrevolaba estas discusiones en torno a las modalidades de *participación*. En las capacitaciones propuestas por el programa, los y las talleristas solían resaltar la importancia de que exista “*unión y compañerismo*” entre las integrantes de las cooperativas, haciendo referencia a los “valores cooperativos”. Sin embargo, la *unidad* no tenía un sentido unívoco ni se construía de una vez y para siempre. Era algo sobre lo que las mujeres reflexionaban recurrentemente y un ideal a partir del cual posicionarse.

## ¿Somos (des) unidas?

En mayo de 2015, participé de la reunión que Flavia, presidenta de una cooperativa del Ellas Hacen de Moreno, convocó para debatir asuntos vinculados a las inasistencias y poner al día algunas informaciones acerca de documentaciones que era preciso entregar al CAL. Tal como referí al principio, la reunión tuvo lugar a las 15 hs en la casa de Marcia, una de las integrantes de la cooperativa. El lugar y el horario tenían sus motivos. Por un lado, se trataba de un momento que daba tiempo suficiente antes de que quienes tenían hijos e hijas que asistían a la escuela en el turno de la tarde, los tuvieran que retirar. El lugar, en cambio, se debía a que Marcia, sufría problemas de salud que le hacían difícil movilizarse a otros espacios de reunión. Ella colaboraba siendo anfitriona de los encuentros, difundiendo información, completando planillas y libros de actas. Sus inasistencias a las capacitaciones se encontraban “justificadas”. Yo me había encontrado con Flavia en la estación de trenes de Moreno y habíamos viajado en remís hasta allí. Al llegar, la mayoría de las convocadas ya estaban allí y, antes de dar inicio a la reunión, Flavia introdujo mi presencia. Ella tenía 38 años y dividía su tiempo entre la cooperativa y un trabajo nocturno como empleada de seguridad en bares de capital federal. Ese día, tenía que ir a un bar en Villa Crespo e iba a viajar hacia allí justo después de la reunión.

Flavia me introdujo como “una antropóloga que está haciendo su tesis”. Me pidió a mí que dé más detalles de mi trabajo y luego a las mujeres presentes que votaran si estaban de acuerdo en que yo me quedara en la reunión.

- No están obligadas a decir que sí eh... tienen todo su derecho a decir que no-dijo Flavia
- Por mí no hay problema...- dijo una de las mujeres
- ¡Si no tenemos nada que ocultar!- coincidió otra.

Si bien hubo otras mujeres que permanecieron en silencio y no emitieron opinión, mi presencia en la reunión se dio por aceptada debido a la ausencia de negativas. En ese momento, Marcia se encontraba sentada en una silla de madera y estaba completando el cuaderno sobre la mesa. A medida que mencionaba a las mujeres, iba colocando "P" al lado de los nombres de quienes estaban presentes. El ausente se registraba mediante puntos de dos colores. Verdes para las "ausencias con aviso" o "justificadas" y rojos para las ausencias que carecían de justificación. Un rato más tarde, cuando todas se habían retirado y solo quedamos Flavia, Marcia y yo, la escucharía decir a Marcia que diferenciar entre falas justificadas y no justificadas había "dado resultado" para llamar la atención de las mujeres. Comprendí que la práctica de llenar el cuaderno delante de todas y mostrar públicamente la situación de cada una, lejos de ser azarosa, permitía mostrar la transparencia en el manejo de las planillas al mismo tiempo que indicaba frente a todas las consecuencias que venían aparejadas con las inasistencias. Puntos rojos y verdes sintetizaban, al menos en parte, el lugar que cada una ocupaba en la cooperativa y el cumplimiento o incumplimiento de las normas establecidas.

Flavia dio inicio a la reunión explicitando los pedidos que estaban haciendo "desde el Ministerio" y enfatizando en que cada una debía hacerse responsable por su situación: "Si a alguna le llegan a descontar, eso no es mi culpa. Acá somos todas grandes y cada una sabe lo que tiene que hacer... Porque a mí me llega que algunas van al CAL a hablar mal de mí. Y yo no tengo la culpa ni de lo que ustedes hacen, ni de lo que hace el Ministerio. Yo siempre comunico las cosas y conmigo ustedes siempre se pueden comunicar. ¿O yo alguna vez no les atendí el teléfono?". Flavia comentó que las que estudiaban en el Fines pero no estaban en comisiones compuestas exclusivamente por titulares del programa, debían acercar ellas mensualmente un certificado de alumno regular al CAL. En las otras comisiones había personas encargadas específicamente de tomarles la asistencia. Acto seguido, Marcia pasó a explicar los detalles de la documentación requerida y Flavia pidió disculpas por el corto plazo, señalando que ellas mismas se habían enterado hacía pocos días. La llegada de una mujer de unos 30 y cinco años, interrumpió los avisos. Se escucharon comentarios por lo bajo y Flavia no tardó en acusar recibo de la aparición:

- Bueno, tengo a varias chicas que se tienen que ir a buscar a los chicos y yo también me tengo que ir rápido... Pero vamos a aprovechar este momento, en el que está acá la señora Eliana López.- dijo anunciando su nombre con solemnidad- Yo le quiero preguntar a ella, que nos diga qué piensa hacer, si va a participar o no ...



- Yo si no vine fue porque nunca me avisan y si me siento agredida y excluida, obvio que no me voy a querer acercar- respondió Eliana

- Disculpame- la interrumpió una de sus compañeras con ímpetu.- ¿De cobrar todos los meses te acordás? ¿Te enterás de que hay que ir a cobrar? Bueno entonces si estás cobrando, me parece que podés acercarte al menos a ver qué está pasando. Acá somos un montón de mujeres que tenemos teléfono y siempre podés llamar...

- El día ese que estábamos en la plaza, vos fuiste, nos viste y ni te acercaste a saludar a ver qué estábamos haciendo. Así que no te vengas a quejar – dijo otra de las mujeres refiriéndose a unas jornadas denominadas “Mujer y Memoria” que se habían realizado en marzo de ese año.

- Y la otra vez, cuando nos cruzamos por el barrio yo estaba dispuesta a saludarte y vos ni me miraste. Pasaste al lado mío como si yo fuera un sorete tirado ahí. Yo no me olvido de eso. Además nos fue llegando que vos anduviste diciendo por ahí que no ibas a venir porque nosotras somos un nido de serpientes.

- ¡Yo jamás dije eso!- se defendió Eliana.- Me parece que somos todas personas adultas y que ustedes me podrían integrar mejor. Yo siempre me sentí agredida...

- Mirá Eliana, la que se alejó fuiste vos.- Intervino Flavia como queriendo ponerle punto final al intercambio- Nosotras siempre seguimos acá y siempre podías venir... yo jamás te quite el saludo. Siempre se te avisó. Como vos dijiste, somos todas personas adultas, y vos la que tiene que decidir si va a seguir en la cooperativa o no. Porque nosotras avisar, te avisamos. Ya desde el año pasado anotamos a quien se le avisa qué cosa, día y hora. Para que quede registrado. Sino venís, tenés ausente.

La respuesta de sus compañeras fue contundente. Desmintieron con énfasis el hecho de que ella no hubiera sido avisada y le reclamaron que se acerque, llame, pregunte. Resultó llamativo que entre las respuestas, varias agregaron otros planteos, como que Eliana no las solía saludar cuando se cruzaban por el barrio, o que solía “hablar mal” de ellas. Eliana no encontraba la forma de defenderse de las acusaciones. Se limitó a decir que iba a ir a las reuniones “si le avisaban”. La sola insinuación de que podían no avisarle, reavivaba el conflicto generando ofensa en sus compañeras. Flavia y Marcia se sentían particularmente aludidas y recibían su comentario como una acusación de que no estaban “cumpliendo” con sus tareas.

Si Flavia había dado inicio a la reunión evocando responsabilidades individuales y la importancia de cumplir con aquello que era *obligatorio*, el desencuentro con Eliana trajo otras cosas a la luz. El conflicto expresaba algo más que la indignación hacia el

incumplimiento de requisitos pre establecidos. A Eliana le pedían que se acerque, que no se aleje, que salude, que llame. Al defenderse, ella también recurría a cuestiones vinculadas al trato que recibía, diciendo sentirse “agredida”, “no integrada”, “excluida”. En estos reproches se ponían en juego preocupaciones en torno a la imagen pública de las personas involucradas. Las compañeras de Eliana se sentían ofendidas ante la posibilidad de que se dijera que eran “un nido de serpientes”. Tal vez lo que las enojaba era sentir que Eliana las despreciaba y, acusándolas de haberla agredido o de “no integrarla”, construía una imagen desfavorable de ellas como personas. La alusión a sentirse tratadas “como a un sorete” daba cuenta de que su bronca no se explicaba sólo porque ella esté incumpliendo con la *obligatoriedad* que enunciaba el programa, o porque “no hiciera nada y cobre”, era el tipo de trato que Eliana entablaba con ellas lo que emergía como relevante. Eliana les fallaba a ellas mismas, más que al programa.

Cuando me introdujo en la reunión y pidió que votasen si aceptaban mi presencia, Flavia había tomado una explícita distancia de la *obligatoriedad*. Había remarcado que “no estaban obligadas a aceptarme”, pero que era “una forma de ayudarme”. Separarse de la imagen de quienes hacen las cosas por obligación y acercarse a la idea de actuar “para ayudar” parecía ser algo clave entre ellas. De un modo similar, los reclamos que le hacían a Eliana, no era sólo que se ajuste a lo *obligatorio* en términos del programa, sino que se sienta obligada con ellas, como compañeras, y que salude, se comunique, las trate bien. La reunión de ese día tornó especialmente visible el modo en que, en espacios que no formaban parte estrictamente de la propuesta institucional del programa, las mujeres construían y compartían sus propios criterios acerca de qué era lo *obligatorio* y de cuáles eran las formas de actuar juzgadas como correctas. Instrumentar mecanismos escritos que evidenciaran quién estaba presente y quién no y qué tipo de ausencia era, o dejar asentados en el cuaderno aquellos avisos y mensajes que se enviaban por telefonía móvil, parecía evidenciar que estar comunicada, recibir mensajes y responderlos, asistir a reuniones o comunicar los motivos de la inasistencia constituían prácticas que eran esperadas y de algún modo juzgadas también como *obligatorias*.

Al fin de la reunión, cuando me quedé sola con Flavia y Marcia, mientras reanudábamos el mate y charlábamos de las tareas escolares de sus hijos e hijas, Marcia recordó el conflicto con Eliana y, ya sin la exaltación que había primado anteriormente con un tono reflexivo y de cierto lamento, me dijo: “Ella dice que no viene porque el mensaje no le llegó, pero otras veces sí le llega... Después anda diciendo que somos desunidas. Pero no es así. ¿Vos qué pensás? ¿Somos desunidas?”. La pregunta de Marcia me puso en un lugar incómodo. Ser o no “unidas”, resultaba una preocupación importante para ellas

a la que yo también debía dar relevancia. Respondí negativamente e intenté, quizás no exitosamente, tomar distancia de la idea esencial de *unidad*, resaltando que “en cualquier grupo hay conflictos”. Recordé a Carla, cuando Mariela la desalentó de “armar un proyecto”, recurriendo justamente a que no eran lo suficientemente unidas como para llevarlo adelante. Percibí entonces que la *unidad* constituía un atributo moral de relevancia para mis interlocutoras, una de las referencias desde las que se valorizaban las formas esperadas de *participar*. Sus integrantes procuraban no sólo tomar distancia de quienes “iban por la plata” o “no se comprometían”, sino construir un grupo *unido*, no ser un “nido de serpientes”. Esta vez, era por medio de acusaciones públicas que se movilizaban estas imágenes ideales de la cooperativa. Los valores morales- de *unión* y *solidaridad*- parecían demarcar lo que era (y no) posible hacer.

En los últimos años, existe una línea de análisis en antropología que se ha detenido especialmente en indagar acerca de los entrecruzamientos entre moral y política. Dentro de estos aportes, el trabajo de Didier Fassin (2012) ha ofrecido singulares contribuciones en vistas a construir una propuesta de análisis antropológico de la moral y de sus intersecciones con lo político. En la introducción a *A companion of moral anthropology*, el autor propone construir una perspectiva que tome distancia del legado normativo de buena parte de la filosofía moral y se ocupe de estudiar- descriptiva y reflexivamente- los sentimientos, juicios y prácticas morales. En este sentido, desde la perspectiva del autor, las moralidades no son entidades discretas plausibles de ser separadas de otras esferas de actividades humanas. No alcanza con analizar códigos morales o dilemas éticos como si pudieran ser separados de lo político. Fassin (2013) propone analizar la moral teniendo en cuenta que ésta se encuentra incrustada en lo social, y no está escindida de aquellos asuntos definidos como políticos. Así, más que definir a priori el contenido u orientación de los valores, esta perspectiva supone explorar los modos en que las personas intentan actuar moralmente, considerando las formas en que la moral permea aquellos sentidos que las personas le otorgan a sus acciones. Uno de los aportes de esta mirada consiste que abre camino a pensar la vinculación entre la moral y las emociones. El análisis de Didier Fassin (2013) sobre el resentimiento ha mostrado el modo en que sentimientos como la bronca y la indignación, no se encuentran escindidos de aquello que es experimentado o imaginado como injusto y a la movilización de supuestos morales.<sup>58</sup> Esto implica abordar la expresión de dichos

---

<sup>58</sup> En su trabajo, el autor realiza una distinción entre dos sentidos del término resentimiento, a partir de los vocablos en inglés *ressentiment* y *resentment*. Mientras que el primero alude a una condición relacionada con experiencias pasadas de dominación y opresión, el segundo responde más que a una experiencia e estigmatización sufrida anteriormente, a una posición sociológica que causa frustración y descontento.

sentimientos tomando distancia de análisis que la ubiquen como acción estratégica basada en el cálculo. La moral no es entonces un dominio separado de la vida social, ni una fachada detrás de la cual se ocultan los verdaderos intereses de las personas.

Siguiendo este enfoque, podemos afirmar que la bronca y el enojo expresados hacia Eliana se fundaban en sensaciones de injusticia pero no se limitaba a ser respuestas a un cálculo en torno a los cumplimientos e incumplimientos de los requisitos establecidos por el programa estatal. En sus sentimientos, entraban en juego cuestiones más profundas vinculadas al tipo de trato y forma de relacionarse que se esperaba entre ellas. Así, el horizonte de alcanzar una cooperativa *unida* era una preocupación cotidiana para mis interlocutoras, que no se refería únicamente a aquello que era prescripto por la política, al procurar fomentar la inclusión social mediante el fomento del asociativismo. Se trataba en cambio, de un valor moral que tornaba particularmente evidente aquello que las titulares definían como las formas más correctas o deseables de *participar*.

A la luz de las reconstrucciones etnográficas que hemos analizado aquí, podemos confirmar que el significado de la *unidad* como valor moral no se encontraba definido de antemano, de forma independiente a las prácticas de las personas. En este punto, nos interesa resaltar que los sentidos asociados a dicho valor se construían considerando interacciones que iba más allá de los espacios propuestos por el programa. En relación a la reunión que describimos más arriba, vale la pena considerar que se trató de reclamos y valoraciones que emergieron públicamente en ocasión de una reunión que se llevaba adelante en la casa de una de las integrantes de la cooperativa y no durante capacitaciones o reuniones con funcionarios estatales. Estar en una casa, en el barrio donde habitaban varias de las que formaban parte de la cooperativa dio pie a evaluar y expresar opiniones acerca de cómo *participaba* su compañera que contemplaron no solamente su asistencia o inasistencia a las actividades propuestas, considerando aspectos acerca del trato que ella proporcionaba a las otras fuera de las actividades del programa, en el mismo barrio que las hacía cruzarse en el día a día.

Asimismo, los reproches que le hacían a Eliana, puntualmente aquellos referidos al saludo o, más bien, a la ausencia del mismo cuando se cruzaban por el barrio, nos sugieren que la observación de aquellos movimientos entre las casas y alrededor del barrio, modelaban las formas de *participación* esperadas. Es importante tener en cuenta, que las cooperativas del Ellas Hacen se conformaron en buena medida por mujeres que habitaban los mismos barrios o en barrios cercanos, de modo que resulta importante

considerar los modos en que ciertas etiquetas, o disciplinas que regulan los comportamientos en relaciones de vecindad (Comerford, 2014) modelaban también las prácticas y formas de organización en las cooperativas. Comerford (2014) indagó en estos códigos complejos que delinear expectativas al respecto de los movimientos entre casas. Encontró que los desplazamientos, ausencias y presencias en las casas eran a menudo foco de observación y asunto de conversaciones. En los comentarios cotidianos, las personas analizaban el carácter adecuado e inadecuado de las formas en que los otros llegaban y salían de las casas de los otros, las formas de recibir visitas y saludarse al encontrarse en la calle. Según el autor, estos actos que podrán parecer minúsculos, nunca son moralmente insignificantes. La problematización de estas formas de actuar “acaba por construir un cuidado ético ordinario, cotidiano, configurador de sujetos murales” (2014:13).<sup>59</sup> Recuperando estos aportes a nuestro análisis, podemos comprender mejor los reproches y demandas que se le habían hecho a Eliana. Sus faltas en las actividades de la cooperativa poseían una relevancia particular, justamente porque no se trataban de ausencias totales. A sus compañeras les llegaban informaciones acerca de “lo que ella decía por el barrio” y en ocasiones, se la cruzaban en la calle.

Por último es importante considerar la fuerza que cobraban en estas discusiones la reflexión a acerca de aquellos discursos que se construían desde la opinión pública. La construcción de una imagen pública aceptable tanto de la cooperativa como de sus integrantes se ponía en juego en los intercambios. Que se dijera que ellas eran “un nido de serpientes” constituía una ofensa grave, a la cual las mujeres se esforzaban por rebatir, esgrimiendo que venía de alguien que incumplía con los comportamientos esperados en tanto integrante de ese colectivo. La *unidad* forma parte de los modelos ideales comúnmente asociados a las cooperativas y muchas veces las entidades de este tipo que fueron creadas a partir del impulso de políticas estatales son abordadas poniendo el énfasis en que se trata de formas menos espontáneas o genuinas de asociativismo. Estas valorizaciones permearon una parte importante del discurso público acerca de los programas Argentina Trabaja y Ellas Hacen y pueden ser encontradas en notas periodísticas y editoriales de medios de comunicación.<sup>60</sup>

---

<sup>59</sup> La traducción es propia

<sup>60</sup> Dos editoriales publicadas en el diario La Nación resultan ilustrativas de este punto. En “La distorsión del cooperativismo” (La Nación, 2009) publicada poco después del lanzamiento del Argentina Trabaja se advertía que el programa iría a falsear el sentido de las cooperativas, agrupando personas que carecían de voluntad asociativa común. En enero de 2016, a sólo un mes de la asunción de Cambiemos al gobierno nacional, la editorial titulada “La desnaturalización del cooperativismo” (La Nación, 2016) llamaba a recuperar y revalorizar el cooperativismo, a restituirle su naturaleza perdida, describiendo específicamente a los programas Argentina

Así, es posible rastrear que la preocupación por ser (o no) “unidas”, estaba permeada por sanciones y acusaciones que iban más allá de las tensiones existentes entre ellas. Considero entonces que los intercambios analizados aquí constituyen muestras del modo en que asociaciones más anónimas que circulan en la opinión pública, como la discusión acerca del carácter genuino de las cooperativas nacidas en el marco de la implementación de programas estatales, o las asimilación de las interacciones entre mujeres a la imagen de “nidos de serpiente” interpelan a las personas cotidianamente. Ser *unidas* y estar dispuestas a *ayudar* emergieron como valores de importancia que configuraron un horizonte a partir del cual se sopesaban acciones y personas. Verse acusadas públicamente de lo contrario- ser “desunidas” o “un nido de serpientes”- constituyó una forma de sanción moral que generó indignación y rechazo. La *unidad* era un deseo compartido por buena parte de las integrantes de la cooperativa y debía ser confirmado y construido a partir de pequeñas acciones cotidianas tales como “saludar”, “acercarse” y brindar un “buen trato”.

### **Sobre *participar* y sus condiciones de posibilidad**

- ¿Por qué creen que hay chicas a las que no les interesa venir?- preguntó finalmente el tallerista de Género y Proyectos de País en Moreno
- Y... piensan que es al pedo. Que mejor se quedan en la casa total cobran igual, piensan que esto es sólo cobrar- respondió una de las titulares
- Tal vez algunas no vienen porque los maridos no las dejan- dijo otra
- ¿A alguna de ustedes les pasa eso? ¿Tienen problemas con su familia para poder venir acá?- preguntó el tallerista
- Siii! Mi marido no quiere, pero yo vengo igual! Yo le digo “Tengo que ir, tengo que ir” y me voy, Él es muy machista... ¡vos no escuchés!- la mujer le tapó los oídos a su hija que estaba sentada junto a ella para seguir hablando- Es su papá, él me dice qué vas a ir a hacer allá, piensa que me tengo que quedar en casa, con los chicos...
- ¿A las demás también les pasa eso?- insistió el tallerista

---

Trabaja y Ellas Hacen como un “falso concepto de cooperativismo asociado a una dependencia permanente del Estado”.

- Sí, a mi marido tampoco le gusta mucho. Cuando hicimos el taller de plomería, él me decía “¿¿Plomería vas a estudiar?? Si eso es cosa de hombres...”- dijo Laura

- Bueno, ustedes piensen que seguro que el año pasado estuvieron trabajando con lo que es la naturalización de esas cosas, ¿no? Como hay cosas hay que ir desnaturalizando. Porque por ejemplo desde los medios de comunicación, desde las publicidades de detergente, siempre muestran a una mujer lavando los platos y nunca a un hombre. Todo ese discurso a nosotros nos llega como que lo más natural es que la mujer se quede lavando los platos y los hombres sean los que salgan a trabajar. Por eso no nos tenemos que enojar con la compañera que no viene, tenemos que tratar de decirle que venga...

Esa mañana, el tallerista había redirigido la discusión acerca de “las que faltaban”, procurando correr el eje de los sentimientos de bronca y enojo para abrir interrogantes acerca de las causas o condiciones que podían dificultar la asistencia a las participaciones. Estos interrogantes fueron trayendo a colación aspectos vinculados al “lugar de la mujer en la sociedad” y más específicamente a la forma en que los mandatos de la tradicional división sexual del trabajo y las situaciones de violencia en los vínculos de pareja impedían a las mujeres acercarse a las capacitaciones: “Alguna no vienen porque los maridos no las dejan”.<sup>61</sup> Así, de acuerdo con su propuesta, para trascender el enojo, había que hacer un trabajo de “desnaturalización” que empezaba preguntándose por los motivos que hacían que las mujeres no iban y derivaba en la reivindicación de la importancia de los espacios de capacitación. La pregunta del tallerista buscaba entonces desplazar del centro del análisis las cuestiones personalistas e individuales acerca de “las que no vienen”, para conectarlo con fundamentos sociales que se involucraban en las dificultades de algunas mujeres para asistir.

Preguntas similares rodearon otros intercambios durante el trabajo de campo. Cuando participé, junto a Laura, de uno de los talleres del primer encuentro local de Mujeres en Moreno<sup>62</sup>, las reflexiones acerca de los límites que habíamos enfrentado en la

---

<sup>61</sup> En el capítulo 5 abordaremos este entrecruzamiento entre trabajos de cuidado y la participación de mujeres en las cooperativas creadas por los programas estatales. Para un análisis sobre las formas de organización colectiva dirigidas a lidiar con asuntos vinculados a la violencia en los vínculos de pareja, ver capítulo 6.

<sup>62</sup> Los Encuentros Locales de Mujeres fueron puestos en marcha en el distrito de Moreno a partir del 2015, luego de la primer movilización Ni Una Menos. La organización el evento replicó la modalidad de los encuentros nacionales de mujeres, organizando talleres y comisiones para el debate de asuntos específicos vinculados a problemáticas enfrentadas por mujeres. En el capítulo seis se desarrolla el funcionamiento de estos encuentros y las modalidades de organización en torno a la temática de género que tuvieron lugar en Moreno.

convocatoria, trajeron a relucir cuestiones semejantes. Durante el debate acerca de qué podría hacerse para “llegar a más mujeres” en un próximo encuentro, una militante de SUTEBA redirigió la atención hacia el mismo asunto:

- Ustedes dicen “¡qué poca gente!” y tal vez nos tenemos que preguntar: “Las mujeres que no están acá, ¿dónde están? ¿Están en sus casas limpiando? ¿Con sus maridos? ¿No tienen con quien dejar a los hijos? ¿Por qué no vinieron?”

El taller que estábamos a punto de comenzar a coordinar se llama “Mujeres, participación, poder y decisión”. La propuesta de imaginar dónde estaban las que no estaban nos dio el puntapié para comenzar a pensar algunos de los ejes que habíamos previsto para el taller. Específicamente, su sugerencia colocaba el asunto de la *participación* en un terreno concreto.

Los interrogantes y reflexiones acerca de los motivos por los cuales alguna mujer “no estaba” o “no venía” a las capacitaciones y espacios de reunión que eran parte del Ellas Hacen, no derivaban únicamente de las propuestas de los talleristas. Se trataba de un asunto que sobrevolaba de forma recurrente los intercambios y conversaciones entre las titulares. Las titulares tenían sus propios criterios acerca de qué situaciones eran consideradas legítimas para “no estar”. Estas consideraciones no necesariamente se volcaban en el tratamiento administrativo de las faltas, ya que estas en última instancia debían pasar por el CAL, pero sí, se evocaban en las conversaciones cotidianas y permeaban el modo en que se construían valoraciones acerca de sus compañeras. El cuidado de los hijos y más precisamente la necesidad de atenderlos ante situaciones de enfermedad o accidentes, era un motivo que generalmente tenía una amplia aceptación como causa legítima para no faltar. Especialmente si se trataba de alguien que, solía asistir regularmente y no era considerada una persona que “siempre tiene una excusa”. Tal como se dejó a entrever en los conflictos y tensiones que hemos analizado más arriba, las prácticas de comunicarse para avisar a qué se debía el alejamiento y contar cuál era la situación que estaba produciendo complicaciones eran valoradas a la hora de construir clasificaciones morales. Conocerse, saber la situación personal de las demás era un aspecto que se consideraba relevante porque, desde allí, era posible construir lecturas de las prácticas que matizaban la interpretación directa de las faltas como sinónimo de un escaso interés, o voluntad. En esta misma dirección, quien se ausentaba también podía reclamar y enojarse si sentía que no habían contemplado su situación ni se habían interesado por lo que le pasaba. Mariela había hecho especial referencia a este asunto cuando respondió a los enojos y quejas de sus compañeras evocando que “nunca le habían preguntado por qué no estaba viniendo”.



Así, por ejemplo, si había ocurrido un temporal, la ausencia de alguna mujer que vivía en zonas inundables era rápidamente leída en relación a esas condiciones y esa “falta”, aun cuando no sea estrictamente “justificada” en los términos que establecía el programa; sí era comprendida por sus compañeras, que no concebían la inasistencia como sinónimo de falta de compromiso. Si el clima era extremadamente frío o lluvioso, se podía imaginar que la inasistencia de alguna titular con hijos muy pequeños o que sufrieran enfermedades respiratorias crónicas, se debía mayormente a que ella estuviera priorizando el cuidado de los hijos y, en ese caso, no se trataba de una situación que generara tanto fastidio. Criterios similares mediaban incluso a veces la relación con algunas agentes estatales con quienes se había construido un vínculo de mayor confianza. Cuando un jueves, la tallerista asignada a las capacitaciones de Género y Proyectos de país estuvo ausente y dejó esperando a las chicas de Mujeres Valientes, me sorprendí particularmente de que ellas no hicieran ningún comentario de fastidio y enojo ante su inasistencia sin aviso. Al regresar, compartí viaje en colectivo con Sandra y comenté al pasar que era raro que la tallerista no hubiese asistido:

- Es que ella, tiene una hija discapacitada- me respondió Sandra-ya nos contó. Si le falla alguna de las cuidadoras, no puede dejarla sola y ella está separada del padre de la nena. Entonces si falta así, sin avisar, seguro que es por eso. Nosotros la entendemos porque también somos madres y sabemos cómo se complica.

Una ausencia de la cual se conocían o al menos se imaginaban motivos considerados legítimos y comprensibles no pesaba igual que un alejamiento por tiempo indeterminado, del cual no se sabían sus condiciones. En un sentido similar, a veces, la asistencia misma podía dar lugar a reproches. Cuando, en noviembre de 2014, Mónica, que había dado a luz a su última hija hacía solamente tres semanas, se presentó a una actividad convocada por el programa, sus compañeras le preguntaron qué estaba haciendo allí: “Vos no deberías venir, traerla a la nena con este clima, es muy chiquita!”, le dijeron abiertamente mientras se abalanzaban para conocer a la bebé. A veces, las presidentas de las cooperativas se ocupaban especialmente de acercar información acerca de la situación de alguna titular a representantes de organismos estatales. Además de entregar certificados y comprobantes, la narración de algunas particularidades acerca de la vida personal de otras cooperativistas se hacía presente en estos intercambios.

En junio de 2016 acompañé a Laura a reunirse con una trabajadora estatal del CAL de Moreno. Habían pasado algunos meses desde la asunción de la Alianza Cambiemos al gobierno nacional y todavía no había pistas certeras acerca de qué sucedería con los

programas sociales, si serían discontinuados o continuarían vigentes bajo otra modalidad. Por el momento, sólo se sabía que la terminalidad de estudios formales seguía siendo un requisito para quienes no se hubieran graduado aún de la escuela secundaria, pero todavía no se habían dado detalles acerca de propuestas formativas u otras actividades que deberían realizar quienes ya habían terminado el secundario. En esa situación se encontraba Laura. Procurando no estar sin hacer nada, ella había impulsado, junto a otra compañera de militancia, la apertura de una sede de estudios del plan Fines en su barrio.<sup>63</sup> Ocupaba la función de “referente de sede” y gestionaba las condiciones para el funcionamiento de la cursada, a la que asistían vecinos y vecinas del barrio, en su mayoría mujeres, algunas de ellas titulares del Ellas Hacen. Esa mañana, Laura se acercaba al CAL para comentar la situación de dos mujeres que “tenían complicaciones” con la asistencia al Fines. Una de ellas era Ramona, que también había venido con nosotras al CAL. Ramona era titular del Ellas Hacen pero pertenecía a otra cooperativa diferente a la de Laura, aunque estudiaba en la sede de Fines de la cual ella era *referente*. Después de un rato de espera, Celeste, nos hizo pasar a su oficina y nos recibió detrás de su escritorio.

Celeste tenía alrededor de 35 años de edad y venía trabajando en el Ministerio de Desarrollo Social desde antes de que cambie el gobierno. En ese momento, se estaba ocupando de gestiones vinculadas a la escolaridad de las titulares del Ellas Hacen, sistematizando específicamente cuestiones vinculadas a la articulación con el Plan Fines.

- Bueno, ella es Ramona. Ella está cursando en la sede de fines y a veces se le complica venir, porque tiene el chico con epilepsia- comenzó diciendo Laura

- Hola Ramona. ¿Sos de la cooperativa Nuevos Rumbos?

- No...- respondió Ramona

- De El Progreso?

- No- volvió a contestar Ramona

- Ella está en Mujeres al frente, pero yo soy su referente en Fines.

-Ah, está bien- Celeste tomó una hoja que ya tenía un formulario prediseñado en computadora y comenzó a completarlo a mano. El título de la hoja decía “Situación educativa Ellas Hacen”

---

<sup>63</sup> Acerca del proceso de conformación de esta sede de Fines, ver Capítulo 6.

- ¿Cómo se llama tu hijo?
- Darío Ibañez
- Bien... ¿Y hace cuánto que está con el problema de la epilepsia?
- Desde diciembre inició, ahora le están dando un remedio. Y le hicieron tomografía. Él también es discapacitado porque nació con labio leporino, pero eso no me trae problema. Esto sí, porque yo ahora por ejemplo lo dejé con mi nene más grande, pero no sé si no le puede pasar algo....
- Sí, claro, además la epilepsia es algo repentino. Puede estar bien y de repente tener un problema- coincidió Celeste y siguió escribiendo

Ramona sacó una carpeta de tres solapas de la cual empezó a desplegar certificados. A nuestro alrededor, otras funcionarias estatales atendían gestiones similares. Una chica acercaba un certificado de alumna regular, otra preguntaba los motivos por la suspensión del pago de su ingreso percibido por el Argentina Trabaja y una cuarta empleada, había salido al pasillo a preguntar: “¿Por monotributo social alguien más?”. Mientras escribía, Celeste le preguntó a Laura por una integrante de su cooperativa que sufría un problema en su pierna y hacía algunos meses atrás había venido a contarle su situación-

- ¿y Martita? ¿Cómo anda?
- Bien, está mucho mejor. Viene a estudiar y le hace muy bien. ¡Es otra persona!
- ¡Qué bueno!- dijo Celeste y levantó la cabeza de la hoja en la que escribía para dirigirse directamente a Ramona- Bueno bien, yo acá lo que puse es que vos estás presentando inasistencias porque estás acompañando el tratamiento de tu hijo que sufre epilepsia desde diciembre. Y acá atrás, puse que vos y la referente de la sede se comprometen a explicarle la situación a los profesores y que si ellos consideran necesario que vos compenses, haciendo algún trabajo práctico, llevándote algo a tu casa, te comprometés a cumplir con eso. Siempre y cuando, vos asistas cada vez que puedas.
- Sí, sí, es que yo vengo yendo.
- Sí- agregó Laura- Ella cada vez que puede, viene. Y yo ya le explique a los profesores. Además viene también la hija. Así que ella le pasa lo que trabajan. Yo le dije a los profes, que no es que ella miente. Por suerte con ellos no hubo ningún problema.

Celeste pidió el nombre de la sede de Fines, le mostró a Ramona la hoja, en donde se detallaba la situación y el “acuerdo alcanzado” y le señaló donde debía firmar.

- ¿Vos tenés alguna fotocopia de certificado médico de tu nene para adjuntar?
- Sí, acá tengo...- dijo Ramona
- Pero no me dejes original eh.. fotocopia si tenés
- Ah, no fotocopia no tengo. Pero traigo.
- Cuando puedas. No es para mí, yo te creo. Pero por si después alguien me dice algo, mejor que esté la documentación...
- ¿Te puedo fotocopiar esto? Son los turnos...
- Mejor si es un certificado médico, de alguna receta, alguna medicación que le hayan dado.
- Bueno, bueno... Voy ahora a sacar fotocopia y vengo
- Por las dudas. Pero no gastes mucha plata eh- dijo Celeste- con una copia de algo actualizado es suficiente.

La presencia de Laura, respaldando aquello que decía Ramona y atestiguando que ella iba a cursar “cada vez que podía” y que “no mentía” al respecto de su situación, revestía cierta importancia para lograr “justificar” la falta. Durante el intercambio, Celeste se había esforzado particularmente por restarle importancia a la cuestión del certificado, o al menos, se había asegurado de que quedase claro que no era ella quien lo pedía, que a ella le alcanzaba con su palabra y que se trataba de un reaseguro “por las dudas”. Acercándose a contar su situación, mostrando interés por compensar ausencias y exhibiendo pruebas y relatos que las enmarcaban dentro de condiciones legítimas, Ramona construía, junto a Laura, un sentido moralmente aceptable para su *participación*. Así, el significado específico de participar dependía de análisis detallados de las vidas personales; de reconstruir y comparar historias individuales para dar lugar a una reflexión implícita acerca de las condiciones que hacían posible la participación. Se trataba, tal vez, de comprender que si la *participación* no se correspondía únicamente con cumplir con aquello *obligatorio* desde el diseño de la política, no participar tampoco podía explicarse de forma lineal y directa como una “falta de voluntad”.

Los debates acerca de la *participación* y las condiciones que la tornaban- o no- posible, adquirieron particularidades a partir del contexto que se abrió luego de la asunción de Cambiemos al gobierno nacional. Específicamente, durante los primeros dos años del mandato de Macri, antes de que se llevara adelante la eliminación de las dos líneas de intervención incluidas en el Ingreso Social con Trabajo y su posterior incorporación al Hacemos Futuro, registré situaciones marcadas por una gran inseguridad al respecto del destino de los programas estatales. Otros estudios han relevado valorizaciones similares para este mismo periodo, destacando el temor y las dudas que permearon los discursos de los y las titulares de los programas y sus prefiguraciones al respecto del

futuro (Hopp, 2017; Hintze, 2018). Estas incertidumbres se desprendían muchas veces de la ausencia de actividades promovidas por el programa, lo cual tornaba particularmente imprecisos los alcances de qué era *participar* y de qué actividades eran ahora *obligatorias*.

En marzo de 2016, supe que las integrantes de la cooperativa Mujeres Valientes, se estaban volviendo a juntar, luego del receso por vacaciones de verano, en el club donde anteriormente tenían lugar las capacitaciones. Llegué al club temprano a la mañana y saludé a varias de ellas que estaban en la puerta, encontrándose antes de ingresar al salón principal. No sabíamos si habría capacitación o alguna actividad o si sólo era una reunión “para firmar la asistencia” que entregaban semanalmente al CAL. Al cabo de un rato, dos chicas jóvenes se acercaron y se presentaron, diciendo que venían a dar “un tallercito”. Pidieron que nos ubiquemos en un solo círculo y preguntaron si sabíamos si faltaba llegar compañeras. Mientras esperábamos que vengan algunas chicas más, las dos talleristas sacaron un papel afiche que utilizaron de pizarrón y luego de algunos minutos, llamaron la atención de todas las que estaban allí presentes

- Nosotras vamos a dar un taller hoy, ¿ustedes sabían algo de que hoy tenían taller? ¿Alguien les dijo algo?

- No, nada.

- Nadie nos dijo nada

- Bueno, nos presentamos. Yo soy Euge y ella es Daira, nosotras somos trabajadoras sociales, estamos contratadas por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación y la verdad es que hace unos meses que no tenemos ninguna función concreta, ninguna actividad para hacer. Venimos trabajando acá en el distrito hace varios años, dando talleres de distintas temáticas. Nos juntamos con las chicas del CAL y ellas nos comentaron que ustedes también estaban sin nada para hacer. Entonces nos dimos la idea de armar estos talleres, como para hacer algo que nos sirva a nosotras y también a ustedes. Porque como ustedes sabrán la situación que atravesó el país los últimos meses, nuestros jefes cambiaron y hasta ahora no nos dieron ninguna tarea.

- La idea es que ustedes puedan participar, que ustedes hablen, tomarlo como una charla de algo que les pueda servir. Por eso nos juntamos con una médica, con quien trabajamos en conjunto y surgió la idea de armar estos talleres, que son sobre alimentación saludable. Porque nos pareció que era algo que a ustedes también les podía servir

- Pero antes queríamos charlar un poco con ustedes, preguntarles cómo andan, qué saben al respecto de la continuidad del Programa.

- Nada, no sabemos nada!!

- No nos dicen nada...

- No saben nada... bueno...- continuaron las talleristas

- Vamos a ir arrancando con el taller, y vamos a estar viniendo los próximos jueves. Nosotras tampoco sabemos nada, nuestro contrato en el ministerio es nuestro único ingreso y tal vez a ustedes les pasa lo mismo, que necesitan el Programa. Nosotras por ahora sabemos que tenemos contrato hasta fin de mes solamente.

- Siempre trabajamos y ahora surgió esto de inventarnos este trabajo, para no estar sin hacer nada, porque eso no nos conviene a nosotras, ni les conviene a ustedes.

El taller versó sobre asuntos referidos al valor nutricional y energético de distintos grupos de alimentos y sobre las formas de cocción de los mismos. Duró aproximadamente una hora y media y, cuando finalizó, Mariela pasó la lista de asistencia para que todas firmasen. Las palabras de las talleristas al dar inicio a la jornada, habían sido particularmente ilustrativas del clima que por entonces, rodeaba a las actividades vinculadas a la gestión de los programas sociales y a las personas vinculadas a ellos. En este sentido, no eran sólo las destinatarias de la política, sino también los agentes estatales que habían ingresado a trabajar allí durante la gestión previa, que veían amenazada la continuidad de su fuente de ingresos. Ya durante los primeros meses del gobierno de Mauricio Macri, se desencadenaron una serie de despidos en el sector público que anticipaban lo que posteriormente se afianzó como un modelo basado en el ajuste y la reducción de costos laborales (Neffa, 2017).<sup>64</sup> Al compartir con las titulares, sus preocupaciones e incertidumbres al respecto de qué iba a pasar con el programa, las talleristas afirmaban que “estar sin hacer nada” no era conveniente para nadie. En este sentido, aquella acusación de cobrar “sin hacer”, que había mediado desacuerdos y se había erigido como criterio moral de demarcación entre las integrantes de la cooperativa, parecía ahora interpelar grupos completos de personas. No sólo eran medidos bajo esa vara los y las titulares de programas de transferencia de ingresos, sino también un conjunto más vasto de trabajadores que se desempeñaban bajo la órbita estatal.

---

<sup>64</sup> Se estima que para febrero de 2017 los despedidos del sector público alcanzaban 75.123, representando el 30,14% del total de despidos (Neffa, 2017)

Una atmosfera de inseguridad y augurios poco optimistas continuó rodeando los intercambios que tuve con las titulares del Ellas Hacen durante 2016 y 2017. Para las que ya tenían completos sus estudios formales, fueron escasas las propuestas formativas para las titulares durante esos dos años. La mayoría de quienes integraban Mujeres Valientes ya habían egresado del secundario durante los primeros años de implementación del programa. Ellas continuaron reuniéndose semanalmente y firmando una planilla que entregaban cada mes en el CAL. La ausencia de propuestas formativas o de trabajo generaba incomodidades entre las mujeres. Las titulares leían esta situación como el indicio de que próximamente el programa estatal sería interrumpido. Un grupo de ellas, continuó cumpliendo durante un tiempo funciones como “referentes de sede” del Plan Fines, ocupándose de gestionar la asistencia y colaborar con las inscripciones para ese plan de terminalidad educativa. Esta actividad, que en algún momento había sido parte de la contraprestación requerida para quienes no estudiaran en el secundario, era ahora una actividad que realizaban por iniciativa propia, procurando evitar estar “sin hacer nada”. Otras de las integrantes de la cooperativa iniciaron trayectorias formativas o fueron construyendo otras salidas laborales, procurando “estar preparadas” para cuando “se acabe el plan”. Los encuentros de los jueves se inundaron más que antes del ofrecimiento de productos varios mediante cuya venta las titulares procuraban ganar ingresos extra. Fueron momentos marcados por la certeza de que tarde o temprano, los planes serían interrumpidos. Algunas de las mujeres, decidieron centrarse en otros proyectos y fueron dejando paulatinamente de *participar* en la cooperativa. Ese fue el caso de Mariela que se alejó finalmente de la cooperativa y puso en marcha un emprendimiento de depilación y estética y otra de las chicas pasó a ocupar la función de la presidenta, gestionando la planilla de asistencia.

Tal como ha sido apuntado en otros trabajos (Gamallo, 2017, Arcidiacono y Bermudez, 2018b, Hopp y Lijterman, 2019), una característica de las modalidades en que se reorganizaron las formas de intervención estatal a partir del 2015, ha sido la mayor presencia de un discurso asociado a la teoría del capital humano en detrimento de la dimensión asociativa. Dentro de las escasas capacitaciones ofrecidas entre 2016 y 2017 para las titulares del Ellas Hacen, se encontraba un espacio formativo denominado “Herramientas para el mundo del trabajo y la empleabilidad”, en el cual se procuraba el “fortalecimiento individual” de las destinatarias incluyendo el fomento de habilidades “socio emocionales”. Para mis interlocutoras en el trabajo de campo, este periodo fue vivido como una especie de vacío, de suspensión, en el que no abundaban respuestas concretas ni certezas acerca de los lineamientos del programa a futuro.

Si durante los años previos los debates acerca de la *participación* habían estado mediados por clasificaciones morales que distinguían entre quienes tenían intereses económicos -“piensan que es sólo la plata”, “vienen por el sueldo”- y quienes procuraban “aprovechar el plan” o aportar a la construcción de un grupo *unido*, a partir la nueva coyuntura algunas cuestiones se habían modificado. Ante la ausencia de proyectos formativos o laborales, la sospecha de no hacer lo suficiente como para “merecer” la percepción de un ingreso, parecía cernirse sobre todas. Asimismo, de un modo similar a aquello que había surgido tras interrogarse “por qué no vienen” o “dónde están las que no están”, el nuevo contexto ponía en evidencia los límites de pensar a las modalidades de participación únicamente en relación a la voluntad individual de las personas. La retórica de merecimiento y la voluntad individuales parecía tensionarse ante la comprobación de que eran necesarias ciertas condiciones de posibilidad para poder construir aquellas formas de *participación* juzgadas como moralmente aceptables:

“Después dicen que vivimos de las planes, pero preguntamos y no saben nada, no nos dicen nada, no nos mandan a hacer nada. Qué quieren que hagamos si no nos mandan a hacer nada. Aunque sea que nos manden a barrer”, me decía una de las integrantes de Mujeres Valientes en una visita que les hice en noviembre de 2017.

Ese día, cuando me preguntaban en qué andaba yo y les conté los rumbos de mi trabajo de campo, quisieron saber qué estaban haciendo las cooperativas en otros distritos y me preguntaron especialmente acerca de los trabajos que llevaban adelante quienes estaban en el Argentina Trabaja:

“Ah, sí, porque las vagas somos nosotras!! Los del Argentina Trabaja sí que están trabajando de lunes a viernes. Mi mamá es promotora de salud y anda de acá para allá” dijo Mónica sin ocultar cierta ironía.

En los años previos, habían abundado los debates acerca de las formas de *participación*. Presencias y ausencias, faltas sin avisar y otras debido a causas consideradas legítimas daban lugar a un conjunto de conversaciones cotidianas en las que se entrelazaban reflexiones, acusaciones públicas, chismes y conflictos. En el tiempo posterior al cambio de gobierno, las preocupaciones se fueron centrando menos en la evaluación moral de los modos en que cada una *participaba* y más en los interrogantes y sentimientos de incertidumbre al respecto del futuro de las políticas. En el periodo que fue desde inicios de 2016 hasta marzo de 2018, las sensaciones de mis interlocutoras fueron de una gran inseguridad al respecto del futuro. La ausencia de respuestas por parte de los y las agentes estatales y la escasa interacción que mis



interlocutoras tenían con ellos durante ese tiempo, era un elemento que profundizaba estos sentimientos de desconcierto.

## Conclusiones

A lo largo de este capítulo, analizamos los modos en que titulares del Ellas Hacen le otorgan sentido a su *participación* en el programa. Nuestro análisis tuvo como punto de partida la recuperación de perspectivas analíticas que problematizaron dicotomías acerca de la política protagonizada por sectores populares tales como las de supervivencia/dignidad (Fernández Álvarez, 2007, 2017) o resistencia/clientelismo (Quirós, 2011). Estos aportes conceptuales nos previnieron de reducir las formas de *participación* de nuestras interlocutoras como una respuesta automática al carácter *obligatorio* que, desde el programa estatal se establecía para las capacitaciones y espacios de terminalidad educativa. Consideramos que el hecho de que existiera un requisito de asistir a una serie de actividades, no alcanza para explicar los modos en que se construyen relaciones entre las mujeres, ni impide que en estos espacios se construyan prácticas políticas colectivas. Sostuvimos entonces que el carácter *obligatorio* de la *participación* es reconstruido y procesado colectivamente por las mujeres. Al debatir y reflexionar en torno a la *participación*, las titulares no solamente evocaban la importancia de cumplir con los requisitos establecidos por el Estado. Los modos de *participar* en las cooperativas no estaban definidos de antemano de forma uniforme. Se debatía recurrentemente acerca de en qué consistía esta *participación* y se discutía acerca de qué situaciones “justificaban” una inasistencia. Entre asistir o no asistir, cumplir o no cumplir, se ubicaban un sinnúmero de matices, consideraciones acerca de los términos en que se establecían los vínculos (saludar, llamar, acercarse) y la atención a aquellos aspectos personales de las vidas que podrían estar condicionando las posibilidades de *participar*.

Las reconstrucciones etnográficas que trajimos en este capítulo, nos muestran que no existían formas homogéneas de estar y no estar, sino un debate recurrente acerca cuáles eran las mejores modalidades y que condiciones hacían posible la *participación*. Estas reflexiones, aparecían a menudo modeladas por discursos morales desde los que se definía cuáles eran las prácticas aceptables tanto en relación al comportamiento individual como en cuanto a las formas de organización colectiva. Por un lado, mis interlocutoras ponían en juego criterios de demarcación desde los que procuraban reivindicar el carácter *voluntario* de su *participación*- “no venir obligadas”- y su predisposición a “aprovechar” las instancias formativas propuestas, señalando que sus motivaciones no estaban solamente anclada en la percepción de ingresos monetarios-

“no es sólo por la plata”. Por otro lado, la construcción de un grupo *unido* en el que primaran relaciones de *ayuda* y *solidaridad* formaba parte de los criterios morales desde los que se definían expectativas para la cooperativa. En este sentido, podemos afirmar que las formas de *participar* en el programa estaban mayoritariamente atravesadas por imaginarios morales relacionados tanto con aquellos valores comúnmente asociados al cooperativismo- *unión, ayuda mutua, solidaridad*- como con concepciones meritocráticas que ponen en el centro el *esfuerzo* y la *voluntad* individuales. En este capítulo procuramos desentramar los modos en que estos imaginarios morales fueron contruidos situacionalmente por las titulares del Ellas Hacen y no suponían la reproducción de modelos abstractos impuestos desde el Estado o la opinión pública. La intención de construirse como un grupo *unido* y la frustración por aquellas situaciones en las que parecían alejarse de ese objetivo, eran sentimientos recurrentes en su cotidiano y, al decir de Fassín (2013) modos en que intentaban “actuar moralmente”.

De forma recurrente, la construcción de significados morales en torno a la *participación* incorporó aspectos de las vidas de las mujeres que no estaban contemplados en el programa. Por un lado, estas definiciones se construían a partir de procesos muchas veces conflictivos y tensionados, en interacciones que ocurrían por fuera de las capacitaciones, en las casas y los barrios en que habitaban las titulares. La circulación de “chismes” y comentarios acerca de la situación en la que se encontraba alguna compañera de cooperativa formaban parte de este proceso de construir criterios en torno a las formas aceptables de *participar*. No se trataba meramente de medir la asistencia en términos cuantitativos enumerando ausencias y presencias. La atención pormenorizada de aspectos personales de las vidas de las mujeres modelaba la construcción de las formas de *participación*. En este sentido, la *participación* no se construía en abstracto, sino situacionalmente, dando lugar a reflexiones que indirectamente acababan revelando la productividad política de poner en común los condicionamientos sociales y generizados que se cernían sobre las posibilidades de *participar*. Los debates acerca de la *participación* y las tensiones y desencuentros generados en torno a lo que quienes integraban las cooperativas esperaban de sus compañeros y compañeras atravesaron el desarrollo del campo en los distintos espacios donde levé adelante la observación participante. En el siguiente capítulo, exploraremos como estos asuntos se hicieron presentes en las prácticas de titulares del Argentina Trabaja, interrogando el modo en que la producción del *compromiso* en las cooperativas se inscribía en las luchas y formas de construcción política que se llevaban adelante desde la CTEP .

## Capítulo 4: Expectativas, compromisos y valores morales en la producción cotidiana de las cooperativas

Una mañana de abril de 2017, Verónica aplaudió frente a la puerta de la casa de sus vecinos Ana y José, que vivían a sólo una cuadra y media de distancia de su vivienda. Se asomaron primero, cada uno a su turno, tres de los once hijos de la pareja. “Hola, ¿Está tu mamá?”, les preguntó a cada uno de ellos con voz aguda y dulce hasta que finalmente, cuando fue Ana la que se asomó, repitió la misma pregunta en un tono ya jocoso y las tres soltamos carcajadas sonoras. Ana se acercó a la puerta, abrió la reja, saludó y nos preguntó si queríamos pasar. Verónica respondió que no hacía falta, que solo pasaba a dejar un aviso. Exhibiendo una amplia sonrisa y sin más rodeos, dijo:

-Tengo buenas noticias para tu familia. A tu marido le salió un lugar en la cooperativa. Tiene que ir mañana a San Martín a firmar los papeles. Van a tomar el tren de las 6 porque a las 9 hay que estar ahí. ¿le avisas?

-¡Qué bueno! Sí, claro, le digo- respondió enseguida Ana, sin disimular su alegría.

Ana preguntó cuánto dinero iba a cobrar y cuándo empezarían a trabajar. Verónica le respondió que cobraría “cuatro mil y pico”, lo mismo que estaban recibiendo todos y agregó que una vez que estuviesen los papeles, comenzaría a participar de las jornadas de la cooperativa, haciendo trabajos de construcción y refacción de viviendas. Como eran vecinas y se conocían hacía tiempo, Ana ya sabía el tipo de actividades que llevaban adelante y no fue necesario que diera más detalles

Los estudios etnográficos sobre movimientos de desocupados en la Argentina reciente han analizado a las modalidades de acceso y distribución de recursos estatales focalizando en la trama de relaciones producida en torno a ellos y desarrollando un diálogo crítico con aquellos análisis que definían a estas formas de organización como prácticas “clientelares” (Quirós, 2006, 2011; Ferraudi Curto, 2007; Colabella, 2011; Vommaro y Quirós, 2011; Manzano, 2013). El trabajo de Virginia Manzano (2013) ha analizado a los programas estatales como el resultado de relaciones y correlaciones de fuerza, destacando que su creación es producto de aquellos campos de disputa generados a partir de las relaciones entre organizaciones de sectores subalternos y Estado. Desde esta perspectiva, cobra centralidad la atención al modo en que los planes se construyeron en objetos de demanda y fueron distribuidos y apropiados recuperando sentidos históricamente asociados al trabajo asalariado, tales como el mérito, esmero y sacrificio (Manzano, 2013). En otros trabajos se destacó el modo en que las políticas públicas asistenciales implementadas en Argentina después del 2001 se fueron

territorializando de formas variadas, atendiendo específicamente al modo en que las personas experimentaron aquello que definen como parte de “la política” (Ferraudi Curto, 2007; 2013) y explorando el modo en que la politicidad popular se construye trascendiendo aquellas idealizaciones y visiones normativas implícitas en las teorías sobre el clientelismo (Semán y Ferruadi Curto, 2013). La etnografía de Julieta Quirós (2011) propuso descentrar el foco de la atención de la circulación de los recursos estatales, para atender al modo en que las personas producen bienes tangibles e intangibles. Desde esta perspectiva, al invertir esfuerzos en demandar, movilizarse, reclamar o acompañar el pedido de determinados recursos, las personas producen a estos bienes e instauran sus propios sistemas de derecho, en los que los movimientos sociales se tornan “dadores”, antes que intermediarios entre el Estado y las poblaciones. El trabajo de Laura Colabella (2011, 2012) también ha destacado el modo en que las organizaciones de sectores populares se construyen como “dadores” de recursos estatales, resaltando la importancia de reconstruir el modo en que estos intercambios no constituyen estrategias de subsistencia basadas motivadas únicamente por la satisfacción de necesidades básicas. La autora ha resaltado la importancia de atender a las relaciones familiares y vecinales que intervienen en la distribución de recursos, identificando incluso el modo en que el Estado depende de los movimientos para llevar adelante la implementación de sus políticas (Colabella, 2011, 2012).

Los trabajos de Quirós (2011) y Colabella (2011, 2012) se inspiraron de aquellas contribuciones que la antropóloga brasileña Lygia Sigaud (2000) había desarrollado para el estudio de las relaciones entre Estado y movimientos sociales, recuperando los aportes de la obra de Norbert Elías y Marcel Mauss. El trabajo de Sigaud (2000, 2005), centrado la construcción de demandas por la tierra en Brasil abrió una línea de análisis de gran relevancia para pensar en clave antropológica a los movimientos sociales, planteando que entre Estado y movimientos existían relaciones de dependencia recíproca. Estas contribuciones dieron lugar a una serie de trabajos en los que se identificó la existencia de un “lenguaje social” a través del cual se demandaban acciones- como la expropiación de los lotes – estableciendo con agencias estatales vínculos de cooperación (Sigaud, 2005, Ernandez Macedo, 2007; Sigaud, Rosa y Ernandez Macedo, 2008, Rosa, 2009). Se ha remarcado que éstas relaciones de dependencia recíproca mediaban también los vínculos entre militantes de los movimientos y las personas que participaban de las ocupaciones de tierras, dando lugar a la movilización de valorizaciones morales acerca del comportamiento (Rangel Loera, 2009, 2014).

Inspirándonos en estas contribuciones, en este capítulo exploro los modos en que se producen compromisos y expectativas de comportamiento que median las relaciones entre integrantes de las cooperativas y los vínculos que se establecen con vecinos, vecinas e integrantes de las instituciones educativas en las que realizan sus trabajos. Propongo indagar específicamente acerca del modo en que estas expectativas de comportamiento incluyen prácticas y sentimientos relacionados con aquello que podría definirse como parte de la vida “íntima” de las personas y con el modo en que se relacionan con sus casas. Para tal fin, recuperaré una serie de aportes del campo de la antropología de las emociones, que han contribuido a problematizar una serie de dicotomías, tales como las de público/privado, interior/exterior, individual/ social (Rosaldo, 1984; Lutz y White, 1986; Reddy, 1996; Leavitt, 1995). Se recupera especialmente el modo en que estos enfoques antropológicos acerca de las emociones han sido puestos en juego para el análisis de las prácticas de política colectiva. En particular, María Inés Fernández Álvarez (2011, 2017) ha destacado el potencial de estas contribuciones para desplazar de un debate centrado en la racionalidad o irracionalidad de las acciones políticas. Problematizando la mirada de los procesos de organización colectiva como respuestas espontáneas al desempleo, la autora resaltó que la puesta en común de sentimientos y emociones resultó central para articular experiencias y definir acciones conjuntas. Sobre la base de estos aportes, otros trabajos han analizado el modo en que las emociones modelan el procesamiento de conflictos dentro de las organizaciones (Litman, 2017) y resultan centrales en el proceso en que se forman militantes y se construye la pertenencia a un colectivo (Señorans, 2018).

En este capítulo, entonces, se pondrá de relieve el modo en que las expectativas que median las relaciones entre integrantes de las cooperativas y con otros actores vinculados a ellas van más allá de la participación en una serie de actividades predefinidas, tales como las jornadas laborales, reuniones, movilizaciones; involucrando formas de sentir, relaciones de afecto y acciones en torno a las casas. Pondremos especial atención al modo en que la producción cotidiana de estos comportamientos supone una impugnación y un diálogo crítico con aquellos imaginarios morales que circulan en el discurso público dominante en torno a quienes reciben asistencia estatal y a las vidas de los sectores populares en términos más generales. Para organizar este argumento, seguiremos en primer lugar la pista de algunas situaciones acontecidas tras la incorporación de nuevos integrantes a la cooperativa Todos Unidos. Luego recuperaremos la experiencia de la cooperativa Nestornauta y reconstruiremos aquellos sentimientos y reflexiones que se expresaron ante la posible interrupción del vínculo con una de las escuelas en la que realizaban sus trabajos. Pondremos especial atención al

modo en que se vivenciaron los cambios ocurridos a partir del lanzamiento del Hacemos Futuro y la eliminación del Argentina trabaja, considerando específicamente las imágenes morales que gravitaron sobre la presentación de estas transformaciones en la intervención estatal. Por último, reconstruiremos el modo en que la puesta en marcha de formas de organización política requiere la producción de compromisos y relaciones que se proyectan entre las casas y en la circulación de objetos, personas y ayudas entre ellas.

## **Un lugar en la cooperativa**

Esa mañana en que aplaudíamos frente a la casa de Ana para anunciarle el ingreso de su marido al Argentina Trabaja aún no lo sabíamos, pero aquellos serían los últimos cupos distribuidos en el marco del dicho programa. Unos meses después, la implementación del Salario Social Complementario canalizaría buena parte de los ingresos a los programas estatales gestionados a través de las organizaciones sociales.<sup>65</sup> Posteriormente y como desarrollaremos más adelante, el Argentina Trabaja sería discontinuado para ser absorbido junto a otros programas en el Hacemos Futuro, consolidando un proceso a partir del cual las cooperativas perdían peso en la implementación de los programas estatales y se modificaban sustancialmente sus requisitos de permanencia. Todos Unidos tenía por entonces unos once integrantes- seis mujeres y cinco varones- a los que se sumaron las seis nuevas incorporaciones- dos mujeres y cuatro varones. Para Verónica, la posibilidad de incorporar nuevas personas en la cooperativa se vinculaba con su lugar como referente política y gremial. Desde que la conocí a mediados del 2016 hasta que di por terminado el trabajo de campo sobre el que se basa esta tesis, fui testigo de un significativo crecimiento en su lugar como militante, relacionado específicamente con el despliegue de formas de organización gremial en torno al oficio de la venta ambulante en el ferrocarril. Ella venía desarrollando asambleas cada vez más multitudinarias con vendedores ambulantes, multiplicando la cantidad de merenderos y trabajos de refacción de viviendas y

---

<sup>65</sup> El Salario Social Complementario supone un complemento de ingresos para quienes se desempeñan como trabajadores de la economía popular. La implementación de este programa se encontró contemplada a partir de la Ley de Emergencia Social, sancionada en diciembre de 2016 a partir de la demanda de diferentes organizaciones entre las que se encontraron la CTEP, Barrios de Pie y la CCC. Dicha ley preveía también la creación del Consejo de la Economía Popular y un registro de sus trabajadores.

haciéndose presente con una columna cada vez más nutrida en las movilizaciones convocadas por CTEP.<sup>66</sup>

Como ha sido apuntado por Julieta Quirós (2011) y válido para nuestro caso de análisis, sostener proyectos en los barrios y mostrar poder de convocatoria en actos y movilizaciones suelen ser acciones importantes para fortalecer el posicionamiento de referentes políticos barriales. Tomando distancia de aquellas miradas que definían estos procesos como intercambios clientelares de “favores por votos”, los trabajos etnográficos han identificado que en los vínculos entre referentes y vecinos circulaban formas de *hacer* en las que aquellas categorías propuestas por programas estatales- como la de contraprestación- se imbricaban con otras derivadas de las modalidades de organización de los sectores populares: trabajo social, trabajo político, acompañamiento (Vommaro y Quirós, 2011). Distintos trabajos han mostrado que en el contexto de estas formas de distribución de recursos estatales, se producen compromisos y expectativas entre personas, evidenciando que los movimientos sociales suelen ser percibidos como “dadores” directos antes que como “mediadores” entre el Estado y la población (Quirós, 2009; Rangel Loera, 2009; Colabella, 2012). En nuestro análisis, identificamos también que en torno al acceso a recursos estatales se producían compromisos entre personas, que incluían expectativas vinculadas a formas de *participación* y no quedaban reducidas a un intercambio directo de favores. La posibilidad de inscribir a personas como titulares de programas estatales, fortalecía sin dudas el liderazgo de Verónica y, como mostraré a continuación, también suponía una apuesta por promover transformaciones más amplias en las vidas de las personas.

En abril de 2017, cuando Verónica convocó a nuevas personas a su cooperativa, tuvo en cuenta criterios de *merecimiento* y *necesidad* similares a aquellos que han identificado los trabajos sobre movimientos de desocupados (Quirós, 2011; Manzano, 2013). Ponderó tanto cuestiones relativas a las condiciones de vida y privaciones materiales de las personas; como la disposición para *participar* de las modalidades de *organización* y *lucha* que venía llevando adelante. En el caso de José, ambas condiciones se superponían. Por un lado, se trataba de una familia compuesta por 13 integrantes, con gran proporción de hijos e hijas menores de edad. Los ingresos monetarios que de la familia alcanzaban muy difícilmente para pagar alimentos y bienes

---

<sup>66</sup> Como ha señalado Fernández Álvarez (2018), estas modalidades de organización desarrolladas por los y las vendedoras del tren permitieron la configuración de prácticas de cuidado desde las que hacer frente a situaciones potenciales de violencia, construyendo asimismo una demanda de reconocimiento de su actividad por parte de la empresa ferroviaria. Para profundizar en el análisis de estas formas de organización gremial de vendedores ambulantes del ferrocarril, ver Fernández Álvarez 2016b, 2018.

de consumo de primera necesidad.<sup>67</sup> Por otro lado, José era vendedor ambulante en el tren y venía participando del proceso de organización que estaban gestando entre los trabajadores de ese espacio. Verónica esperaba que tanto él como otras personas que ingresaban a la cooperativa se incorporasen en las jornadas de trabajo y en otras actividades que desarrollaban desde la CTEP. Una parte de estas expectativas solían ser explicitadas sin rodeos, como vimos más arriba en el intercambio entre Verónica y Ana. Pero además, y en este aspecto es donde me interesa centrarme, obtener un lugar en la cooperativa comprometía a las personas a llevar adelante una serie de transformaciones subjetivas más íntimas vinculadas a las formas de sentir, al modo en que se establecían los vínculos familiares, y a las condiciones materiales de sus casas. Es decir, lo que Verónica esperaba de aquellas personas que se incorporaban a la cooperativa, no quedaba reducido a la realización concreta de acciones como trabajar, movilizar, participar de reuniones.

Unos meses después de que José se incorporase a la cooperativa, asistimos a una jornada de trabajo en su casa. La cooperativa dedicó varias jornadas a realizar el revoque de la casa, que tenía ladrillos a la vista. Era pleno invierno y durante esa jornada de trabajo Ana estuvo presente, cebando mate y comentando cuánto menos se sentiría el frío al interior de la vivienda luego de las refacciones que estaban realizando. También nos mostró con entusiasmo una cocina que, recién comprada, iría a reemplazar a la vieja que estaba oxidada, con la puerta rota y a la cual solo le funcionaban algunas de las hornallas. Valentina, que se había incorporado a la cooperativa al mismo tiempo que José, le echó un vistazo a la vieja cocina y comentó que la suya estaba aún más rota. Ana le preguntó si quería llevarse la de ella. Valentina y Eduardo, su marido, también un integrante nuevo de la cooperativa, aceptaron enseguida y se pusieron a idear mecanismos para poder llevarla en el transporte público. Ambos eran vendedores del tren y vivían a unas 30 cuadras de las casas de Verónica y de Ana, en otro barrio de Pilar. Ese día, Valentina sacó de su mochila un conjunto de papeles y empezó a explicarme en qué consistía de cada uno. En una hoja blanca tamaño A4 había impreso una foto de su casa actual. Se trataba de una casilla con paredes de madera, techo de chapa y una fina capa de cemento en el piso. A continuación me mostró una certificación de domicilio realizada en el registro civil, los últimos movimientos de la tarjeta con la que cobraba la AUH y el presupuesto de un corralón. Eran todos los papeles que la ANSES

---

<sup>67</sup> En ese momento, Ana percibía la Asignación Universal, y recibía un ingreso para la compra de leche y alimentos por el Plan Nacional de Seguridad Alimentaria y el Plan Más Vida. Cabe aclarar que la AUH prevé un máximo de cinco asignaciones por familia. Fuente: <https://www.argentina.gob.ar/tramitar-la-asignacion-universal-por-hijo-auh> Si bien Ana estaba en condiciones de tramitar la pensión por madre de siete hijos no se encontraba cobrando dicha pensión cuando José ingresó a la cooperativa.



le solicitaba para poder tramitar un crédito destinado específicamente a la compra de materiales de construcción para realizar mejoras en el hogar.<sup>68</sup> Había calculado una cuota mensual que giraría en torno a los 400 pesos; una suma que le parecía posible de pagar, según me explicó mientras calculaba el tiempo que tardaban, ella y su marido, en reunir esa cantidad de dinero a partir de la venta ambulante. Todavía le quedaba un largo camino burocrático por recorrer para poder acceder finalmente al crédito, pero Valentina ya imaginaba la posibilidad de habitar una casa de material y comunicaba la noticia con entusiasmo, mientras daba precisiones acerca de las informaciones que había obtenido en ANSES a otras personas allí presentes que podían estar interesadas.

En ese momento, recordé que un mes atrás, cuando hacía poco tiempo que ella se había sumado a la cooperativa, me la había encontrado en el tren. Se encontraba trabajando junto a su marido. Ellos llevaban consigo cajas de golosinas para vender; yo emprendía mi regreso a casa luego de una jornada de formación en la casa de Verónica. Nos habíamos despedido hacía un rato nomás, pero volvimos a saludarnos. Valentina se acercó a hablarme especialmente. Me dijo que quería hacerme una pregunta, que tal vez yo “que venía de capital” podía tener alguna información sobre dónde podía pedir algún tipo de ayuda o subsidio para mejorar su casa. Me dijo que estaba cansada de vivir en las condiciones en las que vivía, que quería ver si ahora que “tenían la cooperativa”, podía modificar su vivienda: “Hace 18 años que vivimos en una casilla y creo que ya sería hora de progresar”. Me comentó que recordaba que hacía un tiempo, una tía de ella había “ido a capital” y había logrado que le otorguen una ayuda monetaria con la cual había amueblado su casa, pese a que, según su opinión, no se encontraba en una situación de verdadera necesidad. Su pregunta me tomó por sorpresa, comencé por responderle que no tenía un conocimiento muy profundo de los créditos y subsidios que había disponibles para compra de materiales, aunque había escuchado algo acerca de que ANSES estaba lanzando una línea de créditos y que tal vez se ajustaba a lo que necesitaban. Le deseé suerte con sus averiguaciones y le dije que si lograba acceder a alguna otra información, se la comunicaría.

Tanto para Valentina y Eduardo como para Ana y José, la cooperativa brindaba un aporte económico sustancial desde el cual era posible proyectar determinados gastos, invertir en materiales o en una cocina nueva. Pero no era sólo el ingreso monetario lo

---

<sup>68</sup> Esta línea de créditos fue lanzada en junio de 2017 a través de ANSES y dirigida a grupos familiares que cuenten con ingresos mensuales inferiores a la suma de tres salarios mínimos. El programa que otorgó estos créditos se llamó “Mejor Hogar” y constituyó una línea de intervención dentro del ya existente “ProcreAr”. Este subprograma permitía la compra de materiales de construcción destinados a realizar mejoras en la vivienda, tales como cemento, arena, ladrillos, maderas, chapas, pintura, artículos de electricidad, plomería y sanitarios. Fuente: <https://www.argentina.gob.ar/interior/mejorhogar> Fecha de consulta: 8 de abril de 2019.

que las impulsaba a iniciar reformas en sus hogares. Contar con la posibilidad de que los trabajos de albañilería y construcción sean llevados adelante junto a integrantes de la cooperativa permitía imaginar como posibles estas mejoras habitacionales. André Dumans Guedes (2017) analizó modalidades de construcción de casas en barrios populares de Brasil y prestó especial atención al modo en que las personas se sienten *animadas* a llevar adelante reformas en los momentos en que sus vecinos están realizando obras. Según el autor, a la hora de emprender reformas en sus viviendas, las personas se ven impulsadas por procesos de circulación de dinero y objetos que acontecen en sus barrios; al tiempo que se interesan por “no quedar atrás” si quienes viven en las cercanías están mejorando sus viviendas. El acceso a materiales sobrantes, la compra por poco dinero de electrodomésticos y muebles que otros dejan en desuso y la posibilidad de pedir prestadas máquinas o herramientas a otras personas, son algunos de los procesos que identifica el autor, para afirmar que los momentos de “boom inmobiliario” poseen la potencialidad de abrir una ventana de oportunidades para llevar adelante objetivos que venían siendo postergados (2017: 418).

En nuestro caso de análisis, estos procesos de *animarse* mutuamente a reformar las casas se daban entre integrantes de las cooperativas. Trabajar en la casa de los otros, ofrecía a las personas un contacto directo con las distintas etapas necesarias para la construcción de las viviendas otorgando una imagen palpable de los posibles resultados. Como Verónica alguna vez reflexionó conmigo, ver cómo iban quedando las casas de los y las compañeras de las cooperativas, activaba con más fuerzas los planes de llevar adelante estas reformas. Estos procesos de construcción de viviendas eran posibles en algunos casos gracias a la articulación de distintas formas de ayuda estatal que proveían los recursos necesarios. Líneas de intervención que las políticas plantean como separadas- por un lado, un ingreso monetario en el marco de un programa de “inclusión social” con trabajo, por otro las líneas de créditos para mejoras de viviendas- eran articuladas a partir de las prácticas colectivas de mis interlocutores. Mediante el trabajo *inventado* por las cooperativas, unían las formas a veces segmentadas en que el Estado los interpelaba y en esa unión, completaban aquello que los programas dejaban irresuelto. Es decir, la línea de créditos de ANSES sólo cubría la posibilidad de comprar materiales, sin intervenir sobre los modos en que esas compras de cal, cemento, arena ladrillos iban a transformarse en viviendas o en mejoras sobre espacios ya existentes. De un modo similar, el Argentina Trabaja proponía para ese entonces que las personas participen de jornadas de trabajo durante una cantidad de horas diarias, pero muchas veces los materiales necesarios tardaban en llegar o directamente no eran proporcionados, una complicación que se agudizó con la asunción del gobierno de

Macri. Así, lo que dos programas diferentes tenían de incompleto, era complementado a través de la acción de sus titulares.

Las reformas en las casas, como me había dicho Valentina en ese encuentro casual en el tren, constituían para las personas formas significativas de “progreso”. Verónica se solía referir a estas transformaciones en las casas como parte de los cambios positivos que el ingreso a la cooperativa traía en las personas. Al hablar de estas cuestiones, no se refería sólo a cómo se remodelaban los espacios materiales, sino que hacía también especial mención a las personas y sus hábitos de vida. Imaginar estas transformaciones como posibles suponía llevar adelante hábitos específicos de consumo y ahorro. Muchas veces implicaba guardar una parte de lo percibido en los programas estatales para comprar materiales. En diversas oportunidades la escuché a Verónica hacer recomendaciones en esta línea, insistir en que no gasten todo el dinero que recibían, que guarden una parte, un poco cada mes y que enseguida, compren una cantidad aunque sea pequeña de materiales.<sup>69</sup> En el acto de comprar las primeras bolsas de cemento, Verónica veía materializado un cambio en las vidas de las personas, su *compromiso* por una mejora en sus condiciones de existencia que era también una forma de afianzar el compromiso con las modalidades de organización que llevaban adelante en la cooperativa. Parecía ser que al embarcarse en transformar sus viviendas, las personas impulsaban cambios en sus formas de vivir, que eran asimismo formas de contribuir a la construcción política de la cooperativa.

Una mañana de agosto de 2016, algunos días después de la masiva movilización de Liniers a Plaza de mayo de la que habíamos participado junto a la cooperativa, conversábamos tomando unos mates en la casa de Verónica.<sup>70</sup> Pedro, uno de los integrantes más antiguos de la cooperativa, contó que había comprado unos 200 ladrillos. Verónica y su marido lo felicitaron y ella calculó que con eso ya podría levantar la primer pared de su vivienda. Le aconsejó que utilice la primera pieza como habitación

---

<sup>69</sup> La práctica del “ahorro” ha sido un interesante eje de análisis en aquellos estudios que interrogaron las modalidades de uso del dinero en sectores populares (Figueiro, 2013; Roig, 2015; Wilkis y Hornes 2017). Particularmente algunos trabajos registraron que pese a las desigualdades de clase que existen en torno al acceso a las posibilidades de ahorrar, esta práctica suele hacerse presente entre sectores populares bajo formas no monetarias, como acumular objetos que puedan ser vendidos eventualmente o comprar materiales de construcción para ser utilizados más adelante (Figueiro, 2010; Roig, 2015)

<sup>70</sup> El 7 de agosto de 2016 un conjunto de organizaciones sociales entre las que se encontraron la CTEP, la CCC y Barrios de Pie, llevaron adelante una masiva movilización en la que recorrieron los 13 km que separaban a una basílica ubicada en el barrio porteño de Liniers y la Plaza de Mayo. El lugar elegido para iniciar la peregrinación, así como la fecha en la que se realizó la movilización se encuentran asociadas a la figura religiosa de San Cayetano, patrono del pan y el trabajo. Esta movilización llevó como consigna “Paz, pan y trabajo: tierra, techo y trabajo” y se repitió los 7 de agosto de los años que siguieron.

para dormir, evitando así el frío de la noche. La cocina podía seguir siendo en principio una construcción de madera y chapa. Recordó que así había sido su propio proceso de construcción, que ya tener una pieza de material le había cambiado significativamente las condiciones de vida. La conversación siguió discurriendo sobre cuestiones que recordábamos de la movilización del pasado 7 de agosto. Pedro contó que él había ido más temprano a vender estampitas de San Cayetano, las cuales había comprado al por mayor y ofrecía “a voluntad” junto a una espiga de trigo. El marido de Verónica le preguntó cómo le fue con la venta. Pedro hizo una pequeña pausa y mientras sonreía, respondió: “Bien, ahí están mis doscientos ladrillos”. Sus palabras despertaron aún más felicitaciones y festejos. La compra de materiales de construcción solía ser tópicos de conversación en reuniones y charlas informales. Por un lado, porque a partir de la disponibilidad de estos elementos era que se iba organizando el cronograma de trabajos a seguir. Además, la posibilidad de comprarlos era festejada como un paso importante para el “progreso” de las personas. Quienes ya habían llevado adelante reformas en sus casas brindaban información acerca de precios y lugares donde comprar; ayudaban a calcular la cantidad necesaria de materiales.

Verónica solía decir que el involucramiento en formas diversas de organización traía aparejado mejoras significativas en las vidas de las personas, una relación que ella solía confirmar ejemplificando con su propia trayectoria. Decía que a ella la militancia le había cambiado la vida, porque le había permitido “entender” muchas cosas y relacionarse mejor con su marido y sus hijos e hijas. Ella solía remarcar con frecuencia una serie de transformaciones en los hábitos, en las formas de estar, de sentir y de construir vínculos familiares y entre vecinos que ella incluía como parte de lo que la cooperativa “construía” y que no constituían fenómenos separados de la construcción de mejoras en los espacios materiales. Cuando un año después de su incorporación en la cooperativa, Valentina le contaba que estaba pasando un mal momento, porque se había peleado con sus hijas y ellas habían decidido irse a vivir a la casa de su hermana mayor, Verónica le aconsejó que tenga paciencia e intente “mostrarle a sus hijas que estaba queriendo cambiar”. Para darle ánimo, subrayó que si transformaba su vivienda, si sus hijas veían que ella estaba “queriendo progresar”, seguramente de a poco podría mejorar la relación que tenían con ella. Así, las formas de organización puestas en marcha por la cooperativa, conectaban a la transformación de espacios materiales de vivienda, con la voluntad de mejorar también relaciones familiares, hábitos y comportamientos en el día a día. No sólo se resolvían cuestiones relativas a las necesidades habitacionales, alimenticias y otras condiciones básicas de la vida. La proyección que sostenía Verónica

se dirigía también hacia las formas en que sus compañeros y compañeras organizaban sus vínculos familiares, habitaban sus casas y desarrollaban sus rutinas cotidianas.

El desarrollo de huertas en las casas constituye otro ejemplo que ilustra esta relación entre los proyectos de la cooperativa y las prácticas de las personas en sus viviendas. Durante algunas jornadas de trabajo, en momentos específicos de la temporada, quienes formaban Todos Unidos se dedicaban colectivamente a remover la tierra, sembrar y/o cosechar los productos de estación en las casas de algunos de los integrantes de la cooperativa. Estos alimentos solían repartirse o consumirse en los almuerzos de la jornada de trabajo. El desarrollo de las huertas, dependía de que él o la dueña de casa realice un mantenimiento diario del estado de los plantines, quitando yuyos, regando, revisando que no se encuentren afectadas por pestes. Si bien una parte importante del trabajo se realizaba de forma colectiva, para que éste labor dé sus frutos, eran fundamentales otras tareas más minúsculas y cotidianas. La realización de estas tareas solía extenderse más allá de aquella persona que era beneficiaria del programa o integrante de la cooperativa para implicar también a los integrantes de su grupo familiar. En el 2017, una de las huertas tuvo lugar en la casa de Ana y José. En una reunión de formación, José comentó que el mantenimiento diario de la huerta lo estaba realizando una de sus hijas, de unos 12 años de edad. Ella se encargaba de revisar que no crezcan yuyos, y regarla todos los días. A cambio, los padres le daban una mínima compensación monetaria que ella gastaba en el kiosco de la esquina. Verónica dijo que estaba muy bueno, porque era una forma de construir un aprendizaje que “le estaban dejando” a sus hijos/as. En una oportunidad, me pidió que la ayudase a contactar “gente del INTA”, para poder acceder a semillas y otros recursos que proveía el programa Pro Huerta. Cuando finalmente pactamos una reunión con un técnico de este instituto, y nos encontramos en un bar de Pilar, el técnico nos preguntó cómo habían comenzado con el proyecto de la huerta. Para mi sorpresa, la primer respuesta de Verónica no hizo mención a los diversos proyectos que llevaban adelante con la cooperativa. Tampoco se refirió a la conexión entre el Movimiento Evita y el Movimiento Campesino de Santiago del Estero, articulación que la había llevado a participar de un proceso de ocupación de tierras en el interior del país y que le había ofrecido posibilidades de viajar a otras provincias e incluso a Brasil. Verónica, comenzó hablando de sus raíces familiares: “Mi padre era italiano. Y en casa, siempre hubo huerta, en cualquier pedacito de tierra que teníamos hacíamos nuestra huerta”. Agregó que el padre le había enseñado qué plantar en cada época y que le había indicado como guiarse según la luna, un conocimiento que el técnico del INTA celebró con gusto. Verónica sacó su celular y comenzó a mostrar fotos de sus hermanas posando frente a calabazas que

duplicaban el tamaño de sus caras y se detuvo en una foto en la que una de ellas, que no poseía tierra en su casa, había hecho plantines en caños de PVC que colgaban de las paredes. Luego de esta introducción, sí se dedicó a enumerar los proyectos de la cooperativa y su participación en el Movimiento Evita y la CTEP. Señaló que lo hacían “por cuestiones de bolsillo, para comer mejor y gastar menos” y que además solían invertir tiempo en esas tareas cuando no tenían materiales para dedicarse a otras obras.

Hilando esta conversación con la valorización positiva que ella había hecho de la participación de la hija de Ana y José en el cuidado de la huerta, es posible afirmar que este proyecto, poseía además de una importancia en la provisión de alimentos, una centralidad como práctica formativa. Las huertas no producían sólo verduras, promovían un tipo especial de involucramiento, reclamaban de las personas una atención cotidiana y un compromiso para su cuidado que era especialmente valorado por Verónica. En marzo de 2018, le pregunté a Verónica si ese año continuarían con las huertas. En un nuevo contexto signado por el lanzamiento del programa Hacemos Futuro y por la reconversión de los requisitos de titularidad, los esfuerzos de la cooperativa se concentraban en sostener los trabajos de construcción y refacción de viviendas. Ya que tenían que cumplir con una cantidad de horas mensuales de capacitación y con la terminalidad de los estudios formales primarios o secundarios, el tiempo para realizar trabajos en la cooperativa era limitado. Verónica me respondió que se estaban centrando en las tareas de construcción y reformas que realizaban en las viviendas, aunque en varias casas, las huertas seguían funcionando gracias a que las familias habían incorporado los proyectos a su vida cotidiana. Resaltó que en definitiva esa era la intención más importante de haber comenzado con las huertas: “que las familias incorporen la práctica”.

Así, Verónica esperaba de sus compañeros y compañeras, no sólo que participaran de una serie de actividades que ponían en marcha desde la cooperativa, sino también que desarrollen determinadas prácticas en las casas. Reformar las viviendas o encargarse del mantenimiento de las huertas constituían acciones que interpelaban a otros miembros de la familia, abarcando incluso la posibilidad de “dejar enseñanzas” a los hijos, aspecto sobre el cual nos detendremos con mayor detalle en el siguiente capítulo. Algunas de estas prácticas se desarrollaban fuera de la jornada laboral e implícitamente, formaban parte de los *compromisos* esperados. En una oportunidad, varios integrantes de la cooperativa me contaron que estaban enojados con Mirta, otra integrante en cuya casa habían desarrollado una de las huertas, porque cuando volvieron a verla luego de un tiempo, la encontraron en un estado de gran deterioro, del cual se dejaba entrever que ella no había cumplido con el mantenimiento adecuado. Al enojarse con Mirta, sus

compañeros expusieron que no tenía sentido montar la huerta en su casa si ella no iba a comprometerse a su cuidado. Verónica remarcó que se trataba de algo que se hacía “un poquito cada día”, que no era mucho trabajo sino solamente estar atenta a como están las plantas cuando se salía a tomar mate al sol o a tender la ropa. Decidieron darle un plazo de algunas semanas para que ella pensara si quería que el proyecto continuara en su casa, asumiendo el compromiso que implicaba, o si creía mejor discontinuarlo. El estado deteriorado en el que encontraron la huerta de Mirta, la dejó en una situación condicional. El pacto fue que “irían viendo” como seguía y que sólo continuarían con el proyecto si ella demostraba interés y mejoraba el estado de la huerta. El enojo ponía en evidencia el carácter difuso de la separación entre aquello que era considerado el trabajo de la cooperativa, y lo que las personas hacían fuera de ella, sus formas de organización familiar y cuidado de los espacios domésticos.

Tal como ha señalado Rangel Loera (2009) situaciones como ésta, en las que los compromisos son incumplidos, resultan de especial interés para comprender el alcance de aquellos trabajos políticos pedagógicos que llevan adelante militantes de movimientos sociales. La autora ha registrado que el cumplimiento de una serie de reglas- “la disciplina”- constituye una parte central de aquellas relaciones de intercambio y compromisos recíprocos establecidos entre las personas que participan de estas modalidades de organización. Estas reglas traen consigo evaluaciones morales, desde las que se diferencia entre “buenos y malos elementos”. El análisis de la autora revela que este carácter disciplinario de los procesos de organización desplegados por movimientos sociales se inscribe en el contexto de relaciones que ellos establecen con agencias estatales y resulta central para la reproducción de estas formas de organización.

En nuestro caso de análisis, existía también una evaluación moral de los comportamientos que se relacionaba con aquellos compromisos asumidos entre personas específicas y poseía la importancia de permitir la reproducción de estas formas de organización. Si las personas no compraban materiales, no prestaban un pedazo de tierra, no cuidaban la huerta; las posibilidades de construir un trabajo *productivo* o *útil* en los términos en que analizamos en el capítulo 1, eran puesta en riesgo. Pero, además, si atendemos a las constantes reflexiones de Verónica, podemos encontrar que si bien su construcción política poseía un carácter moralizante de mostrar cuáles eran las mejores prácticas, de aconsejar, felicitar y alegrarse por los “progresos” de las personas; estas prácticas también eran significadas como formas de “ayudar” y contribuir a que las personas mejoren sus vidas.

Una de estas nuevas incorporaciones a la cooperativa trajo aparejada algunas tensiones que fueron particularmente ilustrativas en este aspecto. Entre quienes habían ingresado a la cooperativa al mismo tiempo que José, Valentina y Eduardo; Verónica había convocado también a Claudia, a quien conocía “de toda la vida” porque trabajaba como vendedora en el ferrocarril. Claudia tenía tres hijos y pocos ingresos para mantenerlos. Verónica la había sumado a la cooperativa, evaluando que necesitaba el ingreso monetario provisto por el Argentina Trabaja y esperando también que su participación en la cooperativa trajera aparejadas mejoras en su vida. Esperaba especialmente que su participación en un espacio colectivo le ayudase a “organizar” sus horarios y llevar adelante una mejor vida. Pero al pasar algunos meses, me expresó sentir una gran “frustración”. Claudia no paraba de “traer problemas”. Sus ausencias se acumulaban muchas veces sin aviso y cuando asistía a las jornadas de trabajo, lo hacía exhibiendo una actitud que incomodaba y molestaba al resto. Muchas veces llegaba “amanecida”, como solía decir Verónica dando a entender que no había dormido. La mayoría desaprobaba en ella una serie de comportamientos que iban más allá de su trabajo en la cooperativa. Ponían de relieve cuestiones relacionadas al modo en que cuidaba a sus hijos, los horarios que organizaban su vida. Cuando pasaban las primeras horas de la mañana y alguno o alguna de las integrantes de la cooperativa sentenciaba que seguramente, iba a estar ausente del trabajo una vez más, los veía fruncir levemente los labios y bambolear al cabeza de izquierda a derecha mientras agregaban algún comentario irónico u observando la situación con desánimo.

Tuve la oportunidad de conversar específicamente sobre esta situación cuando, en ocasión de un viaje, estuvimos a solas con Verónica. Estábamos sentadas al sol, esperando el comienzo de un taller al que asistiríamos en el marco del VI Encuentro Internacional de “La economía de los trabajadores”.<sup>71</sup> En ese momento, durante una pausa después del almuerzo, aproveché para preguntarle cómo venían las cosas en la cooperativa. Quizás por estar en una ciudad ubicada a unos 500 km del escenario donde tenían lugar todas las actividades de la cooperativa, ese día Verónica no se detuvo a contarme los innumerables proyectos que estaban gestando en ese momento. No me habló de los materiales que había conseguido o de cómo llevarían adelante rifas y otras actividades para proveerse de la mercadería que faltaban en el merendero. Su comentario se dirigió hacia las personas y me habló puntualmente de la situación de

---

<sup>71</sup> Los encuentros internacionales de “La economía de los trabajadores y trabajadoras” se realizan cada dos años desde el año 2007 y suponen un espacio de debate entre trabajadores y trabajadoras, militantes, intelectuales y académicos sobre asuntos referidos a la autogestión y otras experiencias de lucha desarrolladas por trabajadores. El sexto encuentro tuvo lugar en el año 2017 en una fábrica recuperada ubicada en la ciudad de Pigüé, Provincia de Buenos Aires.



Claudia. “Es una gran frustración lo que yo siento”, me dijo apretando los labios con gesto de preocupación. Percibí gravedad en sus palabras, como si estuviera expresando finalmente algo que ya venía preocupándola desde hacía un tiempo. Su tono contrastaba notablemente con el entusiasmo y alegría con el que habitualmente me transmitía los proyectos que llevaban adelante. El intercambio me hizo percibir que una parte de su proyección política se dirigía a promover modificaciones en asuntos que a priori podrían pensarse como parte de las vidas “personales” de sus integrantes. Ella vivenciaba “las faltas” de Claudia, casi como propias. Parecía ser que el hecho de que su compañera no se ajuste a los comportamientos que ella esperaba, constituía un problema que competía tanto a la vida “personal” de Claudia, como al modo en que “andaban las cosas” en la cooperativa constituyendo una especie de fracaso personal.

Estos sentimientos de frustración y de bronca brindan interesantes pistas para analizar la forma en que se construyen compromisos y expectativas de comportamiento entre integrantes de la cooperativa. A partir de la década de 1980 se han generado una serie de trabajos antropológicos que han procurado contribuir a las indagaciones sobre la emoción, procurando trascender miradas “robóticas” de los seres humanos, que los interpelaban como “mecánicos procesadores de información”, para interrogar, a través de ellas, qué es lo que está en juego para la gente en la vida cotidiana (Lutz y White, 1986). El análisis antropológico de las emociones evidenció que los afectos no son más privados ni menos culturales que las creencias; proponiendo abordar cómo las personas viven y sienten el mundo, sin dar por sentado tales dicotomías; ni imponer categorías emocionales definidas de antemano (Rosaldo, 1984). Así, el enojo que mis interlocutores expresaban al ver la huerta deteriorada en la casa de Mirta, ponía en evidencia el modo en que las expectativas de comportamiento incluían prácticas desarrolladas en las casas. La frustración de Verónica por la situación de Claudia, también condensaba cuestiones importantes acerca de la producción de compromisos en este espacio. En vez de enumerarme todo aquello que Claudia había incumplido, Verónica me había hablado de este tema dándole prioridad a sus propios sentimientos de frustración. Parecía ser que no se trataba exclusivamente de “un problema de Claudia”, quien carecía de cualidades suficientes para incorporarse al colectivo como esperaban, sino que constituía también y en parte una falta de la propia Verónica. Al decir de Sara Ahmed (2015), la frustración de Verónica no le pertenecía a ella, no era su propiedad; sino que más bien era a través de ella que se moldeaban los límites entre el “yo” y el “nosotros”. Su frustración me hablaba de cómo Verónica se implicaba en las relaciones establecidas en la cooperativa, de lo que ella esperaba. Sintiendo así, y compartiéndomelo en un momento en el que estábamos a solas, ella reivindicaba

especialmente el lugar que proyectaba para la cooperativa en las vidas de las personas. Si el incumplimiento de estos compromisos era vivenciado en términos emotivos- con enojo o frustración- existía al mismo tiempo una dimensión emotiva en aquello que Verónica esperaba de las personas, en aquello que pugnaba por construir. Como veremos en el siguiente apartado, las “jornadas de formación” que se llevaron adelante durante el año 2017 constituyeron oportunidades en las que este emocional que permeaba los comportamientos esperados, se tornó particularmente explícita.

## **Prácticas formativas y producción de comportamientos**

Durante el mismo periodo que se incorporaron las y los nuevos integrantes a la cooperativa, Verónica me convocó a colaborar en la coordinación de un ciclo de formación que tuvo lugar en su casa. En un primer WhatsApp, me pidió que la ayude a buscar material histórico “desde el origen de la sociedad para llegar a entender el conflicto social, político y económico actual”. Algunos días después nos reunimos en la sala de su casa, me comentó que tenía intención de que estos “encuentros de formación” sirvieran para que los integrantes de su cooperativa tuvieran más información y elementos para participar en discusiones y debates sobre la actualidad política. Un objetivo que ella sintetizaba como “hablarle al vecino”. Me dijo que era importante que pudiéramos incluir material audiovisual para motorizar los debates porque sabía que en general sus compañeros y compañeras no estaban acostumbrados a leer, aunque también propuso que entreguemos un texto corto que sistematice los contenidos de cada encuentro, para que quedara como material de consulta. Resolvimos que el eje de los talleres serían los modelos de desarrollo económico y que comenzaríamos por analizar el desarrollo de las medidas neoliberales que fueron implementadas en Argentina durante la última dictadura cívico militar y en la década de 1990. La intención era abrir la reflexión y el debate en torno a los impactos que este tipo de medidas tenían en las vidas de las personas. La idea era partir de procesos que eran más cercanos a las trayectorias de los y las integrantes de la cooperativa que tenían un promedio de edad cercano a los 35 años; para desde allí reflexionar acerca de cómo se había llegado a tales situaciones. Verónica dijo que el ciclo de formación podía bautizarse “No cambiemos futuro por pasado”, haciendo un juego de palabras con una declaración que accidentalmente la entonces gobernadora de la provincia de Buenos Aires había hecho durante su discurso de celebración por su triunfo electoral.<sup>72</sup> Mientras estábamos

---

<sup>72</sup> En octubre de 2015, en ocasión de los festejos luego de haber sido electa como gobernadora, María Eugenia Vidal celebró diciendo “Cambiamos futuro por pasado”, para corregir

planificando las actividades, un cuñado de ella se acercó a saludar y nos preguntó en qué andábamos. Verónica le explicó acerca de las jornadas de formación que quería llevar adelante con la cooperativa y remarcó que la idea de los talleres no era únicamente “explicar la historia”, sino “meternos a nosotros mismos en ella”.

Una semana después, el primer encuentro del ciclo de formación tuvo lugar en la casa de Verónica. Al llegar, encontré a todos los integrantes de la cooperativa reunidos en un círculo frente al televisor. Algunos habían venido acompañados por sus hijos y Verónica invitó también a los suyos. Me pidió si podía comenzar introduciendo los contenidos de las jornadas de formación. A medida que hablaba, Verónica acompañaba mi exposición haciendo comentarios y acotaciones. En varias oportunidades observé que sus intervenciones se dirigían muchas veces a convertir mis reconstrucciones sobre las políticas económicas y los contenidos del documental que íbamos a ver, en un relato más cargado de componentes emotivos que retomaban aspectos de su trayectoria. En esa y otras jornadas de formación de las que participé, percibí que Verónica promovía que los demás hicieran lo mismo y destacaba la importancia de poder conectar los modelos económicos con las historias personales. Comenzamos el taller analizando unas imágenes de distintas formas de trabajo que podían definirse como parte de la economía popular. Yo había seleccionado las fotografías a partir de lo que había conversado con Verónica en los días previos. Al analizar las distintas imágenes, varios integrantes de la cooperativa dijeron que eran formas de “rebuscársela” y remarcaron que “el hambre de los hijos” era una de las motivaciones que llevaba a las personas a generar formas alternativas de ganarse el sustento, aun cuando sea bajo condiciones hostiles. -Si un hijo te pide pan o leche, vos vas a hacer lo imposible- dijo Mirta -No siempre es así!- retrucó Abel, otro integrante de la cooperativa- Yo tengo un vecino que cuando su hijo le decía “Papi quiero leche, él le respondía gritando: y yo quiero vino!!”

Las palabras de Abel expresaban indignación por las prácticas de su vecino. Verónica no tardó en intervenir con su opinión: “Bueno, pero eso hay que fijarse por qué se llega a esa situación. Porque por ejemplo, desde mi experiencia, a mí me paso. Nosotros cuando yo era chica vivíamos en la villa, pero éramos la familia bien de la villa. Mi papá era colectivero y a nosotros nos iba bien, no nos faltaba nada. Hasta que mi papá, con el neoliberalismo, se quedó sin trabajo, empezaron a flexibilizar en su empresa y se quedaron sin trabajo muchas personas. Mi

---

inmediatamente su error, que fue remarcado con ironía como un “acto fallido” por diferentes grupos de la oposición a Cambiemos.

viejo por más que buscaba no encontraba nada de trabajo. Y ahí él empezó a tomar, porque no estaba acostumbrado a estar sin trabajar, tomaba vino, no sabía qué hacer. Entonces eso que vos decís, tal vez fue mi familia en algún momento”

Verónica pronunció esas palabras con velocidad, utilizando un tono convincente, con una vehemencia que me hizo acordar al modo en que meses atrás, durante un viaje en tren que compartimos rumbo a una reunión en Capital, le había respondido a otro pasajero que había dicho que quienes participaban de movilizaciones eran “llevados como vacas”. Había algo cercano a la indignación en su forma de hablar, que no parecía directamente dirigida a Abel, sino a una reflexión más generalizada en torno a las formas en que las experiencias de desempleo y desigualdad eran leídas y pensadas.

Este tipo de intervenciones que vinculaban procesos históricos con experiencias personales, fueron repetidas de forma recurrente a lo largo de los encuentros de formación y solían despertar un ambiente de atención y escucha significativo. Cada vez que alguien reconstruía su propia experiencia o contaba algo de su vida, el clima de la reunión se tornaba más concentrado, como si hubiera allí algo de una relevancia diferente con respecto a otros intercambios más centrados en procesos históricos y económicos. Ella estaba atenta a los comentarios que algunas personas hacían por lo bajo e invitaba a que pierdan la vergüenza y lo compartan en voz más alta. Tanto Verónica como su marido habían participado de una serie de instancias formativas previas debido a su participación más activa en el Movimiento Evita y la CTEP y sus formas de hablar, su soltura para exponer opiniones y conectar asuntos diversos constataba con la timidez e introspección de los otros. En varias oportunidades, ponía en práctica dispositivos para que nadie quedase en silencio, haciendo circular una lapicera que emulaba un micrófono y pidiendo que dieran su opinión sobre una pregunta concreta: qué les había parecido el documental que habíamos visto, qué temáticas eran de su interés para tratar en futuros encuentros. Cuando alguien que no disimulaba su dificultad para expresar opiniones, las vencía y se animaba a exponer sus ideas, Verónica felicitaba y ponía en valor esta participación. Al terminar el primer taller, Verónica me dio un abrazo, me agradeció efusivamente la ayuda y me comentó que para ella era muy importante compartir sus experiencias de vida en estos talleres porque “no había nada mejor que hablar desde el propio ejemplo”. La comunicación emotiva de experiencias de vida resultaba así un aspecto de relevancia en estos talleres formativos que parecían dirigirse no solamente a la exposición de informaciones acerca de cambios históricos y políticos.

Analizando momentos de formación y socialización desarrolladas por un espacio de mujeres dentro de un movimiento de desocupados, Cecilia Espinosa (2016) subrayó que la práctica misma de hablar era valorada como una técnica corporal que podía ser cultivada. Pero, la autora advirtió, no se trataba de un expresarse libremente, ya que existía “una poética disponible como ejemplo” (2016: 288). Estas contribuciones son válidas para nuestro análisis. Retomando experiencias de vida, Verónica pretendía tanto afianzar los conocimientos de las temáticas abordadas, como problematizar ciertas formas de sentir y mirar a los y las otras, tomando distancia de aquellos análisis que tendían a culpabilizar a las personas por su propia situación. Era haciendo referencia a lo que había pasado en su familia durante la década de 1990 que el neoliberalismo dejaba de ser un conjunto de medidas económicas o decisiones políticas para ser también, un proceso que era vivido y sentido en las familias, las casas, las vidas de las personas. La apuesta por “meternos en la historia”, apuntaba a que cada uno de los presentes rememore emotivamente su trayectoria y se ponga en contacto de un modo vivencial con los contenidos de la jornada de formación. Era esta forma de hablar la que se esperaba; procurando una mirada crítica hacia otros discursos definidos en términos de “juzgar” y “criticar” las vidas ajenas, sin ponerlos en perspectiva:

-Porque tal vez en el barrio se dicen muchas cosas. Por ejemplo, acá me vienen a decir, tal mujer se anda prostituyendo. Y lo chusmean así. Y es mejor preguntarse “¿Por qué será que se prostituye?” Pero tal vez lo hace para darle de comer a sus hijos, porque no tiene otra opción. O tal vez critican: “Esta tiene a los hijos todo el día solos, no les da de comer, están sucios”. Y en vez de ayudar, critican, critican, y tal vez la mujer sale todo el día a trabajar para lograr por lo menos que coman una vez al día- dijo en uno de estos intercambios.

-Sí, a mí me pasó, que yo me quedé sola con los dos chicos chiquitos y tuve que salir a trabajar de noche. Me iba a las 6 de la tarde y volvía a las 6 de la mañana. ¿Y qué hacían los vecinos? Criticaban. En vez de ayudar decían "esta deja a los chicos solos todo el día". Cuando yo en realidad me iba para poder darles de comer. Y sí, los chicos me terminaron dejando la escuela, anduvieron en la calle, pero no fue porque yo quise.- dijo otra integrante de la cooperativa

Esta reconstrucción de las jornadas de formación nos permite registrar que si el carácter *productivo* del trabajo que realizaban con la cooperativa se definía en términos de una apuesta por fortalecer modalidades de *construcción* barrial, esta *construcción* no consistía únicamente en mejorar la condición de veredas, espacios públicos, viviendas e instituciones implicaba también poner en tensión ciertas formas de vincularse “entre

vecinos” y estereotipos que solían circular bajo la forma de “chismes”. Estar “dispuesto a ayudar”, en vez de “hablar mal” de las personas que podían estar atravesando situaciones difíciles; constituía una acción definida como moralmente correcta. Esta disposición por “ayudar” al otro y su vinculación con una serie de sentimientos y motivaciones morales- como la compasión, el amor, el gusto por dar- ha sido identificado por etnografías sobre trabajo voluntario (Zapata, 2005; Muehblech, 2011; Pedroso de Lima y Rivas Oliveira, 2015). Estas investigaciones han resaltado que los trabajos voluntarios resultan valiosos para aquellos que se involucran en ellos; en tanto constituyen actos ejemplares de ciudadanía (Muehblech, 2011) que dignifican sus experiencias (Pedroso de Lima y Rivas Oliveira, 2015) y otorgan prestigio (Zapata, 2005). En nuestro caso, el otro al que se dirige la “ayuda” es “un vecino”, alguien con condiciones de vida y problemáticas que suelen ser semejantes. La puesta en común de experiencias de vida y el establecimiento de conexiones entre estas experiencias y procesos históricos promovía una disposición emotiva que habilitaba la posibilidad de situar también los “problemas de los vecinos” en relación a condiciones contextuales. Así, “ayudar al vecino” cobraba sentido en el marco de una lectura emotiva, mediada por la bronca y la indignación hacia aquello que era considerado una injusticia. No tenía que ver con una actitud de caridad, o con la exaltación de una tendencia hacia hacer el bien. La disposición a ponerse en el lugar del otro y ayudarlo constituían prácticas con una connotación moral, que no se encontraban escindidas de asuntos políticos (Fassin, 2012). Las intervenciones de Verónica apuntaban hacia redirigir la bronca y la indignación, para fomentar una comprensión de situaciones consideradas injustas y que se vinculaban con la desigualdad en la distribución de la riqueza y los impactos de los modelos económicos en las vidas de los sectores populares. Contenidos que estaban explícitos en los cuadernos de formación de la CTEP que usábamos como material de apoyo y que ella reconstruía en intervenciones apasionadas. Así, la forma de relacionarse “entre vecinos” y la lectura que era posible hacer de las vidas ajenas, anclaba en una construcción política que apuntaba a construir demandas e identificaciones comunes con quienes forman parte del mismo sector social: la economía popular y las clases trabajadoras en general. Verónica ilustraba con ejemplos el modo en que aquellas desigualdades que podrían reconocerse como estructurales, se hacían carne en relaciones concretas entre personas:

“El otro día veíamos que la panamericana estaba desierta, no había nadie ahí. Entonces decíamos que claro, aumentando los peajes, lo que logran es que los trabajadores no van a sacar el auto para ir a capital, si tienen que gastar doscientos pesos en peaje. Entonces la autopista queda libre para aquellos que viven en el country y van a las

chapas con la panamericana vacía, a capital, a controlar que sus empleados estén trabajando bien. O, por ejemplo, a veces, tengo vecinas que trabajan en los *countries* y tal vez dicen que sus patronas son muy buenas, que les dan la ropa usada de sus hijos o cuando se compran una nueva tele, les dan la vieja. Pero eso no es ser bueno, eso es pensar que los pobres tienen que vivir de las migajas de ellos. Y yo no quiero vivir de sus migajas”, la escuché decir luego de dar una definición detallada de cómo funcionaba la plusvalía.

Estas imágenes- una autopista vacía, los pobres “viviendo de migajas”, la desesperación y depresión que acompañó a su padre luego de quedarse sin trabajo, la impotencia de quien “deja a sus hijos” para poder salir a trabajar- eran reconstruidas con vehemencia, con un énfasis que dejaba entrever que generaban en Verónica sentimientos de rechazo e indignación. Estos relatos cargados de emoción eran recurrentes en estas jornadas de formación que, según me había planteado Verónica, tenían como objetivo “comprensión de los conflictos actuales” y la “toma de consciencia”. Más que plantear que las emociones estaban al servicio de la comprensión, del pensamiento; sus intervenciones revelaban justamente la potencialidad de comprenderlas como “pensamientos corporizados”, como procesos que se definen en las interacciones; antes que como cosas o sustancias dadas (Rosaldo, 1984). Los primeros abordajes antropológicos sobre la emoción, habían remarcado su carácter cultural, subrayando que tradicionalmente, había permeado una mirada eurocéntrica, tendiente a ubicarlas en el terreno de la irracionalidad, y la subjetividad individual (Lutz y White, 1986). Desde una mirada crítica al relativismo que permeó los primeros debates antropológicos sobre la emoción; William Reddy (1997) planteó que los gestos y hablas de la emoción, no encajan fácilmente en la noción de discurso o de práctica. Las emociones tienen la capacidad de alterar aquello que representan; nuestros sentimientos pueden verse transformados mientras elaboramos discursos acerca de ellos (1997: 331). Así, trabajos más recientes han enfatizado en el modo en que las emociones hacen cosas, trabajan, crean efectos de colectivo, alinean individuos con comunidades (Ahmed, 2004). En su análisis sobre procesos de recuperación de empresas, Fernández Álvarez (2011, 2017) ha recuperado estos aportes para sostener que las emociones constituyen un registro que se extiende en la vida cotidiana y modela el modo en que se establecen relaciones, se comparten experiencias y se construyen formas de organización. Según la autora, compartir sentimientos con sus compañeras fue uno de los primeros pasos que les permitió a las trabajadoras de una fábrica en crisis, definir las primeras reivindicaciones y articular acciones conjunta. Estas formas de organización constituyeron en principio acciones no calculadas, vinculadas tanto a las ideas, como a afectos y sentimientos;

mediadas más por relaciones que por una evaluación estratégica de costo y beneficio. Su análisis también revela que la bronca, como correlato de la injusticia, permitió legitimar estas acciones, modelando no sólo la puesta en común de esta experiencia, sino también el proceso mismo de construcción política.

Estas consideraciones resultan relevantes para analizar las prácticas de formación que impulsaba Verónica. La circulación de emociones constituía un aspecto central desde el que se definía el *compromiso* en este espacio colectivo. Verónica promovía una comprensión de las relaciones sociales que se amparaba y se producía a partir de la puesta en común de emociones específicas. La reconstrucción emotiva de fragmentos de la vida personal y el relato apasionado de la indignación hacia situaciones de desigualdad formaba parte de los modos en que se construían formas de política colectiva. No se trataba de emociones individuales que eran compartidas estratégicamente para producir un efecto en los demás. Se trataba de sentimientos que se producían en la interacción misma entre integrantes de la cooperativa. Escuchar, por ejemplo, las críticas que Abel levantaba sobre sus vecinos, despertó en Verónica la necesidad y el deseo de poner en común un aspecto de su infancia, conectando su vivencia con una serie de cambios más estructurales: el neoliberalismo, la flexibilización laboral, los despidos. Dolores Señorans (2018) ha observado prácticas similares en las interacciones promovidas por Secretaría de Formación de la CTEP. La autora identificó que uno de los objetivos de los talleres promovidos por dicha Secretaría consistía en que quienes participaban de dicho espacio se reconocieran como parte de la economía popular, construyendo una narrativa común que no era solo discursiva, sino también encarnada. El caso que venimos reconstruyendo se encuentra en sintonía con éste análisis. Si bien los contenidos de este espacio de formación fueron planificados y los discutimos juntas en una reunión en la que intercambiamos ideas sobre posibles materiales, actividades y temáticas relevantes; en la práctica estos contenidos se embistieron de afectos, emociones, ejemplos que le otorgaban un significado más vivencial a esta planificación. Compartir las emociones era quizás uno de los implícitos que, sin formar parte de nuestra planificación de los talleres; se hacía presente en su desarrollo. Conmoverse por las mismas desigualdades, poner estas condiciones en relación con las historias de vida propias y de los otros y animarse a poner estas reflexiones en palabras; constituían elementos centrales de aquello que Verónica esperaba de quienes integraban las cooperativas.



## **Una voz en off que dice “vagos, planeros”.**

Los y las integrantes de la cooperativa Nestonauta estaban parados formando un círculo en uno de los espacios al aire libre de la escuela en la que trabajarían ese día. Se trataba de aquella institución educativa volcada a la educación especial en la que ya trabajaban hacía seis años. Un mate dulce circulaba de mano en mano. Si bien la escena me era familiar ya que era habitual que compartiesen un desayuno antes de arrancar el trabajo, ese día me sorprendió enseguida el clima de tristeza y desánimo:

- Ahora no nos queda otra que esperar a ver qué dice la que venga. Si la nueva directora no quiere cooperativa, nos tenemos que ir- dijo Analía- Igual, tenemos el otro jardín, y tenemos que ver si podemos entrar a la escuela esa que nos habían dicho...
- Yo el lunes le escribí a la escuela esa, me dijeron si podía ir en ese momento. Pero nosotros estábamos en el jardín- dijo Carmen, secretaria e integrante de la cooperativa
- Es un bajón, porque se supone que tenemos que ir para adelante, no para atrás y esto sería ir para atrás - dijo Esteban, otro integrante
- Me imagino lo triste que debe ser para ustedes que están desde el principio y ya están encariñados- dijo Blanca.

Ella había sido una de las incorporaciones más recientes a la cooperativa, se había sumado hacía poco menos de un año, por aquella misma época en que Verónica aplaudía frente a la puerta de Ana y José. Blanca estaba casada con Esteban, un integrante más antiguo de la cooperativa. Ese día, las miradas cabizbajas se posaban sobre Analía, como esperando que agregara alguna información esclarecedora. Se habían enterado de que habría un cambio de autoridades en la escuela. La directora le había contado a Analía que éstos serían sus últimos días en ese cargo. Se lo había dicho en una charla medio rápida, cuando había llegado esa mañana. No habían tenido tiempo todavía de conversar detalles porque estaba esperando la llegada de docentes y directivos de diversas instituciones que justo ese mismo día acudirían a la escuela para una “reunión distrital”. Hasta ese momento, sólo sabían que el cargo iría a concurso público y alguien lo tomaría según su puntaje y antecedentes. ¿Querría el/la nuevo/a director/a que la cooperativa continúe con sus trabajos en dicha institución? Por ahora, la respuesta era incierta y tanto Analía como el resto de sus compañeros y compañeras veían las perspectivas a futuro con malos ojos. No tenían grandes esperanzas y la incertidumbre parecía oprimirlos, tornándose casi una certeza de rechazo.

Para referirse a la posible interrupción de su trabajo allí, utilizaban la expresión “perder la escuela” y hablaban de su relación con las directoras utilizando un lenguaje que evocaba vínculos afectivos: “No sabemos si la que la reemplace nos va a querer acá”; “la directora de ahora nos tiene confianza, nos quiere”. Si bien no se trataba de la única institución en la que se encontraban trabajando y podían continuar con sus tareas en otras escuelas y jardines, allí era donde habían comenzado y era reconstruyendo su llegada a esta institución que solían narrar la historia de la cooperativa. El pasto crecido, el consejo escolar que no mandaba a nadie para cortarlo y un conjunto de alumnos con discapacidades cognitivas y motrices que no podían salir al parque durante el recreo solían ser los primeros elementos que traían a colación. La descripción ponía énfasis en la alegría y agradecimiento expresado por alumnos y docentes luego de que ellos realizaran sus primeros trabajos allí. Posteriormente, comenzaron a trabajar en dos instituciones de educación inicial. A uno de los jardines, entraron poco después de que fuese inaugurado en 2015 y se ocuparon de resolver detalles de terminación que estaban pendientes. Faltaban cerámicas y muebles en la cocina, estanterías, carteleras en las salas.

Era también refiriendo a estos vínculos con las escuelas que ellos definían su trabajo. Si a Analía le preguntaban qué hacía su cooperativa, ella solía contestar: “Hace cinco años que trabajamos en escuelas”. A veces, los y las integrantes de la cooperativa eran los primeros en acudir a ayudar cuando ocurría algún problema inesperado, como sucedió luego de ese fin de semana en el que una de las escuelas sufrió destrozos debido a un intento de robo. En esa oportunidad, el teléfono de Analía fue uno de los primeros que marcó la directora y ellos acudieron al pedido de reparar rejas y puertas. Acostumbraban a definir sus actividades como “hacer de todo”. Cortar metros y metros de pasto, refaccionar juegos de plaza, cambiar cueritos y tubos de luz, quitar las hojas del techo, destapar cañerías, pegar azulejos en la cocina, pintar paredes, reparar estanterías son algunas de las acciones que podríamos mencionar si nos dispusiéramos a listar lo que hacen. Fui observando que muchas veces, el hacer cotidiano comprendía una serie de acciones volcadas a detalles que resultaban difíciles de sintetizar en pocas palabras y que demandan creatividad e ingenio. Registré discusiones acaloradas acerca de cuál era la resolución más efectiva y menos peligrosa de un juego de plaza. Otras veces, proponían arreglos y mejoras en artefactos que aún no estaban rotos.

Ese día en que la continuidad de estos trabajos se revelaba incierta, la posibilidad de interrumpir el vínculo hacía más perceptibles y explícitos a aquellos compromisos y expectativas que mediaban la relación con la escuela. Una atmosfera de preocupación y dudas cubría la jornada y tornaba más difícil la toma de decisiones acerca de

reparación que irían a realizar. “Es que no sabemos si seguimos”, escuché decir varias veces. Mientras algunos revisaban la descarga del inodoro del baño y el resto cortaba el pasto y juntaba hojas secas; acompañé a Mercedes y Nelson, dos integrantes de la cooperativa, a la cocina. Allí, tres auxiliares preparaban el almuerzo. Dos pelaban zapallo y otra separaba carne congelada. Las puertas de la alacena, que habían sido colocadas por ellos mismos algunos meses atrás, debían ser reparadas. En ese entonces habían hecho, a pedido de la directora, un arreglo “para salir del paso”, porque ella tenía pensado remplazar las puertas viejas por unas nuevas. Tras averiguar presupuestos, la directora había resuelto que el dinero disponible no les alcanzaría para esa compra y les había pedido si podían arreglar mejor la que tenían. Mercedes y Nelson desarmaron las puertas para ver cómo podrían volver a instalarlas de una manera más firme y descubrieron que la mitad de la madera estaba podrida. Mercedes se dirigió a las auxiliares y se las mostró. Ellas opinaron que era mejor no tener puerta o poner un barral con cortinas antes que volver a colocar esas puertas tan deterioradas. Mercedes coincidió y agregó que la única manera de volver a colocarlas de modo más firme, era cambiando la madera que las sostenía y colocando una nueva que vaya amurada al azulejo. Para eso, habría que romper un poco el azulejo y fijar con material. Los materiales necesarios no estaban disponibles en ese momento en la escuela. Cuando Analía se acercó y preguntó cómo venían con lo de la alacena; Mercedes le comentó las opciones y le dijo que las auxiliares creían más conveniente sacar las puertas y colocar una cortinita. Incluso ellas mismas se ofrecieron a comprar la tela y coser el dobladillo. Analía dijo que para tomar esa decisión debían contar con el aval de la directora, quien en ese momento se encontraba en reunión y que tampoco sabía si iba a querer definirlo teniendo en cuenta que eran sus últimos momentos en esa institución. “Tal vez cambiamos todo y la nueva directora lo quiere de otra manera”, agregó.

El asunto de la alacena quedó inconcluso y salimos al patio a ayudar con las tareas que estaban realizando los demás. Cerca del fin de la jornada, Analía y Carmen fueron a reunirse con la directora. Los demás las esperamos reanudando la ronda de mates y compartiendo algunos bizcochitos de grasa. El pesimismo que circulaba en torno a las posibilidades de continuar o no trabajando allí no dejaba de sorprenderme. ¿Por qué veían tan probable que la nueva directora los rechazara?, me preguntaba yo, pensando que, para la institución, el trabajo de la cooperativa les representaba sin dudas la posibilidad de dar respuesta inmediata a problemáticas importantes, sin invertir nada más que el costo de algunos materiales. “Es que algunos, no nos quieren a nosotros”, me explicó Mercedes cuando expresé mi duda. “No tienen una buena imagen. Piensan que no hacemos nada, que no queremos trabajar, que estamos ahí tomando mate. Y,

nosotros... ¡trabajamos!”. Me contaron entonces, que lograr que una institución “los acepte”, no era sencillo debido a estas “creencias” que tenían sobre las cooperativas del Argentina Trabaja y las personas que las integran. Se acordaron de otra escuela en la que habían pintado el patio, pero que la directora, “no los dejaba pasar al baño” ni ingresar a los espacios cerrados. Mercedes propuso que estaría bueno que se mandaran a hacer un uniforme, para darle más “formalidad” y “reconocimiento” a su trabajo con las escuelas. Dijo que preferiría que el uniforme no fuera ni del Movimiento Evita ni del Programa Argentina Trabaja, que sea un uniforme “de la cooperativa”.

Estábamos en esas conversaciones cuando Analía y Carmen volvieron de su charla con la directora trayendo novedades esperanzadoras. Carmen dijo que al contrario de lo que esperaban, la continuidad estaba prácticamente garantizada porque la directora actual se iría a trabajar al consejo escolar y daría buenas referencias sobre ellos. Esperaban que viniendo de alguien “del consejo”, sus recomendaciones serían tenidas en cuenta. Además, la directora dijo que ella tal vez necesitaría ayuda en el consejo y les preguntó si podía contar con la cooperativa en algún momento. Analía y Carmen respondieron que sí y lo contaron al resto del grupo con entusiasmo. Consideraban que el ascenso de la directora al consejo escolar podría incluso beneficiarlos, garantizándoles acceso a nuevas instituciones. Analía contó que en esa pequeña reunión había conseguido otro compromiso. “Favor con favor se paga”, le dijo a la directora luego de aceptar “darle una mano” en el consejo y le pidió si no podía donarle a uno de los jardines en los que ellos trabajaban la cerámica que había sobrado de la cocina de la escuela. La directora aceptó y pidió que las autoridades de dicho jardín hagan el pedido por escrito, formulando una carta dirigida a ella, para que quede todo asentado en papeles. “Porque si no, alguien puede verme que yo me llevo la cerámica, y qué va a pensar, tal vez piensan que me la llevo a mi casa”, dijo Analía mostrando que comprendía el pedido de la directora.

Para la cooperativa, las posibilidades de *inventar* su trabajo derivaban del acceso a estas buenas recomendaciones, de afianzar relaciones interpersonales mediadas por la confianza, el afecto y los mutuos pedidos de ayuda. De un modo similar al que ha sido identificado por estudios etnográficos a los que hemos referido en la introducción del capítulo, las personas estaban unidas por compromisos recíprocos y relaciones a través de las que circulaban recursos y ayudas (Quirós, 2011; Colabella, 2011). Si en los apartados previos observamos cómo estos compromisos median las relaciones entre integrantes de una cooperativa, involucrando no sólo la participación en las jornadas de trabajo, sino también prácticas en torno a las casas y formas de sentir; aquí registramos la existencia de compromisos y expectativas de comportamiento entre las cooperativas

e instituciones en las que desarrollan sus trabajos. Cabe interrogar entonces qué era lo que cada parte daba y esperaba en el caso de estos vínculos.

Para poder trabajar, la cooperativa debía “ser aceptada”, debía “pedir” el ingreso a una escuela, lograr “entrar” en ellas. La posibilidad misma de construir ese vínculo, de ser tenidos en cuenta, de “estar integrados” a la escuela para ponerlo en las palabras que usó Analía en la primera conversación telefónica que mantuvo con ella; era parte de lo que circulaba en estos compromisos recíprocos. Si las personas cambiaban, como ocurría con la directora que iba a dejar el cargo, todos estos acuerdos se ponían en riesgo y con ellos la cooperativa “perdía la escuela”; es decir se quedaba sin la relación y espacio a través del cual *inventaban* el trabajo. Para ponerlo en los términos que propone el abordaje maussiano del don (Mauss, 1979), si se negaba a recibir el trabajo de la cooperativa, la nueva directora estaría rechazando también la producción de un vínculo o la constitución de una “alianza” entre personas que pertenecían a colectivos.

A través de este vínculo, también circulaban a veces objetos que le permitían a la cooperativa fortalecer sus prácticas de trabajo en otras instituciones. Estos compromisos quedaron claramente ilustrados en la forma en que Analía logró gestionar la “donación” de las cerámicas para el jardín de infantes. Esta transacción fue explicitada como un intercambio de “favores” entre dos personas que referenciaban espacios diferentes, la directora de la escuela y la presidenta de la cooperativa. Analía había movilizadado el vínculo que tenía con la directora y había introducido el pedido en el momento justo en que ella misma también había solicitado ayuda, preguntando si la cooperativa podría eventualmente “dar una mano” con trabajos en el consejo escolar. Este intercambio debía ser plasmado en los papeles como un pedido formal de directora a directora, para evitar “malos entendidos”.

Resulta interesante detenernos en el modo en que, al comentarle a sus compañeros acerca del pedido de carta formal que había hecho la directora, Analía se refirió a su casa evocando una asociación de este espacio con el ámbito de lo privado y el usufructo personal. La posibilidad de que alguien piense que esas cerámicas tenían ese lugar como destino final constituía una amenaza de gravedad para la imagen de la cooperativa. En los registros por escrito, debía dejarse claro que se trataba de una donación de una escuela hacia otra, borroneando el lugar que la cooperativa había tenido en esas gestiones y evitando que las casas de sus integrantes aparezcan como destino posible. En la práctica cotidiana, una parte del trabajo que la cooperativa realizaba era posible gracias a que Analía ponía a disposición su casa. Como ya vimos en el capítulo uno, allí se guardaban herramientas necesarias para el trabajo. Además

ella solía llegar a las escuelas cargando una bolsa llena de arandelas, tornillos, ménsulas, tuercas y una diversidad de artículos de ferretería. Muchos de estos insumos provenían de lo que había sobrado de algún arreglo en su propia vivienda. El taladro, la moladora, la cortadora de madera que la cooperativa solía utilizar eran también elementos cuyo origen remitía a la casa de Analía. La cooperativa contaba con estas herramientas pero no habían sido entregadas por el programa Argentina Trabaja ni compradas con ingresos comunes. Eran propiedad de Analía; en algunos casos habían sido regalos que ella le había pedido a su marido para eventos especiales como el día de la madre o su cumpleaños. Al contrario de aquello que se temía que alguien pudiera imaginar al ver salir las cerámicas de la escuela, la realización cotidiana de trabajos demandaba muchas veces un movimiento opuesto; una circulación de materiales desde las casas de los integrantes de la cooperativa hacia las escuelas y no al revés.

Los términos en los que se planteaba la relación entre la escuela y la cooperativa parecían tornar difuso qué parte era la que daba y cuál la que recibía. La cooperativa daba un trabajo a la escuela, otorgaba dones en forma de tiempo (Pedroso de Lima y Rivas Oliveira, 2015) para hacer una variedad de tareas.<sup>73</sup> Pero acceder a esta posibilidad de “dar” no era sencillo, la escuela primero debía “darles” un lugar, otorgarles una “confianza” para acceder a espacios en los cuales el acceso a personas externas solía ser estrictamente regulado. La etnografía de Leila Litman (2017) sobre organizaciones que reivindican el *trabajo autogestionado* también identificó la importancia de la “confianza” como valor que debía ser actualizado constantemente en las relaciones cotidianas entre estas organizaciones y las cooperativas. En nuestro caso, la “confianza” de la escuela, le otorgaba a la cooperativa la de concretar su trabajo, llevando adelante una actividad que era vivenciada a través de vínculos de afecto con la institución, de un sentirse “integrados”. Estas relaciones, los tornaban activos “merecedores” de la ayuda otorgada por el estado, como ha sido registrado en otros trabajos (Vommaro y Quirós, 2011).

Las complejidades que emergían a la hora de lograr “entrar” a una escuela; la gravedad con la que mis interlocutores se referían a la posibilidad de interrumpir su trabajo no pueden comprenderse sin considerar la circulación recurrente de una serie de imaginarios negativos sobre quienes son beneficiarios de programas estatales. En

---

<sup>73</sup> Antonia Pedroso de Lima y Fernanda María Rivas Oliveira (2015) propusieron esta perspectiva para pensar una diversidad de prácticas de ayuda y de trabajo voluntario desarrolladas en Portugal durante épocas de crisis económica. Las autoras plantearon que la relevancia de estas prácticas consiste en otorgar dones en forma de tiempo que se materializan en una multiplicidad de servicios de cuidado y pasan a producir “pequeños factores de humanización” en el marco de relaciones interpersonales en las cuales se imbrican afecto y moralidad, altruismo y egoísmo.

particular, me refiero a su asociación con la imagen de “vagos”, sin “voluntad” genuina de trabajo. Argumentos con los que Mercedes al fin de la jornada me explicaba a que se debía el pesimismo con el que imaginaban la relación con quien reemplazara a la directora. Estas reflexiones acerca de “lo que se dice” de los y las titulares de los programas sociales fueron constantes durante mi trabajo de campo. Construcciones morales y estigmatizaciones que encarnan construcciones de larga data en nuestro país y que también han sido identificadas y analizadas por etnografías sobre organizaciones de trabajadores desocupados (Quirós, 2011; Vommaro y Quirós, 2011; Ferraudi Curto, 2013). En el caso específico de las cooperativas nacidas al calor de la implementación de programas sociales, algunos trabajos académicos han identificado que estas entidades enfrentaron muchas veces la estigmatización de la opinión pública y valoraciones tensionadas por parte de sus vecinos (Maneiro, 2015; Nardin, 2015; Hopp, 2016; Barbetti y Butti, 2016). Durante mi trabajo de campo, pude constatar que estas connotaciones negativas no sólo circulaban en el discurso mediático y en la voz de funcionarios estatales y políticos, también se hacían presentes en intercambios cotidianos con personas que habitaban sus mismos barrios o trabajan en instituciones a las que ellos acudían. La reconstrucción etnográfica que trajimos en este apartado nos permite visualizar que estos imaginarios y opiniones existentes sobre los titulares del Argentina Trabaja, no constituyen únicamente un agravio al que responder, una ofensa puramente simbólica; se trata de sentidos que se materializan en obstáculos concretos a la hora de realizar los trabajos, pueden llevar a “perder una escuela”. De forma articulada, “quedarse” en la escuela era importante en relación a la posibilidad de seguir sosteniendo una imagen pública favorable, que adquiriría su legitimidad en un discurso moralizante sobre el trabajo al cual referí en el primer capítulo. La idea que tenía Mercedes sobre un posible uniforme de trabajo que los identificase como cooperativa que trabajaba en escuelas sin contener las insignias del programa social ni del movimiento al que pertenecían puede pensarse como ilustrativa de esta voluntad de separarse de estas miradas negativas que circulan sobre titulares de políticas sociales y sobre las organizaciones sociales

Como hemos señalado en otro lado, estas imágenes estigmatizantes y el necesario contra ejemplo que brindan los relatos románticos de éxito y superación individual; otorgaron legitimidad y sustento discursivo a una serie de medidas económicas regresivas y acciones represivas a partir de fines del año 2015 (Fernández Álvarez y otros, 2019). En lo que respecta específicamente a los programas Ellas Hacen y Argentina Trabaja, el lanzamiento del Hacemos Futuro en marzo de 2018 no fue otra cosa que el refuerzo de una serie de modificaciones que ya venían gestándose. En

particular, en mayo de 2017 ya se había anunciado una medida que generó controversias y rechazo entre los integrantes de las cooperativas y otras personas que participaban de las organizaciones sociales vinculadas a la gestión del Argentina Trabaja. Se trató de una “reconversión de los planes sociales”, introducida en un discurso del presidente Mauricio Macri en ocasión a un acto por el día del trabajador. El plan Empalme, como se conoció después a esta “reconversión” permitía el ingreso a un empleo formal sin la pérdida de la condición de beneficiarios/as. La medida fue celebrada rápidamente por la Cámara Argentina de la Empresa que reconocía una posibilidad de reducir costos laborales.<sup>74</sup>

El discurso de lanzamiento de esta medida ilustra claramente la apelación a imágenes morales negativas sobre los sectores populares como forma de legitimar las acciones estatales. Según las palabras del presidente, existían cientos de miles de argentinos que luego de la crisis del 2001 habían recibido una mano del Estado, pero que ya habían pasado muchos años y seguían “en esa situación”: nunca habían podido trabajar. La imagen que se proyectaba era de continuidad absoluta, de personas atrapadas, fuera del tiempo, condenadas a repetir una historia de “pasividad” y “facilismo”. El programa Hacemos Futuro ya no consideró obligatorio formar parte de una cooperativa y estableció requisitos que se fundamentaban en la intención de favorecer la “empleabilidad”: la finalización de estudios formales, la asistencia a una cantidad de horas de capacitaciones y el registro de la experiencia laboral en un sitio web que establecería los vínculos con empresas.<sup>75</sup> Estas transformaciones, fueron contestadas y resistidas por los movimientos sociales que veían un intento de fragmentación de sus formas de organización. En una línea similar fueron leídas estas modificaciones por el discurso mediático, como una forma de “reducir el poder” de las organizaciones sociales y como una expresión de que la relación con el gobierno estaba cada vez más tensa.<sup>76</sup>

Desde las distintas organizaciones que conforman la CTEP, se apostó a crear ellos mismos espacios formativos que sean reconocidos por la política y se reivindicó la importancia de continuar sosteniendo los proyectos de trabajo que estaban

---

<sup>74</sup> Fuente: <http://redcame.org.ar/contenidos/circular/CAME-acompania-el-Plan-Empalme-que-busca-la-insercion-laboral-de-beneficiarios-de-planes-sociales.9433.html> Fecha de consulta: 25/6/2018

<sup>75</sup> Se requirieron 64 horas anuales de capacitación para quienes estuvieron cursando estudios primarios o secundarios y 120 en caso de que tuvieran los estudios formales completos. A través de la página <http://www.formateenred.gob.ar> se publicaban listados de cursos reconocidos por el programa y se ofrecían ofertas laborales referidas a la implementación del plan Empalme.

<sup>76</sup> Ver, por ejemplo. Infobae. 23 de marzo de 2018 “La casa rosada quiere quitarles poder a las organizaciones sociales para ganar territorio”, Disponible en: <https://www.infobae.com/politica/2018/03/23/la-casa-rosada-apuesta-a-reducir-la-intermediacion-de-las-organizaciones-sociales-para-ganar-territorio/> Fecha de consulta: 8 de abril de 2019



vigentes. “A nosotros ninguno nos va a decir que por tener que estudiar, vamos a dejar de laburar. Ni en pedo. A nosotros nos gusta hacer lo que hacemos, así que si tenemos que estudiar y bueno, vamos a estudiar y trabajar”, me dijo Analía en un mensaje de audio vía WhatsApp cuando estas modificaciones eran recientes. Expresiones similares escuché de la boca de otras presidentes de cooperativas, como Verónica, Matilde o María. Las cooperativas con las que interactué durante el trabajo de campo continuaron realizando sus trabajos en viviendas, escuelas y polos productivos, aunque contaban con menos tiempo para realizarlos. Si, como hemos sostenido, el trabajo de la cooperativa podía ser analizado como el otorgamiento de un tiempo disponible para realizar tareas variadas; la necesidad de repartirlo entre la finalización de los estudios formales primarios o secundarios y la asistencia a capacitaciones, modificaba necesariamente el modo en que se establecían las relaciones con las escuelas.

A partir del lanzamiento del Hacemos Futuro, el trabajo dejaba de ser “obligatorio”, ya no era “un requisito”. Sin embargo, la continuidad de estas prácticas daba cuenta del modo en que, como hemos venido sosteniendo y como lo han planteado trabajos previos, la “obligatoriedad” y el “compromiso” no marcaban sólo la relación con el Estado, definían también los vínculos entre integrantes de las cooperativas y con las instituciones en las que trabajaban. En las declaraciones de Analía, se deja a entrever que continuar realizando las tareas de mantenimiento que venían desarrollando en las escuelas, suponía resaltar su identificación como trabajadores e incluso, remarcar una voluntad de trabajo que no derivaba de que “alguien les diga lo que tienen que hacer”. Al igual que las palabras de Rosa en el capítulo anterior; la apelación firme a la voluntad de continuar trabajando parecía construirse como un modo de afirmar una determinación genuina para sus prácticas, evocando que no se encuentran determinadas por la obligatoriedad o la imposición.

Ahora bien, estas reivindicaciones y asociaciones no fueron asumidas por los integrantes de la cooperativa de forma homogénea. De catorce personas que integraban en ese momento la cooperativa, hubo tres que dejaron de participar de las jornadas laborales aduciendo que “ya no eran obligatorias”. Tras comunicarse con una línea de atención telefónica que brindaba el Ministerio, habían llegado a la conclusión de que con cumplir con los estudios formales y capacitaciones se daba por garantizada la permanencia en el programa.<sup>77</sup> Estos alejamientos le pesaron especialmente a Analía

---

<sup>77</sup> Como parte de las modificaciones introducidas a partir del lanzamiento del Hacemos Futuro, los centros de atención local fueron eliminados. La entrega de la documentación que los y las titulares del programa debían hacer efectiva para permanecer en el programa, pasó a realizarse a través de las oficinas distritales de ANSES. Para la consulta de dudas y reclamos, se habilitó una línea de atención telefónica.

ya que dos de quienes dejaron de participar en estos trabajos fueron Carmen y Mercedes. Ambas habían comenzado juntas la primaria- las dos habían dejado sus estudios en el tercer grado- y comenzaron por ausentarse de las jornadas de trabajo debido a que cursaban en el turno mañana. Posteriormente, Analía me explicó que “se habían cortado solas” y se habían anotado en ese horario sin contemplar la posibilidad de seguir participando de los trabajos en la cooperativa. El alejamiento de Carmen le dolió especialmente porque entre ambas había un vínculo de amistad. No sólo coordinaban juntas una serie de tareas vinculadas a la cooperativa, también salían a pasear, hacían gimnasia, se teñían juntas el pelo y tomaban mate mientras cuidaban a los nietos de Carmen por las tardes. Cuando me contó esta situación, Analía me dijo que estaba muy triste. Me contó que ya ni la saludaba si se cruzaban por casualidad en el barrio y que sentía mucho la falta de ella en el día a día. “Son ocho años de amistad tirados a la basura”, me dijo.

Estas situaciones en las que las personas se enfrentan a la interrupción de un compromiso (o a la posibilidad de que eso suceda), ponen en evidencia con mayor claridad aquellos sentidos que se le otorgan a las relaciones y lo que esperan de esos vínculos. Las situaciones acontecidas en torno a la renuncia de la directora permitieron iluminar lo que estaba en juego en el trabajo que realizaban allí, poniendo en primer plano una serie de imaginarios morales que gravitaban sobre las posibilidades de ser “aceptados”. La tristeza con la que Analía vivenció la decisión de Carmen de dejar de participar de las jornadas laborales cuando tuvieron lugar los cambios en los programas estatales, evidencia que entre ellas mediaban expectativas que no tenían solo que ver con el trabajo en la cooperativa. La reconstrucción de aquello que sucedió a partir de la modificación de los mecanismos de implementación de la política, nos permite poner de relieve el modo en que estos compromisos y expectativas de comportamiento no se desarrollan ajenas a las formas de intervención estatal. El hecho de que el trabajo haya dejado de ser obligatorio y la imposición de nuevos criterios de permanencia en los programas ejercieron su influencia sobre estos vínculos. En febrero de 2019, cuando ya me encontraba en proceso de escritura de esta tesis, me acerqué a la casa de Analía un día que se reunían los integrantes de la cooperativa. Quería saludarlos y llevarles la copia de un artículo que había escrito. Ese día, ella pasó en limpio la agenda de posibles trabajos a realizar en las escuelas y, varias veces, la escuché decir que ahora, las directoras sabían que ellos “iban cuando podían”. “Ahora a nosotros nos pagan por estudiar”, me explicó varias veces reconstruyendo una aclaración que según dijo también mediaba las relaciones con las escuelas. Una aclaración que permite imaginar que a partir de la reorientación de las políticas, la disponibilidad de tiempo que las

cooperativas tenían para trabajar en las escuelas, estaba más limitada. Sin embargo, todo lo que hemos reconstruido hasta aquí nos permite afirmar que los compromisos y expectativas que se ponen en juego cotidianamente no responden únicamente a la ejecución de requisitos de permanencia establecidos por el Estado. En el siguiente y último apartado, observaremos cómo estos compromisos también se afianzan a partir de relaciones entre casas y de la circulación de objetos, personas y ayudas entre ellas.

## **Golpear las manos frente a las puertas de las casas**

Una caja de cartón con decenas de juguetes de plástico estaba apoyada en el piso de la sala. Alrededor de ella, quienes integraban la cooperativa Todos Unidos estaban sentados formando un círculo. Era una mañana de septiembre de 2016 en la casa de Verónica, faltaban tres días para la realización del festival del día del niño y ella estaba especialmente contenta con “lo que había conseguido”. A los juguetes y mercadería entregados por la CTEP, se le sumaban otros regalos y trabajos que circulaban entre casas del barrio. Una vecina aportaría tela y cosería bolsitas para envolver los regalos, otra había prestado disfraces para quienes animarían y coordinarían la actividad. Yo había llevado cartulinas e hilos de colores atendiendo al pedido de que colaborase con la decoración. Nos pasamos la tarde completando invitaciones, confeccionando banderines y envolviendo regalos. Verónica tenía harina, huevos, leche y dulce de membrillo que le habían llegado del suministro semanal del “merendero”. Pensaba cocinar pastelitos y rosquitas. También tenía jamón y pan para sandwiches pero necesitaba cortadora de fiambres para rebanarlo en fetas. Cuando fuimos a comprar el almuerzo, Verónica quiso pedirle el favor a una vecina que recordaba que tenía cortadora de fiambres. La vecina no estaba y su hijo nos dijo que la cortadora era prestada y ya había sido devuelta. Ante la negativa, Verónica optó por pedírsela a la señora del kiosco donde siempre compraba, que aceptó enseguida cuando supo que era para agasajar a los niños del barrio en su día. Al regresar, paramos a saludar a otra vecina y Verónica reforzó invitaciones para el festejo, comentándole que habría regalos y juegos y que “no había parado un segundo” dedicada a los preparativos. Cuando enumeró lo que le faltaba hacer, la vecina se ofreció a cocinar un kilo de rosquitas junto a sus hijas mayores y quedó en pasar más tarde a buscar los ingredientes.

Días después, el festival del día del niño tuvo lugar en una cancha del barrio. Hubo comida, música, torneo de chistes, juegos de todo tipo, regalos, almuerzo, merienda y una banda de cumbia como cierre. Verónica dio un breve discurso en el que expresó su alegría y agradecimiento: “Esto comenzó como una iniciativa de una cooperativa del

Argentina Trabaja y algunas mamás del barrio y finalmente fueron muchas las personas que se sumaron con su ayuda”. Estas ayudas que se agradecían de forma pública se tejían a partir de vínculos de larga data entre las casas, gracias a un recorrido que ella hacía, tocando puertas y comentando lo que pensaban hacer, pidiendo ayudas. El festival del día del niño constituía un evento importante que se repetía año a año, requiriendo de preparativos durante semanas. Constituía una causa que solía reunir amplio consenso y adhesión, recibiendo ayuda de actores diversos. Se trataba de uno de un momento particularmente significativo, en el cual se condensaba la construcción política de la cooperativa como comprometida con “ayudar” en el barrio.

Esta construcción política, requería también la práctica de “golpear las manos” frente a las puertas de viviendas ajenas. Así lo explicó Verónica a otras mujeres que iniciaban la tarea de poner en marcha un merendero y estaba preocupadas por todos los recursos que no tenían. “Sólo tienen que golpear las manos”, les dijo mientras aplaudía. “Golpear las manos frente a las casas de los vecinos y pedir ayuda, contar su proyecto, comentarles qué les falta, cuando te ven haciendo cosas, tarde o temprano, te dan algo”, me dijo a mi reconstruyendo el intercambio. Durante el tiempo que acompañé sus prácticas cotidianas, percibí que esta estrategia solía darle resultado. Esta efectividad no sólo se debía a que la “veían haciendo” y empatizaban con sus propósitos. Ella también hacía su parte cuando le golpeaban la puerta. Aquella mujer que se ofrecía a hacer rosquitas para, había venido a verla varias veces comentándole novedades acerca de su hijo que estaba detenido en una comisaría. Verónica cursaba el primer año de abogacía y como parte de su militancia en el Movimiento Evita, había participado de una serie de acciones vinculadas a la causa contra la “violencia institucional”.<sup>78</sup> Recuperando conocimientos que partían de su experiencia como militante, ella le aconsejaba a quien ir a ver para garantizar la seguridad de su hijo y le daba información a tener en cuenta sobre los procedimientos y sus derechos. Distintos pedidos solían llegar a su casa en los días que pasé allí. Remedios que faltaban, conflictos entre vecinos, vendedores ambulantes ofreciendo sus mercancías.

Ella también hacía su recorrida por entre las casas, pidiendo y ofreciendo ayudas, como esa mañana en la que le comunicaba a Ana las “buenas noticias” que tenía para su familia. También solía dar una vuelta invitando a chicos al merendero, se acordaba de alguna anciana que estaba sola y le ofrecía comida, estaba atenta cuando veía un

---

<sup>78</sup> Dentro de sus líneas de acción, el Movimiento Evita formó parte en 2012 del lanzamiento de la Campaña Nacional contra la Violencia institucional. En esta dirección, el movimiento viene desarrollando una serie de encuentros de formación, plenarios y charlas de debate sobre la temática, articulando junto al Centro de Estudios Legales y Sociales y la Comisión Provincial por la Memoria.

patrullero acercarse a la casa de otra vecina que sufría *violencia de género* y se acercaba con rapidez si creía que podía necesitar ayuda. Como ha sido identificado, la observación de lo que sucede en las casas, de las presencias, ausencias, movimientos y hábitos de consumo es a menudo una práctica central a través de las cuales se construyen relaciones entre las personas que habitan el mismo barrio (Comerford, 2014; Cortado, 2016). En nuestro caso, la circulación de personas, objetos y ayudas entre las casas constituía un proceso de relevancia para las prácticas de militancia y también dependía en cierto modo de observar y estar atento a lo que sucedía en las casas de los otros. Estas observaciones permitían, por ejemplo, saber en qué casa podía estar la cortadora de fiambre, en donde habitaba una señora que necesitaba mercadería, y tener la información necesaria para interpretar la presencia de un patrullero frente a alguna casa.

En estas prácticas de observar, golpear las manos frente las casas, ofrecer y pedir ayudas se ponían nuevamente de relieve aquellas relaciones de interdependencia y compromisos recíprocos sobre las que se sostenían las formas de militancia que ponía en marcha Verónica. En la investigaciones sobre movimientos de desocupados en Argentina podemos encontrar evidencias en esta misma dirección, en tanto las reconstrucciones etnográficas han hecho referencia a la circulación de recursos en las viviendas de referentes barriales y al modo en que éstos visitaban casas vecinas en dirección a definir criterios para la distribución de recursos (Colabella, 2011, Manzano, 2013) e invitar a personas a actos y movilizaciones (Quirós, 2011). Estos hallazgos dejaron abierta una línea de análisis a explorar en torno a las conexiones entre las prácticas políticas y aquello que sucede en dichos espacios. Siguiendo aquellos abordajes antropológicos sobre las casas, es posible observar cómo ellas dan soporte a la producción de compromisos y están bajo la influencia de aquellos movimientos que se producen en torno a ellas. El abordaje etnográfico de las casas ha puntualizado en que estas no deben ser tomadas como unidades aisladas, retomando conceptos como el de “configuración de casas” (Marcelin, 1995) o vecinalidad (Webster, 1976; Pina Cabral, 1991) Lejos de ser unidades residenciales separadas unas de las otras, entre las casas se crean lazos de cooperación e intercambio (Marcelín, 1999) que las constituyen y les otorgan una existencia particular (Pina Cabral y Pietrefase Godoy, 2014). Eugenia Motta (2016) sostuvo que la circulación de dinero y objetos entre las casas, a menudo puestos en movimiento por mujeres, mantiene los vínculos entre ellas y permiten desafiar modelos interpretativos basados en la fijeza entre esferas como economía y parentesco. En el caso que venimos analizando, la trayectoria de más de una década que Verónica tenía en su barrio y su participación como referente en un

movimiento social la constituían como una persona a la cual muchos acuden a pedirle cosas. Este intercambio de objetos y ayudas hace posible parte de su militancia. Así, pedir prestada una cortadora de fiambre, separar mercadería para un vecino o vecina, recibir a alguien que no sabía cómo proceder ante un problema constituía acciones a partir de las cuales se construían redes de intercambio, modificando también a las viviendas como espacios que no eran únicamente escenario de la vida familiar.

Esta producción de compromisos entre personas que habitan diferentes casas del barrio, ejercía su influencia sobre los espacios, los transformaba y los poblaba de cosas y personas. Observando objetos presentes en la casa de Verónica era posible anticipar actividades que irían a llevarse adelante o saber cuál sería el menú en el merendero del barrio. En ciertos momentos del mes, una parte de su sala se encontraba repleta de alimentos no perecederos que luego eran retirados por quienes sostenían el merendero. Cerca de la fecha de alguna movilización, había banderas, cañas, pecheras. En este proceso de influencia recíproca entre las casas y las vidas de las personas (Carsten y Hugh Jones, 1995; Miller, 2001; 2013; Ingold, 2000; 2012a), estos espacios ofrecían o restringían las condiciones de posibilidad para desarrollar formas de militancia. Ciertas acciones, como la huerta, el merendero requerían de casas con espacio suficiente disponible como para ser realizadas. Así, no era solo la voluntad de las personas, sino también las características de estos espacios materiales las que permitían involucrarse en ciertas acciones, habilitando la posibilidad de poner a disposición una parte de sus espacios domésticos. Dinamizar vínculos con las personas que habitan en casas cercanas, conocer aspectos de las vidas de quienes habitan allí, saber qué objetos faltan o están presentes en esas casas y quiénes mostrarán predisposición para ayudar en alguna acción puntual forman parte de las prácticas de militancia de Verónica y del conjunto de procesos que la constituían como “referente” política en el barrio que habita.

## **Conclusiones**

En este capítulo interrogamos el modo en que se producen compromisos y expectativas de comportamiento que median las relaciones entre integrantes de las cooperativas y con otros actores cercanos tales como vecinos e instituciones educativas en las que realizan sus trabajos. Esta pregunta se inspira y pretende contribuir a una serie de reflexiones que han sido puestas de relieve en trabajos etnográficos sobre movimientos sociales en Argentina y Brasil. La recuperación de la obra de Marcel Mauss y de Norbert Elías, permitió problematizar visiones instrumentales de la política, para atender al modo

en que las modalidades organización, movilización y demanda se construyen a partir de entramados de relaciones mediadas por “dependencias recíprocas”. Estos trabajos mostraron que tanto en los vínculos entre “referentes” políticos y otras personas que participaban de movimientos sociales como en las relaciones que estos movimientos establecieron con el Estado se generaban deudas y obligaciones que comprometían a las personas unas con otras. Estos compromisos se vinculaban con la asignación de recursos pero también construían la expectativa de acciones concretas, como movilizar, acompañar, participar de la lucha (Quirós, 2011).

Tomando en cuenta estos aportes, en este capítulo mostré que en nuestro caso de análisis, las prácticas esperadas interpelaron a las casas incluyendo aspectos de lo que podría definirse como parte de la vida “íntima” o “privada” y una serie de afectos, formas de sentir y de relacionarse entre vecinos. La producción de compromisos entre integrantes de cooperativas, con vecinos e instituciones, les permite a estos colectivos llevar adelante la *invención* de su trabajo. Al *inventar* el trabajo, no solo desarrollan acciones concretas vinculadas con un oficio, la producción de un determinado bien o la provisión de un servicio. La *invención* del trabajo constituye una modalidad de construcción política en tanto supone aportar a formas de organización barrial y a las *luchas* de movimientos y organizaciones sociales, como hemos desarrollado en el primer capítulo. Aquí, pusimos de relieve que esta construcción política supone también la producción de sentimientos y el desarrollo de prácticas en las casas. Sostuvimos que estas expectativas de comportamiento no pueden comprenderse sin considerar aquellos imaginarios morales negativos que se ciernen sobre quienes reciben asistencia estatal. Estos estereotipos - de “vagancia”, “pasividad”- fueron vivenciados como desafíos concretos a la hora de entablar relaciones y se evocados en reflexiones permeadas por la impotencia y la indignación. Nos interesa poner de relieve que estos imaginarios morales son disputados no sólo en instancias más “públicas” a través de acciones como dar un discurso en una asamblea, exhibir fotos de los trabajos realizados o al producir consignas para movilizaciones. Recuperando los aportes de la antropología de las emociones, subrayamos la productividad de problematizar los límites entre interior/exterior, sentimiento/pensamiento, público/privado (Rosaldo, 1984; Lutz y White, 1986; Reddy, 1996; Leavitt, 1995), evidenciando que las emociones también constituyen prácticas políticas (Fernández Álvarez, 2011, 2017).

En el día a día, el desarrollo de los “proyectos” de las cooperativas tiene como condición de posibilidad el afianzamiento de vínculos específicos, entre sus integrantes y con otros actores como vecinos y representantes de instituciones educativas. Estos vínculos comprometen a las personas a *participar* de actividades; pero también las movilizan a

desarrollar cambios en sus vidas. A partir de un proceso paulatino, que es producido a través de prácticas militantes y formativas y en el que no faltan tropiezos y frustraciones; la construcción política de las cooperativas procura hacerse un lugar en las vidas de las personas, modelando afectos, sentimientos, y formas de disponer de la “intimidad”. Asimismo, construir el trabajo cotidiano supone que las cooperativas tengan un lugar en una serie de vínculos más amplios, sean reconocidas por las escuelas y por los vecinos.



## **Capítulo 5: Prácticas de cuidado y sentidos de género en las tramas políticas colectivas.**

Una mañana de marzo de 2015, asistí a un evento convocado por el Programa Ellas Hacen en una plaza céntrica del distrito bonaerense de Moreno. Desde los talleres de Género y Proyectos de País a los que en ese momento se encontraban asistiendo las titulares, se había propuesto el desarrollo de estas jornadas dirigidas a “mostrar” lo que se hacía en el marco del Programa. La jornada llevaba el nombre de “mujer y memoria” y coincidía con fechas cercanas tanto al “Día internacional de la mujer trabajadora”- el 8 de marzo- como a la fecha de conmemoración del comienzo de la última dictadura cívico militar en Argentina- el 24 del mismo mes. Se trató de un evento que se replicó en los distintos distritos en los que se implementaba el programa. En Moreno, se montó una feria con productos realizados por las titulares, una radio abierta, hubo oradores y oradoras seleccionadas y se entregaron volantes sintetizando contenidos trabajados en las capacitaciones. Cerca del cierre de la actividad, algunas de las titulares se ubicaron en un escenario improvisado y pusieron en escena una breve obra de teatro.

Desde un micrófono, una de ellas leía diálogos mientras las demás interpretaban los personajes. La protagonista no era otra que una titular del programa y lo que se ponía en escena era la rutina con la que se organizaba un día en su vida cotidiana. Comenzaba su día despertando a su marido y a sus hijos, planchaba una camisa y preparaba el desayuno. Luego, llevaba a sus hijos al colegio. Ni bien los había dejado en la puerta de la escuela, prácticamente corría para acudir ella también a la sede de Fines donde se encontraba cursando sus estudios secundarios. Al terminar su horario de cursada, salía disparada nuevamente en búsqueda de sus hijos y en el mismo acto, su marido le pedía por teléfono que prepare el almuerzo. En el camino hacia su casa, compraba milanesas y mientras almorzaban, mediaba en las peleas de sus hijos y les insistía en que “la ayuden con la mesa”, a lo que ellos se negaban rotundamente. Luego del almuerzo, respondía a los llamados de la presidenta de su cooperativa, que le recordaba que a las 14 hs. se veían en un club de barrio, donde se habían comprometido a realizar la instalación de agua aplicando los contenidos aprendidos en las capacitaciones de plomería. Su día terminaba cuando, al llegar a casa y luego de ayudar a sus hijos con las tareas de la escuela, preparar la cena y lavar los platos, se quedaba dormida en la mesa mientras intentaba realizar sus tareas del secundario. Sobre el final, se escuchaba la voz de su marido desde la cama, persuadiéndola para que dejase de estudiar y se acueste con él.

La escenificación fue recibida con aplausos y exclamaciones de quienes estaban allí presentes. Sobrevinieron risas y comentarios eufóricos que permitieron vislumbrar que se trataba de una escena que, si bien paródica, despertaba la identificación de la mayoría de las presentes. Al representar sus vidas, ellas pusieron el foco en el intenso esfuerzo que les demandaba cumplir con diversas actividades. Sobresalía el cansancio físico y mental y la profunda sobre carga y superposición de actividades. La participación en los espacios formativos requería de una estricta gestión de horarios y debía compatibilizarse cotidianamente con los trabajos de cuidado: ir a buscar a los hijos e hijas a la escuela, preparar comidas, ayudar con tareas escolares. Se destacó también la intención de mostrar la casi completa ausencia de ayuda de otras personas para realizar todas estas actividades. El marido apareció en varias escenas como una voz en off, en el teléfono o hablando desde la cama y la escuela es el único espacio con el que cuenta para delegar por algunas horas el cuidado de sus hijos e hijas.

Como hemos desarrollado en la introducción, existe un interesante debate académico sobre los cuidados. Diferentes investigaciones han coincidido en afirmar que la distribución del trabajo de cuidados ejerce influencias significativa sobre las desigualdades entre hombres y mujeres. Estas dinámicas desiguales han sido relevadas en detalle por una serie de estudios centrados en las realidades de Argentina y del resto de América Latina. Se puso de relieve la influencia ejercida por programas estatales implementados en nuestro país al naturalizar la asociación entre mujer y cuidados (Eguía y Ortale, 2007; Pautassi, 2009; Zibecchi, 2013; Anzorena, 2013; Rodríguez Gusta, 2013; De Sena, 2014; Cena, 2014; Grassi, 2013). La documentación exhaustiva de la oferta pública de servicios de cuidado (Rodríguez Enriquez, 2007; Faur, 2010) y la medición de las formas de uso del tiempo (Aguirre y Batthyany, 2005; Aguirre Cuns, 2008; Rodríguez Enriquez y Marzonetto, 2015; Delfino, 2012) han permitido evidenciar que estas desigualdades se tornan más agudas en los sectores populares, dificultando el ingreso de mujeres al mercado laboral y ocasionado trayectorias laborales más intermitentes y precarias. (Cerruti 2003; Zibecchi, 2013).

“Qué hacer con los chicos” era una preocupación recurrentemente expresada por las titulares del *Ellas Hacen* y del *Argentina Trabaja*. De la posibilidad de “resolver” el cuidado dependía su participación en jornadas de trabajo, movilizaciones, reuniones, espacios formativos. En este sentido, se observan fenómenos similares a aquellos observados en análisis acerca de la participación de mujeres en procesos de recuperación de empresas (Fernández Álvarez, 2006, 2017; Partenio, 2011) y movimientos de desocupados (Espinosa, 2013; Cross y Freytes Fey, 2007). Aquí

también, las condiciones de posibilidad para incorporarse en espacios de formación, trabajo y prácticas de movilización, dependían de una compleja articulación y negociación de tiempos antes destinados a realizar trabajos domésticos (Fernández Álvarez y Partenio, 2010). El diseño de los programas estatales analizados en esta tesis incorporaba entre sus objetivos la voluntad de apuntar hacia la ruptura de estereotipos de género y la problematización de las mediante la incorporación de mujeres en espacios de trabajo y formación. Las dificultades para compartir el trabajo de cuidado y la insuficiencia de los servicios públicos dirigidos a la atención infantil constituían sin embargo muestras de una reproducción de desigualdades de género y de la vigencia de sentidos tradicionalmente asociados a lo femenino.

En este capítulo, procuraremos abordar las prácticas de cuidado y las relaciones establecidas con hijos e hijas, recuperando especialmente los aportes de la antropología feminista. En sintonía con el espíritu general de esta tesis, pondremos en suspenso los interrogantes acerca de si su participación en el programa trae aparejada formas de “empoderamiento” o de “ruptura de los estereotipos” de género. Focalizaremos en cambio en los modos en que el cuidado de los hijos se pone en práctica cotidianamente; abordando específicamente la construcción de significados de género asociados a las distintas actividades realizadas por las titulares. La antropología ofrece singulares puntos de vista en dirección a abordar los cuidados como categoría empírica y práctica socialmente construida (Borneman, 1997; Comas de Argemir, 2014). Este aporte recupera una tradición disciplinar que desde la década de 1970, a partir del surgimiento de la antropología feminista, se ha orientado hacia problematizar miradas universalistas y biologicistas de las relaciones de género y de los significados que se le asocian a lo femenino y lo masculino. Esta perspectiva ha permitido revisar visiones esencializadas de la familia (Collier, Rosaldo y Yanagisajo, 1982; Segalen, 1992), y el “amor maternal” (Chodorow, 1974; Badinter, 1980; Tarducci, 2011), señalando que el modo en que se construyen ideales acerca de la maternidad forma parte de un proceso social e histórico (Moore, 1991; Palomar Vereá, 2005; Tarducci, 2008).

Tomando los aportes de la antropología feminista, en este capítulo interrogaremos específicamente el modo en que el cuidado de los hijos e hijas se entrecruza cotidianamente con la participación en espacios de trabajo y formación propuestos por un programa estatal y las prácticas de militancia desarrolladas por estas mujeres. Como ya hemos ido recorriendo a lo largo de los capítulos previos, nuestras interlocutoras tienen trayectorias heterogéneas en las que podemos observar sin embargo, algunas cuestiones comunes. Todas ellas han sido destinatarias de diferentes programas

estatales, cuya condición de titularidad se vinculaba con el hecho de tener a su cargo hijos e hijas menores de edad. Como parte de su tránsito por diferentes programas de transferencia de ingresos, ellas han venido participando de espacios de formación y trabajo junto a otras mujeres y, en algunos casos, se han incorporado también a procesos de construcción política desarrollados por organizaciones sociales. En torno a sus casas se desarrollaron una serie de prácticas políticas vinculadas articuladamente con la implementación de programas estatales y a las formas de militancia en organizaciones sociales. En este capítulo, interrogamos cómo se construyen sentidos y prácticas vinculadas a cuidar a los hijos e hijas, en estos contextos de vida en los cuales la participación en distintos espacios formativos, de trabajo y en formas de militancia ocupan un lugar preponderante para la reproducción de la vida. Procuraremos evidenciar los modos en que el cuidado se construye en relación con estas prácticas políticas y no como una esfera separada de ellas. Nos proponemos analizar el modo en que se construyen reflexiones acerca de la maternidad y los cuidados; y abordar específicamente cómo las prácticas de militancia se desarrollan a partir de vínculos entre madres e hijos e hijas.

### **“Vení que yo te los miro”**

Durante el tiempo que realicé trabajo de campo junto a titulares del Ellas Hacen, pude comprobar que los y las talleristas les permitían asistir a espacios formativos acompañadas de sus hijos e hijas. Los espacios de formación solían llenarse de bebés y niños pequeños que gateaban y corrían en las inmediaciones, jugaban entre ellos o permanecían en las faldas de sus madres. En caso de que los hijos e hijas de las mujeres se encontrasen en edad escolar; era frecuente que el horario escogido para asistir a capacitaciones o a estudios formales se correspondiera con los horarios de la escuela. Los y las talleristas solían consensuar con las titulares la posibilidad de terminar antes los talleres, para que ellas pudieran llegar a tiempo a retirar a sus hijos e hijas. Así ocurrió en los talleres de Género y Proyectos de País que acompañé en Moreno. Las capacitaciones tenían lugar en un local ubicado en el centro de Moreno, cercano a la estación de trenes. Para poder llegar a tiempo a los establecimientos educativos ubicados en barrios más alejados; era necesario hacer un viaje en colectivo de unos 45 minutos en promedio. Por este motivo, si bien el horario formalmente establecido era de 8,30 a 11,30; se había acordado terminar a las 11,15, en pos de dar tiempo suficiente para trasladarse hacia allí. En el caso de la cooperativa Mujeres Valientes, de Tres de Febrero, los talleres tenían lugar en un club barrial cercano a sus domicilios y colegios a los que asistían la mayoría de los y las hijas de las titulares. Las capacitaciones solían

comenzar a las 8 y finalizar a las 11 dejando un tiempo libre antes de la salida del colegio.

Muchas veces, escuché reflexiones acerca de estas dinámicas, tanto de parte de talleristas y otros funcionarios y funcionarias estatales como de las titulares. La flexibilidad para acomodar horarios y permitir la presencia de niños y niñas en las actividades formativas solía presentarse como una de las condiciones que hacía posible la “inclusión social” de las mujeres. Se solía remarcar que, a diferencia del Argentina Trabaja, que estaba dirigido tanto a hombres como a mujeres, el Ellas Hacen había sido pensado especialmente para “mujeres con muchos hijos” y estas características de la población debían ser tenidas en cuenta. Las titulares también evocaban al cuidado de los hijos e hijas a la hora de exponer sus dificultades para asistir a actividades o asumir responsabilidades específicas dentro de la cooperativa. Cuando en 2014, me encontraba trabajando como funcionaria estatal en el INAES, participé en las jornadas de formalización de las cooperativas y registré un intercambio significativo acerca de este punto. El capacitador había expuesto cuáles serían las funciones que debería cumplir la persona que eligieran como presidenta de la cooperativa; una de las titulares pidió la palabra y expuso una incomodidad que parecía sintetizar sensaciones que venía procesando desde hacía algún tiempo: “Yo estoy empezando a sentir, estoy sintiendo, como que es mucha presión para nosotras. No se olviden que nosotras somos madres, tenemos muchos hijos y de pronto pensar que vamos a tener que ir a hacer trámites, que vamos a tener que hacer los papeles, es mucha presión para nosotras, para la que se tenga que encargar de todo eso”.

Su comentario vino a romper un silencio que se había generado después de las explicaciones provistas por el capacitador del INAES. Nadie se estaba ofreciendo para ocupar el rol de presidenta y en su intervención podrían rastrearse algunos de los motivos. “Recordándonos” a los y las funcionarias que ellas eran “madres con muchos hijos”, se podía leer entre líneas una cierta crítica hacia el programa, una impugnación a la forma en que el cuidado era escasamente tenido en cuenta a la hora de proponer formas de participación de las titulares en las cooperativas. En efecto, la planificación de la política no previó otras estrategias para compatibilizar ese trabajo con aquellas actividades requeridas por el programa estatal, por fuera de la flexibilidad horaria y de la posibilidad de que ellas asistan acompañadas por sus hijos. No se generaron formas alternativas de provisión de servicios públicos de cuidado; lo cual parece sugerir la

vigencia de una visión que naturaliza la asociación entre mujeres, maternidad y cuidado (Sciortino, 2018a; Arcidiacono y Bermudez, 2018a).<sup>79</sup>

En el caso las titulares del Argentina Trabaja con las que interactué durante el trabajo de campo, la distribución del cuidado infantil también era un asunto que presentaba dificultades a la hora de garantizar la participación de mujeres en las cooperativas. El trabajo en la construcción de viviendas y en las instituciones educativas poseían algunas características que hacían más difícil que ellas asistieran acompañados por sus hijos e hijas. Se trataba de tareas que requerían la utilización de herramientas y materiales que podían ser peligrosos para niños y niñas pequeños. En este sentido, la participación de mujeres acompañadas por sus hijos e hijas era menos frecuente durante las jornadas de trabajo y sólo ocurría ocasionalmente a modo de excepción. En cambio, resultaba más común que niños y niñas estuvieran presentes en otras actividades, tales como el funcionamiento de merenderos, el desarrollo de jornadas de formación o las movilizaciones. En cuanto al trabajo en instituciones educativas, la presencia de menores de edad que no fueran alumnos de la escuela estaba directamente vedada y, las mujeres con niños o niñas a cargo no podían acudir con ellos. Durante mi trabajo de campo junto a la cooperativa Nestornauta, registré solo una situación en la que Carmen, una de sus integrantes, acudió junto a su nieta, y esto ocurrió en una jornada que la cooperativa hizo en la escuela fuera del horario de clases, cuestión que puede haber contribuido a que se flexibilizara el criterio

Ante la escasez de dispositivos propuestos por el Estado, las titulares de ambos programas recurrían a menudo a movilizar relaciones familiares para resolver el cuidado de los hijos e hijas más pequeños. Los hijos e hijas mayores eran muchas veces quienes compartían con las madres el trabajo de cuidado de los y las menores. Era frecuente que los grupos familiares de las titulares estuvieran compuestos por más de tres hijos e hijas, a menudo con una considerable diferencia etaria. De este modo, hijos e hijas ya adolescentes solían convivir con hermanos que estaban atravesando la primera infancia y a quienes se ocupaban de cuidar durante algunas horas al día.

Quienes más frecuentemente se ocupaban del cuidado de sus hermanos menores eran las hijas mujeres, aunque también registré casos en los que este trabajo quedase a

---

<sup>79</sup> Según registra Silvana Sciortino (2018a), en La Plata, sí existía una guardería en la que las mujeres podían llevar a sus hijos los días que hacían trabajos en construcción. Sin embargo, no se trataba de un espacio de cuidado con cuidadoras asignadas. Eran las mismas madres que llevaban a sus hijos las que debían quedarse con ellos en ese espacio, viéndose impedidas de participar de los espacios de trabajo.

cargo de varones. A modo de ejemplo, podemos considerar la situación de Jimena, una integrante de la cooperativa Todos Unidos cuya hija tenía 4 años de edad en el 2016. Cuando su madre participaba de las jornadas laborales de la cooperativa, la niña quedaba a cargo de sus hermanos mayores, que tenían entre 16 y 18 años de edad. Si bien sus hijos “le miraban a la nena”, ellos “no se hacían cargo” del almuerzo ni de la limpieza de espacios comunes, ni del lavado de la ropa. Así, en el horario del almuerzo, Jimena solía salir disparada a preparar el almuerzo a todos sus hijos, o se ocupaba de dejar algo listo con antelación. Una situación semejante era la de Mirta, integrante de la misma cooperativa, que dejaba a veces a su hijo de cinco años con sus hijos mayores, pero no delegaba en ellos el cuidado del más pequeño, que tenía tan solo un año y medio. De este modo, si bien existían tanto mujeres como varones quedándose a cargo de sus hermanos y hermanas menores, solía ocurrir que los segundos se ocupasen de un número más reducido de tareas que las primeras. Así, Mirta, que no tenía hijas mujeres, contaba con menos posibilidades de “delegar” trabajos domésticos y de cuidado. Durante un tiempo contó con la ayuda de su sobrina, de 18 años, quien vivió con ella durante aproximadamente un año. Ella estaba contenta con esta convivencia porque decía que su sobrina era “muy compañera” y la ayudaba tanto con los chicos como con “las cosas de la casa”. Tal como ha sido identificado en otras investigaciones, se pone de relieve que las lógicas de residencia ejercen influencia sobre el desarrollo de formas de sociabilidad que permiten generar estrategias para resolver el cuidado de los niños y niñas (Santillán, 2010; Bustamente y Mc Callum, 2011; Araos Bralic, 2016).

En algunos casos, la utilización de una misma casa o terreno por parte de varias generaciones impulsaba formas específicas de distribución de los trabajos de cuidado. Este era el caso de Mónica, titular del Ellas Hacen en Tres de Febrero e integrante de la cooperativa Mujeres Valientes. Ella tenía cuatro hijos de diferentes edades. Al momento del nacimiento de su cuarta hija, en el año 2015, su hijo mayor también estaba esperando una hija. Al año siguiente, su segunda hija de 17 años quedó embarazada. Ambos continuaron viviendo en la casa de Mónica. Su nuera también se mudó a esa vivienda y comenzaron a construir una casa en la planta alta. Para el año 2018, la casa de arriba todavía estaba en construcción y Mónica compartía su vivienda con sus cuatro hijos, tres nietas y su nuera. El hijo de una vecina, que tenía poco más de un año de edad, solía pasar las mañanas y las tardes allí ya que su hija mayor trabajaba como su niñera. Para poder salir a desarrollar trabajos como empleada doméstica en casas particulares, Mónica dejaba a su hija más chica al cuidado de su hija mayor, que estaba simultáneamente a cargo de su propia hija y del hijo de su vecina. La otra hija de Mónica, que ya tenía 12 años, también cuidaba a la más pequeña en ocasiones y ya estaba

acostumbrada a gestionarse ella misma las comidas, lavar su ropa y prepararse para ir a la escuela.

Una situación similar se hacía presente en la vida de Carla, también integrante de la cooperativa Mujeres Valientes. A diferencia de Mónica, Carla era quien se había mudado a una casa en construcción en la planta alta de la vivienda de sus padres. Su mudanza había ocurrido en el 2017, cuando los aumentos de precios y tarifas le hicieron difícil sostener el alquiler del departamento que habitaba hasta entonces. Si bien la mudanza le había traído aparejadas algunas incomodidades y la pérdida de privacidad, me comentó que, además de no pagar alquiler, contaba con la ventaja de poder pedirle a sus padres que “le mirasen” a sus hijos si ella tenía que salir. En algunas situaciones, también contaba con la ayuda de una hermana algunos años menor que ella que se quedaba junto a sus hijos e hijas. En el caso de Sandra, que tenía cinco hijas de entre 15 y 2 años y para el año 2018 estaba esperando su primera nieta, solía contar con la ayuda de sus hijas mayores para resolver el cuidado de las menores.

Como advierte Santillán (2010), estas formas de colaboración entre familiares que viven en las cercanías, no debe comprenderse como una respuesta mecánica a la proximidad espacial, ni como evidencia de una suerte de *disposición* de los sectores subalternos para concretar relaciones de ayuda mutua. La autora propone entender estas prácticas de cuidado reconociendo que se trata de interacciones inscriptas en coyunturas y correlaciones de fuerzas marcadas por profundas asimetrías. Su etnografía demuestra la predominancia que ocupan actores tales como la iglesia Católica y organizaciones sociales a la hora de regular estos arreglos de cuidado. Problematizando también esta tendencia a observar estas prácticas de ayuda como formas espontáneas de “reciprocidad”, Eleonora Faur (2012) sostuvo que el cuidado a cargo de otros familiares, realizado como “favor” o a cambio de retribuciones monetarias, constituye una de las estrategias más frecuentes en los casos en que la oferta pública escasea. Esta falta de oferta adecuada de cuidado y la influencia ejercida por aquellas políticas que transfieren ingresos a las mujeres en relación a su condición de madres acaba contribuyendo a reproducir roles tradicionales en las mujeres pobres. Silvana Sciortino (2018a) también identificó la existencia de tramas de lazos de parentesco, vecindad y amistad a través de las cuales titulares del Ellas Hacen de La Plata resuelven el trabajo de cuidado. La autora puso de relieve que la participación en el programa dio lugar al desarrollo de formas particulares de construcción de lo doméstico a través de relaciones de parentesco, étnicas y migratorias que conectan familias y generan “prácticas compartidas” de cuidado. Así, como proponen estas investigaciones, nuestras



reconstrucciones etnográficas también evidencian que en un contexto signado por desigualdades de clase y género, el cuidado de los hijos/as es generalmente resuelto a través de tramas de relaciones entre mujeres; en muchos casos unidas por lazos de parentesco y vecindad.<sup>80</sup>

Asimismo, la participación en un programa estatal y los contactos establecidos con compañeras de las cooperativas también promueven la generación de arreglos y formas de ayuda entre titulares, evidenciando la importancia de pensar estos procesos desde una mirada que desborde los límites de la familia nuclear (Fernández Álvarez y Pacífico, 2016). A menudo, a la hora de cumplir con las capacitaciones de asistir a una reunión o incluso al planificar encuentros recreativos; quienes tenían hijos de edades similares solían ponerse de acuerdo para llevarlos y promover que jueguen entre ellos mientras ellas conversaban o participaban de alguna actividad. Quienes ya no tenían a su cargo hijos menores y contaban con mayores posibilidades de acomodar horarios, solían colaborar en la atención de los hijos de las otras durante las capacitaciones. Así, durante las capacitaciones del Ellas Hacen, solía haber, en los grupos de diez o quince mujeres que conversaban, unos cinco o seis bebés que pasaban de brazo en brazo, dormían en algún cochecito o eran alzados por hijas mayores que también acompañaban a sus madres.

Las mujeres que cumplían con funciones como “referentes” en las sedes de Fines también solían contemplar la posibilidad de que allí asistieran una cantidad de niños y niñas pequeños acompañando a sus madres y muchas veces se ocupaban de generar propuestas de juegos o actividades para ellos y ellas. Tal era el caso de Laura, titular del Ellas Hacen y presidenta de la cooperativa Nuevos Rumbos de Moreno. Ella ingresó al programa ya teniendo finalizados sus estudios secundarios. Desde el comienzo se ocupó de gestionar asistencia y otras cuestiones relativas a la cursada de los estudios secundarios de otras titulares. Registrando la presencia de muchos niños y niñas, Laura comenzó a proponer actividades para que realizaran mientras estudiaban sus madres, llevando artículos de librería, juegos y hasta harina para que elaboren panes. En una oportunidad, un sábado en el que estábamos montando una feria en una plaza de su barrio, ella se cruzó con una vecina que caminaba acompañada de un niño de aproximadamente un año y medio. Se saludaron y Laura le preguntó por qué estaba

---

<sup>80</sup> A partir de 2018, las distintas organizaciones que integran la CTEP comenzaron a desarrollar proyectos para generar espacios de cuidado infantil en distintos barrios populares. En los distritos donde hice trabajo de campo, estos espacios fueron inaugurados a partir de mediados de 2018, de modo que no llegaron a ser contemplados en esta investigación. Para un análisis de espacios de cuidado gestionados por organizaciones que integran la CTEP en la ciudad de Rosario, ver Cavigliaso, 2019.

faltando en la sede de Fines. “Es que no sé dónde dejarlo a él”, respondió señalando a su hijo. “Traelo, yo te lo miro”, contestó Laura rápidamente y le aseguró que no tenía problema en “mirárselo”, que él “se portaba bárbaro” y que tenía pensado llevar juegos para entretener a los e hijas de las estudiantes; así como gestionar una copa de leche para que pudieran tomar la merienda. La vecina le agradeció y le explicó que si bien le pagaba a una niñera para que lo cuide cuando trabajaba, no le alcanzaba el dinero para contratar sus servicios también durante los días que estudiaba.<sup>81</sup>

En cuanto a Laura, en los años que duró mi trabajo de campo fui testigo de algunos cambios en la forma en que ella disponía del cuidado de sus dos hijas e hijo, los cuales se relacionaban tanto con su creciente participación en una serie de actividades fuera del hogar, como con la edad de sus hijos e hijas. Para cuando la conocí en 2015, su hija menor tenía 9 años y la mayor 13 y ella todavía no los dejaba solos en su casa, criterio que se fue flexibilizando a lo largo de los años a medida que reconoció que fueron creciendo. Su marido trabajaba buena parte del día y contaba con escaso tiempo disponible para quedarse con ellos. Laura solía ir acompañada por sus hijos a una buena parte de las actividades que realizaba. En la sede de Fines de la que ella era referente, sus hijas solían organizar juegos con los niños más pequeños que asistían allí, aliviando de algún modo la responsabilidad de “mirarle” a los hijos de las estudiantes que Laura solía ofrecer cuando estimulaba a las mujeres a que no dejaran sus estudios.

Los datos reconstruidos traen a relucir al existencia de un conjunto de tramas colaborativas de cuidado desarrolladas entre mujeres, a las que muchas veces nuestras interlocutoras hacían referencia evocando categorías tales como como las de “mirar” a los chicos, “quedarse” y “estar” con ellos y ellas o incluso “ayudar con la casa”. El cuidado podía aparecer también bajo formas menos explícitas, como los juegos que las hijas mayores de Laura organizaban con los niños pequeños que asistían a la sede de Fines. A la hora de referirse a la necesidad de compatibilizar el cuidado infantil con otras actividades, muchas veces se hacía referencia al hecho de tener que “resolver qué hacer con los chicos”. De algún modo, esta construcción aludía a que eran ellas quienes “resolvían” el cuidado, aun cuando lo delegaban a otras personas, principalmente mujeres, que “ayudaban”. Estas formas de referirse y de poner en práctica el cuidado de los hijos e hijas nos permiten visibilizar el modo en que muchas veces éste tipo de

---

<sup>81</sup> En el capítulo siguiente, reconstruiré con mayor detalle una serie de prácticas que se desarrollaron en torno a la sede de Fines de la cual Laura era referente, haciendo especial hincapié al modo en que la resolución del cuidado infantil se articulaba con el abordaje de situaciones de violencia de género y la construcción de formas de organización en dirección a contribuir al tratamiento de esta problemática.

trabajo puede hacerse presente solapado bajo acciones diversas e incluso simultáneas, como mirar, estar o jugar. Como veremos en el siguiente apartado, la relación que las mujeres establecían con el cuidado infantil se solía corresponder con una forma de establecer sentidos en torno a lo femenino y lo masculino; a partir de la cual los varones solían quedar muchas veces excluidos del cuidado, especialmente cuando se trataba de la atención a la primera infancia.

## **La mujer pulpo**

Una serie de temáticas vinculados al cuidado infantil aparecían recurrentemente en los intercambios durante las capacitaciones y jornadas de trabajo. En el caso del Ellas Hacen, se trataba de asuntos que estaban incluidos en el contenido de los talleres formativos propuestos para las titulares. Para la misma época en la que tuvieron lugar las jornadas de Mujer y Memoria a las que me referí al comienzo, en las capacitaciones de Género y Proyectos de País estaban promoviéndose reflexiones orientadas a “desnaturalizar” los sentidos asociados a lo masculino y a lo femenino. Para tal fin, se desarrollaron actividades tales como el análisis de letras de canciones, chistes y publicidades; la enumeración de trabajos productivos y reproductivos, la lectura de textos sobre feminismo, la discusión de documentos elaborados por ONU mujeres, entre otras. La puesta en común de opiniones y perspectivas sobre estas actividades daba lugar a que las mujeres compartan experiencias propias y, muchas veces, reconstruyeran aquello que esperaban (y no) de los varones que las acompañaban.

- ¿Cuando hablamos de género hablamos de lo mismo que si hablamos de sexo anatómico? ¿Femenino y masculino es lo mismo que varón y mujer?- preguntó la tallerista de uno de estos encuentros en Moreno- Piensen que uno nace con características físicas, pero después, todo lo otro que estuvimos hablando que se atribuye a esas características físicas, que puede ir cambiando, que por ahí antes eran de una manera y ahora de otra... Tengan en cuenta, por ejemplo, todo el trabajo que hacen ustedes en las casas, ¿qué cosas hacen?- dijo.

- Limpiamos, llevamos a los chicos a la escuela- respondió una de las mujeres

- Cocinamos, ¡todo!- agregó otra.

- A veces los hombres ni lavar la ropa quieren y eso que hoy en día, es apretar un botón, no como antes que tenías que lavar a mano- dijo Laura- Yo el año pasado, me iba todo el día una vez por semana que tenía los talleres de plomería y René [su marido] se

quedaba con los chicos. Cuando yo volvía estaban los tres sentaditos, quietos. Les preguntaba “¿tomaron la leche?” y me decían que papá no se las había hecho para no ensuciar. Mate y arroz hervido les daba, así sólo tenía que lavar una olla. “No te vayas más mami” me decían los chicos.

- Todo ese trabajo que ustedes hacen en sus casas- retomó la tallerista- Es lo que se llama trabajo reproductivo, que no deja una ganancia económica directa, pero es necesario. Es el trabajo que comúnmente hacen las mujeres, siempre fue invisibilizado, ¡pero es un trabajo!

Luego de mencionar ejemplos sobre ambos tipos de trabajo, la tallerista reflexionó:

- El otro día estaba en la plaza tomando mate con una amiga y escuchaba que una mujer decía que las mujeres somos como un pulpo: podemos hacer mil cosas a la vez.

- Sí!- asintió Laura- yo el domingo llegué tarde a casa. Y lo dejé a René arreglando el piso. Cuando llegué, todos los teléfonos tenían llamadas perdidas. “¿Qué no podías atender?” Le pregunté. Y me dijo “No, estaba trabajando.”. Bien que cuando yo estoy en casa me dice “¿Cómo no atendés el teléfono?”. Pero él no puede hacer dos cosas a la vez!!

- Nosotras estamos limpiando la casa, haciendo la comida, ayudando a los chicos con la tarea, todo al mismo tiempo!- insistió otra.

- Yo los lunes siempre me ocupaba de lavar la ropa y ahora la estoy lavando los domingos porque los lunes venimos acá. Ayer se fueron todos de paseo y yo me tuve que quedar lavando, una pila así de ropa me habían dejado!!- intervino otra de las mujeres.

- ¿Y los hombres? ¿Pueden realizar las tareas de la casa?- preguntó la tallerista

- Noo!- respondieron varias, entre risas

- Poder pueden, el tema es que no quieren- dijo Laura- Se armó un debate con ese tema en casa después. Porque estábamos yo y René, llegamos los dos al mismo horario. Yo me puse a descolgar la ropa del ténder y él... ¿Podés creer que se sentaba a esperar que yo ponga la pava para el mate? Entonces le dije “no querido, esto lo estuvimos viendo en el curso, ¡la pava te la ponés vos! Y sino, ponete a descolgar la ropa que sino

ya es medianoche y sigue la ropa colgada ahí". Así que bueno... por lo menos se puso la pava para el mate.

- Bueno, muy bien- dijo la tallerista

- Algo negociaste.- dijo otra de las titulares- A mí mi suegra me caga a pedos, porque yo a mi hijo de 16 años lo hago lavar los platos. Entonces ella no lo puede entender, me dice que cómo voy a hacer qué él lave los platos. Claro, porque ella a sus hijos no les hacía hacer nada y así salieron.

A continuación, la tallerista entregó hojas en blanco a cada una de las presentes y les pidió que dibujen ejemplos de trabajos productivos y reproductivos. Luego, las imágenes fueron pegadas en una cartelera en la pared. Al ver el dibujo de un plomero, dirigió la atención a los espacios formativos propuestos por el programa:

-Un hombre puede aprender a cocinar igual que una mujer. Y la mujer puede ser plomera también. Por eso este programa les propone que ustedes aprendan plomería, electricista, para que se puedan ir pensando haciendo esas actividades.

El encuentro cerró con una última actividad en la que se nos propuso que pensáramos sueños y objetivos para el futuro y que reflexionáramos acerca de los obstáculos que creíamos que deberíamos sortear para alcanzar esos propósitos. En su mayoría, las chicas compartieron anhelos de terminar sus estudios o comenzar trayectorias formativas de nivel terciario o universitario y también refirieron a las posibilidades de "progresar" consiguiendo un "buen trabajo". Al reflexionar acerca de los posibles "desafíos", se exponía nuevamente la necesidad de resolver "con quien dejar a los chicos" y se planteaba incluso la posibilidad de "esperar a que estén más grandes".

Estas reconstrucciones evidencian el modo en que las cuestiones que se exponían públicamente en la obra de teatro montada durante las jornadas de Mujer y Memoria, podrían pensarse a partir de su correspondencia con contenidos e intercambios que tenían lugar en las capacitaciones. En los talleres de Género y Proyectos de País procuraba apuntar hacia el reconocimiento de que "aquello que las mujeres hacían en sus casas" constituían trabajos valiosos y necesarios. La obra de teatro, diseñada en el contexto de una actividad propuesta por estos espacios formativos puede pensarse como parte de un discurso esperado y aceptable en el marco del programa, cuyas capacitaciones ponían por ese entonces un énfasis en el reconocimiento de todas las actividades cotidianas realizadas por las mujeres. En los espacios formativos solían

ponerse de relieve tanto aquellas reflexiones acerca de algunos cambios que el ingreso al programa había suscitado en las vidas de las mujeres, como los desafíos cotidianos que se enfrentaban al repensar estas prácticas de distribución del trabajo doméstico y de cuidados. Surgían de forma recurrente la negativa de los maridos a involucrarse en actividades domésticas, los celos y la reticencia a la hora de aceptar sus ausencias en las casas. Finalmente, parecía ser moneda corriente que sean las mujeres quienes acababan cargando en sus espaldas el peso de todas estas complejidades; desarrollando habilidades para atender múltiples asuntos al mismo tiempo, postergando espacios de ocio y proyectos de formación o trabajo, adecuando sus actividades cotidianas a horarios del colegio.

En la organización cotidiana del trabajo de las cooperativas del Argentina Trabaja solían ponerse de manifiesto algunas cuestiones semejantes. El modo en que las mujeres vivenciaban su participación en las jornadas laborales y en otras prácticas desarrolladas por las cooperativas se diferenciaba respecto al de sus compañeros varones. Aquellas que tenían hijos pequeños a cargo contaban con menos posibilidades de “relajarse” y compartir un espacio de esparcimiento luego del trabajo. Cuando las jornadas se extendían durante mañana y tarde, las mujeres con hijos menores a cargo solían salir apuradas a retirarlos del jardín o del colegio. O, en el caso de que hubieran quedado al cuidado de hijos e hijas mayores, pasaban a buscarlos de sus hogares para que asistan a la escuela. Así, mientras que para los varones o para las mujeres con hijos más grandes el horario de almuerzo era un momento de potencial descanso; las mujeres con hijos pequeños no tenían garantizada esta posibilidad.

Además del desgaste físico, de andar corriendo de acá para allá, se sumaban las tareas de gestión y la “carga mental” de estar pendiente de los/as chicos/as. Mandar un mensaje para saber si una hija había llegado a su clase “particular” de matemática en fechas cercanas a las mesas de examen. Llamar por teléfono para despertar a un hijo y asegurarse que llegue a tiempo al trabajo. Esperar el aviso o la confirmación de cuáles serían las actividades diarias de alguno/a de ellos/as durante el día y confirmar que quién estaría a cargo de su cuidado se encuentre finalmente disponible. Tal como ha sido señalado Cristina Carrasco (2003), el trabajo de cuidado supone no solamente la realización de acciones directas, sino también un conjunto de tareas complejas de gestión y organización, que se realizan a tiempo completo, tanto fuera como dentro del hogar. Diferentes trabajos han señalado que el cuidado posee particularidades con respecto a otros trabajos domésticos, en tanto supone relaciones afectivas que resultan indisociables de las actividades realizadas (Carrasco, 2003) y que

suponen un sentimiento de preocupación por los demás dirigido a que estas personas se *sientan* cuidadas (Folbre, 1995). Esta atención a los aspectos inmateriales y emocionales del trabajo de cuidado ha permitido evidenciar que se trata de una actividad que se encuentra presente en la totalidad de la vida, desafiando los límites de las casas y borroneando las fronteras de lo público y lo privado, el amor y el trabajo (Tronto, 2013). Entre mis interlocutoras, acciones vinculadas al cuidado infantil recorrían pensamientos y reflexiones cotidianas, tornando a “los hijos” un asunto que se encontraba presente aun cuando no estaban con ellos y que marcaba diferencias en cómo experimentaban las jornadas de trabajo los hombres y las mujeres.

Durante las jornadas de trabajo, estas desigualdades de género se hacían evidentes y daban lugar a reflexiones en las que se exponían formas de construir sentidos en torno a lo masculino y lo femenino. Luego de una de las jornadas de trabajo en la construcción de una vivienda de un integrante de la cooperativa Todos Unidos, los hombres de la cooperativa y Verónica, cuyas hijas e hijo ya eran más grandes, se habían quedado un rato más, tomando unos mates y distendiéndose luego de la jornada de trabajo. Era una tarde muy calurosa y el temor a una inminente tormenta de verano y la necesidad de regresar al hogar donde esperaban hijos/as y trabajos domésticos pendientes hizo acelerar la partida del resto de las mujeres de las cooperativas; con quienes emprendí el regreso. Mientras comentábamos qué haríamos para aliviar el desgaste del cuerpo luego de la jornada de trabajo, surgieron comentarios acerca de lo que restaba por hacer en relación al cuidado: lavar y colgar ropa, cocinar, hacer compras para el inicio de las clases. Varias de ellas reflexionaron acerca de que ya hacía ocho años que venían trabajando en la cooperativa y cómo habían compaginado el trabajo en la cooperativa con embarazo y nacimientos. Sorprendida acerca de la celeridad con la que pasaba el tiempo y la antigüedad que ya tenía su pertenencia a ese espacio, una de las chicas expresó que para ella la cooperativa constituía un trabajo “bueno para las mujeres”, porque, ya que eran pocas horas y era posible acomodar horarios, les permitía también “estar en casa con los chicos”. “Ahora, para los varones sí, ya sería bueno que se consigan algo mejor, algo con más horas y que ganen más”, agregó entre risas luego de esa reflexión.

Las vivencias y percepciones de las mujeres sobre los trabajos domésticos y de cuidados, contenían implícitamente también una definición acerca de lo que esperaban de los hombres. Los comentarios acerca de lo que los hombres pueden y/o quieren hacer, la expectativa de que ellos sean quienes trabajen más horas y ganen más dinero se hacían presente en conversaciones cotidianas. La reivindicación de sí mismas como

cuidadoras eficaces y como “buenas madres” se correspondía a menudo con una forma de concebir a los varones como cuidadores menos aptos. Así, lo esbozaba por ejemplo Laura, que bromeaba sobre la falta de paciencia que su marido dispensaba cuando debía ocuparse de los hijos. Esta forma de pensar la relación entre varones y cuidados adquiría particularidades en relación a los periodos iniciales de vida de los y las hijas. Cuando inicié el trabajo de campo junto a la cooperativa Mujeres Valientes, de Tres de Febrero, conocí a Jazmín, que tenía por entonces 25 años de edad y cinco hijos de entre 8 y 2 años. Estaba recientemente separada del padre de los niños que era unos cuantos años mayor que ella y con quien había comenzado una relación cuando ella tenía 14 años. Una mañana, me contaba que hacía varias semanas que su ex marido no le pasaba dinero y que casi ni veía a sus hijos. Algunas veces, él pasaba a llevarse por un rato a sus hijos varones que eran los mayores, pero con las más pequeñas le resultaba más difícil construir un vínculo: “Ya la de cinco a veces me pregunta, mami vamos a ver a papa y yo le digo que vamos a ir, pero él no pregunta por ella. Es que como es nena, él no sabe cómo hacer si le pide de ir al baño o algo así, no entiende, no tiene idea”.

El escaso conocimiento de los varones acerca de las cuestiones concretas que era necesario tener en cuenta a la hora de cuidar niños, especialmente cuando eran pequeños y requerían de ayuda para alimentarse, vestirse o ir al baño, era un tema recurrente que atravesaba las dificultades para hacer efectiva una redistribución de los cuidados. Asociada a esta imagen, también solían circular referencias en torno del anhelo de “conseguir” un marido que cumpliera con el rol del varón proveedor. En una oportunidad, durante una de las capacitaciones del Ellas Hacen, la hija más chica de Carla jugaba con el hijo de otra titular que tenían entre 2 y 3 años de edad. Todas comenzaron a bromear con que estaban “como noviecitos” y Carla, acusando recibo de las bromas, se dirigió hacia su hija:

- Bueno, pero vos decile de entrada que él te tiene que mantener a vos, no vos a él!
- No existen más, eso quiero yo, uno que trabaje!!- se sumó Mónica.
- Ya no quieren saber más nada- coincidió Mariela.
- Yo también, quiero un marido así- se sumó Sandra.
- El mío es así!!!- dijo otra de las mujeres- Se va a las 6 de la mañana y vuelve a las 6 de la tarde, come algo y se va a dormir. No me hace lío. Me deja hacer lo que quiero y se queda con los chicos.
- ¿Y no tiene un hermano che?- preguntó Mariela entre risas.



Todas quedaron sorprendidas por el relato de su compañera, que parecía tener “el marido ideal”. Sus reacciones confirmaban el carácter excepcional que ellas le adjudicaban a la posibilidad de conocer un hombre de esas características, trabajador, no celoso, que aporte dinero y también cuide a los hijos. En estas conversaciones, se ponía de relieve una cierta idealización de formas tradicionales de pensar las relaciones de género y la división sexual del trabajo. La construcción de imaginarios acerca del “marido ideal” estaba permeada por mandatos referidos al lugar que ha sido asignado a la familia a partir del advenimiento de los estados de bienestar; en el cual las mujeres se asignaba a las mujeres el desarrollo trabajos domésticos y de cuidado, mientras que sus maridos proveían de ingresos económicos debido a su inserción en el ámbito público y el mercado. Así, recuperando las reflexiones de Pérez Orozco (2006) observamos cómo la idea de familia nuclear fordista, aparecía en estos intercambios como una norma social que funcionaba como ideal, aun cuando no fuese accesible para amplios segmentos de la población.

Los significativos aportes de la antropología feminista han permitido problematizar estos ideales normativos, señalando que aquellos sentidos asociados a las categorías de hombre y de mujer se encuentran contruidos socialmente. En sintonía con las reivindicaciones que el feminismo como corriente teórica y movimiento político puso de relieve a partir de la década de 1970; los trabajos fundantes de la antropología feminista se lanzaron hacia la búsqueda de modelos explicativos de la opresión de las mujeres. En estas primeras reflexiones, la asociación entre mujeres y los procesos de reproducción y procreación resultó un elemento central (Lamas, 1986; Silverstein y Lewin, 2016). Así, algunas autoras plantearon que la opresión de la mujer encontraba sus raíces en una serie de dicotomías socialmente construidas, las cuales la asociaban con lo doméstico (Rosaldo, 1974), la naturaleza (Ortner, 1974) y la maternidad (Chodorow, 1974).<sup>82</sup> Si bien la utilización de estas dicotomías fue problematizada en trabajos posteriores (Rosaldo, 1995, Yanagisako y Collier, 1987; Lamphere, 1993), estos aportes sentaron las bases para una problematización de categorías occidentales de familia y de la asociación entre mujer y maternidad. Se ha evidenciado que no existe una forma única o universal de ser mujer, resultando relevante situar al género en contextos históricos y sociales, atendiendo a las diferencias concretas entre mujeres y

---

<sup>82</sup> Tal como plantea Louise Lamphere (1993), estas afirmaciones se basaban en una comprensión de estos pares de opuestos que las ubicaba por fuera del dominio de lo biológico, para comprenderlas como construcciones elaboradas socialmente. Sin embargo, la idea de que la biología constituye lo inmutable y que las prácticas culturales pueden ser transformadas con mayor facilidad también ha sido problematizada en trabajos antropológicos posteriores (Lamas 1986)

examinando el complejo entramado de relaciones de género, raza y clase (Moore, 1991). La familia nuclear fue abordada como una unidad ideológica con implicancias morales cuyo surgimiento se relaciona con la constitución del Estado moderno y el mercado capitalista (Colier, Rosaldo y Yanagisako, 1997). Su asociación con las relaciones de afecto, sostén emocional, intimidad y refugio fue comprendida como una construcción histórica (Segalen, 1988; Colier, Rosaldo y Yanagisako, 1997). Otras investigaciones contribuyeron en esta dirección embarcándose en la desmitificación del “amor maternal”. Se puso de relieve el modo diverso en que las relaciones madre-hijos se construyeron en momentos históricos (Bandinter, 1981; Knibiehler, 2001) y contextos sociales específicos (Scheper Hughes, 1992).

Estos aportes abren camino a interrogar el modo en que se construyen socialmente sentidos en torno a la maternidad y a la organización de las relaciones de género. En contextos marcados por importantes asimetrías de género y clase, se observó que las visiones feminizadas de los cuidados, desde las que se enaltecía que ellas estaban más capacitadas para ocuparse de los hijos e hijas que los varones, se articularon con otras construcciones de género desde las cuales la maternidad no constituía la única identificación. La analogía de la “mujer pulpo” sintetizaba algunos de los modos en que se organizaban y significaban las relaciones de género. Se trataba de una formulación que ponía justamente el acento en que, además de cuidar, ellas pasaban a ocupar otros lugares, a desarrollar formas de organización que no estaban directamente vinculadas a uno de los polos de la oposición público/privado.

En el caso del trabajo de campo que hice con integrantes de cooperativas que formaban parte de la CTEP, se solía afirmar que la existencia de un componente mayoritariamente femenino en las filas de la organización se debía a que eran ellas quienes primero “salían a luchar” para compensar situaciones de crisis económica y garantizar la supervivencia de los hijos. En marzo de 2017, la CTEP y otras organizaciones sociales llevaron adelante medidas de protesta en demanda por la aplicación de la ley de emergencia social que, aprobada en diciembre del año anterior, aún no había sido implementada. Juno a Verónica, acompañé un corte de ruta en la panamericana. Allí nos encontramos con María y otras referentes del Movimiento Evita de San Miguel ya que se trataba de una acción planificada en forma conjunta a varios distritos de la zona noroeste del gran Buenos Aires. Conversando con una militante de la CTEP de San Miguel, y luego de comentarle brevemente acerca de los alcances de mi investigación, ella me dijo: “En San Miguel lo que está bueno es que hay mucha construcción de poder femenino, la verdad que están realmente en la toma de decisiones las mujeres. Son

muchas las mujeres que tienen poder y casi todas las cooperativas tienen presidentas mujeres. No sólo estamos en los merenderos”.

La apuesta por construir formas de participación de las mujeres que trasciendan aquellos estereotipos de género más tradicionales formaba parte de las preocupaciones de muchas militantes y a veces se correspondía con una forma de relacionarse con objetos materiales específicos como herramientas y máquinas utilizadas en las jornadas de trabajo o tambores y platillos en las movilizaciones. Analía, la presidenta de la cooperativa Nestornauta solía afirmar que en la cooperativa ella podía hacer lo que siempre le había gustado ya que, desde chica siempre había tenido una tendencia a interesarse por cosas “de hombres”. No ocultaba el encanto que le generaban las herramientas y las mostraba con especial orgullo: “Yo por esta moladora, tengo fascinación”, solía decir. Se jactaba de tener una mejor conexión con la cortadora de pasto que aquella que sostenían sus compañeros varones y cuando ellos no lograban hacerla arrancar, ella se hacía paso entre sus miradas resignadas y lo intentaba con ímpetu, muchas veces logrando resultados favorables.

La presencia de mujeres en espacios socialmente considerados como propios “de los hombres”, su involucramiento en procesos de toma de decisión y su contacto con objetos materiales específicos constituía un proceso que muchas veces implicaba no abandonar otros vinculados al cuidado, como la gestión de los merenderos o la atención de los propios hijos. Su asociación con tareas vinculadas al cuidado no inculcaba la posibilidad de construir formas de militancia atentas a las relaciones de género, de llevar adelante reflexiones críticas acerca de qué lugar ocupan ellas en los movimientos sociales, o de construir negociaciones cotidianas con varones de su entorno en torno a la distribución del trabajo doméstico.

Resulta entonces pertinente recuperar algunas reflexiones que han sido puestas de relieve por investigaciones previas sobre la participación de mujeres en procesos de organización colectiva. Una serie de trabajos, realizados en su mayoría desde una perspectiva etnográfica, procuraron problematizar aquellos abordajes clasificatorios de los movimientos de mujeres basados en criterios pre establecidos desde los que se interrogaba su potencialidad para contestar significados y relaciones de género. En su conjunto, estos trabajos mostraron que es preciso abordar las prácticas de las mujeres trascendiendo la dicotomía público/privado y observando cómo se politizan una diversidad de relaciones de poder y condiciones de vida (Díaz Barriga, 2000; Lind, 2005; Berger, 2006) colectivizándose asuntos tales como la comensalidad (Bayard de Volo, 2001; Fernandes, 2008), el bienestar de la comunidad (Jimenez, 2010) y las situaciones

de violencia en los hogares (Tellez, 2008). Se puso entonces en evidencia que aun cuando su participación en procesos de organización colectiva y movilización social evocara como punto de partida roles de género tradicionales, este proceso poseía igualmente la potencialidad de generar transformaciones en las vidas de las mujeres y problematizar asimetrías entre hombres y mujeres. En esta dirección, etnografías situadas en Argentina sostuvieron que la apelación a formas de legitimación ancladas en el cuidado coexistió con la problematización de asimetrías de género, mediante la generación de espacios de mayor autonomía (Fernández Álvarez, 2006, 2017) y la construcción de formas de encuentro entre mujeres (Partenio, 2011; Espinosa, 2013).

En coincidencia con estos aportes, es importante considerar que la construcción de sentidos y relaciones de género alternativas a las vigentes constituye un proceso contradictorio y fragmentario; signado a menudo por la impugnación de ciertos roles y valores y la reproducción de otros mandatos y significados de género tradicionales. Atender a las variadas formas de resolver el cuidado y las connotaciones asociadas a éste trabajo resulta sin dudas de gran interés debido a que la distribución de estas tareas constituye un aspecto central en las relaciones de género. En nuestro caso, la apuesta por construir formas de “poder femenino” o “desnaturalizar” los roles de género; fue construida mayormente a partir de la incorporación de mujeres en espacios formativos y tareas consideradas “tradicionalmente masculinas” como los trabajos de construcción, arreglos de plomería. Si bien la construcción de un relato heroico acerca de la capacidad de las mujeres para abordar diversos objetivos puede correr el riesgo de romantizar un sacrificio anclado en asimetrías de género, es posible identificar que esta sobrecarga de trabajo no es asumida por las protagonistas de esta tesis de forma acrítica. La puesta en escena descrita al comienzo tenía la clara intención de visibilizar y ridiculizar estos padecimientos. Esta representación, junto con las variadas interacciones entre mujeres en las que ésta intensificación del trabajo se tornaba objeto de reflexión; permite identificar que existe un proceso de revisar y pasar por la propia experiencia estas asimetrías.

### **“¿Vos tenés chicos?” Reflexiones en torno a la (no) maternidad**

Una mañana de junio de 2015, cuando iba camino a la casa de Laura, la vi subir al colectivo en el que yo estaba viajando; uno de los tantos ramales de “la perлита” que unen el centro de Moreno con los barrios más alejados. Estaba cargada de bolsas del supermercado. Me dijo que había ido hasta “el Día” a comprar salchichas que estaban

en oferta porque tenía que reponer las que otra mamá del colegio, había puesto en su nombre para la venta semanal de panchos que organizaban en la cooperativa de la escuela. Teníamos varias actividades programadas para ese día. Comunidad Organizada, la agrupación política en la que Laura militaba había alquilado recientemente un local cerca de su casa y teníamos pensado trabajar limpiándolo y poniéndolo a tono para su inauguración. Además, a la tarde nos esperaba en su “centro comunitario” una señora de un barrio cercano que estaba interesada en sumarse a la agrupación. Ese día, Laura estaba particularmente contenta porque existían grandes posibilidades de que finalmente se le concretara una oportunidad que estaba esperando hacía rato: entrar a trabajar a la dirección de la mujer del municipio. Ya había tenido una entrevista y entregado una copia de su Currículum, pero, hasta que no estuviera confirmado, se cuidaba de contarlo.<sup>83</sup> Al comentármelo mientras tomábamos unos mates antes de ir a retirar a sus hijos a la escuela, me había dado a entender que me estaba confiando algo que en ese momento constituía una intimidad. Ella ya tenía planeada la logística familiar que pondría en práctica cuando le saliera el trabajo. En la entrevista, había incluso anticipado que prefería entrar 8,30, en vez de a las 8, para llegar a tiempo a dejar a sus hijos en la escuela.

El día siguió su curso entre actividades de militancia y el cuidado de sus hijos/as. En un recorrido de dos cuadras, fuimos y volvimos de su casa a la escuela, pasando en el camino por el local de la agrupación. Almorzamos en su vivienda y, antes de volver a salir rumbo al local, Laura formuló una pregunta en la que convocó directamente mis perspectivas a futuro. Yo estaba levantando la mesa, ella lavaba los platos y Luna, su hija menor me seguía para mostrarme las actividades que realizaba en su cuaderno de la escuela y en el de catecismo. “¿Vos pensás tener hijos?”, me preguntó Laura de repente. Le respondí que creía que sí, pero que no era algo que estaba planificando para el futuro inmediato y, sin llegar a ahondar en mis motivos y reflexiones, ella completó las explicaciones: “Es que cuando tenés hijos... ¡Olvidate de seguir estudiando!”. La pregunta de Laura fue el prelude para que ella me contase algunos aspectos cruciales de su trayectoria, un relato que escucharía otras veces en distintas reuniones:

---

<sup>83</sup> De hecho, esta oportunidad que parecía estar tan cerca a su concreción, acabó frustrándose cuando en agosto de 2015, el entonces intendente de Moreno, Mariano West perdió la interna del Partido Justicialista contra Walter Festa. Tuvieron que pasar varios años para que Laura pueda finalmente obtener un trabajo como el que esperaba. Me referiré a este recorrido en el siguiente capítulo.

- Yo antes estudiaba administración de empresas, ¿sabías? En la Universidad de los polvorines, la General Sarmiento. En ese momento trabajaba como maestra particular, daba clases de apoyo a los chicos del barrio. Con lo que ganaba me pagaba el boleto del colectivo, los apuntes. A los 19 años vi en un documental en la tele que decía que después de los 25, el cuerpo de la mujer se ponía más duro y era más difícil el trabajo de parto. Encima yo había tenido una tía que le había costado mucho parir. Entonces hice cuentas. Me faltaban cinco años para terminar la carrera y yo quería ser madre. Entre que conocía a alguien y me casaba, pasarían dos años más, después me iba a embarazar y ya no iba a terminar la carrera. Decidí dejarla... No sabés cómo se puso mi papá, me quería matar.

- ¿Y te gustaba lo que estudiabas? ¿O no te convencía?

- Me gustaba, sí. Pero más me gustaba ser madre. Encima mi papá me dijo “Pero... ¿Con quién vas a tener un hijo vos si no tenés ni novio?” y yo le dije, “No sé, tal vez inseminación artificial”.

Laura estalló en risas recordando un pensamiento que ahora le sonaba lejano y tal vez absurdo. Además, como cabe considerar acerca de todas las reconstrucciones sobre el pasado, estas se enuncian desde el presente. Laura me hablaba desde esa cotidianidad que tuve la oportunidad de compartir con ella, en la cual los tiempos se alternaban entre buscar a los chicos al colegio, participar de reuniones, acondicionar un local de militancia y resolver cuestiones de la cooperadora de la escuela. Algunas semanas atrás, viajando en micro rumbo a un acto en Luján, me había comentado que su marido le había “pedido un bebé”. Ella se había negado argumentando que su cuerpo no estaba preparado para un cuarto parto y que en ese momento tenía otras prioridades, como conseguir un trabajo y hacer algo “por ella”. La discrepancia no había estado exenta de tensiones entre con su marido. Según interpretaba, él tenía una reacción contradictoria en relación a su militancia: “por un lado le gusta, por otro lado le da celos; le gustaría que esté más en casa”, “me apoya pero también le molesta cuando suena el teléfono a cualquier hora”, solía decirme. Para Laura, el pedido de “un bebé”, no podía pensarse por fuera de estas miradas ambiguas que su marido tenía al respecto de su militancia. Su negativa había evocado la necesidad de cuidarse a ella misma, preservando su cuerpo y aludiendo a las complicaciones fisiológicas que había tenido luego de su último parto; y también protegiendo ese espacio propio en el que se constituía como militante y construía alternativas laborales a futuro. Ahora que sus hijas e hijo eran más grandes le resultaba más posible proyectarse trabajando fuera de su casa y se trataba de una posibilidad que no estaba dispuesta a resignar. A partir de esa misma relación, ella significaba mis

perspectivas a futuro, completando el espacio de las explicaciones que no llegué a darle, y aventurando la hipótesis de que si me figuraba la maternidad como una perspectiva para más adelante, esto podría deberse a que esta posibilidad me impondría limitaciones para otros proyectos, como continuar con mis estudios.

No fue la única que vez que alguna de mis interlocutoras quiso saber acerca de mis proyecciones con respecto a la maternidad. Muchas veces, la pregunta acerca de si tenía hijos sobrevolaba las primeras conversaciones, dándome a entender que era una información relevante a tener en cuenta acerca de mí, una especie de carta de presentación. Luego de esa pregunta, solían expresarme alguna reflexión acerca de lo que “los hijos” suponían en sus vidas, reflexiones que muchas veces tomaban la forma de consejo: “Mejor, no los tengas”, me respondió entre risas Carla, una titular del *Ellos Hacen* luego de que yo le dijera que no tenía hijos. “A mí, por ejemplo, me gustaría conseguir un trabajo, pero con los chicos, se me complica”, agregó luego. Analía, al contrario, frunció un poco el ceño cuando conté que tenía 29 años, convivía con mi pareja hacía tiempo pero que todavía “los hijos” no eran parte de nuestros planes. “Ay Flor, ¡hay una vida además de los libros!”, me advirtió. Ella había quedado embarazada por primera vez a los 18 años. Cuando la entrevisté, me contó que ese primer hijo había sido “buscado” y que esa búsqueda se debía principalmente a que “se quería casar”, pero su madre “no la dejaba”. “Nos pusimos a pensar y le dije a mi marido: mirá la única forma de que me deje casar es si yo me quedo embarazada. Si yo quedo embarazada, me caso. Y así fue”.

Si “qué hacer con los chicos” se presentaba como un asunto a ser resuelto cotidianamente para desarrollar diversas tareas de trabajo y militancias; para mis interlocutoras; las implicancias de tenerlos (o no) en cada momento de la vida, constituían reflexiones presentes en las interacciones; se imponían como tema de conversación y como eje analítico que no había previsto. Me resultó particularmente difícil abordar estas reflexiones, en primer lugar porque partían muchas veces de una interpelación directa de mis perspectivas a futuro. Me exigían una toma de posición sobre asuntos que eran también complejos para mi propia trayectoria y sobre los que me costaba dar una respuesta única y segura. Estos diálogos eran un indicador claro de que el trabajo de campo constituye una experiencia generizada (Abu Lughod, 1988; Markowitz, 2003; Gregorio Gil, 2014). Se trataba de una temática en la que mi propia condición de género modelaba los intercambios. La pregunta acerca de si tenía, o pensaba tener hijos me interpelaba como mujer y, al mismo tiempo, ponía en evidencia que así como compartíamos la condición de género, también nos separaban diferencias

vinculadas a la clase, lugar de residencia; y en algunos casos la edad y la formación académica (Harding, 1987). Pero además, la recurrencia de esas reflexiones acerca de los “pensamientos” en torno a “tener- o no- chicos”, ponía de relieve una serie de sentidos que tornaban aún más complejo el modo en que ellas se relacionaban con los trabajos de cuidado. De forma articulada a aquellas advertencias en torno a las “limitaciones” que trae aparejada la maternidad; se construía también un relato acerca de la posibilidad de “querer cuidar” o de “querer ser madre”.

En las conversaciones cotidianas, la maternidad y los cuidados eran evocados aludiendo a sentidos que distaban de ser unívocos y que suponían análisis retrospectivos y balances que ponían a estos temas en relación con las condiciones particulares de vida en momentos específicos de sus trayectorias. Una charla entre integrantes de la cooperativa Nestornauta durante una jornada de trabajo en una escuela trajo a relucir cuestiones de este tipo. Carmen y Analía se encontraban conversando con una de las porteras. Carmen sacó su celular y mostró fotos de todos sus nietos y las tres comentaron las imágenes con ternura.

- Yo quiero tener un nieto!! Pero mis hijos no quieren saber nada!!- dijo Analía
- Pero todavía sos joven vos. Tenés tiempo- dijo la portera.
- Sí, pero yo quiero tenerlos ahora, que podría cuidarlos, no cuando sea vieja y ya no pueda ni agacharme

Blanca se acercó y comentó que a “su patrona”, le pasaba lo mismo. Ella trabajaba realizando tareas de limpieza en casas particulares y comenzó a hablar de la relación que mantenía con una de las señoras para las que trabajaba, a quien conocía hacía varios años. Dijo que trabajaba durante cuatro horas una vez por semana, pero que con tres horas le alcanzaba para completar los trabajos que le pedía. La hora restante se la pasaba merendando con su jefa, que le convidaba café con leche, tostadas y valoraba también la conversación. Parecía ser que la compañía, estaba incluida como parte del trabajo que Blanca hacía en su casa. Se trataba de una mujer jubilada, con hijos grandes, que, según reconstruía Blanca “se aburría y quería un nieto”.

- Yo al contrario, todavía no quiero saber nada con ser abuela!!! Quiero que mis nenas estudien, tengan un buen trabajo. Yo creo que ellas saben, que ellas entienden... Nos ven a nosotros, que las tuvimos muy jóvenes y nos costó más, saben todo lo que nos faltó- reflexionó Blanca.
- Yo a mí ultimo hijo, lo busqué porque estaba aburrida- contó Analía- mi marido me dijo “¿Estas segura?”. Es que mis hijos ya iban todos a la escuela, y yo qué



hacía todo el día en mi casa. Cuando iba a hacerme los controles me sentía re vieja. Todas madres jovencitas y yo, ya tenía más de treinta.

Como se ponía de manifiesto en esta conversación y en aquella que años atrás había mantenido con Laura; las reflexiones en torno a los momentos deseables para tener o no hijos solían incluir consideraciones acerca de una variedad de aspectos de la vida como la edad, las condiciones económicas y las posibilidades de estudiar o trabajar. Al invitarme a formar parte de estas reflexiones, interpelando mis deseos y proyecciones; se exponían algunas diferencias en relación a la extracción de clase; en tanto la expectativa acerca de qué edad era más adecuada para tener hijos variaba no

Un hijo no representaba lo mismo en cualquier circunstancia; no siempre constituía algo esperado y deseable; contradiciendo aquellas imágenes idealizadas de la omnipresencia del amor maternal. Marcela Largarde (2003) ha planteado que existe en nuestra sociedad un ideal de mujer que queda “atrapada” en un sincretismo de género; en el que se articula el deber de cuidar y de sentir satisfacción por ejercer la maternidad, con la necesidad social y económica de participar de procesos educativos, laborales y políticos. Según la autora, el cuidado está en el centro de las contradicciones de género y al distribuirse de forma desigual, acaba generando que una porción de la población se descuide a sí misma para cuidar de los otros. Estas contradicciones y ambivalencias señaladas por la autora nos ofrecen un prisma interesante para pensar los diálogos reconstruidos más arriba. En las charlas acerca de “tener o no tener hijos”, el cuidado aparecía evocando sentidos que tensionaban tanto el ideal de amor maternal y satisfacción a través del cuidado; como aquellos que lo ubican únicamente como mandato que se impone y sobrecarga a las mujeres.

Resulta complejo definir estas reflexiones en términos de “decisiones” o “deseos” en torno a la maternidad. La histórica asociación, muchas veces sostenida a partir de supuestos biologicistas, de las mujeres con las tareas de cuidado y la condición de madres ha sido un asunto central en la constitución y mantenimiento de asimetrías de género. La maternidad es construida socialmente y esta construcción supone una serie de mandatos e ideas esencializadas desde las que se producen juicios calificativos acerca de aquello que se espera que las mujeres hagan (Palomar Vereá, 2004; Tarducci, 2008). A partir de un análisis etnográfico sobre adopciones directas en Misiones, la antropóloga Mónica Tarducci (2011) ha identificado que ésta idea de la maternidad como un anhelo universal suele proyectarse en la suposición de que sólo los motivos económicos explican que una mujer quiera dar a su hijo en adopción. La autora plantea, siguiendo a Browner (2000) que al *decidir* sobre la reproducción, ya sea

tener un hijo o darlo, se ponen en juego tanto aspectos materiales como emocionales; factores estructurales que son experimentados e interpretados a través de ideologías de género.

Estas consideraciones acerca de la relevancia de tomar recaudos a la hora de establecer relaciones lineales entre las reflexiones acerca de los procesos reproductivos y las condiciones socioeconómicas resultan pertinentes para nuestro estudio. Existen trabajos académicos que han interrogado cómo la maternidad es experimentada en los sectores populares. En su ya clásica etnografía sobre las relaciones de género y arreglos familiares en un barrio popular en Brasil, Claudia Fonseca (2000) identificó que “ser una buena madre” formaba parte fundamental de la construcción del prestigio y orgullo femenino, ejerciendo notable influencia en la construcción de su imagen pública. Algunos trabajos locales más recientes identificaron que en contextos definidos como “marginales”, “los hijos” poseen un valor simbólico, ofrecen la posibilidad de construir proyectos de vida propios (Marcus, 2006; Faisnsod, 2011) y son significados como el principal motor para mejorar condiciones de vida tales como las de la cárcel (Kalinski, 2011) o experiencias signadas por el consumo de drogas (Castilla y Lorenzo, 2012).

En nuestro caso de análisis, las reflexiones e intercambios que hemos citado nos invitan a considerar un entramado complejo de anhelos, perspectivas a futuro y emociones que se entrecruzan al pensar a “los hijos”. Por un lado, las frecuentes interpelaciones acerca de mi posible proyecto de maternidad y el modo en que ésta vivencia era reconstruida en sus trayectorias parecen indicar que ser madre- y que sus hijos e hijas sean madres y padres- aparece como un destino casi inevitable; del cual resta definir tiempos y momentos apropiados. Por otro lado, la maternidad y el cuidado no aparecen como el único destino posible, no son analizados de forma escindida a otras perspectivas a futuro. Las reflexiones y charlas entre mujeres no parecen esquivar la consideración de las tensiones que ser madre acarrea para la realización de otros proyectos de vida. El reconocimiento de que los hijos y las necesidades de cuidado que éstos encarnan especialmente durante los primeros años constituyen una limitante para el ejercicio de otras tareas constituía un aspecto que se hacía presente recurrentemente durante estas conversaciones.

La socióloga israelita Orna Donath (2015) sostuvo que tomar en consideración las miradas retrospectivas que se construyen en torno a la maternidad, constituye una vía de análisis poco frecuente y de gran productividad para el análisis de las experiencias de mujeres en relación a la reproducción. La autora recupera una serie de análisis feministas que, partiendo de una mirada crítica de las relaciones de poder en tiempos

de neoliberalismo han propuesto conceptualizar las experiencias de las mujeres, trascendiendo el binarismo entre decisión/no decisión (Meyers, 2001; Gil, 2008; Lahad, 2014). El trabajo de Donath analiza narrativas de mujeres que expresan sentirse arrepentidas de haber sido madres y construye desde allí un análisis sugestivo que pone en primer plano el modo en que la transición a la maternidad es interpretada a lo largo de los años. Su énfasis está en problematizar aquellas miradas que la ubican como un pasaje hacia una nueva esfera o reino, en la que no hay nada para reevaluar, ni ninguna historia a ser contada. Las reflexiones de Anzorena y Yañez (2013) sobre sus propias experiencias de “no-maternidad” también suponen una interesante apuesta por trascender este tipo de oposiciones excluyentes. Las autoras plantean que el mandato de la maternidad se construye de un modo que lleva a un falso dilema en el que ser madre o no serlo se vuelven opuestos irreconciliables. Sus reflexiones constituyen una interesante lente desde donde observar cómo las mujeres critican mandatos, a la vez que construyen decisiones en constante negociación con ellos. Así, la no maternidad no se vincula tanto a un posicionamiento en torno a ser o no madres; sino con “un rechazo a la maternidad institucionalizada, con negarse a ser madres bajo cualquier circunstancia o a ser solo madres” (2013: 238)

Inspirándome en estas contribuciones, considero relevante tener en cuenta el modo en que las reflexiones de nuestras interlocutoras, nacidas en el marco del diálogo con otras mujeres entre las que me incluyo, introducen matices en un relato idealizado de la maternidad. Se trata de intercambios en los que es posible hacer un balance; sopesar a esa experiencia como una práctica que no puede ser analizada desarraigada de condiciones más generales de vida. Éstas perspectivas pueden aportar a problematizar análisis monolíticos y maternalistas acerca del cuidado, para restituirle su carácter de relación social (Carrasco, 2003), en la que se ponen en juego aspectos subjetivos y emocionales; un vínculo que se define en relación- a veces de oposición y otras de complementariedad- a otros horizontes de vida posibles.

### **“Hay familias enteras que militan”: Intersecciones entre cuidados, maternidades y prácticas políticas**

“Fue mucho el tiempo que le saque a mis hijos”, me dijo Verónica una mañana, mientras viajábamos en colectivo y ella reflexionaba acerca de la cantidad de años que llevaba participando del Movimiento Evita. Sus palabras indicaban un balance retrospectivo que me tomó por sorpresa, ya que ella solía definirse a sí misma tomando una explícita

distancia de aquel estereotipo de “madre abnegada”, cuyas prioridades se construyen en torno a las necesidades de su familia y de la casa. De hecho, tenía con su casa una relación contradictoria. Por un lado, desde allí se construían buena parte de sus prácticas de militancia y solía dedicarse a reformarla, mantenerla e incluso embellecerla. Por otro, muchas veces decía que ella era realmente feliz “afuera” de su casa, en la calle, en el tren, en las reuniones políticas y en las movilizaciones. Comentaba que si se quedaba muchos días seguidos en su vivienda, le agarraba “bajón” y solía decir entre risas que, antes que “ama de casa”, ella se sentía una “odio de casa”. Dándole continuidad a su balance retrospectivo, Verónica manifestó que igualmente estaba contenta y orgullosa por el estilo de vida que llevaban sus hijas y su hijo, poniendo especial énfasis en los proyectos a futuro que tenían sus hijas mayores y destacando como aspectos positivos el hecho de que ellas “militaban, estudiaban, hacían deporte”.

En efecto, como les sucedía a la mayoría de nuestras interlocutoras, compatibilizar la participación en organizaciones sociales y cooperativas con las necesidades de cuidado de sus hijos implicaba desafíos cotidianos en la vida de Verónica. Si bien su hijo e hijas ya estaban más grandes y no requerían de una atención constante; una variedad de prácticas de cuidado cotidianas se alternaban con sus actividades de trabajo y militancia. Responder y escribir un *WhatsApp* para estar al tanto de las actividades cotidianas de sus hijos/as, asegurarse de que vayan alimentados y bien vestidos al colegio, dedicarse a la confección de un vestuario para un acto escolar, intervenir en las peleas entre los dos hijos más chicos, ayudar en tareas escolares; eran acciones que se entremezclaban con la asistencia a reuniones del movimiento, la redacción de documentos para su organización, la participación en movilizaciones, la realización de trabajos de construcción de viviendas con su cooperativa y su trabajo como vendedora ambulante en el ferrocarril. Era frecuente que sus hijos e hijas la acompañen en algunas de estas actividades. Desde pequeños, estaban habituados a participar de reuniones y eventos de protesta, tenían sus propias remeras y buzos de la organización y conocían una buena parte de los cánticos que solían entonarse en las movilizaciones.

Desde los primeros intercambios, las reflexiones acerca de los logros y tropiezos de sus hijos e hijas formaron parte de nuestras conversaciones. El día que la conocí, mientras esperábamos que caliente el agua para tomar mate en un local del Movimiento Evita; ella aprovechó para mostrarnos a mí y a María Inés, fotos de sus hijos. Catalina, su segunda hija, que hacía poco había cumplido los 15 años, se encontraba en ese momento militando con un grupo de jóvenes que habían inaugurado su propio local del Movimiento Evita, en un distrito cercano a Pilar. Su madre estaba muy contenta con los

pasos que venía dando, imaginando para ella un futuro de “crecimiento en la política”. La propia celebración de sus 15 años había sido una clara muestra de la centralidad que la militancia política estaba teniendo en su vida, cuando a partir de una propuesta de su madre, ella había decidido concurrir con su vestido y su maquillaje listos para una sesión de fotos, al acampe que en ese momento sostenían distintos movimientos sociales en Plaza de Mayo, en demanda por la libertad de Milagro Sala. Las fotos de su hija, luciendo su “vestido de 15” y cuidadosamente arreglada, sosteniendo carteles que pedían la liberación de la líder de la organización Tupac Amaru, fueron parte de las imágenes que Verónica nos mostró en su celular ese día.

Verónica no ocultaba el orgullo que sentía cuando “sus hijos seguían sus pasos” en la construcción de formas de organización política y solía afirmar que la militancia era parte de lo que ella y su marido “le dejaban” a ellos. Su reflexión acerca de la militancia como algo que “quitaba tiempo” a su hijo y a sus hijas, podría en principio ser interpretada como la evidencia de que sus experiencias de maternidad no se encontraban a salvo de aquellos mandatos que suelen posarse sobre las mujeres. Pero esos “deber ser” de la maternidad se tornaban menos absolutos cuando reflexionaba acerca del “aporte” que su militancia inscribía en sus formas de crianza y en aquello que pretendía “dejarle a sus hijos”. En su día a día, involucrarse en prácticas de militancia no se traducía en acciones contrapuestas a aquellas vinculadas al cuidado de los hijos e hijas. Para ella, la militancia era algo que “compartía con la familia”, algo que ella, sus hijos y su marido, hacían en conjunto. “Acá hay familias enteras que militan” me dijo alguna vez cuando me describía la dinámica de organización barrial en su distrito. Como ha sido mostrado por otros estudios etnográficos, la incorporación a un movimiento social es muchas veces posible a partir de una diversidad de vínculos, entre los cuales las relaciones familiares adquirieron centralidad (Quirós, 2009; Rangel Loera, 2009). La etnografía de Julieta Quirós (2009) ha evidenciado que la gestión y el sostenimiento de los planes sociales era muchas veces posible gracias a relaciones familiares, desde las que se definían tanto la asignación de recursos como las formas en que se realizaba la “contraprestación”. En nuestro caso de análisis, la forma de reconstruir este proceso a la que aludía Verónica no solo aportaban explicaciones acerca de cómo las personas ingresaban a estos movimientos. Tampoco refería únicamente a la necesidad de llevar a los hijos a movilizaciones y actos políticos a causa de no tener con quien más dejarlos. Ella colocaba un acento formativo en la militancia; estaba convencida de que, acompañándola, sus hijos e hijas aprendían algo importante.

Entre 2016 y 2017, las andanzas de Catalina y los vaivenes de su trayectoria como militante ocuparon parte importante de nuestras conversaciones. Con quince años, ella comenzaba a tener peso propio dentro de la organización y a los pocos meses de iniciar el trabajo de campo, Verónica me anunciaba con una sonrisa de oreja a oreja, que la habían nombrado “responsable” de la juventud, una posición que acarrearía nuevos desafíos. Entre ellos, era quien coordinaba reuniones, se ocupaba de difundir información y le daba la bienvenida a militantes “nuevos” o personas “interesadas en sumarse”. Durante las jornadas que pasé en su casa, observe que a menudo, ella acudía a su madre en pedido de consejos o para comentarle que, luego de la escuela participaría de reuniones u otras actividades. Le leía en voz alta, mensajes de WhatsApp que estaba a punto de enviar a los grupos, buscando la aprobación de su madre o pidiéndole su opinión sobre alguna cuestión que no estaba segura de cómo expresar. Una tarde de septiembre de 2016, cuando estábamos por empezar a preparar la leche a los niños/as del merendero, su hija se acercó a contarnos que se iría “al local”, en donde debía coordinar una reunión con jóvenes que querían sumarse a la organización. Expresó sentirse nerviosa porque era la primera vez que cumplía esa tarea y su madre le propuso que ensaye con nosotras qué iba a decir. En una especie de simulacro de reunión, Verónica se ocupó de presentarle posibles preguntas que podrían formularle. La oportunidad fue aprovechada por su madre para reflexionar más ampliamente acerca del sentido de su militancia: “¿Por qué militamos? Militamos porque queremos que las cosas sean diferentes, si fuera por Macri, nosotros no tendríamos nada, para comer y vestirnos tendríamos con suerte... ellos quieren que nosotros nos conformemos con lo mínimo y nosotros militamos porque creemos que un chico del barrio, que los pobres, tenemos derecho a tener una vida digna, un juguete, comer un asado...”.

Verónica definía su militancia como un compromiso con las necesidades del otro, como la voluntad de estar disponible para quién necesitara ayuda y la capacidad de conmovirse ante las injusticias sociales. En este sentido, ella retomaba algunos valores que podrían identificarse como “tradicionales del peronismo”, asociando la política a una ética del afecto y la compasión por el sufrimiento del otro (James, 2004). Al definir a sus hijas e hijo como militantes, no se refería únicamente al modo en que se involucraban en las actividades del movimiento. Asociaba esta condición a una serie de virtudes tales como la disposición por ayudar a otros/as y una cierta sensibilidad para con las desigualdades. Como muchos militantes con los que interactué, creía que la organización debía invertir tiempos y esfuerzos en la “formación de los militantes”, en dirección a crear liderazgos, proyecto que solía ser sintetizado bajo la expresión “formación de cuadros”. Para ella, un buen militante debía estar en constante formación,

participando de espacios de discusión y siempre “dispuesto a aprender”. Habitualmente, le decía a sus hijo y a sus hijas que era muy importante que estén “formados”. Esta “formación” consistía no sólo en participar en debates, reuniones y la incorporación de conocimientos. Su hijo e hijas se “formaban” también en el hacer cotidiano, participando de movilizaciones, realizando pintadas, jugando con los niños y niñas que asistían a la copa de leche, colaborando en el guardado y distribución de la mercadería. “La formación empieza por casa”, decía Verónica.

En el capítulo anterior, describimos las prácticas de formación que ella llevaba adelante en la cooperativa y observamos cómo la expresión de sentimientos y la reflexión emotiva acerca de las experiencias personales constituía un aspecto central en aquellos espacios. Un espíritu similar guiaba las prácticas de cuidado de Verónica, el modo en que se relacionaba con sus hijos/as, y su intención por transmitir aquellos “valores de la militancia”, tanto a través del discurso como del ejemplo que daba con sus prácticas, compartiendo con ellos y ellas su participación en política. Si el modo en que ella promovía prácticas formativas en la cooperativa estaba permeado por una dimensión emotiva, que permitía la producción de conocimientos de modo encarnado; estas prácticas pedagógicas configuraban también el sentido que le otorgaba al cuidado de sus hijos e hijas.

El 26 de julio de 2016, en ocasión del aniversario número 64 de la muerte de Eva Perón, el Movimiento desarrollo un homenaje que consistió en la realización de ollas populares en distintos distritos de la Provincia de Buenos Aires. La iniciativa tenía como propósito “visibilizar” el trabajo que se venía haciendo en merenderos y comedores y recordar a Evita mediante una acción que pusiera en el centro “las necesidades de los más humildes”. Ese día, me encontré con Verónica y con Catalina en el local del Movimiento en el que se encontraba militando ésta última. En el auto de uno de los militantes, cargamos verduras ya cortadas, latas de arvejas, paquetes de arroz, ollas, cucharones, bandejas plásticas y un gazebo. Mientras nos preparábamos, Verónica comentó lo mucho que le había costado despertar a su hija. “Me vas a acompañar a la olla, al final?”, le había dicho mientras la llamaba. Palabras que acabaron por despabilar a Catalina: “Vos sos la que me acompaña, yo milito ahí”. Entre risas, su hija reconstruía el diálogo que habían tenido y reafirmaba que ése era un espacio propio, al cual pertenecía más allá de su madre. La olla iría a realizarse en la puerta de un hospital público, donde sabían que “paraba” mucha gente que estaba “pasando necesidad”. Al llegar, montamos el gazebo y conectamos un anafe a una garrafa de gas. El día estaba frío y lluvioso. Cumplir con la iniciativa de realizar la olla a la intemperie, a pesar de las inclemencias

del tiempo era una práctica que quienes estaban allí presentes reivindicaban como importante, dando a entender que una cuota de sacrificio para homenajear a Evita. Al entrar al hospital, nos encontramos con un panorama desolador. Decenas de personas en situación de calle se encontraban utilizando ese espacio de refugio. Verónica entró primero y me comentó la escena visiblemente emocionada. Le pidió luego a su hija que la acompañe a hablar con la gente y allí se pasó buena parte de la mañana. Se dedicó específicamente a charlar con una niña de unos diez años, que ese día había escapado de su casa porque se había “peleado con el papá” y había acudido a visitar a su hermana que vivía en los pasillos del hospital. Verónica ayudó a contactar a la madre de la niña y se quedó jugando y charlando con ella durante un buen rato. Le comentó que ella había salido a trabajar “desde muy chica” y “se había criado en la calle” y que estaba segura de que no era un lugar para una niña. Le aconsejó que hable con su madre y le explique si no quería visitar al padre, pero que se quede con los adultos que la cuidaran. Mientras conversaban, le trenzó el cabello y Catalina utilizó su celular como espejo para mostrarle cómo había quedado.

Militando juntas, Verónica parecía enseñarle a su hija a través del ejemplo, mostrarle formas que ella consideraba correctas de relacionarse y de participar de las actividades. Compartir la militancia con su hijo y sus hijas había sido en un principio condición de posibilidad para que ella pudiera participar de actividades políticas. Era, sin dudas, un arreglo que le permitía “resolver” el cuidado. Al ir creciendo, su hija Catalina descubría el gusto en esas actividades y empezaba a construir su propio espacio de participación en el Movimiento. El involucramiento político de Catalina contribuía a la construcción política de su madre. Ella le compartía novedades que se enteraba cuando asistía a reuniones, establecía contactos con dirigentes que fortalecían los vínculos de su madre. Verónica contaba con ella para algunas actividades puntuales y, si no lograba acomodar horarios para ir a una reunión, solía pedirle a Catalina “que la cubra”, valorando que ella “conocía a todos en el Movimiento” y podía ocupar su lugar sin problemas. Si alguien le preguntaba a Verónica cómo se las arreglaba para compatibilizar todas las actividades que hacía cotidianamente; ella solía responder desde estos vínculos familiares. “No soy yo sola, somos una familia”, decía.

Algunos años después del inicio del trabajo de campo, Catalina fue tomando distancia de la organización en la que estaba militando. Justo después de terminar sus estudios secundarios, comenzó a trabajar como vendedora en el ferrocarril; actividad que también se encontraba realizando su hermana Marina, dos años mayor que ella. Así, ambas hijas se involucraron en la Agrupación Vendedores Unidos del Tren San Martín



que estaba cobrando particular fuerza y Verónica delegaba en ellas algunas actividades que prefería confiar a alguien cercano. María Inés Fernández Álvarez (2018) se detuvo específicamente sobre la centralidad que cobran las relaciones de parentesco en la organización del trabajo y las formas de construcción política desarrolladas por los vendedoras y vendedoras del ferrocarril. La autora resalta, por un lado, que estos vínculos organizan tanto la posibilidad de trabajar, como las formas de usar el espacio y la circulación de saberes respecto de la venta. Por otro lado, la autora pone de relieve que la idea de familia es movilizada para hablar de los vínculos que se tejen en el tren. Esta evocación no sólo refiere a lazos de parentesco biológico; sino que alude también a aquellos “códigos de vida” creados para enfrentar situaciones de violencia con las fuerzas de seguridad; los cuales Fernández Álvarez propone pensar como prácticas de cuidado colectivas. El planteo de la autora permite observar cómo las relaciones con los hijos resultan centrales en estos procesos organizativos a través de los que se construye la posibilidad de hacer frente a condiciones precarias de vida y proyectar mejores horizontes futuros. En este apartado, venimos reconstruyendo el modo en que la incorporación a formas de organización y construcción política ocurría a través de vínculos de parentesco; en particular de las relaciones madre- hijos. Asimismo, el hecho de compartir valores y prácticas de militancia resultaba un aspecto relevante del modo en que se construían las dinámicas familiares. Fernández Álvarez (2018) resalta que tanto el puesto de trabajo en el ferrocarril, como el compromiso en la lucha por conseguir mejores condiciones laborales para quienes trabajan en la venta ambulante, constituye una parte central de aquello que los vendedores “viejos” “le dejan” a sus hijos. De un modo de análogo, aquellos valores resaltados como constitutivos de un “buen militante”, permeaban las prácticas de cuidado de Verónica y formaban parte de lo que le parecía importante “dejarle” a sus hijos e hijas.

Como desarrollamos en el capítulo 2, la posibilidad de construir horizontes de vida a futuro considerados como más aceptables, se proyectaba también sobre reformas en los espacios materiales de vivienda. La posibilidad de contar con mayor espacio y que sus hijos e hijas tuvieran habitaciones separadas constituía un medio importante para fomentar en ellos perspectivas de “un futuro mejor”. Deteniéndonos específicamente en la relación que ella establecía con sus hijas mujeres, su reflexión acerca de los horizontes que la militancia parecía abrir, dejaba entrever una preocupación por construir futuros que contradigan los tradicionalmente esperados para las mujeres; evocando específicamente la posibilidad de prevenir embarazos no deseados, la dependencia económica de un marido o situaciones de violencia en la pareja. En distintas conversaciones, Verónica me expresó su preocupación por prevenir que sus

hijas tuvieran hijos demasiado pronto y me comentó que se ocupaba de que tuvieran el conocimiento necesario para prevenir esa posibilidad. Transmitir información acerca de educación sexual y reproductiva y, fundamentalmente “hablarles de esos temas” era para ella un asunto importante y algo que consideraba que le había faltado cuando tenía la edad de sus hijas. Si bien “tener hijos” formaba parte del futuro que ella imaginaba para sus hijas, en su relato se ponía de relieve una fuerte preocupación por transmitir en palabras y también en las prácticas cotidianas que ofician como “ejemplo” que otros recorridos son posibles y deseables. Así, compartir la militancia con las hijas mujeres; imaginar un camino “de crecimiento” para ellas; constituía una práctica desde la que se problematizaban algunos roles de género tradicionales. Verónica fomentaba específicamente que ellas tuvieran ingresos económicos propios, estimulaba la posibilidad de pensar la maternidad como una decisión e incluso apostaba a que consideren como posible la ocupación de espacios de liderazgo dentro de organizaciones sociales.

En otros espacios, observé también aspectos similares vinculados a esta forma particular en que mujeres referentes de cooperativas y organizaciones sociales organizaban sus relaciones con sus hijas adolescentes compartiendo la militancia. En la casa de María, de San Miguel, la militancia también se hacía “en familia”, tomando prestada la expresión de Verónica. Cuando me contacté con ella, tres de sus hijos habían ingresado recientemente al Argentina Trabaja, debido a una apertura de cupos que se dio entre fines de 2016 en inicios del 2017, proceso al cual referí en el capítulo previo. Desde el comienzo, María me comentó acerca del modo en que sus hijos se relacionaban con el Movimiento y como observamos en el capítulo 2, ella ponía especial empeño porque ellos comprendieran que sus actuales condiciones de vida se debían en gran medida a las luchas y logros de la organización. Una mañana, me encontraba tomando mates con María en la sala de su casa y ella recibió la visita sorpresiva de su madre, quien enseguida la reprochó el tiempo que llevaban sin verse. “Si yo no vengo, ni la veo, siempre está ocupada”, me dijo buscando complicidad mientras se unía en la ronda de mates. “Yo antes, era igual”, agregó y empezó a relatarme su propia trayectoria de participación política: “Iba a las marchas, iba a los cortes de ruta, piquetes. Me gustaba, la pasaba bárbaro, cocinábamos para la gente. Así, como hace ella. Pero ahora no puedo, porque no puedo caminar. No hay que envejecer, ¡jamás!”

Los recuerdos de la madre de María se detuvieron especialmente en una descripción minuciosa de grandes ollas populares, en las que “cocinaban para los que tenían

hambre”. Me destalló que iban a la carnicería a pedir algo para rellenar la olla y que obtenían generalmente huesos con poca carne. En ese entonces, ella trabajaba como empleada doméstica en casas particulares y dedicaba dos de los cinco días de la semana a cocinar en estas ollas. Le pregunté en qué organización estaba y me interesé por situar en el tiempo su participación política, pero su madre respondió que no se acordaba bien y enseguida nuestra conversación se interrumpió debido a la llegada de sus nietos, y bisnietos, a quienes se apresuró por abrazar y besar. Conversando otro día con María supe que su madre la había acompañado en sus inicios como “piquetera”. Probablemente era esa experiencia la que evocaba durante aquella conversación.

La presencia mayoritaria de mujeres en los procesos de organización y demanda desarrollados a fines de la década de 1990 y principios del año 2000 en nuestro país ha sido ampliamente documentada (Andujar, 2005; Causa y Ojam, 2008; Di Marco, 2011). El testimonio de María y de su madre evidencian la importancia de las relaciones entre madres e hijas para el sostenimiento de estas prácticas de movilización; vínculos desde los cuales la militancia fue construyéndose como un saber y una práctica que se reconstruía en el seno de la familia y se trasmitía a través de generaciones. Tal como ha advertido Donath (2015), el abordaje de la maternidad como una relación, antes que como un rol (Tucker, 2005), puede abrir camino a evitar miradas mecanicistas y alienantes de estas experiencias, para abordarlas en su contexto social. La idea de “rol” o “trabajo” materno suele traer aparejada una narrativa monolítica que impide ver cómo estos procesos se encarnan en relaciones fluidas y ambiguas, las cuales involucran, al menos, dos partes (Tucker, 2005).

Si consideramos que los cuidados no son prácticas unidireccionales y rechazamos la oposición entre individuos autónomos y otros dependientes receptores de cuidados (Carrasco, 2003, 2013; Pérez Orozco, 2006, 2014, Herrera, 2013) resulta interesante observar el modo en que cuidar a los hijos involucra construir relaciones específicas con ellos, las cuales no siempre se enmarcan dentro del mandato de “maternidad abnegada” disponible a tiempo completo para el cuidado. Atender a estas relaciones en distintos periodos de la vida; puede ayudarnos a registrar el modo en que los cuidados se proyectan a lo largo del tiempo y suponen no sólo dedicar horas diarias a realizar actividades concretas; sino también participar de la construcción de un futuro posible.

Esta consideración nos permite comprender a estas prácticas de cuidado, como un proceso que no se limita a satisfacer las necesidades fisiológicas y emocionales de otras personas; suponiendo también la construcción de formas de ver y sentir el mundo. Pensar al cuidado como relación de interdependencia supone mirar, en este caso, no

sólo al modo en que las se construyen formas de cuidar a los hijos e hijas; sino también cómo los hijos e hijas aportan sentidos a esta relación. Algunas etnografías enmarcadas en el campo de la antropología de la educación, han explorado el involucramiento de niños y niñas en procesos de organización política desarrollados por movimientos sociales (Padawer y otros; 2009; Shabel, 2018). Estos trabajos han señalado que en el marco de estos procesos de organización; los niños y niñas son reconocidos como sujetos de derecho con capacidad reflexiva (Padawer y otros, 2009) y construyen sus propias nociones conceptuales sobre el Estado y la política (Shabel, 2018). Estos aportes contribuyen a problematizar la pasividad de niños, niñas y adolescentes y a señalar que se trata de sujetos que participan de su propia formación y que no son meros receptores de valores y cuidados.

En nuestro caso de análisis, si bien no realizamos un trabajo etnográfico orientado a reconstruir las perspectivas y prácticas infantiles, sí registramos diversas situaciones en las que, niños y niñas de distintas edades participaban de las formas de organización política de sus madres. Desde las perspectivas de los adultos, este acompañamiento poseía un valor formativo, del que algunos jóvenes, como era el caso de Catalina se apropiaban a medida que crecían. Para personas como Verónica o María, cuidar a sus hijos e hijas y militar no eran acciones escindidas. Militar “en familia” era en parte lo que tornaba posible la participación política de las mujeres, pero no implicaba simplemente una forma de resolver “qué hacer con los chicos”. Sin pasar por alto la “carga” que ellas enfrentan producto de la feminización de estos trabajos; resulta productivo abordar también los modos en que la militancia y las relaciones con los hijos e hijas se articulan en la vida cotidiana. Atender a estas articulaciones puede resultar una vía de entrada para problematizar aquellas visiones normativas ampliamente difundidas en nuestra sociedad, desde las cuales “un buen cuidado” es aquel que proveen las mujeres en el ámbito privado del hogar y la familia nuclear (Esquivel, Faur y Jelin, 2012). Las experiencias reconstruidas aquí sugieren que el cuidado de los/as hijos/as no es sólo algo que debe ser “conciliado” o “resuelto” para poder participar o insertarse en actividades asociadas al ámbito público. Se podría plantear incluso que la militancia hace posible formas específicas de cuidado, permite “dejar enseñanzas”, del mismo modo que los vínculos familiares impulsan a las personas a interesarse por la participación política.

## Conclusiones

En este capítulo, movilizamos un abordaje etnográfico de los cuidados, el cual estuvo centrado en las prácticas cotidianas de mujeres de sectores populares, resaltando los modos diversos en que éstas actividades son vivenciadas y significadas. Sistematizar la pluralidad de acciones, reflexiones y relaciones que se ponen en juego en el acto de cuidar, puede contribuir a proyectar modos alternativos de su distribución. Aquí, sostuvimos que en las vidas de nuestras interlocutoras, el cuidado infantil no configuraba únicamente un conjunto de actividades o “responsabilidades” pre establecidas, que era preciso conciliar para participar de espacios colectivos. El modo en que se generaban arreglos dirigidos a cuidar permeaba el día a día del desarrollo de prácticas políticas colectivas, constituía un elemento central del *transcurrir* del hacer juntos (as).

Los aportes de la antropología feminista brindan interesantes pistas analíticas para capturar la diversidad de formas y relaciones sociales que se ponen en juego en el desarrollo y distribución de las prácticas de cuidado; considerando las particularidades que éstos adquieren en contextos sociales específicos (Comas d Argemir, 2014). La recuperación de trabajos fundantes para la disciplina, tales como Henrieta Moore o Michelle Rosaldo, ha derivado recientemente en el desarrollo de lecturas críticas sobre el concepto de cuidados, señalando los riesgos de un uso descontextualizado (Esteban, 2017). Más allá del debate acerca de los usos y alcances de los cuidados como categoría analítica, en este capítulo seguimos una perspectiva etnográfica que procuró reconstruir una multiplicidad de arreglos colectivos y de significados asociados a cuidar, haciendo especial hincapié en la relación entre mujeres de sectores populares y sus hijos e hijas. En conjunto, las reconstrucciones etnográficas incluidas aquí, evidencian los modos en que el cuidado de los hijos e hijas no se resuelve dentro de los límites cerrados de la familia nuclear, de forma escindida a los procesos de organización colectiva en los que participan las mujeres. Por un lado, dimos cuenta de la existencia de la generación de tramas de colaboración entre mujeres que permitieron resolver la atención de los niños y niñas y así, garantizar las condiciones de posibilidad para que las mujeres de sectores populares pudieran participar de espacios formativos, laborales y de otras prácticas vinculadas a formas de militancia. Por otro lado, observamos el modo en que la militancia puede ser vivenciada por algunas mujeres como una actividad realizada “en familia” y como una manera de construir ejemplos de vida y perspectivas a futuro que pongan en tensión roles de género tradicionales.

Estas reflexiones pueden ser productivas para aportar hacia una problematización de algunos estereotipos morales que giran en torno a la maternidad y el cuidado en los

sectores populares. Como ha sido ampliamente señalado en la literatura, los discursos normativos acerca de los cuidados suelen anclarse en una visión maternalista de ellos, que se sostiene a partir de una idealización del amor y el sacrificio maternal. De manera frecuente, las experiencias de participación política mujeres de sectores populares son analizadas, desde un relato romantizado, como formas heroicas de sobrellevar crisis económicas que se encuentran motivadas por la voluntad de satisfacer las necesidades básicas de sus hijos e hijas. Una contracara de esta mirada consiste en la afirmación que ubica y condena un uso estratégico de los hijos, desde el cual la maternidad sería únicamente una vía para conseguir recursos estatales. En este capítulo trajimos algunos aportes en dirección a problematizar ambos imaginarios. Evidenciamos que en los intercambios de nuestras interlocutoras, la maternidad no tenía un sentido unívoco. Las reflexiones acerca de la reproducción articulaban distintas temporalidades; se desarrollaban análisis retrospectivos y se proyectaban aprendizajes hacia las siguientes generaciones. Ante los condicionamientos que imponían la escasez de provisión pública de servicios de cuidado y la insuficiencia de recursos económicos para externalizar esta necesidad a través del mercado, los cuidados eran abordados colectivamente, desplazándose a través de entramados de relaciones que desbordaban los límites de la familia. En este sentido, las prácticas reconstruidas aquí imprimen matices a las visiones maternalistas de los cuidados y a la idea de madre cuidadora como único destino para las vidas o como el principal contenido desde el que se construye la participación en procesos de organización colectiva,

## **Capítulo 6: Organizarse contra la *violencia de género*. Entre movilizaciones, charlas de mujeres y recorridos en torno a las casas.**

Eran las dos de la tarde de un día de junio de 2017 y Laura me había invitado a una “charla de mujeres” que ella había convocado en su barrio, a la que asistiría una abogada de la Dirección de Políticas de Género del municipio de Moreno. El timbre en su casa no estaba funcionando pero Luna, su hija menor, que por entonces tenía once años y se encontraba mirando por la ventana, vino a los saltos a abrirme la puerta. La seguí hacia la casa y saludé a Laura, que estaba lavando los platos.

- Vení Flor, sentate y tomamos unos mates antes de salir. Todavía estoy de ama de casa, pero enseguida me pongo la camiseta de referente- dijo entre risas.

Su afirmación, que bien podría haber sido figurativa, no lo era tanto. Laura terminó de lavar los platos, agarró una remera que estaba apoyada en la mesa y se la puso encima de la camiseta que tenía puesta. La remera tenía la inscripción “Referentes comunitarias- Moreno” y en el extremo izquierdo lucía el logo del municipio. Luego de meses de capacitaciones y cursos preparatorios, hacía pocas semanas que Laura había comenzado a trabajar en el marco de un programa municipal que proponía la construcción de una red de “facilitadoras” en las comisarías, quienes tendrían la función de brindar acompañamiento a aquellas mujeres que fueran a denunciar casos de *violencia de género*.<sup>84</sup> Su ingreso al Programa de Referentes Comunitarias cristalizaba el reconocimiento de un trabajo de militancia que ella venía desarrollando asesorando mujeres que tenían “problemas de violencia”, acompañándolas a pedir ayuda por distintas oficinas del municipio y promoviendo el desarrollo de charlas y talleres en los barrios. Existía en Moreno un universo amplio de organizaciones que trabajaban con la

---

<sup>84</sup> Este programa fue creado en 2016 y consistió en la selección de aproximadamente 20 “referentes comunitarias”, a quienes se les otorgó una beca por capacitarse en cuestiones vinculadas al género y la promoción de derechos para luego comenzar a realizar sus tareas de acompañamiento y asesoramiento en las comisarías. El programa fue implementado a través de la Secretaría de Desarrollo Social del Municipio y fue financiado a través de fondos del Programa de Fortalecimiento de Programas Sociales. Las “referentes comunitarias” eran integrantes de organizaciones sociales, ONGs y/o colectivos feministas que venían llevando adelante tareas de acompañamiento a mujeres “en situación de violencia”. La carga horaria semanal que propuso el programa fue de seis horas, distribuidas en dos días. El ingreso monetario percibido por las referentes tenía el carácter de “beca” o “pasantía” y por ende no era incompatible con la percepción de otros programas sociales.

temática de la *violencia de género*, entre las cuales se encontraban ONGs, grupos religiosos, partidos políticos, organizaciones sociales, colectivos feministas, entre otros. Estas organizaciones solían desarrollar acciones de forma articulada junto a agencias estatales municipales. A partir de junio de 2015 estas modalidades locales de organización en torno a la *violencia contra las mujeres* tomaron un impulso significativo, en el marco de la creciente visibilidad pública y los intensos procesos de movilización que se desarrollaron a nivel nacional luego de la primer protesta Ni una menos.

Distintos trabajos académicos recientes han reflexionado acerca de las modalidades de activismo y la construcción de sentidos que se generaron en torno a los masivos procesos de movilización desarrollados en los últimos años en repudio a la violencia machista y las desigualdades de género. Se registraron puntos de continuidad y la recuperación de tradiciones de lucha feminista de larga data (Korol, 2016; Laudano, 2017; Sciortino, 2018b) y se reconocieron los aportes que estos nuevos procesos de demanda tuvieron como formas de resistir la implementación de modelos de acumulación neoliberal, sus lógicas extractivistas y su consiguiente precarización generalizada de las condiciones de vida (Gago, 2018; Sosa, Menendez, Bascuas, 2018; Menendez, 2018; Gutierrez Aguilar, 2018). Como características salientes de estas formas de movilización, se han destacado la generación de redes de sociabilidad “entre mujeres” desde las cuales se relanzaron luchas (Menéndez, 2018) y se dio lugar a un resurgir del feminismo popular (Gutierrez Aguilar, 2018) transversalizando las demandas y tomando distancia de lecturas victimizantes de la violencia (Gago, 2017). Los trabajos académicos se centraron así en el análisis de las demandas, la confluencia de actores y la recuperación de tradiciones de lucha que se pusieron en juego en relación a acciones concretas de lucha como los paros y movilizaciones. Se identificó a la primera protesta Ni Una Menos, acontecida en junio de 2015, como un momento de apertura que fomentó que mujeres de distintas trayectorias y pertenencias articulen acciones en diferentes niveles en pos de consignas compartidas (Sciortino, 2018b). En cuanto a la puesta en marcha de “paros de mujeres”, se planteó que la apropiación de la huelga como herramienta de lucha permitió mapear los modos de producción de valor no reconocidos ni remunerados, contribuyendo a visibilizar la conexión entre las violencias contra las mujeres y las variadas formas de explotación laboral y avanzada empresarial sobre recursos comunes (Gago, 2018).

El objetivo de este capítulo será aportar a estas discusiones a partir de la reconstrucción etnográfica del entramado de relaciones locales desde las que se sostienen cotidianamente prácticas de militancia vinculadas a la *violencia de género*. Pretenderemos explorar la conexión entre estas formas de movilización que tuvieron



particular visibilidad en los últimos años y aquellos procesos organizativos que mujeres que se consideran a sí mismas *referentes barriales* llevan adelante cotidianamente, construyendo y recreando formas específicas de militancia a través de vínculos con funcionarias estatales. El propósito será iluminar una serie de prácticas de organización colectivas que delinearon una trama local y cotidiana, la cual contribuyó a construir a la *violencia de género* como una causa de relevancia social.

La construcción de estos interrogantes se apoya en los aportes de la perspectiva etnográfica sobre los procesos de organización colectiva que ha sido desarrollada por el equipo de investigación del cual formo parte, recuperando especialmente la propuesta por desplazar la mirada de la acción colectiva en términos de acontecimiento; para centrarnos en las prácticas cotidianas, los procesos organizativos más amplios y las disputas y negociaciones establecidas con agencias estatales (Fernández Álvarez, 2007; 2017; Grimberg, Fernández Álvarez y Rosa, 2009; Manzano 2013). Este enfoque nos permite poner en suspenso los interrogantes acerca de cómo se construyen actores colectivos en términos de identidades u objetos prefigurados, para atender al modo en que las modalidades de organización colectiva recuperan tradiciones y trayectorias de militancia previas y se definen dentro del marco de la interacción con formas de intervención estatal (Fernández Álvarez, 2007, 2017). En particular, aquí reconstruiremos cómo las luchas contra *la violencia de género*, se encarnan en las prácticas cotidianas de personas concretas, contemplando las modalidades de articulación entre formas de militancia y la experiencia acumulada por aquellos agentes estatales que trabajan “en territorio”. Interrogaremos cómo se construyen localmente sentidos y prácticas acerca de qué es la *violencia* y las formas en que es posible luchar contra ella. Plantearemos que en el caso analizado, el desarrollo de formas de militancia en torno a la erradicación de la *violencia de género*, supuso la construcción de significados y prácticas en torno a las casas en dos sentidos. Por un lado, implicó reflexionar acerca de las conexiones entre las modalidades de organización doméstica y el desarrollo de formas de *violencia de género*. Por otro lado, abrió camino a la construcción colectiva de formas de refugio que permitieron proyectar salidas a estas situaciones, poniendo las casas a disposición de otras mujeres.

El argumento se desarrollará en tres apartados. En un primer momento, reconstruiremos las interacciones durante la “charla de mujeres” a la que referimos al inicio del capítulo, subrayando el modo en que estos intercambios promovieron una reflexión colectiva acerca de cómo definir los límites de aquello que puede ser considerado *violencia de género*. Prestaremos especial atención al modo en que ejercitar un debate grupal sobre la *violencia* puede dar lugar a problematizar otras asimetrías de género, tales como las

injusticias en la distribución de los trabajos domésticos y de cuidado doméstico. En el segundo apartado, nos centraremos en el análisis de las articulaciones entre referentes barriales y funcionarias de la Dirección de Políticas de Género, poniendo especial atención al sentido y la importancia que se le adjudicó a la práctica de “armar redes” o “trabajar en red”. En tercer lugar, profundizaremos en la relación entre las formas de organización en torno a la *violencia de género* y el vínculo que las mujeres establecen con sus casas. Exploraremos los modos en que la proyección de estrategias habitacionales temporarias evidencia las dinámicas desiguales de género y clase que intervienen sobre la relación entre mujeres de sectores populares y espacios domésticos.

### **Entre clases de bachata y charlas de mujeres**

Con su “camiseta de referente” puesta, Laura se dirigía hacia el espacio en el que tendría lugar la “charla de mujeres”. Sus dos hijas nos acompañaban y también venía con nosotras Vilma, otra *referente comunitaria* que era vecina y amiga de Laura. Ambas se conocían del barrio y de “la puerta del colegio” al que asistían sus hijos e hijas. Laura y Vilma militaban juntas desde los tiempos en que estaban en Comunidad Organizada. En ese momento las dos participaban de La Juana Azurduy, una organización local que estaba dentro del Movimiento Octubres y cuya principal referente en el distrito ocupaba por entonces el cargo de Secretaria de Desarrollo Social. La “charla de mujeres” había sido una iniciativa promovida por Laura y Vilma como parte de su militancia. Al invitar a distintas vecinas y compañeras de cooperativa, Laura había destacado especialmente la presencia de Marisol, una abogada de la Dirección de Políticas de Género. Me había comentado a mí que la intención de la charla era “dar a conocer” el trabajo que realizaban desde la Dirección y que, además, el conocimiento especializado de Marisol le permitiría a quienes asistieran a la charla poder consultar y sacarse dudas sobre una variedad de temas relativos al campo jurídico. Tanto Marisol, como Alejandra, quien había sido recientemente nombrada Directora de la Mujer, militaban por entonces junto a Laura y Vilma en la agrupación Juana Azurduy.

La charla de mujeres tendría lugar en un Salón de Usos Múltiples (SUM) ubicado a unas diez cuadras de la casa de Laura. Se trataba de un espacio gestionado por vecinos del barrio construido a partir del Programa de Mejoramiento Barrial.<sup>85</sup> Allí se realizaban

---

<sup>85</sup> El Programa de Mejoramiento Barrial tiene como objetivo “mejorar la calidad de vida y contribuir a la inclusión urbana y social e integración de los hogares argentinos en los segmentos más pobres de la población” a través de mejoras “sustentables” en el hábitat. Se trata de un programa

distintas actividades formativas que procuraban especialmente “dar contención a los jóvenes” y que se desarrollaban gracias a convenios con direcciones municipales y programas educativos provinciales.<sup>86</sup> Laura y Vilma se habían puesto en contacto con quienes organizaban las actividades del SUM, algunos meses atrás, cuando una vecina les propuso que ese era un buen espacio para mudar la sede de estudios correspondiente al Plan Fines de la que ambas oficiaban como *referentes*.<sup>87</sup> Vale la pena recordar que el funcionamiento de dicho programa de terminalidad educativa, se desarrolla a través de articulaciones entre los gobiernos municipales y organizaciones sociales. Resulta frecuente que sean los y las integrantes de las organizaciones quienes soliciten la apertura de una sede, proponiendo un espacio físico para tal fin y realizando aquellas tareas necesarias para el funcionamiento de la sede, tales como abrir y cerrar el espacio, gestionar las inscripciones, entregar materiales, difundir avisos entre alumnos y profesores. Laura y Vilma habían ocupado esas funciones, impulsando la creación de una sede y, cuando el espacio cedido por una vecina en su casa fue quedando chico, habían mudado la sede de cursada al SUM.

Mientras caminábamos hacia el punto de encuentro supe que, antes de la charla, Laura proponía que participemos de una clase de salsa y bachata. El motivo de ese continuado entre la clase de baile y la reunión de mujeres había sido producto de una yuxtaposición horaria con la cual Laura no contaba. Cuando solicitó usar el espacio ese viernes por la tarde, la persona que se encargaba de gestionar la agenda había olvidado que ese mismo día tendría lugar la primera clase de un taller de baile para adultos. Cuando fue informada del error, Laura no se preocupó y optó por utilizar esa inconveniencia horaria a su favor, usándola de estímulo para reforzar la convocatoria. Le dijo a todas las que había invitado a la reunión que si querían podían aprovechar la clase de danza antes de la charla. La propuesta fue un éxito y los profesores de salsa y bachata estuvieron contentos por la participación con la que contaron para la primer clase. Como la totalidad de los talleres que se dictaban en ese espacio, la asistencia a las clases no tenía costo

---

vigente en nuestro país desde el año 1997, gestionado a través del Ministerio del Interior, Obras Públicas y Vivienda de la Nación y financiado por un préstamo del Banco Interamericano del Desarrollo. Entre sus acciones, el programa pretende ejecutar “proyectos integrales barriales” contribuyendo tanto a regularizar la propiedad de las tierras como al desarrollo de obras de infraestructura urbana, equipamiento comunitario y saneamiento ambiental. Fuente: <https://www.promeba.gob.ar/programa.php> Fecha de consulta: 3/5/19

<sup>86</sup> La mayor parte de las actividades que se desarrollaban en el SUM eran producto de convenios con la dirección de Juventud del Municipio o tenían lugar gracias al Programa Envión, una política provincial que otorga becas a niños, niñas adolescentes para que realicen actividades formativas fuera del horario del colegio. Entre la oferta de espacios formativos que se encontraba presente en el SUM, se pueden mencionar talleres de guitarra, artes visuales, carpintería, peluquería, serigrafía, radio, percusión, artesanías, danzas, entre otros.

<sup>87</sup> Sobre Plan Fines, ver nota al pie n° 5 en Introducción a esta tesis

alguno para los participantes. Fue así que de 15:20 a 16 hs nos movimos al ritmo de la bachata, riéndonos a carcajadas de nuestros pisotones y tropiezos. Cuando finalizó la clase habíamos entrado en calor en sentido figurado y literal y nos dispusimos a volver a colocar en su lugar las mesas y armar un círculo con las sillas, a la espera de Marisol. Éramos aproximadamente una veintena de mujeres entre las que se encontraban estudiantes y profesoras del Fines, integrantes de cooperativas del Ellas Hacen; mujeres que mandaban a sus hijos a clases en el SUM, vecinas, madres de la cooperadora de la escuela a la que asistían los hijos de Laura. Banderas de Ni una menos y de “la juana” fueron colgadas de las paredes.

Nos ubicamos en círculo y luego de presentar y darle la bienvenida a Marisol, que acababa de llegar, ella respondió agradeciendo la invitación. La abogada dijo que estaba allí para comentarles cómo trabajaban “desde la dirección” y que la información podía servirle para ayudar a una amiga, vecina, conocida que se encontrase “pasando por una situación de violencia”. Se presentó como trabajadora de la dirección, y también como militante de “la juana”. Aclaró explícitamente que no le gustaba hablar de “víctimas”, porque esto suponía un lugar pasivo y que quienes “atravesaban violencia”, estaban “pasando” por una situación transitoria, de la que era posible salir. Luego de algunos intercambios breves acerca de lo que Marisol mencionó como las “causas culturales” de la violencia y su anclaje en el patriarcado como un sistema de opresión, varias de las mujeres fueron compartiendo experiencias personales, consultando dudas y solicitando información a la abogada. La mayoría de estos intercambios giraron en torno a los trámites administrativos a seguir para solicitar una orden de restricción perimetral o exigir cuota de alimentos, dónde acudir a realizar denuncias, cómo tener acceso a un abogado gratuito, entre otras cuestiones. Mediaciones, regímenes de visitas, embargo de asignación, cuotas alimentarias, denuncias y exposiciones civiles formaron parte del vocabulario de los intercambios y marcaban una superposición de problemáticas vinculadas tanto a la *violencia* en los vínculos de pareja como a la resolución de asuntos derivados al cuidado y mantenimiento de los hijos.

Entre estos intercambios, Maite, una estudiante del Fines de 25 años con tres hijos de entre 3 y 8 años, comenzó preguntando acerca de cuáles eran las posibilidades de que un padre pierda la tenencia de sus hijos. Marisol respondió que eso sólo sucedía cuando se consideraba que existía un riesgo para los niños y niñas y que aún en esos casos la quita de tenencia era provisoria y podía revertirse si se demostraba que habían cambiado las condiciones. Maite siguió preguntando. Primero formuló sus preguntas en tercera persona o utilizando un modo condicional como si se tratase de situaciones ajenas o hipotéticas. De a poco, sus palabras fueron adoptando la primera persona,

dando a entender que lo que exponía era una realidad personal. Maite había denunciado a su pareja y él había firmado un juicio abreviado en el que, declarándose culpable, recibió una condena de pocos años que pudo cumplir haciendo tareas comunitarias y sin prisión efectiva. La situación había transcurrido ya hacía algún tiempo y habían vuelto a convivir. Según reconstruyó Maite, en el vínculo, ya no había *violencia física* pero existían otras prácticas que la condicionaban y coartaban sus libertades:

- Por ejemplo, si la mujer quiere estudiar y te dice que no, que para qué. Si decís, "voy a trabajar los fines de semana" porque es el momento en el que él no trabaja y se puede quedar con los chicos, y te dice "no, para qué vas a trabajar". Si no quiere que hagas nada de eso, eso también es violencia, ¿no?".

Las palabras de Maite parecían, más que la expresión de una duda, la exteriorización de una reflexión ya construida. Marisol le respondió afirmativamente y se dedicó a citar aspectos de la legislación vigente.

- La ley 26.485<sup>88</sup> es muy completa. Contempla a una diversidad de prácticas como violencia. No es sólo lo físico. Existe la violencia psicológica, económica, simbólica. Si te controla las amigas, si te lee el celular, si te dice con quién tenés que juntarte, con quien no, eso también es violencia.

La abogada mostró una gran habilidad para responder a sus preguntas sin pedir más información que la que ella estaba dispuesta a dar, leyendo entre líneas lo que Maite intentaba compartir. Maite a veces pedía perdón antes de hablar, diciendo que le daba vergüenza contar esos asuntos personales y Marisol la animaba pacientemente remarcando que lo que le sucedía no era su responsabilidad ni su culpa. Tanto Laura como otra de las mujeres presentes, que también era titular del Ellas Hacen, intervinieron animándola en la misma dirección y recuperando experiencias personales en situaciones similares.

- Para esto sirven estas charlas y yo si hay algo que quiero que ustedes tengan en claro es que nada de esto que les sucede es su responsabilidad, ni su culpa. Porque una siempre tiende a pensar "seré yo?" O dice "Ah, esto es por mi culpa, que lo provoqué". Y no es así.- dijo Marisol
- Sí, yo pensaba "soy yo que tengo mal carácter", o "soy yo que le puse cara". Pero no, no es eso- dijo una de las mujeres presentes

---

<sup>88</sup> Se refiere a la "Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales", sancionada en 2009. Para un análisis detallado acerca de las implicancias y efectos que trajo aparejada esta legislación, ver Birgin, 2009; Gherardi, 2009.

- O, “soy yo que no puse la sal en la mesa como él quería”- agregó Laura trayendo un ejemplo que solía repetir para introducir el tipo de cosas que desencadenaban las agresiones de su ex marido
- Yo siento que ya no se puede más, que él no va a cambiar, de él ya no espero nada. Lo que necesito es conseguir un trabajo, porque la casa es de él y él es el que la mantiene. Para todos sus familiares, yo soy la loca, la que cuestiona todo, para todos soy como la oveja negra. Pero yo pienso,... Que yo a veces estoy organizándome todas las actividades que tengo que hacer, en el horario que él trabaja, para que cuando él vuelva, yo estar en casa. Y eso no debería ser así, no? Debería ser que cuando él no trabaja se tendría que quedar con los chicos también y dejar que yo estudie o trabaje, no? Porque a los chicos los hicimos nosotros dos. Y yo estoy viendo que mi nene, el mayor, ya empieza a tener actitudes, como que lo copia al padre, y yo no quiero que sea así... no quiero decir que él sea una mala influencia, pero un poco me parece así...
- Lo que no querés es que se naturalicen ciertas prácticas de violencia. – dijo Marisol

La conversación cerró con una invitación a que Maite se uniera a unas charlas que tenían lugar semanalmente en la Dirección con mujeres que estaban “intentando salir de situaciones de violencia”. Cuando la reunión se fue diluyendo, Laura quedó conversando con ella y le aseguró que de a poco iba a “poder salir”, que ya había hecho mucho comenzando a estudiar y que se notaba que había cambios significativos en ella desde que comenzó a cursar el secundario. Recordé entonces un intercambio que Laura y Vilma habían tenido con ella el día que se acercó a inscribirse en el secundario, tan sólo cuatro meses atrás. Tras una breve conversación sobre las faltas, horarios, materias y documentación a presentar, Laura le preguntó por las edades de sus hijos. Le comentó que podía pasarle los datos para “inscribirlos al merendero”: “Los chicos pueden tomar la merienda mientras vos estudiás. Los podés traer”. Ante la sorpresa de Maite, que no contaba con la posibilidad de llevar a sus hijos a la sede de estudios, Laura brindó más detalles. Le explicó que como sabían que las mujeres no tenían con quien dejar a los hijos y que, llegada cierta hora de la tarde, los niños y niñas comenzaban a tener hambre; habían solicitado al municipio la apertura de un merendero. “Ah, bueno buenísimo. Entonces no hay excusas para no estudiar!!”, había respondido Maite sin salir de su asombro.

Lo que asombraba a Maite, no generaba la misma reacción en Laura. Al decidirse a impulsar la apertura de una sede; ella me había dicho explícitamente que el horario elegido para las clases, de 13 a 17, era especialmente bueno para que las mujeres que

quisieran terminar sus estudios lo hicieran mientras sus hijos estaban en la escuela. Pretendía así, saldar una vacancia de espacios de formación que contemplaran esta necesidad de “las mamás del barrio”. En la misma dirección, ella había previsto actividades para los hijos e hijas de las estudiantes que acompañaran a sus madres a cursar: solicitó al Municipio mercadería para un merendero y pensaba dar ella misma clases de apoyo escolar o coordinar juegos. Por experiencia personal y conocimiento de las realidades de sus vecinas y compañeras, ella sabía que para estimular la incorporación de mujeres a la finalización de sus estudios formales, no se podía pasar por alto la provisión de algún tipo de servicio orientado al cuidado infantil. Los esfuerzos de Laura por contemplar estas necesidades a la hora de definir horarios y modalidades para las clases del Fines constituyen sin lugar a dudas una evidencia del lugar protagónico que ocupan las organizaciones sociales y espacios comunitarios en la provisión del cuidado en sectores populares (Zibecchi, 2013; Zibecchi y Paura, 2014; Santillán, 2014; Ierullo y Maglioni, 2014).

Dentro de los análisis académicos sobre cuidados, existen algunas formulaciones conceptuales específicas que han permitido visibilizar el modo en que éstos se sostienen a través de una diversidad de actores. Nociones como las de “cuidado social”- *social care* - (Daly y Lewis, 2000), “diamante del cuidado” (Razavi, 2007) u “organización social del cuidado” (Faur, 2012; Rodríguez Enriquez y Marzonetto, 2015) procuraron poner de relieve la participación conjunta de la familia, el estado, el mercado y la comunidad. Estas consideraciones derivan de una crítica al modelo de varón proveedor/mujer cuidadora formulada a partir de los años 2000, en ocasión de la crisis de los estados de bienestar (Daly y Lewis, 2000; Razavi, 2007). En relación al quiebre de este modelo de reproducción que proponía el Estado de bienestar Pérez Orozco (2006) ha resaltado específicamente que, a partir de que el estado y los mercados eludieron sus responsabilidades sobre el cuidado de la vida, la redistribución de los cuidados se produce muchas veces en el seno del colectivo femenino. Es decir, se generan procesos de transferencia de trabajos de cuidado entre las propias mujeres, siguiendo ejes de poder; ya sea a partir de relaciones que se dan en la familia extensa, o en base a la externalización del cuidado, mediante el trabajo remunerado. En nuestro análisis, observamos también una feminización de este trabajo, que era resuelto a través de prácticas “voluntarios” o “comunitarias” no remuneradas, enmarcadas en formas de militancia que desarrollaban por *referentes barriales*. “Pedir un merendero” al municipio, no era otra cosa que gestionar la provisión de objetos materiales como leche, azúcar, harina y aceite. Laura comenzó entonces a recibir la mercadería en su casa, almacenarla y llevarla al SUM. Ella y Vilma eran quienes se ocupaban de cocinar y darle

la merienda a los niños y niñas, a veces con ayuda de otras compañeras de cooperativa o vecinas del barrio que se acercaban “a dar una mano” y otras con la colaboración de Renata, su hija mayor.

En estas páginas, me interesa poner el foco en cómo estas formas colectivas de proveer cuidados acaban siendo catalizadoras de otros procesos. Tal como hemos desarrollado en la introducción de esta tesis, recuperamos una perspectiva dirigida a abordar las formas de política colectiva desde su *transcurrir* (Fernández Álvarez, 2016a, 2017). Una mirada que torna posible comprender que cooperativas y organizaciones de sectores populares desarrollan sus prácticas produciendo no sólo “trabajo”; para generar también un conjunto de formas colectivas de (re)producción de la vida, que contemplan las necesidades de vivienda, alimentación, salud y cuidado de hijos e hijas (Fernández Álvarez, 2016b, 2018; Señorans, 2018). En sintonía con esta perspectiva, aquí me gustaría poner en discusión el modo en que estas redes de cuidado no sólo atienden las necesidades de niños y niñas. Victoria Taruselli (2016) ha observado procesos similares en su análisis etnográfico de una copa de leche gestionada por una organización *qom* en la Ciudad de Rosario, poniendo de relieve que el entramado de prácticas y relaciones encontradas allí excedían los objetivos de asistencia alimentaria y procedimientos rutinizados de la política. Las mujeres construían allí “un espacio de socialización por fuera del ámbito doméstico” y “hacían política” en la organización (2016: 215). En nuestro caso de análisis, el merendero tampoco se construía solamente como un espacio de comensalidad o de cuidado infantil. Su importancia radicaba en la construcción de posibilidades para que las mujeres estudien; o incluso para que lo puedan hacer “más tranquilas”, “sin preocuparse” por “la hora de la leche”. Sobre esta base, se abrían mecanismos para una relectura de propias experiencias en clave de desigualdades de género. Volviendo a la experiencia de Maite, contar con el merendero implicó para ella el inicio de un horizonte que no sólo le permitió compatibilizar el cuidado de sus hijos con su proyecto de terminar el secundario; para habilitar la posibilidad de hablar de aquellas situaciones de *violencia* que estaban presentes en su vínculo de pareja.

Al saber de la existencia del merendero, ella se había sorprendido y había soltado una frase que quedó resonando en mi cabeza: “ahora no tengo excusas para no estudiar”. Al homologar al cuidado de los hijos con la idea de “excusa”, Maite parecía de algún modo responsabilizarse por las dificultades que encontraba a la hora de estudiar. Si no lo hacía, tal vez era porque le faltaba la voluntad necesaria, y porque ponía a los chicos “como excusa”. Algunos meses después, se sentía contenta de haber podido sostener su cursada con regularidad y Laura la felicitaba por eso. Habiéndose hecho de un



vínculo más fluido con quienes transitaban por ese espacio; ella intervenía en la “charla de mujeres” construyendo reflexiones diferentes a las que había soltado en aquella primera interacción. Sus dificultades para estudiar o, trabajar ya no eran interpretadas como una incapacidad propia para hacer congeniar sus objetivos. No eran “excusas”; derivaban en parte de una relación de pareja que podía calificarse como violenta, aun sin que mediasen daños físicos directos.

Así, entre las cuestiones que ella eligió poner en común, sobresalía la intención de abrir y ampliar una definición previa acerca de los alcances de aquello que puede ser considerado *violencia*. Como ha señalado Rifiotis (2008), las categorías de “violencia conyugal” y “de género” se han convertido en ícono de las luchas feministas y en operador simbólico que tornó posible ampliar el acceso a la justicia y reducir la impunidad en los casos de violencia contra las mujeres. Sobre la base de un estudio etnográfico sobre comisarías de la mujer en Brasil, el autor analiza la noción como una categoría siempre abierta a incorporar nuevos significados, dando lugar a un proceso de generalización y homogeneización de prácticas diversas. Operaciones analíticas similares han sido movilizadas para el análisis de las nociones de violencia institucional (Pita, 2017) y policial (Eilbaum y Medeiros, 2015), procurando abordar sus usos y considerándolas categorías políticas locales. Específicamente María Pita (2017) propuso pensar a la violencia institucional atendiendo a su valor político para construir legitimidad en las demandas de justicia y explorando el modo en que sus criterios de demarcación suponen el establecimiento de límites morales. Estos señalamientos resultan productivos para pensar los modos en que se define aquello que es considerado *violencia de género* o *violencia contra la mujer*. En las interacciones durante la charla de mujeres, precisar los límites de aquello que podría definirse como *violencia*, supuso reflexionar acerca de la distribución del cuidado infantil. Negarse a compartir las responsabilidades de cuidado de los hijos fue identificada por Maite como una práctica violenta entre otras cosas porque implicaba un control sobre sus propias posibilidades de acción. Definir y reflexionar acerca de qué es *violencia* implicaba también intervenir sobre el cuidado, sobre su distribución, repensar cuales son las condiciones de posibilidad para un buen cuidado. La abogada recurrió a la ley para amparar esta posibilidad de construir una definición ampliada de *violencia*. Citar la normativa y las clasificaciones que ésta prevé parecía otorgar legitimidad a la posibilidad de inscribir las experiencias de Maite en el universo simbólico de la *violencia*. Pero estas clasificaciones no poseían por si solas la capacidad de definir las prácticas de su marido. No operaban catalogando lo que él hace dentro de los límites de una tipología. La posibilidad de reconocer en él prácticas violentas parecía derivarse más del modo en que estas

experiencias eran analizadas colectivamente y de la reconstrucción que ella hacía de sí misma como una madre preocupada por el bienestar de sus hijos.

En sus reflexiones, Maite se cuestionaba si las prácticas de su marido no estarían limitando, además de sus posibilidades de estudiar y trabajar, el acceso de sus hijos a un buen cuidado, si él no sería una “mala influencia” para ellos. En su análisis sobre administración de justicia penal en conflictos familiares, Deborah Daich (2011) ha reconocido esta conexión entre representaciones acerca de la *violencia* y construcción de sentidos acerca del cuidado. Según la autora, la apelación al ideal del cuidado maternal, articulado con narrativas en torno a la *violencia doméstica* y discursos sobre el bienestar de los hijos permite justificar y legitimar acciones, asegurando protección judicial para ellos y las mujeres. Así como identifica la autora, el discurso de Maite también ponía en juego una retórica anclada en el imaginario maternal, conectando definiciones en torno a la *violencia* con preocupaciones sobre el cuidado de los hijos.

Las relaciones establecidas en torno a la gestión colectiva del cuidado infantil promovieron la puesta en común de reflexiones sobre las *violencias de género*, animando a algunas mujeres a repensar sus vínculos de pareja y proyectar posibles resoluciones. Comenzar a participar de un espacio de estudios en donde el cuidado de los hijos puede ser, aunque sea de a ratos, compartido con otras mujeres motivó a Maite a compartir reflexiones que, según ella ponía de relieve, no podían tener lugar en su espacio familiar- “en mi familia dicen que yo estoy loca”. Articuladamente, hablar y diseñar formas de enfrentar la *violencia de género*, encerraba un proceso de repensar la distribución del trabajo de cuidados y de poder proyectarse a sí misma bajo sentidos que trasciendan el lugar de “madre cuidadora”. En este punto, las reflexiones que Maite compartía construían una mirada crítica acerca del ideal de masculinidad desvinculado del cuidado de los hijos e hijas. La negativa de su marido a compartir este trabajo pasaba a ser pensado como una práctica *violenta* que permanecía, aun cuando sus signos más visibles- las agresiones físicas- no estaban presentes.

## **Redes contra la violencia**

Al fin de la “charla de mujeres”, emprendí regreso compartiendo un remís con Marisol hacia la estación de Moreno. Mientras viajábamos, la abogada me comentó los logros que se habían conseguido desde la implementación del programa de Referentes Comunitarias en Comisarías. Me dijo que la intervención de las referentes había permitido que aumentase el número de denuncias penales y se redujera la cantidad de

“exposiciones civiles”.<sup>89</sup> Además, la articulación entre el grupo de referentes y la Dirección, les permitía hacer seguimientos de los casos y que no quede “sólo en la denuncia”. Nuestra conversación se interrumpió cuando ella tuvo que atender el teléfono. Escuché que conversaba acerca de una situación que debían resolver durante el fin de semana y que Marisol afirmaba que el martes ya lograrían la “restricción perimetral” con “exclusión del hogar”. Al cortar, me comentó que estaban atendiendo el caso de una mujer con nueve hijos y que tenían que conseguirle alojamiento. Era viernes y estábamos ante la víspera de un fin de semana largo ya que el lunes era feriado nacional. En el teléfono, Marisol hablaba con una integrante de una ONG vinculada a la iglesia católica, que tenía una larga trayectoria de trabajo con la temática de la *violencia familiar*. Me comentó que habían conseguido un espacio para la mujer y sus hijos en una Iglesia.

- La verdad que esta organización siempre nos ayuda, trabajan muy bien. Si no nos movemos así, tejiendo redes con la gente de los barrios, se hace muy difícil lograr algo- reflexionó- por eso están buenas las charlas como éstas, aun cuando no vengan muchas mujeres. Ya con que una se anime a contar algo...O por ahí otra, está callada y no dice nada, pero después le trasmite la inquietud a otras personas. Saben que hay gente trabajando y te llaman.

Tejer, armar o trabajar “en red” eran expresiones que ya había escuchado mencionar en más de una oportunidad. Formaban parte del vocabulario con el cual militantes y funcionarias describían las formas de lucha que llevaban adelante en pos de intervenir sobre la *violencia de género*. De esta manera, solían evocarse una serie de lazos entre integrantes de organizaciones barriales, espacios partidarios, instituciones religiosas y variados organismos estatales. No era inusual que desde la Dirección de Políticas de Género se programen talleres en los barrios, visitando casas de referentes, locales de militancia, escuelas y salas de primeros auxilios. También se promovían espacios de articulación entre estos distintos actores. Mensualmente, organizaciones sociales, ONGs, representantes de agencias estatales, miembros de la justicia e incluso personal policial solían reunirse para una “Mesa distrital intersectorial de género” dirigida específicamente al tratamiento de estos asuntos; procurando lograr una mejor “articulación” y “trabajo en equipo”. Desde 2015 y tomando el impulso de la primer

---

<sup>89</sup> La distinción entre exposición civil y denuncia penal fue recurrentemente evocada por mis interlocutoras al referir al circuito jurídico que seguían los casos de violencia. La resistencia de los miembros del personal policial a tomar una denuncia por estos casos era una problemática remarcada como de relevancia. A diferencia de la exposición civil, que es una mera declaración de un hecho, la denuncia implica el reconocimiento de que los hechos relatados configuran una forma de delito, permitiendo dar curso a una investigación en la justicia y habilitando también al pedido de una restricción perimetral mediante la cual se prohíba el acercamiento a la víctima.

movilización Ni una Menos, la Dirección convocó a la realización anual de los Encuentros Locales de Mujeres. Replicando la dinámica de los encuentros nacionales y regionales, se procuraba dar respuesta al creciente interés por trabajar “asuntos de género” que había sido expresado por diferentes actores sociales luego de la protesta del 3 de junio.<sup>90</sup> Para organizar el encuentro, se llamó a una comisión organizadora cuya composición abarcaba a agrupaciones políticas, organizaciones no gubernamentales, organizaciones feministas, colectivos de docentes, grupos de artistas, sindicatos y representantes de diferentes áreas municipales tales como Juventud, Discapacidad, Adulto mayor, Salud, entre otras.

Para las funcionarias de la Dirección de políticas de género, sus vínculos con las organizaciones no se construían desde una relación de exterioridad. Ellas formaban parte de organizaciones políticas de orientación peronista y participaban de espacios de articulación entre agrupaciones, especialmente aquellos que tenían lugar de cara a la organización de campañas electorales. La mayoría de ellas tenían una larga historia de trabajo en el municipio y habían atravesado diferentes gestiones. Cuando en 2015, tuvieron lugar cambios en la gestión municipal luego de que Mariano West perdiese la interna contra su contrincante dentro del Partido Justicialista, Walter Festa, quien era por entonces la directora de la Mujer dejó su cargo y se jubiló.<sup>91</sup> El resto de las trabajadoras de la dirección permaneció en sus funciones y para el año 2017, una de las trabajadoras históricas de esta agencia estatal, Alejandra, fue nombrada titular del área, que pasó a ser rebautizada como Dirección de Políticas de Género. Alejandra era trabajadora social y tenía una amplia trayectoria de trabajo en asuntos vinculados a la *violencia de género*.

---

<sup>90</sup> Los encuentros nacionales de mujeres, tienen lugar en Argentina desde 1986. Variando su sede año a año, constituyen un punto de encuentro mujeres de una diversidad de pertenencias sociales y políticas, en las que se llevan adelante debates sobre diferentes temáticas tales como sexualidad, derechos reproductivos, aborto, trabajo, identidades, participación política, entre otras. La dinámica de estos encuentros se organiza a partir del trabajo en talleres sobre una determinada temática, en los que se discuten asuntos referidos a la situación de las mujeres y luego se arriba a consensos que son expuestos en la asamblea general de cierre. A partir de 2018, estos encuentros han sido rebautizados como Encuentros Plurinacionales de mujeres, Lesbianas Travestis y Trans, en reconocimiento de identificaciones y demandas levantadas por integrantes de naciones originarias y otras identidades de género y sexuales que no se encontraban representadas bajo la categoría mujer.

<sup>91</sup> Mariano West fue intendente del distrito entre los años 1995 y 2002 y luego entre 2011 y 2015. En las elecciones Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias (PASO) del 2015, se enfrentó dentro de la interna del Partido Justicialista contra Walter Festa, quien había sido Jefe de la delegación de la ANSES local desde 2010. La victoria de Festa introdujo rupturas dentro del peronismo morenense. Su figura estuvo asociada a sectores más cercanos al frente Para la Victoria y organizaciones afines como la Campora, mientras que la de Mariano West representaba vertientes más antiguas del Partido Justicialista.

Laura y Vilma tenían con ella una relación de confianza que no se desprendía únicamente de la pertenencia a una misma agrupación política. El vínculo se había comenzado a gestar cuando ellas estaban en Comunidad Organizada y continuó siendo fluido cuando tiempo después Alejandra y otras funcionarias se retiraron de “la Juana” para acercarse a otra organización política que integraba el amplio panorama del peronismo oficialista en Moreno. Laura, Vilma, Alejandra y Marisol, compartían su militancia peronista y su compromiso por la lucha contra la *violencia de género*. A Laura, impulsar charlas y talleres en las que contaba con la presencia de funcionarias del municipio le parecía importante para que los y las vecinas del barrio vean y sepan que ella “no trabajaba sola”, que había “gente detrás”. Específicamente, contar con el apoyo de personas que tenían formación en asuntos jurídicos, le permitía fortalecer su construcción como *referente* de su barrio y acercar respuestas o informaciones de interés para la resolución de problemáticas que atravesaban la vida de los y las vecinos de su barrio. Desde que comencé a acompañar sus prácticas de militancia, supe que uno de sus mayores anhelos era convertirse en trabajadora del municipio. Su ingreso al Programa de Referentes Comunitarias era en parte el cumplimiento de ese objetivo, aunque la forma de contratación y las características del programa no requerían una dedicación a tiempo completo. Algunos meses después y en gran medida motivada por Marisol, Laura iniciaría estudios universitarios en la Universidad de La Matanza, siguiendo la carrera de Derecho. Procuraba hacerse de ese conocimiento especializado que admiraba en sus compañeras de militancia y que podría tanto fortalecer su lugar de *referente* barrial como brindarle mayores posibilidades de conseguir un empleo en el municipio.

La trama de relaciones sobre las que se sostenían formas de militancia orientadas a acompañar y prevenir situaciones de *violencia de género* implicaba un trabajo conjunto entre agencias estatales y organizaciones sociales de distinto tipo. En los encuentros y reuniones que la Dirección de Políticas de Género promovía para “trabajar sobre cuestiones de género”, era frecuente que las personas que asistieran se presentaran a sí mismas como representando más de un espacio, evocando tanto agencias estatales como a organizaciones de la sociedad. La mayoría de quienes trabajaban en áreas municipales, solían remarcar que formaban al mismo tiempo parte de alguna ONG, organización política o hacían incluso alusión a otras inserciones profesionales y trabajos barriales, como docentes “del fines”, “encargadas de merendero”, integrantes de la comisión directiva de un club, cooperadora escolar, centro cultural. La categoría de *referente* era una noción ilustrativa de las múltiples pertenencias que afectaban simultáneamente a las mismas personas. Se trataba de una palabra que podía utilizarse

tanto para nombrar una forma de militancia y trabajo territorial realizado en los barrios, como para designar una posición dentro de la implementación de programas estatales, como sucedía en el caso del Programa Referentes Comunitarios en comisarías o las “referentes de sede” en el caso del Plan Fines. El énfasis puesto en la importancia de “armar redes” como un aspecto relevante del modo en que se construían formas de organización en torno a la *violencia de género* refería a esta trama de relaciones en la que la pertenencia a agencias estatales y a organizaciones sociales se tornaba por momentos algo difusa.

En julio de 2015 tuve la oportunidad de acompañar a Laura y a varias funcionarias de la Dirección a un taller de género que tuvo lugar en un centro comunitario de un barrio impulsado por una referente que formaba parte de su organización. En la presentación de la actividad, una de las funcionarias de la Dirección, dijo:

- Nuestra intención es que esto sea un primer punto de partida para armar redes. Para seguir trabajando en redes y para concientizar, para que vayamos empezando a pensar en la violencia no como algo privado sino como algo público. Y no digo público por morbo, por empezar a preguntarle y querer saber ¿Qué te hizo? ¿Te pegó? ¿Cómo?. Sino para animarse a involucrarse de la manera que sea, porque si a nosotros nos pasara nos gustaría que alguien intervenga, que alguien se meta.

-A veces desde lo mínimo, como llamar al 911 si vemos que le están pegando a alguien en la calle- continuó otra funcionaria- no siempre es necesario poner el cuerpo y acompañar a alguien a denunciar, sino por lo menos llamar a la policía. Y desde la dirección de la mujer nosotras acompañamos, llamamos a la comisaría, sabemos que son pasos difíciles de dar si la mujer está sola

-Pero si ustedes están en la situación, si alguien les cuenta que sufre violencia, qué es lo que hacen?- preguntó otra trabajadora de la Dirección

-Bueno, yo tengo experiencia con eso y lo que nos pasaba es que íbamos a la comisaría y nunca le quieren tomar la denuncia..- dijo una de las participantes al taller

-Sí, eso a veces pasa. Por eso nosotras llamamos directamente a la comisaría, le decimos que va a ir alguien y nos fijamos que le tome la denuncia, una denuncia penal, no una exposición civil sino una denuncia penal. Ya nos hemos acercado a hablar con todas las comisarías y desde la mesa distrital se planificaron espacios de formación para el personal policial.

Como queda ilustrado en esta reconstrucción, las funcionarias de la Dirección hacían explícita su intención por promover que quienes estaban presentes se involucraran en

“ayudar a sus vecinas” y no hicieran oídos sordos si sabían que en la casa de al lado alguien una mujer estaba “sufriendo violencia”. Ella solían remarcar que estas redes de ayuda eran centrales para generar las condiciones que hicieran posible “romper” con el círculo de la violencia. El trabajo de la Dirección se sostenía a partir de la participación de *referentes* barriales que a su vez, solicitaban de las funcionarias “presencia en el territorio” y asesoramiento ante casos puntuales. Poco tiempo después de asumir como directora de Políticas de Género, Alejandra expresaba su voluntad por continuar trabajando en esta misma dirección, en una entrevista que brindó para un medio local: “Lo importante para una mujer en situación de violencia es tener redes, y allí la acompañamos en el territorio para que tenga contacto con la compañera del merendero, del comedor o con la vecina que es referente del barrio”.

Algunas investigaciones centradas en la modalidad de trabajo de organismos estatales vinculados con “la cuestión de la mujer” han identificado que muchas veces, estas áreas se sostienen en gran medida gracias al trabajo voluntario y a la promoción de la participación de la comunidad (Norverto, 2008; Anzorena, 2013). Si bien no forma parte de los objetivos de esta tesis, vale la pena considerar que una serie de investigaciones ha registrado vínculos entre la institucionalización de la “cuestión mujer” y los lineamientos de organismos internacionales como la ONU (Guzmán, 2001; Guzmán y Montañó, 2012; Anzorena, 2013). Se identificó que eventos de trascendencia mundial como la III Conferencia de la Mujer realizada en Nairobi en 1985 fomentaron especialmente el desarrollo de mecanismos gubernamentales dirigidos a intervenir sobre asuntos vinculados a la situación de la mujer (Anzorena, 2013). El trabajo de Claudia Anzorena (2013) señaló que estas agencias estatales acaban a menudo restringiendo su accionar en dar respuestas a aquellas condiciones más extremas de vulnerabilidad, interpellando las mujeres como víctimas y/o reproduciendo una asociación naturalizada entre lo femenino y la inclinación hacia el cuidado de los otros y las formas de organización comunitarias.

El “armado de redes” contra la violencia, al cual referimos en estas reconstrucciones etnográficas, supone sin dudas la realización de un trabajo voluntario y no remunerado por parte de muchas mujeres. Llevar adelante estas tareas, tenía para muchas mujeres sentido en términos de una práctica militante. La puesta en marcha de políticas por parte de la Dirección de Género requería necesariamente de los recursos que aportaban quienes formaban parte de estas redes. Recursos que suponían una buena medida de trabajo emocional y también la posibilidad de dar cobijo por algunos días, realizar colectas de ropa y alimentos. Incluso la puesta en marcha del proyecto de “referentes comunitarias” en comisarías, aun cuando remuneraba una parte de este trabajo, poseía

condiciones de contratación inestables y un salario bajo en relación al trabajo que requería.<sup>92</sup>

Si bien el trabajo desarrollado por la Dirección priorizaba la atención a mujeres que transitaban “situaciones de violencia”; quienes trabajaban allí disponían un considerable esfuerzo dirigido a trascender aquellas medidas de acción directa. El desarrollo de articulaciones con otros actores permitía no sólo acompañar a quienes estaban “en situación de violencia”, sino también poner en marcha espacios formativos, reuniones y Encuentros Locales de mujeres. Estas acciones estaban permeadas por la intención expresa de leer esta *violencia* como parte de un conjunto de asimetrías de género constitutivas de la sociedad, tomando distancia de la interpelación de las mujeres como víctimas pasivas. Desde esta lógica, el trabajo de articulación con organizaciones sociales puede comprenderse no sólo como una forma de contrarrestar la insuficiencia de recursos, sino también como una estrategia pedagógica dirigida a intervenir sobre los modos en que se comprendía y definía qué era *violencia*. Tanto Alejandra como otras funcionarias de la Dirección resaltaban que el “trabajo en red” era imprescindible en pos de poner en práctica una interpretación de la problemática de la *violencia* que la sacara del terreno de lo íntimo y lo privado, para comprenderla como un asunto público, e incluso para problematizar aquellos estereotipos de género desde los que se sustentan las asimetrías.

Estos propósitos solían ser explicitados en reuniones y talleres en los que muchas veces se generaban debates acerca de cómo comprender la *violencia* y de cuáles eran las formas más correctas de afrontarla. Estos debates no estaban exentos de desacuerdos y solían dar lugar a la expresión de tensiones entre los diferentes actores que participaban de estos espacios organizativos. En agosto de 2017, durante una de las reuniones organizativas del Tercer Encuentro Local de Mujeres y Diversidad de Géneros en Moreno<sup>93</sup>, registré un intercambio ilustrativo de estas cuestiones. Corría el mes de agosto y Alejandra, que ya había asumido como Directora de Políticas de Género, había convocado a la primer reunión de la comisión organizadora. Éramos alrededor de veinte mujeres amontonadas en una pequeña oficina dentro del edificio que ocupaba la

---

<sup>92</sup> Al momento de lanzamiento del programa, a mediados del 2016, los ingresos percibidos por las referentes comunitarias alcanzaban los 3000 pesos mensuales, una cifra que representaba aproximadamente la mitad de un salario mínimo vital y móvil y coincidía con la suma que era transferida por otros programas sociales como el Ellas Hacen y le Argentina Trabaja.

<sup>93</sup> A partir del año 2016, estos encuentros pasaron a incluir la mención a la “diversidad de géneros”. El cambio de nombre fue especialmente impulsado por la creación de la Dirección Municipal de Diversidad Sexual, a cargo de una mujer transgénero que ya se encontraba trabajando en el área de Derechos Humanos y que propuso no limitar la convocatoria a la identificación como mujeres.



Dirección. La reunión ya estaba avanzada cuando algunas de ellas empezaron a comentar situaciones cercanas de *violencia* en las que habían tenido que intervenir:

- Las que estamos en el territorio, nos planteamos el problema de qué hacer cuando las mujeres, que sabemos que están siendo maltratadas, violentadas, son las que después defienden a sus maridos y vuelven con ellos
- Ahí lo importante es importante es poder trabajar en red- dijo Alejandra- Porque este es un problema tan grande, de tal magnitud, que no lo vamos a resolver si no trabajamos todos, hay que involucrar a todo el mundo y trabajar en redes. No se va a resolver desde una sola institución. Nosotras desde que hicimos la reunión esa, el desayuno de trabajo, venimos recibiendo cada vez más atenciones, y no son números que nos ponen contentas, pero sí saber que la gente está sabiendo a dónde acudir, tiene donde ser recibido.

En ese momento, una chica que pertenecía a una iglesia mormona, tomó la palabra:

- Nosotras trabajamos mucho con la auto suficiencia. Para que la mujer pueda estar cuidando de su familia, debe tener su propio sustento, es importante la autonomía económica, que ella sepa que puede cumplir su lugar en la familia y sostenerla.

Alejandra no pudo contener su descontento hacia las ideas que expresaba esa chica y enseguida tomó la palabra para responderle en un tono pedagógico pero firme:

- Mirá, yo entiendo lo que decis, pero justamente la línea de estos encuentros, tiene que ver con repensar esos estereotipos. ¿Por qué la mujer tiene que estar asociada siempre al cuidado de todos menos de sí misma?. Ese es un problema.
- Nosotras trabajamos con chicas que están en la religión, y son ellas las que eligen eso. Yo estoy hablando desde ahí.
- Claro, sí, yo sé desde qué lugar lo estás diciendo vos.

Cuando la reunión se diluyó y quedamos junto a Laura, Vilma y Alejandra despidiéndonos y haciendo un breve balance del encuentro, Alejandra trajo a colación ese intercambio y manifestó su preocupación por poder problematizar esas asociaciones, remarcando las complejidades que suponía convocar tal pluralidad de actores dentro de la comisión organizadora y enfatizando en que era importante no perder el foco de trabajar estas problemáticas en tanto “derechos vulnerados”, repensando la asociación entre mujeres y cuidados. El intercambio ponía de manifiesto que la problemática de la *violencia* contra las mujeres era abordada territorialmente a partir de perspectivas diversas, las cuales no siempre suponían una problematización de estereotipos y desigualdades de género. La construcción de las tan mentadas

“redes”, que muchas veces tornaban posible la resolución de problemas concretos, también estaba atravesada por una diversidad de criterios en tensión al respecto de cual era “el lugar de la mujer” en la sociedad y cómo se construían los horizontes de la “lucha contra la violencia” .

Si tejer “redes” suponía la construcción de vínculos fluidos y personales con actores “de los barrios”, una lógica similar se ponía en juego en las relaciones entre integrantes de distintas instituciones estatales. Así, el “armado de redes” al que se referían las funcionarias, no refería únicamente al establecimiento de vínculos entre la dirección municipal y las organizaciones, implicaba un entramado complejo de relaciones personales, que convocaban incluso a integrantes del personal policial. Las funcionarias de la Dirección debían “articular” con otras direcciones y áreas municipales e incluso aceptar relaciones con áreas de la justicia y representantes de instituciones policiales. El Estado se diversificaba en una variedad de agencias cuyos vínculos entre sí no estaban dados, sino que debían producirse.

En numerosas interacciones que presencié sobre la problemática de la *violencia de género*, mis interlocutoras identificaban como un problema recurrente el hecho de que, cuando una mujer tomaba la decisión de denunciar sus padecimientos; se encontraba con un recorrido burocrático hostil, en donde faltaban “contención” y “acompañamiento”. Este proceso, muchas personas lo nombraban como “revictimización”, aludiendo a que quien ya sufría violencia en sus relaciones familiares se exponía luego a las dinámicas violentas de las instituciones. Para responder a esta problemática, quienes trabajaban acompañando mujeres “en situación de violencia” y/o desarrollaban formas de militancia al respecto de este asunto, solían destacar la importancia de conocer en detalle este recorrido burocrático y tener comunicación directa con personas que formaban parte de él.

El 8 de marzo de 2018 tuvo lugar en las calles del centro de Moreno una movilización que puso en el centro a este entramado de actores que participaban de la atención a las mujeres. Ese día, llegué a las 9, 30 de la mañana a la puerta de la oficina de la Secretaría de Desarrollo Social ubicada en una calle paralela a las vías del tren Sarmiento, a pocas cuadras de la estación. Me encontré allí con una columna de mujeres que estaba por comenzar a marchar por las calles aledañas. Saludé a Laura y a Vilma y a otras “referentes comunitarias” que conocía. Renata, la hija de Laura que por entonces tenía 16 años de edad, estaba parada al lado de su madre y llevaba una cartulina celeste que tenía escrita en letras negras de fibra, la frase “De camino a casa, quiero ser libre, no valiente”. Unas cien personas estaban detrás de aquella misma bandera que Laura

había colgado en el SUM el día de la charla de mujeres que describí más arriba. Letras en pañolenzí verdes formaban sobre tela blanca la frase “Ni una Menos”, detrás del símbolo “#”, utilizado para indicar una “etiqueta” en las redes sociales. Alejandra lucía una pechera lila que decía “políticas de género” y, micrófono en mano, iba y venía de un extremo a otro de la columna, que iría engrosando su tamaño a medida que avanzábamos. Otra de las chicas llevaba en un carrito un amplificador inalámbrico por el cual salían sus palabras. De fondo, se escuchaba una versión del tema “Despacito” de Luis Fonsi que había sido popularizada en redes sociales algunos meses a partir de un video casero realizado por una integrante de la Asociación de Trabajadores del Estado. La frase Ni una menos reemplazaba a la palabra que daba título a la canción. Un poco antes del estribillo, la letra decía: “Tú, tu machismo oprime y eso es cultural. Tu machismo mata y eso es real. La justicia es cómplice, te lo decimos. Tú, tu violencia sube cada día más. Derrotemos el sistema patriarcal. El Estado es cómplice del femicidio.”

La columna fue avanzando al grito de “Ni una menos, vivas nos queremos”. La primer parada de la movilización fue a pocas cuadras, en la Defensoría General de Moreno. Allí, Alejandra tomó el micrófono y dijo:

- Este es uno de los primeros lugares a los que viene una mujer que quiere denunciar: la defensoría. ¡¡Ni una menos!!
- Ni una menos, vivas nos queremos- respondió el grito colectivo.

La marcha tenía como propósito recorrer distintos espacios institucionales vinculados con la atención a la *violencia de género*. Es decir, aquellos sitios a los que debía recurrir quien denunciaba o procuraba buscar ayuda. “Vamos a pasas por los lugares de la ruta crítica”, me había dijo Laura cuando me invitó a la movilización. Con esta expresión, se suele referir al proceso institucional que recorren las mujeres para buscar atención ante situaciones de *violencia de género*. Distintos estudios han analizado la insuficiente articulación, el inadecuado accionar policial y la carencia de recursos como aspectos problemáticos característicos de este recorrido; señalando los modos en que se recrudecen los padecimientos de las mujeres, incrementando sus riesgos y fomentando la impunidad de los agresores (Sagot, 2000; Teodori, 2015). Las protestas del 8 de marzo en Moreno se plantearon como una apuesta por visibilizar esta problemática, uniendo simbólicamente oficinas institucionales a través de la caminata de quienes participaban de la movilización. El recorrido de 7 paradas aparecía delineado en el flyer que Laura me había enviado por whatsapp. Eran aproximadamente unas 12 cuadras que unían distintos puntos entre los que se destacaban juzgados, el concejo deliberante,

la defensoría, la comisaría primera. La movilización finalizaría en una de las plazas céntricas de la estación, donde estaba convocado el cierre con un “ruidazo”.

Cada vez que llegábamos a una de las paradas estipuladas, se hacía una breve pausa en la que Alejandra comentaba el sentido de detenernos allí e invitaba incluso a trabajadoras de dicha institución a “sumarse a la lucha”. Al parar en uno de los juzgados, una funcionaria de ese espacio se unió a la movilización y Alejandra le dio el micrófono para que diga algunas palabras. Ella lo recibió agradeciendo y explicó que desde allí trataban de agilizar lo más posible todos los trámites, aunque a veces se les complicaba porque eran pocas trabajadoras y eso era algo que también debía ser incluido en los reclamos hacia el Estado: mayor presupuesto para la justicia, para que incorporasen más gente y pudieran brindar una mejor atención:

- Las cifras son contundentes, en lo que va del año ya hay cerca de 6mil expedientes por casos de violencia de género en el distrito. El año pasado se alcanzó a 15 mil. ¡Necesitamos más presupuesto!.

Las palabras fueron recibidas con aplausos y rápidamente continuamos la marcha.

- ¡¡Ella saca las perimetrales en horas!!- me explicó Laura con admiración.

El contenido de la protesta incluía demandas al Estado pero era al mismo tiempo motorizada por un organismo estatal municipal. Se trataba de una actividad que había sido convocada por la Dirección de políticas de género. La titular de esta agencia estatal era quien conducía el recorrido de la movilización, la principal oradora que alzaba la voz animando al resto. La demanda no parecía dirigirse únicamente hacia un interlocutor específico, no era sólo un pedido de “mayor presupuesto” dirigido hacia el Estado, ni la apuesta por lograr modificaciones en la legislación. La reivindicación parecía apelar justamente a la necesidad de tender puentes entre actores, de aceitar mecanismos de articulación entre ellos, de tornar más fluido el “recorrido” que enfrentaban aquellas mujeres que se disponían a denunciar casos de *violencia*.

Al marchar; ruidos, cantos y banderas se detenían ante la puerta de instituciones públicas, visibilizando la existencia de prácticas de militancia y modalidades de organización especialmente dirigidas a acompañar mujeres en estos recorridos burocráticos. Asimismo, la protesta se construía como un discurso hacia la gente en general, invocando transeúntes y personas que estaban de paso. Mientras continuábamos marchando, en las pocas cuadras que unían una parada de la otra, Alejandra utilizaba el micrófono y se dirigía especialmente a las mujeres que se encontraban haciendo trámites o realizando compras en los comercios del barrio. Sus palabras intercalaban la reproducción de consignas y emblemas enunciados en un

modo impersonal con la enunciación de frases expresadas en segunda persona: “¿Qué pasa si no haces todo lo que haces vos en tu casa? ¿Quién hace esos trabajos?”, “Tienen derechos, los mismos derechos que un hombre”. “Tu trabajo vale”, les decía a las mujeres de la cola de los bancos, las que iban tal vez a retirar la asignación, las que esperaban a hacer atendidas en los negocios, las que atendían los comercios y salían a la calle a ver de qué se trataba ese tumulto. También se ocupaba de describir tipos de violencia, como la económica o la psicológica y repetía varias veces a las mujeres que “no estaban solas”, que “tenían derechos”. Sus palabras incluían asimismo una impugnación de la asociación entre mujeres y maternidad: “Somos mujeres, no simplemente madres. Somos mujeres que podemos elegir ser madres, pero no somos madres”.

El discurso de Alejandra se encontraba en clara sintonía con reivindicaciones históricas del feminismo y de los movimientos de mujeres y se asemejaba a las frases utilizadas en los materiales de difusión desde los que ese año se había convocado al paro de mujeres a nivel nacional. “Si nuestro trabajo no vale, produzcan sin nosotras” o “Si las mujeres paramos, se para el mundo”, habían sido algunas de las consignas más presentes por entonces. En el marco de una movilización más pequeña que aquellas que tuvieron lugar más tarde en el centro de la Ciudad de Buenos Aires y en otras capitales del país; las mismas consignas tenían un sentido más directo de interpelación a la audiencia. A diferencia de la masiva marcha que ese mismo día pobló Avenida de Mayo; en las calles de Moreno la proporción entre participantes de la movilización y transeúntes se balanceaba claramente a favor de los segundos. Por la mañana, las calles del centro de Moreno solían registrar un intenso movimiento de gente que se profundizaba aún más al mediodía, por causa del horario de salida y entrada a las instituciones educativas. El tumulto de gente miraba con asombro y curiosidad a la columna de manifestantes, cerca de trescientas mujeres con banderas, un bombo y un micrófono conectado a un amplificador.

La voz de Alejandra dejaba a traslucir un discurso que era tanto emotivo y efervescente como pedagógico. Se apelaba a palabras similares a aquellas que solían evocarse en charlas, reuniones y talleres “de género”, pero en este caso las palabras se dirigían hacia una audiencia amplia y desconocida. Al hablar por micrófono, Alejandra utilizaba un tono casi pedagógico, explicativo, parecía ir construyendo su discurso en el momento, a medida que dirigía su mirada hacia las mujeres de la calle. El uso de la segunda persona del singular y su vista posada fijo sobre personas concretas, al detenerse frente a la fila de mujeres que aguardaban para entrar al cajero; daban la impresión de que aun alzando la voz frente a un tumulto de gente desconocida,

Alejandra tenía interlocutoras proyectadas en su mente. “No permitas que te traten como inferior, habla, pedí ayuda”, decía luego de describir formas de *violencia* que estaban “amparadas en la ley” y de invitar a las mujeres a que “se acerquen a la Dirección”.

Las movilizaciones del 8 de marzo de 2018 fueron masivas en todo el país y contaron con el impulso de ser la segunda vez que se convocaba a paro por ese día, una medida que contó con la adhesión de más de cincuenta países. En el contexto de nuestro país, al reciente anuncio de que comenzaría a tratarse en el congreso de la nación, la ley por la interrupción legal del embarazo le otorgó un empuje adicional a la convocatoria. En Moreno, no faltaron los ecos de esa efervescencia que se vivía a nivel nacional y ese día pude contar una gran cantidad de pañuelos verdes entre las manifestantes. Ésta no era la primera vez que se llevaban adelante movilizaciones en el distrito, en sintonía con las protestas que se desarrollaban a nivel nacional e internacional. Intervenciones semejantes tenían lugar en al menos tres fechas al año: en marzo para el día de la mujer, en junio en ocasión de la movilización “ni una menos” y el 25 de noviembre, para el día de la “no violencia contra la mujer”. En estas fechas, la Dirección de Políticas de Género solía promover el desarrollo de actividades en las plazas céntricas del distrito y muchas veces, convocaba a la realización de marchas o caminatas por las calles cercanas a la estación de trenes. La plaza ubicada frente a la municipalidad solía ser escenario de ferias, intervenciones artísticas y actividades de difusión que se realizaban desde primeras horas de la mañana. Un conjunto de gazebos azules con el logo del municipio eran dispuestos en el espacio, carteles y banners de áreas municipales junto a las banderas de las organizaciones sociales. Se repartían volantes y se desarrollaban “radios abiertas”, en las que tomaban voz militantes, trabajadoras del estado, integrantes de cooperativas. En noviembre de 2016, se realizó una “caminata” desde el municipio hacia la comisaría primera y luego una vuelta por calles céntricas. Un grupo de actrices encabezaba la columna que a cada esquina frenaba su paso y guardaba silencio dando lugar a la intervención artística, en la que un grupo de mujeres que estaban maquilladas como si hubieran sido golpeadas gritaban pedidos de ayuda. La intervención procuraba llamar la atención de los transeúntes, objetivo que fue logrado con éxito. Ese día, me llamó la atención el recorrido de la marcha, que partía desde el edificio municipal y se dirigía hacia la institución policial.

El 8 de marzo, se siguió adelante una lógica similar, en tanto una oficina dentro del estado municipal convocaba a movilizar proponiendo un recorrido que incluía paradas en distintos organismos públicos. Mediante un despliegue de sonidos, gritos y palabras amplificadas a través del micrófono, la construcción de la *violencia de género* como un problema público se mapeaba en la recorrida por instituciones y en la evocación de

posibles interlocutoras. En este tipo de movilizaciones, el trabajo cotidiano de armado de “redes” al cual mis interlocutoras apelaban con frecuencia, se tornaba particularmente visible como un entramado que interpelaba tanto a militantes, como funcionarias estatales y que procuraba convocar y difundirse entre la gente en general.

Las movilizaciones, charlas de mujeres, encuentros locales y talleres estaban orientados desde una narrativa centrada en la voluntad por sacar a la violencia del terreno de lo íntimo y lo privado; para construirlo como un asunto de reflexión colectiva que debía ser reconocido públicamente. Algunos trabajos han puesto de relieve que los recientes procesos de movilización contra las violencias machistas, les permitieron a las mujeres desplazarse del lugar de víctima para reconocerse como sujetos políticos en lucha (Gago, 2018; Menéndez, 2018). Distintos trabajos han marcado que una característica relevante de estos procesos de demanda y organización ha sido la generación de alianzas y encuentros “entre mujeres”, los cuales permitieron problematizar mandatos referidos a la enemistad y competencia femenina (Menéndez, 2018; Gutierrez Aguilar, 2018; Gutierrez Aguilar, Sosa y Reyes, 2018). Se ha señalado que este tejido de alianzas y relaciones de apoyo mutuo posee una potencia política significativa en la medida en que permite generar un lenguaje propio que ponga en suspenso la mediación patriarcal (Gutiérrez Aguilar, Sosa y Reyes, 2018), valorizando trabajos históricamente invisibilizados (Gago, 2018).

En coincidencia con estos señalamientos, podemos identificar en los discursos de Alejandra durante la marcha del 8 de marzo una intención por promover el reconocimiento de la importancia que tenían aquellos trabajos realizados por las mujeres: “Tu trabajo vale”. Asimismo, la idea de “armar” o “tejer redes” suponía valorizar estas formas de ayuda gestadas entre mujeres. En este apartado, mostramos como estas relaciones se construían articulando la participación de personas que pertenecían a espacios variados, cuyas formas de comprender qué era violencia y cómo abordarla se encontraban a veces en tensión. En nuestro caso de análisis, la construcción de redes de acompañamiento y ayuda orientadas a lidiar con la problemática de la *violencia de género* implicaron tanto la transmisión de aprendizajes basados en la experiencia vivida, como la circulación de ayudas para resolver necesidades concretas derivadas de las condiciones de vida de las mujeres de sectores populares. Tal como veremos a continuación la posibilidad de tener una casa a la que recurrir se presentó como un asunto particularmente relevante.

## Casas y violencia

A la hora de construir arreglos colectivos dirigidos a afrontar situaciones de *violencia de género*, la problemática habitacional constituía un asunto difícil de eludir. Resolver donde vivir emergía directamente como un asunto relevante a ser abordado cuando una mujer se disponía a proyectar una salida a la *violencia* y también solía constituir el principal obstáculo evocado por quienes la estaban transitando. Maite había hecho alusión a esta cuestión cuando enumeraba todo lo que tenía que hacer para lograr ponerle fin a su situación. El hecho de que ella y su marido habiten una casa que era propiedad de él tornaba el asunto aún más difícil. Situaciones similares habían sido evocadas en otras interacciones durante mi trabajo de campo. Si se trataba de viviendas que eran propiedad del marido o que estaban construidas en terrenos compartidos con parientes suyos; romper el vínculo implicaba la necesidad de “irse” y de procurar otro lugar a dónde ir. Algo similar le había sucedido a Verónica quien, tal como desarrollamos en el capítulo 2, recurrió directamente a mudarse de barrio para alejarse de los hostigamientos de su ex pareja. En algunos casos, la cuestión de la propiedad de la vivienda se tornaba más difícil de dirimir. Rosa, integrante de la cooperativa Mujeres Valientes de Tres de Febrero, me explicaba que quería irse de su casa, pero que “había invertido mucho” en la compra de materiales de construcción para edificarla y que aunque el terreno “era de su marido”, no se sentía dispuesta a perder todo lo que ella había puesto allí. Otras veces, el aporte que los maridos hacían en la casa, ya sea en dinero o en trabajo construyendo la vivienda, era un factor que desalentaba a las mujeres a denunciarlos. “Ella se quiere separar, pero él le está construyendo la casa”, me dijo alguna vez Carla, refiriéndose a Sandra, ambas integrantes de la misma cooperativa que Rosa, en Tres de Febrero. Tal como hicimos referencia en el capítulo 1, recibir a alguien en la propia casa, junto con el préstamo de dinero en pequeñas sumas eran algunas de las formas a partir de las cuales las mujeres se brindaban apoyo ante estas situaciones.

La *violencia de género* se construía como una problemática que no solo interpelaba a las relaciones interpersonales; se trataba de un asunto que atravesaba también los vínculos que las personas establecían con sus casas. El dinero y trabajo invertido en ellas, el aporte económico necesario para sostenerlas o las escasas posibilidades de encontrar un lugar alternativo donde vivir constituían factores que muchas veces condicionaban las posibilidades de proyectar horizontes de vida alejados de la *violencia*. Asimismo, las casas eran muchas veces destinatarias de las agresiones. Existían casos no poco frecuentes en los que los agresores dirigían específicamente su accionar hacia



los espacios domésticos, ocasionando en ellos daños significativos en las casas. Trabajando como *referente* en una comisaría, Laura había tenido contacto con una situación extrema en esta dirección. Se trataba de una mujer que había acudido a declarar que su ex marido, a quien ya había denunciado “por violencia”, había prendido fuego intencionalmente la casa en la que solían vivir juntos. La vivienda estaba alquilada a nombre de ella, con lo cual debía ahora enfrentar las demandas de la dueña del inmueble, que solicitaba un resarcimiento por los daños.

Desde las prácticas y perspectivas de quienes militaban la causa de la *violencia de género*, no cabían dudas de que las casas eran espacios en los que las mujeres estaban muchas veces expuestas a peligros considerables. Tal y como reconstruimos en el primer apartado, hablar de lo que sucedía allí y tornar a las modalidades de organización doméstica y a la distribución de los trabajos de cuidado en un asunto de reflexión colectiva, formaba parte de los caminos desde los que se proponía resistir y luchar contra la *violencia*. Los debates colectivos en torno a la forma más aceptable de intervenir sobre estas situaciones incluían a menudo la consideración acerca de cómo resolver la cuestión habitacional. En este punto, los posicionamientos tampoco eran homogéneos y si bien no había dudas de que las dificultades para obtener un lugar seguro donde vivir eran problemáticas recurrentes, a veces surgían debates al respecto de si “sacar” las mujeres de sus casas constituía la mejor estrategia. Se trataba de una medida que se percibía como necesaria para evitar riesgos mayores, pero que por otro lado, implicaba “revictimizar” a la mujer, en tanto era ella quien debía dejar sus pertenencias y su vivienda, procurarse un sitio nuevo y a veces incluso mudarse de barrio o ciudad. Así lo expresaba Alejandra, en agosto de 2017, durante la reunión de la comisión organizadora del Tercer Encuentro Local de Mujeres:

- A veces nosotras también tenemos que hacer autocrítica del tipo de intervenciones que planteamos. Porque lo primero que pensamos es en sacar a la mujer de su casa, para cuidarla, pero yo siempre me pregunto más por qué es que la mujer es quien se tiene que ir y no el varón. Algunas cosas estamos logrando por ejemplo gracias al trabajo conjunto con la policía, podemos hacer por lo menos restitución de elementos personales. Vamos hasta la casa con la policía y la acompañamos a que retiren sus cosas

En los intercambios que acontecían en espacios de reflexión colectiva y reuniones de articulación entre diferentes actores, se ponían de relieve los límites y contradicciones encarnados en la necesidad de procurar un alojamiento alternativo para quien estaba en “situación de violencia”. Se solía evocar esta problemática con indignación, en tanto ponía en evidencia que quienes terminaban “escapando” o “escondiéndose” de sus

agresores eran a menudo las mujeres. Sin embargo, aun reconociendo estas limitaciones, la urgencia de los casos concretos imponía la necesidad de actuar con rapidez, priorizando la alternativa que implique un riesgo menor. Cuando una mujer se acercaba a la Dirección de Políticas de Género o pedía ayuda de vecinas y conocidas, los esfuerzos solían concentrarse en garantizar las condiciones de posibilidad para que ella pudiese “salir” de aquel espacio que configuraba el escenario y sostén de relaciones opresivas. Eran recurrentes los relatos acerca de mujeres que acudían a buscar ayuda llevando “solo lo puesto” alcanzando a agarrar apenas los documentos personales, muchas veces sin dinero ni tiempo para armar un pequeño equipaje. En más de una oportunidad, Laura y Vilma habían difundido campañas dirigidas a recolectar ropa y otros elementos personales, con el fin de tener disponibles estos recursos para poder proporcionarlos en situaciones de este tipo.

Las prácticas de militancia dirigidas a afrontar situaciones de *violencia de género* suponían así problematizar el sentido de las casas como espacios seguros, visibilizando experiencias de privación y sufrimiento que muchas mujeres experimentan en esos espacios. Siguiendo las contribuciones de Miller (2001), las casas no son sólo un sistema simbólico que opera como telón de fondo para la práctica; ellas participan, junto a las personas de la construcción de relaciones sociales y materiales.

Tal como afirma Iris Young (2005) la teoría feminista ha evidenciado la ambivalencia de los valores ligados a la casa. Por un lado, las casas han sido tradicionalmente asociadas al confinamiento de las mujeres al servicio de proyectos masculinos. Es decir, la comodidad y el apoyo que suele ser asociado a los hogares se ha construido históricamente sobre la privación de las mujeres. Sin embargo, siguiendo a la autora, el excesivo énfasis puesto en la relación entre las casas y la opresión de las mujeres, implicó muchas veces desatender el lugar de estas como expresión de valores humanos únicos. Según Young (2005) la idea de hogar otorga sostén a identidades personales y colectivas en un sentido fluido y material, los trabajos de preservar el hogar, aun cuando comúnmente son desvalorizados, suponen aspectos creativos. La autora plantea la necesidad de restituir el carácter creativo de muchos trabajos vinculados a las casas. En este sentido, Young se opone a la idea de que todo el trabajo doméstico sea una mera reproducción de valores ya existentes. Las tareas de preservación y mantenimiento que se realizan en las casas, producen significados subjetivos; no suponen mantener intactos a los objetos, sino renovar el sentido que estos tienen en la vida. Al trabajar sobre las casas, las personas se construyen a sí mismas, participan de procesos de subjetivación. Sobre la base de estos planteos, la autora concluye afirmando que si tener una casa es actualmente un privilegio para gran parte de la

población, resulta necesario construir horizontes de lucha política dirigidos hacia democratizar los valores ligados a ellas, poniendo en valor el carácter creativo de trabajos comúnmente realizados por las mujeres, antes que definir las a priori como factores de opresión.

Siguiendo los aportes de la autora, podemos afirmar que las modalidades de organización y experiencias analizadas en estas páginas, ofrecen una interesante evidencia respecto de la ambivalencia que encierra a las casas. Mis interlocutoras reconocían que estos espacios constituían a menudo el sostén de la *violencia* contra las mujeres. “Salir de la violencia” implicaba así muchas veces un movimiento hacia afuera de los espacios domésticos. Pero esta “salida” no podía realizarse en el vacío. La generación de espacios de debate y reflexión acerca de lo que acontecía en los hogares y sobre los límites de aquello que podía ser identificado como *violencia* constituía una práctica relevante que debía ser muchas veces acompañada por la construcción de estrategias dirigidas a dar respuesta a la necesidad de las mujeres de contar con una casa a la que acudir.

Existen trabajos etnográficos que han explorado el modo en que las condiciones habitacionales y los patrones de residencia ejercen influencia sobre las condiciones para la emergencia de formas de agencia femenina (Pauli, 2008) o las posibilidades de interrumpir vínculos conyugales violentos (Codesal, 2014). Parafraseando el planteo de Virginia Woolf sobre el “cuarto propio”, Pauli (2008) remarca que el acceso a una “casa propia” posee implicancias significativas en las relaciones de género, habilitando mayores márgenes de autonomía para mujeres que se encontraban sometidas a condiciones opresivas. En nuestro caso de análisis se registra una conexión semejante que pone en evidencia tanto el carácter opresivo de las casas; como las posibilidades de construir horizontes de vida alternativos sobre la base de la transformación de las formas de residencia. Lo que nos interesa resaltar aquí, es el modo en que el acceso a un lugar donde vivir es construido a través de modalidades de organización colectiva y a partir del desarrollo de prácticas de militancia llevadas adelante por mujeres.

Tal como lo expresaba Marisol cuando viajábamos juntas en auto luego de la “charla de mujeres”, tejer redes era una alternativa fundamental para poder resolver la cuestión de la vivienda. Laura y Vilma formaban parte de este entramado de relaciones y muchas veces se ocupaban de gestionar alojamiento temporario. Si bien ellas no contaban con espacio suficiente en sus propias viviendas; sí solía movilizar sus contactos en el barrio cuando era necesario resolver una situación urgente. Según me comentaron tanto ella como las trabajadoras de la Dirección en múltiples oportunidades, feriados y fines de

semana constituían un momento crítico en los que el teléfono de guardia que tenía la Dirección solía recibir llamados con especial frecuencia y destacándose la gravedad de las situaciones. “Los hombres se descontrolan los fines de semana”, me solía explicar Laura. Su teléfono también solía sonar en estas situaciones en las que era preciso esperar a un día hábil para llevar adelante gestiones que pudieran resolver la situación habitacional de una mujer.

En una oportunidad, ella y Vilma recibieron el llamado de Alejandra pidiéndoles ayuda “con un caso”. Se trataba de una mujer paraguaya que tenía tres hijos pequeños y que se había acercado a la dirección luego de estar varias horas en una comisaría sin que la ayudasen. Ya cansada, con hambre y asustada, la mujer había planteado que tal vez lo mejor sería “volver a su casa”. Es decir, estaba a punto de desistir de denunciarlo.

- A mí me llamaron para ver si podíamos darle una mano a contener a esa chica, porque estaba que quería volver. Tenía a tres nenas chiquitas que lloraban y quería volver a la casa. Hay que aprovechar cuando tienen el impulso de irse. Porque sino, no se van más- explicó Laura- entonces yo fui y le dije “A vos ahora te va a parecer que todo es muy difícil, pero esto es ahora... después vas a estar mejor y cuando veas a tus nenas bien, vas a estar orgullosa de haberte podido ir”
- La tuvimos acá en el barrio- completó Vilma- estaba muy asustada, yo la acompañé al juzgado y pude ver que caminaba por las calles de Moreno totalmente atormentada. Por suerte pudo contactarse con su mamá que vivía en Mar del Plata y hablaron con la Dirección de género de allá para que hicieran el seguimiento. Le juntamos pañales, ropa, se fue con todo.

La ayuda que brindaban Laura y Vilma implicaba tanto la resolución de cuestiones prácticas- alojamiento, ropa, elementos de higiene personal- como la realización de un trabajo emocional de acompañamiento que resultaba central en momentos críticos. Laura apelaba a su propia experiencia y solía hablar no sólo como militante o *referente*, sino también desde el lugar de alguien que había atravesado situaciones similares y que podía traer sus aprendizajes como ejemplos.

Pero no existía una única manera de atravesar “situaciones de violencia” o de salir de ellas. Estas experiencias se entrecruzaban con aspectos específicos de la vida de las personas, derivados de los recursos económicos disponibles, la ayuda con la que contaban en el círculo íntimo y asuntos derivados de las trayectorias previas. El caso que Laura y Vilma acompañaron durante aquél fin de semana poseía algunas particularidades. Se trataba de una mujer que había atravesado sucesivas experiencias

de migración; primero desde Paraguay y luego alejándose de su familia directa, que había quedado viviendo en Mar del Plata. En Moreno, tenía pocos contactos a quienes recurrir pidiendo ayuda y había perdido comunicación con sus parientes que vivían en otras ciudades. En este sentido, acompañarla y ayudarla a resolver dónde vivir, no implicaba responder únicamente a una necesidad habitacional, suponía la reconstrucción de vínculos afectivos. Las funcionarias de la Dirección de Políticas de Género solían remarcar que era frecuente que quienes sufrían violencia “quedaran aisladas”, debido a que como parte del accionar violento, su pareja solía impedirles el contacto con familiares y amigos. Estas situaciones se tornaban más graves en casos como el que mencionamos, en el que las parejas habían atravesado recorridos migratorios y se encontraban a una distancia considerable de familiares y amigos. La problemática de la *violencia* adquiría entonces especificidades de acuerdo al modo en que las desigualdades de género se entrecruzaban con otras como las de clase y nacionalidad. Las modalidades de militancia que construían mis interlocutoras, no podían pasar por alto las privaciones materiales que atravesaban las vidas de las mujeres que estaban “en situación de violencia”. Mientras algunas mujeres salían de sus casas y procuraban alejarse de los peligros contenidos en ellas; otras abrían las puertas de las suyas y ponían a disposición un entramado de vínculos barriales que tornaban posible el acceso a un lugar seguro donde vivir. En contextos fuertemente marcados por asimetrías de clase, organizarse para construir formas alternativas de refugio, identificando casas que puedan recibir mujeres temporariamente, constituía una estrategia central en la lucha contra la *violencia*.

## Conclusiones

En este capítulo abordamos modalidades de organización y militancia desarrolladas en torno a la *violencia de género*. A diferencia de aquellas investigaciones que exploraron estos procesos otorgándole centralidad a la construcción de demandas y a las modalidades de lucha generadas a partir de acontecimientos masivos como las movilizaciones y los paros de mujeres; aquí optamos por priorizar el análisis de los modos en que se construyen arreglos y definiciones locales en torno a la *violencia*. La masiva participación que en junio de 2015 tuvo la primer movilización convocada bajo la consigna Ni una menos contribuyó a que la problemática de la *violencia de género* ganara relevancia en los debates públicos. En este marco, se le ha otorgado notable atención a las dimensiones más extremas de esta *violencia* como lo son aquellos casos de desaparición y asesinato de mujeres, o los femicidios cometidos por parejas y

exparejas de las víctimas. En paralelo, tuvieron gran trascendencia pública aquellos procesos de movilización desde los que se procuró tanto repudiar estas manifestaciones más extremas de la violencia, como levantar demandas referidas a la sanción de leyes, la inclusión de una perspectiva de género en la justicia y la implementación de programas sociales concretos. Las luchas del movimiento de mujeres y feminista argentino, fueron construidas como ejemplo a nivel internacional, destacándose imágenes ejemplares de las calles repletas de personas durante las protestas.

En esas páginas propusimos evidenciar un conjunto de prácticas desde las cuales la *violencia de género* es resistida y abordada por parte de mujeres que la enfrentan en el día a día. Este desplazamiento sigue la propuesta analítica llevada adelante por estudios etnográfico de los procesos de organización colectiva, los cuales procuraron ir más allá de las acciones y relatos épicos, para reconstruir prácticas cotidianas y los significados específicos que las luchas tuvieron en las vidas de las personas (Fernández Álvarez, 2017). Las reconstrucciones etnográficas dispuestas aquí permitieron evidenciar que la construcción de la *violencia de género* como problemática y asunto público derivado de asimetrías de género socialmente producidas, se apoya en el trabajo cotidiano que realizan conjuntamente *referentes* barriales y funcionarias estatales. Estas relaciones cotidianas suponen la generación de formas de militancia en torno a la *violencia*, que se articulan con otras modalidades colectivas de reproducción de la vida, desde las que se resuelve una variedad de asuntos tales como el acceso a la vivienda y la resolución del cuidado de los hijos e hijas. El repudio a la *violencia* es construido desde las prácticas de mis interlocutoras no sólo como una demanda al Estado, sino como una causa que requiere del despliegue de un trabajo “en red”, convocando relaciones entre referentes barriales, militantes de diversas organizaciones y partidos políticos y personas que se desempeñan en agencias estatales. Desde estas “redes” se construyen tanto definiciones acerca de qué puede ser considerado *violencia* como iniciativas acerca de cuáles son las mejores formas de ayudar a quienes encuentran sus vidas especialmente atravesadas por ella. En este marco, la lucha contra la *violencia* implica intervenir sobre las casas, problematizando aquellas prácticas desarrolladas en estos espacios y generando estrategias colectivas que permitan el acceso a un lugar seguro donde vivir.

Las reflexiones incluidas en este capítulo aportan al análisis de procesos de movilización impulsados por el activismo feminista y los movimientos de mujeres. Si en el comienzo de esta tesis, destacamos la importancia de no analizar las prácticas de nuestras interlocutoras como un efecto lineal del desarrollo de las políticas estatales dirigidas a ellas; una advertencia semejante puede hacerse al respecto de la conexión que las modalidades de organización analizadas aquí tienen con aquellos procesos de creciente

movilización en torno a la *violencia de género* que han tenido alcance nacional e internacional. En estas páginas abordamos los modos en que las demandas que aquellos procesos más masivos de movilización pusieron en agenda, son apropiadas y reconstruidas por actores concretos que ya contaban con una experiencia de trabajo y militancia en torno a la temática. Presentamos evidencia que permite dimensionar el modo en que los procesos masivos de movilización se inscriben y potencian trayectorias previas. En las prácticas analizadas aquí, la generación de estrategias colectivas para abordar el cuidado infantil y las necesidades habitacionales han sido puntos centrales en la lucha contra la *violencia de género*.

## CONCLUSIONES

Esta tesis analiza la participación de mujeres de sectores populares en procesos de organización colectiva vinculados a la implementación de programas estatales y a la acción de movimientos y organizaciones sociales. En particular, se analizaron experiencias cotidianas de mujeres titulares de los programas Argentina Trabaja y Ellas Hacen, los cuales fueron posteriormente reemplazados por el Hacemos Futuro. Hemos sostenido que las mujeres de sectores populares construyeron formas de organización colectiva en el marco de estos programas, ampliando los alcances de las políticas y, especialmente, generando a través de ellos formas de reproducir y mejorar las vidas.

Nuestro análisis aporta a un conjunto de discusiones referidas a la participación de mujeres de sectores populares en procesos de organización colectiva. Se trata de un debate que adquirió relevancia en nuestro país a partir de los procesos de movilización que se desencadenaron desde mediados de la década de 1990, en particular en relación a la participación mayoritaria que tuvieron las mujeres en las bases de los movimientos de desocupados. Un eje de análisis significativo de este debate ha sido el interrogante acerca de si su participación contribuía a transformar o reproducir roles tradicionales de género como la maternidad, los cuidados, las acciones por la supervivencia. Más recientemente, se generaron una serie de procesos masivos de movilización que le otorgaron particular visibilidad a algunas de las demandas y problemáticas históricas del feminismo, tales como el repudio de la *violencia de género*, las desigualdades en la distribución del ingreso y en la participación en los trabajos no remunerados. Distintos análisis han puesto de relieve que estos procesos han contribuido a la reemergencia de formas de *feminismo popular*, permitiendo articular las demandas de clase con las de género y promoviendo encuentros entre las luchas que venían llevando adelante las mujeres de los movimientos desocupados, con las demandas del activismo feminista.

Una preocupación general que recorre esta literatura en su conjunto puede sintetizarse en torno a la pregunta por las formas de politicidad de las mujeres de sectores populares y su potencial para transformar roles de género interrogando el modo en que las acciones políticas que ellas desarrollan contribuyen a dicho horizonte de lucha.

En diálogo con estos debates, nuestra investigación siguió un abordaje etnográfico dirigido a interrogar procesos cotidianos de organización colectiva en los que participan



mujeres de sectores populares. Antes que definir de antemano qué actividades, espacios, o roles brindan mejores horizontes para una construcción política que apueste a transformar relaciones desiguales de género, analizamos procesos a partir de los cuales se politizan asuntos que a priori podrían definirse como parte de las vidas “íntimas” o “privadas”. Prestamos especial atención al modo en que “hacer política” supone intervenir sobre cuestiones referidas a los espacios domésticos, las prácticas de cuidado y las relaciones de pareja. Estos procesos de politización son construidos en el día a día, a partir de formas de trabajo, prácticas de formación, charlas y espacios de encuentro entre mujeres. Así, recuperando contribuciones del campo de la antropología política y la antropología feminista, esta tesis aporta a pensar estos procesos de organización colectiva problematizando los límites entre lo político y lo doméstico, lo productivo y lo reproductivo, lo público y lo privado. Nuestro análisis evidenció que las prácticas comúnmente definidas como “políticas” -tales como la participación en movimientos y organizaciones sociales y en actividades vinculadas a la intervención estatal- no se desarrollaban en espacio diferenciados, ni bajo lógicas ajenas a aquello que sucedía en los ámbitos “domésticos”. A partir de conceptualizar lo colectivo como un “hacer juntos (as)”, observamos cómo estas modalidades de organización no persiguen horizontes predeterminados y definidos de antemano sino que se van construyendo en el *transcurrir* (Fernández Álvarez, 2016a). A continuación, sintetizaremos los principales aportes de esta tesis en relación a tres ejes de análisis: la relación entre las casas y las prácticas políticas colectivas; el abordaje etnográfico de las prácticas de cuidado y la construcción de significados morales en torno al trabajo y la *participación*.

### **Las casas como espacios políticos colectivos**

Una buena parte de las reconstrucciones etnográficas que recorrimos en esta tesis transcurre en las casas de mujeres de sectores populares. A lo largo de los capítulos, hemos evidenciado el lugar central que tuvieron estos espacios para la producción de modalidades de organización colectiva. En nuestros análisis, las casas no fueron abordadas como espacios fijos o contextos, sino que fueron tratados como agentes (Miller, 2001) y procesos inacabados que se transforman junto al fluir de la vida (Ingold, 2011). Recuperando esta perspectiva, prestamos atención al modo en que las casas son transformadas y a aquellos movimientos y circulaciones que se generan entre ellas; evidenciando que ambos procesos están en estrecha relación con la puesta en marcha de prácticas políticas colectivas.

Nuestro análisis revela la existencia de procesos de influencia mutua entre la transformación de las casas y la generación de formas de organización colectiva dirigidas a mejorar y reproducir la vida. Por un lado, transformar las casas, refaccionarlas o construirlas desde cero, constituyó un aspecto central de las formas de trabajo desarrolladas por algunas de las cooperativas creadas a partir de programas estatales. De manera recurrente y ante la necesidad de generar proyectos, la refacción de las casas fue definida como una actividad “útil” y “satisfactoria” de realizar. Nuestras interlocutoras pusieron de relieve que el carácter “productivo” de estas prácticas consistía justamente en la posibilidad de construir resultados durables, que aporten a mejorar las condiciones de vida en los barrios populares. Se trataba de actividades que eran consideradas más valiosas que otras realizadas en el pasado, tales como limpiar y mantener espacios públicos. Esta construcción política ampliaba los alcances de la categoría producción, borroneando sus límites con lo reproductivo. Por otro lado, las casas se modificaban a partir del *transcurrir* del hacer juntos (as), dando lugar a actividades que trascendían aquellas relacionadas con la vida familiar. Las casas eran reformadas para dar lugar a merenderos, obradores, talleres. Desde las casas de nuestras interlocutoras se construyeron a menudo formas de trabajo, que eran asimismo parte de la construcción política de una organización social. En estas transformaciones se materializaban muchas veces cambios en la orientación de las políticas estatales; en tanto la utilización de estos espacios formaba parte a menudo de los modos en que se contorneaban los alcances de aquello que se demandaba como contraprestación o criterio de permanencia bajo la condición de titular.

Estos espacios no constituían unidades residenciales aisladas y cerradas sobre sí mismas. La existencia de un entramado de relaciones entre casas tornaba posible la circulación de objetos, personas y ayudas que tenían una importancia significativa para el desarrollo de formas de militancia. Hacer política suponía para muchas referentes barriales transitar una recorrida a través de las casas, golpear puertas, ofrecer y pedir ayudas; produciendo compromisos recíprocos. En el caso específico de mujeres que se organizaron para lidiar con asuntos referidos a la violencia en los vínculos de pareja, pusimos de relieve que garantizar el acceso a una casa en la que vivir temporariamente, resultó un aspecto central en la conformación de redes de militancia dirigidas a abordar la problemática. El acceso mismo a una casa, y las condiciones de vida que ésta habilita fue evocado de forma recurrente como un asunto trascendente a nivel político, en tanto evidenciaba una serie de desigualdades de clase y de género sobre las que intervenir políticamente. De manera articulada, mejorar las condiciones materiales de las casas, encerraba un proceso en el que también se transformaban los modos de vida de las

personas. En las *refacciones sociales* se proyectaban cambios en las formas de vivir, “progresos” que incluso modelaban las prácticas de cuidado de los hijos y ampliaban el margen de horizontes de vida disponibles para el futuro.

En conjunto, estos resultados permiten aportar a una línea de investigaciones recientes en nuestra disciplina que algunos autores han dado en llamar como la “nueva antropología de la casa” (Cortado, 2016; Dumans Guedes, 2017). Esta línea analítica ha recuperado los aportes de los estudios de parentesco y de abordajes antropológicos sobre la cultura material, llevando adelante abordajes etnográficos que permitieron cuestionar la definición de las casas como espacios centrados en vida doméstica y familiar (Bustamante y McCallum, 2011; Wiggers, 2014; Motta, 2016). Estos trabajos han propuesto analizar la confluencia entre las casas y procesos tales como la economía cotidiana (Motta, 2016), las campañas electorales (Laguens, 2017), la transformación de las formas de urbanización (Cavalcanti, 2009; Dumans Guedes, 2017), destacando su inserción en un conjunto de relaciones más amplias (Motta, 2016, Pietra Fase Godoy, 2014; Pina Cabral, 2014; Comerford, 2014; Cortado, 2016). Inscribiéndonos en estas reflexiones, aquí mostramos la productividad política de las casas y las conexiones entre la transformación de dichos espacios materiales, el desarrollo de formas de militancia y la puesta en marcha de modalidades de intervención estatal.

Observar la relación que las personas establecen con sus casas resulta un terreno fértil para aportar a un horizonte que es común tanto a la antropología política como a la antropología feminista: la problematización de los límites de aquello que es definido como “político”. Por un lado, el campo de estudios de la antropología política ha permitido mostrar que las fronteras de aquello que se define como tal, se tornan difusas en la vida cotidiana, (Vincent, 2002, Cañedo Rodríguez, 2011) invitando a problematizar su percepción como campo separado (Gledhill, 2000). Por otro lado, los aportes que desde la década de 1970 la antropología ha realizado en torno al abordaje de temáticas vinculadas a las mujeres, permitieron en primer lugar afirmar que ellas eran también actores políticos con objetivos y estrategias propias (Collier, 1974). Desafiando el universalismo y determinismo biológico que había mediado hasta entonces en el análisis de las experiencias de las mujeres (Rosaldo, 1974; Ortner, 1974; Rubin, 1986; Moore, 1996,; Palomar Vereá, 2005), estas contribuciones tornaron posible identificar el carácter político de procesos como el parentesco, la reproducción y la sexualidad (Yanagisako y Collier, 1987; Ross y Rapp, 1997; Browner, 2000). En conjunto, estos aportes abren camino para desarrollar análisis que no restrinjan la política a una serie de espacios, instituciones o acciones previamente definidas.

Siguiendo estas contribuciones, esta tesis mostró que las casas pueden politizarse a través del desarrollo de formas de organización colectiva desarrolladas por mujeres de sectores populares. En lo que respecta específicamente a la participación política de mujeres, nuestros resultados permiten así problematizar aquellos análisis que interrogan estos procesos definiéndolos prioritariamente como un movimiento de “salida” al espacio público. Siguiendo una comprensión de lo político como un proceso vivo y dinámico, que es a la vez direccionado e indeterminado, proyectado y emergente (Fernández Álvarez, Gaztañaga y Quirós, 2017), nuestro análisis supuso un desplazamiento de aquellas miradas que clasifican a priori a los espacios, estableciendo definiciones jerárquicas acerca de cuáles son más o menos políticos. Esta tesis mostró los modos en que las prácticas políticas colectivas pueden generar nuevos sentidos para la relación entre las mujeres y sus casas, construyendo formas de habitar estos espacios que no quedan definidas a partir de una relación de exclusión directa con respecto al ámbito público. En este punto, un resultado de esta tesis consiste en poner de relieve que las casas no poseen significados homogéneos y que acceder a la posibilidad de construir y transformar estos espacios constituye un acto político de relevancia a ser tenido en cuenta.

### **Miradas etnográficas sobre las prácticas de cuidado**

Un eje de análisis de esta tesis ha consistido en reflexionar acerca de las prácticas cotidianas de cuidado desarrolladas por mujeres de sectores populares. Evidenciamos que de manera frecuente su participación en reuniones de las cooperativas o las organizaciones sociales, en espacios laborales y formativos dependía de la posibilidad de resolver quién estaría a cargo del cuidado de sus hijos e hijas; un aspecto que se tornaba más complejo de abordar cuando se trataba de niños y niñas de temprana edad o que se encontraban enfermos. En este sentido, desde el inicio de nuestra investigación, el cuidado se impuso como un asunto de relevancia para pensar las formas de participación de las mujeres en las cooperativas; en tanto constituía una preocupación recurrente y concreta para las titulares.

La discusión académica en torno a los cuidados ha adquirido notable relevancia tal como hemos desarrollado en la introducción. En líneas generales, algunos de los ejes de debate más importantes han girado en torno al análisis de cómo se distribuyen los trabajos de cuidados y en las asimetrías de género, clase y raza que atraviesan estos procesos. Está preocupación permeó los trabajos que desarrollaron análisis de género acerca de las políticas y la legislación vigentes; los estudios que midieron dinámicas de usos del tiempo, los análisis sobre la oferta de provisión pública de cuidados; las

investigaciones acerca de las redes transnacionales y los circuitos migratorios sobre los que se sostiene una parte del cuidado remunerado, entre otros. Existe también un debate significativo en torno a los alcances y usos de la categoría, ya que, como ha explicitado Pérez Orozco (2014), se trata de una noción que se solapa con otras, tales como las de trabajo reproductivo, doméstico, no remunerado. Refiriendo a este debate acerca de los usos de la categoría, la autora remarcó que o bien podría utilizársela como una óptica desde la que observar el sistema; o para referirse a actividades y relaciones concretas. Siguiendo a Pérez Orozco (2014) y trascendiendo el debate acerca del modo en que se utiliza la categoría para los análisis concretos, la particularidad de esta noción, radica justamente en que por situarse en las fronteras- entre el ámbito privado y público, la dependencia y la autonomía, lo colectivo y lo individual- permite pensarlas.

Esta tesis recupera los señalamientos y aportes conceptuales hechos por las miradas feministas de la economía, retomando particularmente la apuesta por analizar a las prácticas de cuidado más allá de los límites de la familia nuclear, atendiendo al modo en que éstos no constituyen una esfera diferenciada de la vida, que se desarrolla ajena a los procesos de producción y trabajo. Articuladamente, recuperamos aquellas contribuciones realizadas desde la antropología feminista, las cuales brindaron importantes pistas analíticas para problematizar el ideal occidental de familia nuclear y la asociación de lo femenino con roles vinculados a la reproducción y la maternidad.

Partiendo de la articulación de estos aportes, en esta tesis se llevó adelante una mirada etnográfica de los cuidados, la cual permitió capturar la multiplicidad de maneras de pensar, significar y llevar adelante acciones vinculadas a cuidar. Las experiencias de nuestras interlocutoras confirman que la distribución del trabajo de cuidados se encuentra atravesada por significativas asimetrías de género y clase permeadas tanto por la vigencia de nociones maternalistas acerca de las actividades vinculadas con cuidar, como por experiencias que tensionan esta asociación directa y naturalizada. En este punto, un aporte de esta tesis consiste en problematizar la existencia de sentidos unívocos asociados a cuidar, para abordar estos procesos desde las prácticas cotidianas y desde las perspectivas de las personas. Mostramos el desarrollo de estrategias colectivas y redes de ayuda entre mujeres, que permitieron hacerle frente a las necesidades de hijos e hijas y construir las condiciones para la participación política de sus madres. Observamos la vigencia de formas feminizadas de cuidar, en tanto estas tramas colaborativas se encontraban formadas mayormente por mujeres. En el caso de que participaran varones- en general los hermanos mayores o los padres- resultaba frecuente que estos no tengan a su cargo la misma cantidad de tareas que las

mujeres, evitando realizar algunas tareas derivadas como cocinar comidas, limpiar, o encargarse de la higiene de los niños y niñas pequeños.

Un dato saliente de nuestra investigación consistió en relevar y analizar una diversidad de formas a través de las cuales nuestras interlocutoras se referían a acciones vinculadas al cuidar. Muchas veces, ellas hacían referencia a acciones como las de “mirar a los chicos” o “estar” con ellos. Era frecuente que niños y niñas acompañen espacios formativos, reuniones y movilizaciones, y, en algunos casos, también se hacían presentes en las jornadas laborales. En este sentido, un resultado de nuestra investigación consistió en mostrar que, más que generar estrategias para “conciliar” el cuidado con su participación en espacios colectivos, nuestras interlocutoras recurrían muchas veces a realizar tareas en simultáneo. “Mirar a los chicos” de una compañera mientras se encontraba estudiando o desarrollando algún trabajo en el marco de las cooperativas, constituía una forma de ayudarse entre mujeres y, al mismo tiempo, ponía en evidencia que “los cuidados” no constituían una esfera diferenciada, disociada de las formas de participación en las cooperativas. De esta manera, el cuidado de los niños y niñas pasaba a ser abordado como un asunto colectivo y, a partir de este reconocimiento, se abría camino a problematizar otras asociaciones normativas que derivaban de visiones tradicionales de género. Contar con la posibilidad de resolver el cuidado más allá del ámbito privado y de los límites de la familia nuclear, supuso un estímulo para que se puedan compartir y poner en común otras problemáticas que se vivían en sus casas, como las situaciones de violencia en los vínculos de pareja. Observamos también que las formas de residencia y las características materiales de las casas permitían construir formas particulares de cuidar. En este punto, la posibilidad de transformar las casas, ampliando el número de habitaciones o mejores generando condiciones de aislamiento térmico y reemplazando materiales finos por otros más sólidos, también se proyectaba a menudo como una forma de construir mejores cuidados para los hijos e hijas y de mostrarles la posibilidad de construir una vida mejor.

Para nuestras interlocutoras, la militancia no siempre constituía un tiempo que “le sacaban” a sus hijos. Militar suponía “dejar algo para ellos”, un legado que era tanto material, una casa más grande y mejor construida; como emocional, el compromiso por las *luchas* políticas y la posibilidad de organizarse. En relación específica a las hijas mujeres, la transmisión de estos valores suponía incluso poner en suspenso algunos mandatos tradicionales de género, apuntando hacia la construcción de ideas en torno a lo femenino que no estén únicamente relacionadas al cuidado y la maternidad. En las conversaciones cotidianas, los mandatos que asocian lo femenino a una disposición

naturalizada a cuidar y tener hijos se entrecruzaban con otros sentidos que la ponían en cuestión, basándose en análisis retrospectivos acerca del modo en que estas prácticas podían desarrollarse en distintos momentos de la vida. En este sentido, en las formas de organización colectiva analizadas en estas páginas, el cuidado no constituyó una dimensión de la vida, una “responsabilidad” que las mujeres “resuelven” individualmente para poder involucrarse en espacios colectivos. Mostramos que el cuidado se proyectaba como un horizonte de construcción política, que implicaba no solamente resolver las necesidades concretas del presente, sino también proyectar horizontes de una vida mejor, los cuales implicaban intervenir sobre condiciones de vida marcadas por desigualdades de clase y problematizar sentidos tradicionales de género.

### **Contornos morales acerca del trabajo y las formas de *participar***

Esta tesis partió de un desplazamiento analítico, que supuso descentrar de los programas estatales, para focalizar en las vidas de las personas que son definidas como sus destinatarias. Nuestro foco estuvo puesto en mostrar cómo ellas se apropiaron de los espacios formativos y laborales propuestos por el Estado y fueron más allá de ellos, generando arreglos colectivos que permitieron procesar y hacer frente a una variedad de problemáticas atravesadas por asimetrías de género y clase. Pusimos el foco en los procesos de reproducción de la vida, y en el modo en que estos tienen lugar a partir de dinámicas colectivas de organización, en las que los programas estatales- sus lógicas, recursos, requisitos- se articulan con trayectorias de militancia, relaciones barriales, vínculos afectivos. Esta aproximación retoma los avances del equipo de investigación en el cual se desarrolló esta investigación doctoral, desde el cual hemos desarrollado avances orientados a profundizar en la comprensión del modo en que desde los sectores populares se producen una multiplicidad de formas de organización colectiva, desde las cuales se logra la reproducción de la vida.

Las reconstrucciones etnográficas incluidas en esta tesis, muestran un panorama heterogéneo y diverso de experiencias que vinculan a mujeres de sectores populares con procesos de organización colectiva. Estas dinámicas colectivas incluyeron tanto experiencias que se insertan en las formas de construcción política propuestas por movimientos y organizaciones sociales, como otros casos en los que los vínculos con estas organizaciones no mediaron el ingreso y participación en las cooperativas. Algunas de nuestras interlocutoras se definían a sí mismas como militantes y desde estas trayectorias proyectaban las modalidades de trabajo y otras formas de organización que surgían a partir de las cooperativas. En otros casos, existían

experiencias de militancia más recientes, que tuvieron lugar con posterioridad al ingreso a los programas estatales. Para otras mujeres, su participación en las cooperativas se inscribía más en trayectorias previas como titulares de otros programas estatales que desde su pertenencia a movimientos u organizaciones.

Este panorama diverso permitió mostrar la recurrencia con que en contextos marcados por grandes privaciones materiales y desigualdades estructurales, las posibilidades de mejorar las condiciones de vida dependen del desarrollo de estrategias colectivas y de redes de ayuda que tienen lugar en las inmediateces de los barrios. Pudimos constatar que en las casas de nuestras interlocutoras se desarrollaban formas de vida que solían incluir interacciones cotidianas con quienes habitaban viviendas vecinas, en dirección a abastecerse de productos necesarios para la subsistencia, y en vistas a resolver cuestiones como el cuidado de los hijos e hijas, la posibilidad de acceder al préstamo de objetos y dinero, el acceso a información importante referida a políticas estatales, entre otras cuestiones. En este sentido, un resultado de esta tesis consiste en poner de relieve que estas formas colectivas de reproducción de la vida no se restringen únicamente a experiencias marcadas por trayectorias de militancia y vinculación con movimientos sociales.

Nuestro análisis se centró, antes que en la acción específica de los movimientos sociales o en los impactos de las políticas estatales, en capturar las prácticas de las mujeres y los modos en que producen formas colectivas de reproducción de la vida. Este recorte nos permitió delinear un retrato de nuestras interlocutoras que no las reduzca a un único vínculo, aquel que mantienen con el Estado o con los movimientos sociales. En este sentido, nuestra investigación aporta a problematizar una serie de imágenes morales y estereotipos negativos que tienen gran difusión en el debate público y que permean las miradas sobre sectores populares. En líneas generales, podemos afirmar sintéticamente que la pasividad e inacción constituyen acusaciones que se ciernen sobre las personas de sectores populares, muchas veces adjetivándolos “vagos”, “planeros”, sin “voluntad” o “cultura de trabajo”. Estas miradas críticas se sostienen desde la afirmación de que se trata de sectores sociales que “viven de los planes”, comprendiendo a su supervivencia como una forma de ventajismo, una vida a costa del trabajo más verdadero, que otros realizan. Específicamente refiriéndose a las mujeres, este discurso negativo se articula con la suposición de que ellas devienen madres con un único fin, que es el de recibir ingresos monetarios provistos por el estado. Estas imágenes interpretan a las relaciones que los sectores populares establecen con el Estado desde una visión puramente estratégica e instrumental, según la cual estos



sectores tendrían como único fin el de obtener recursos económicos. Es decir, se sospecha que tanto tener hijos menores a cargo, como no tener empleos formales constituye una estrategia para tornarse receptor de una ayuda monetaria estatal, la cual deriva de una falta de voluntad para desarrollar trabajos considerados verdaderos o genuinos.

Analizándolas desde los aportes de la economía feminista, podemos afirmar que estas miradas poseen connotaciones generizadas en tanto encierran visiones androcéntricas acerca de qué se define como trabajo. Es decir, se trata de imágenes que parten de la idea de que el único trabajo valioso es aquel que se produce desde la inserción en un proceso productivo orientado hacia el intercambio mercantil. Estos estereotipos, priorizan una noción de trabajo que, por estar centrada exclusivamente en el mercado, acaba encerrando un proceso de jerarquización de las vidas concretas que establece como prioridad al sujeto blanco, varón, burgués, adulto, con funcionalidad normativa y hererosexual (Pérez Orozco, 2014). Esta noción restringida acerca de qué es el trabajo permeó los modos en que fueron legitimadas las transformaciones en la orientación de las políticas. Cuando los programas Argentina Trabaja y Ellas Hacen fueron reemplazados por el Hacemos Futuro, se priorizó una forma de contraprestación medida en horas de capacitación, cuya fundamentación oficial se ancló sobre la intención de promover el desarrollo de habilidades que favorecieran su inserción en el mercado laboral. El horizonte imaginado por estas políticas es aquel en el cual las personas construyan su empleabilidad de forma individual, independientemente de las organizaciones sociales y de la intervención del Estado, reproduciendo el ideal de autosuficiencia que invisibiliza aquellas relaciones de interdependencia y cuidado, centrales para la reproducción de la vida.

Al focalizar en las prácticas de las personas, esta tesis mostró los ecos que estos estereotipos morales negativos tienen en las vidas cotidianas. Fueron innumerables las veces en que, durante el trabajo de campo, nuestras interlocutoras hicieron referencia a este discurso, confirmando que las personas no están ajenas a las críticas que se construyen hacia ellas en el debate público (Quirós, 2011). En nuestro trabajo, evidenciamos que de estas de moralizaciones derivaron clasificaciones que modelaban la constitución de vínculos barriales interfiriendo sobre las condiciones de posibilidad para la puesta en marcha de trabajos. Estos estereotipos negativos también se hicieron presente como criterio de demarcación que rodeó vínculos entre titulares. La acusación de “no hacer” lo suficiente como para tornarse merecedor del ingreso monetario

sobrevoló algunas tensiones y conflictos que tuvieron lugar entre integrantes de las cooperativas.

Al impugnar estas asociaciones negativas, nuestras interlocutoras recurrieron muchas veces a discursos que recuperaban construcciones morales dominantes acerca del trabajo. Remarcaban el esfuerzo vertido en las tareas y señalaban desde allí, que no se llevaban nada “de arriba” o “regalado”. Desde estas evocaciones, las asociaciones a la vagancia se impugnaban en principio apelando al mérito y procurando visibilizar los trabajos realizados mediante estrategias comunicacionales diversas, tales como el registro fotográfico de jornadas laborales y formativas, el desarrollo de ferias y exhibiciones de productos. Nuestra investigación permitió asimismo mostrar que la apropiación de un sentido moralizante del trabajo no impedía el desarrollo de cuestionamientos acerca de qué trabajos eran más “útiles”, más “productivos”, cuales valían más la pena de ser realizados. “Mostrar” lo que se hacía, no era solamente un discurso presentado hacia los otros, una forma de intervenir en el debate público, impugnando acusaciones negativas. Los trabajos realizados eran valorados según lo que estos producían, según su aporte a mejorar las vidas. En este sentido, esta tesis mostró como se producen significados morales referidos a la *participación* en las cooperativas. Estos significados no se encuentran por fuera de los requerimientos que establece el Estado, ni están ajenos a los estereotipos que circulan en el discurso público; pero tampoco se reducen a construirse únicamente como una respuesta a estos mandatos. Mostramos que el sentido moral de *participar* no constituía una acción limitada a cumplir con actividades concretas, tales como capacitaciones o jornadas laborales. No se construía en abstracto, sino situacionalmente; atendiendo a condiciones de vida particulares y construyendo horizontes para transformarlas. Nuestras interlocutoras comprendían y ponían en práctica modalidades de *participación* en las cooperativas que encerraban muchas veces la expectativa de que sus compañeros y compañeras se *comprometan* a desarrollar cambios en sus formas de vivir. Los procesos de organización analizados en esta tesis dan cuenta de la generación de estrategias colectivas que son centrales para la reproducción de la vida, las cuales se producen a partir de “encuentros” con el Estado pero que siguen una lógica que no está limitada a la dependencia y a la mera búsqueda de obtención de recursos mediante el cumplimiento de requisitos pre establecidos. Las prácticas colectivas que pusieron en marcha nuestras interlocutoras permiten correr los límites de aquello que es definido como “político”, reinventando las fronteras con lo “íntimo” y lo “privado”; construyendo modalidades de organización desde y con las casas,

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abu-Lughod, L. (1988). "Fieldwork of a dutiful daughter". En S. Altorki, & C. F. El-Solh, *Arab women in the field. Studying your own society* (págs. 139-162). Syracuse, NY: Syracuse University Press.
- Abu-Lughod, L. (1990). "Can There Be A Feminist Ethnography?". *Women & Performance: a journal of feminist theory*, 5(1), 7- 27.
- Achilli, E. (2005). *Investigar en antropología Social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Rosario: Laborde Libros.
- Aguirre Cuns, R. (2008). "El futuro del cuidado". En I. Arriagada, *Futuro de las familias y desafíos para las políticas*. Santiago de Chile: División de desarrollo social, CEPAL, UNFPA. ONU.
- Aguirre Cuns, R. (2015). "La política de cuidados en Uruguay ¿un avance para la igualdad de género?". *Estudios feministas*, 3(22), 795- 813.
- Aguirre, R., & Batthyány, K. (2005). *Uso del tiempo y trabajo no remunerado. Encuesta en Montevideo y Área metropolitana 2003*. Montevideo: UNIFEM-UDELAR.
- Aguirre, R., & Ferrari, F. (2014). "Las encuestas sobre uso del tiempo y trabajo no remunerado en América Latina y el Caribe: caminos recorridos y desafíos hacia el futuro". *Serie Asuntos de Género* 122, 101.
- Ahmed, S. (2004). "Affective economies". *Social Text*, 79(22), 117-139.
- Andujar, A. (2005). *Mujeres piqueteras: la repolitización de los espacios de resistencia en la Argentina (1996-2001)*. Buenos Aires: Clacso.
- Anzorena, C. (2013). *Mujeres en la trama del Estado: Una lectura feminista de las políticas públicas*. Mendoza: Ediunc.
- Anzorena, C., & Yáñez, S. (2013). "Narrar la ambivalencia desde el cuerpo: diálogo sobre nuestras propias experiencias en torno a la 'no- maternidad'". *Investigaciones feministas*, 4, 221-239.
- Araos Bralic, C. (2016). "El allegamiento o la proximidad invisible. Aportes etnográficos al estudio del espacio doméstico en contexto de pobreza urbana en Chile". En C. Siles, *Los invisibles. Por qué la pobreza y la exclusión dejaron de ser prioridad* (págs. 195-230). Santiago de Chile: IES.
- Arcidiácono, P., & Bermúdez, Á. (2018a). "Ellas hacen. Programas sociales y exigencias a las mujeres en Argentina". *Estudios Feministas*, 2-16.
- Arcidiácono, P., & Bermúdez, Á. (2018b). "¿Cooperativismo como oportunidad perdida? Problemas estructurales y coyunturales del cooperativismo bajo programas". *Ciudadanías. Revista de Políticas Sociales Urbanas*(2), 83- 111.
- Arcidiácono, P., Kalpschtrej, K., & Bermúdez, Á. (2014). "¿Transferencias de ingresos, cooperativismo o trabajo asalariado? El Programa Argentina Trabaja". *Trabajo y Sociedad*, 341-356.

- Arcidiácono, P., Pautassi, L., & Zibecchi, C. (2010). "La experiencia comparada en materia de 'clasificación' de desempleados y destinatarios de programas de transferencia de ingresos condicionadas". *Trabajo y sociedad*, XIII(14), 1-15.
- Asad, T. (2008). "¿Dónde están los márgenes del estado?". *Cuadernos de Antropología Social*(27), 53- 62.
- Aulicino, C., & Diaz Langou, G. (2012). *La implementación del Plan Nacional de Seguridad Alimentaria en ámbitos subnacionales*. CIPPEC.
- Azpiazu, D., & Schorr, M. (2010). "La industria argentina en la posconvertibilidad: Reactivación y legados del neoliberalismo". *Problemas del Desarrollo*, 41(161), 111-139.
- Badinter, E. (1981). *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós/Pomaire.
- Barbetti, P., & Butti, F. (2016). "El Programa ingreso social con trabajo. Implementación y significaciones construidas por los sujetos participantes". En A. M. Perez Rubio, & P. Barbetti, *Políticas sociales, significaciones y prácticas* (págs. 107-128). CABA: Estudios Sociológicos Editora.
- Barragán, R., & Wanderley, F. (2009). "Etnografías del Estado en América Latina". *Íconos*, 21-25.
- Bayard de Volo, L. (2001). *Mothers of Heroes and Martyrs: Gender Identity Politics in Nicaragua 1979-1999*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Bell, D. (1993). "Yes Virginia, there is a feminist ethnography: reflections from three australian fields". En D. Bell, P. Caplan, & W. Karim, *Gendered Fields. Women, Men & Ethnography* (págs. 28-41). London: Routledge.
- Beneria, L. (1979). "Reproduction, Production and the Sexual Division of Labour". *Cambridge Journal of Economics*, 3(3), 203-225.
- Beneria, L. (2006). "Trabajo productivo/reproductivo. Pobreza y políticas de conciliación". *Nomadas*(24), 8-21.
- Berger, S. (2006). *Guatemaltecas: The Women's Movement, 1986-2003*. Texas: University of Texas Press.
- Bidaseca, K. (2003). "Piqueteras: identidad, política y resistencia". *VII Jornadas de Historia de las Mujeres. II Congreso Iberoamericano de Estudios de Género*. Salta: IADE.
- Birgin, H. (2009). "Algunos comentarios sobre la ley nro. 26.485 de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres". *El dial*, 1-4.
- Borges, A. (2011). "Mujeres y sus casas: retrospectiva y perspectiva de un sendero en antropología y sociología". *Estudios Sociológicos*, 29(87), 981-1000.
- Borland, E., & Sutton, B. (2007). "Quotidian Disruption and Women's Activism in Times of Crisis, Argentina 2002-2003". *Gender and Society*, 21(5), 700-722.
- Borneman, J. (1997). "Cuidar y ser cuidado: el desplazamiento del matrimonio, el parentesco, el género y la sexualidad". *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 1-14.

- Bosch, A., Carrasco, C., & Grau, E. (2005). "Verde que te quiero violeta". En E. Tello, *La historia cuenta. Del crecimiento económico al desarrollo humano sostenible* (págs. 321-347). Viejo Topo.
- Browner, C. (2000). "Situating Women's Reproductive Activities". *American Anthropologist*, 102(4), 773-788.
- Bustamante, V., & McCallum, C. A. (2011). "Parentesco y casas en un barrio de bajos ingresos asistido por el Programa Salud Familiar en Salvador, Bahia, Brasil". *SALUD COLECTIVA*, 7(3), 365- 376.
- Callaway, H. (1992). "Ethnography and experience. Gender implications in fieldwork and texts". En J. Okely, & H. Callaway, *Anthropology and Autobiography*. London: Routledge.
- Cañedo Rodríguez, M. (2011). "Introducción". En M. y. Cañedo Rodríguez, *Antropología política: temas contemporáneos* (págs. 13-39). Barcelona: Bellaterra.
- Carosio, A. (2014). "Feminismos populares y políticas de la izquierda latinoamericana". En A. Carosio, C. Banko, & N. Prigorian, *América Latina y el Caribe. Un continente, múltiples miradas*. (págs. 437-451). Caracas: Clacso.
- Carosio, A. (2017). "Perspectivas feministas para ampliar horizontes del pensamiento crítico latinoamericano". En M. Sagot, *Feminismos, Pensamiento Crítico y Propuestas Alternativas* (págs. 17-42). Costa Rica: Clacso.
- Carrasco, C. (1992). "El trabajo de las mujeres: producción y reproducción (Algunas notas para su reconceptualización)". *Cuadernos de Economía*, 20, 95-109.
- Carrasco, C. (2003). "La sostenibilidad de la vida humana, ¿un asunto de mujeres?". En M. Leon T, *Mujeres y trabajo, cambios impostergables* (págs. 11-49). Porto Alegre: Veraz Comunicação.
- Carrasco, C. (2012). "Economía, trabajos y sostenibilidad de la vida". En Y. Jubeto, M. Larrañaga, & C. Carrasco, *Sostenibilidad de la vida. Aportaciones desde la Economía Solidaria, Feminista y Ecológica* (págs. 27-42). Bilbao: REAS.
- Carrasco, C. (2013). "El cuidado como eje vertebrador de una nueva economía". *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 31(1), 39-56.
- Carsten, J., & Hugh-Jones, S. (1995). *About the House: Lévi-Strauss and Beyond*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Castilla, M. V. (2014). "Maternidad y política social: Experiencias y sentidos atribuidos a los ingresos monetarios percibidos por el programa ciudadanía porteña, Buenos Aires". *Población & Sociedad*, 21(1), 33-59.
- Castilla, M. V. (2017). "Maternidad, cuidados y castigos en barrios marginales y vulnerables de Buenos Aires". *Runa*, 37-51.
- Castilla, V., & Lorenzo, G. (2012). "Emociones en suspenso: maternidad y consumo de pasta base/paco en barrios marginales de Buenos Aires". *Cuadernos de Antropología Social*(36), 69-89.
- Causa, A. (2008). "Mujeres Piqueteras: Travesías, biografías y piquetes". En A. Causa, & J. Ojam, *Mujeres Piqueteras: Trayectorias, identidades, participación y redes* (págs. 19-46). Buenos Aires: Baobab.

- Causa, A., & Ojam, J. (2008). "Introducción". En A. Causa, & J. Ojam, *Mujeres Piqueteras: Trayectorias, identidades, participación y redes*. (págs. 13-19). Buenos Aires: Baobab.
- Cavalcanti, M. (2009). "Do barraco à casa: tempo, espaço e valor(es) em uma favela consolidada". *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 24(69), 69-80.
- Cavigliasso, C. (2019). "¿Quién produce la violencia? Cuidados y formas de organización en un barrio periférico de Rosario". En M. Fernández Álvarez, S. Wolanski, S. Sciortino, S. Sorroche, D. Señorans, V. Taruselli, . . . C. Cavigliasso, *Bajo sospecha. Imágenes morales sobre las clases trabajadoras (en la Argentina actual)*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Cena, R. (2014). "Acerca de las sensibilidades asociadas a las personas titulares de la Asignación Universal por Hijo, un análisis desde la etnografía virtual". En A. De Sena, *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción : lecturas sociológicas de las políticas sociales* (págs. 155-186). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Cerletti, L. (2010). "Familias y escuelas: aportes de una investigación etnográfica a la problematización de supuestos en torno a las condiciones de escolarización infantil y la categoría 'familia'". *Intersecciones en Antropología*, 11(1), 185-198.
- Cerletti, L., & Santillán, L. (2018). "Responsabilidades adultas en la educación y el cuidado infantil. Discusiones histórico-etnográficas". *Cuadernos en Antropología Social*(47), 87-103.
- Cernadas Fonsalías, C. (2012). "El concepto de interseccionalidad. Aportes para el análisis de la maternidad y los cuidados de la infancia en familias migrantes de Perú y Bolivia". *Temas de Mujeres. Revista del Cehim*, 28-41.
- Cerrutti, M. (2003). "Trabajo, organización familiar y relaciones de género en Buenos Aires". En C. Wainerman, *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones* (págs. 19-54). Buenos Aires: FCE.
- Chodorow, N. (1974). *The reproduction of mothering: psychoanalysis and the sociology of gender*. Berkeley: University of California Press.
- Cielo, C., & Vega, C. (2015). "Reproducción, mujeres y comunes. Leer a Silvia Federici desde el Ecuador actual". *Nueva Sociedad*, 132-144.
- Codesal, D. M. (2014). "From 'mud houses' to 'wasted houses': remittances and housing in rural highland Ecuador". *Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 22(42), 263-280.
- Colabella, L. (2011). "Asistentes sociales y peronistas vs. Dirigentes y referentes piqueteros en La Matanza: Una reflexión sobre grados de autonomía y dependencia con el Estado". *Publicar*, IX(XI), 33-50.
- Colabella, L. (2012). "La casa, el comedor y la copa de leche. Los espacios de la comensalía en los sectores populares". *Apuntes de Investigación del CECYP*(22), 59-78.
- Colabella, L. (2013). "Llevarse la comida. Chisme y tabú en un comedor del oeste del Gran Buenos Aires durante una contienda electoral". *Debate Público. Reflexión de Trabajo Social*, 3(5), 150-161.

- Colangelo, M. A. (2014). "La crianza como proceso sociocultural. Posibles aportes de la antropología al abordaje médico de la niñez". *Primeras Jornadas Diversidad en la Niñez*. Ensenada.
- Collier, J. (1974). "Women in politics". En M. Z. Rosaldo, & L. Lamphere, *Women, Culture & Society* (págs. 89-96). California: Stanford University Press.
- Collier, J., & Yanagisako, S. (1987). *Gender and Kinship: Essays toward an unified analysis*. California: Stanford University Press.
- Collier, J., Rosaldo, M., & Yanagisako, S. (1982). "Is There a Family?: New Anthropological Views". En B. Thorne and M. Yalom, *Rethinking the Family: Some Feminist Questions*. (págs. 25-39). New York: Longman.
- Comas D'Argemir, D. (2014). "Los cuidados y sus máscaras: Retos para la antropología feminista". *Mora*, 20(1).
- Comerford, J. (2014). "Vigiar e narrar: sobre formas de observação, narração e julgamento de movimentações". *Revista Antropologia da USP*, 57(2), 107-142.
- Cortado, T. (2016). "Houses made out of eyes. An ethnography of brick walls in the urban hinterland of Rio de Janeiro". *EASA Painel n° 6 The Government of the house, 'life' and 'the good life'*, (págs. 1-27). Milano.
- Cross, C. (2012). "Mercado de trabajo, vulnerabilidad social y movilización política en Buenos Aires (1988-2008)". *Ensayos de Economía*, 14, 153-174.
- Cross, C., & Freytes Frey, A. (2007). "Movimientos piqueteros tensión de género en la definición del liderazgo". *Argumentos*, 20(55), 77-94.
- Cross, C., & Partenio, F. (2011). "¿Cuál cambio social?: La articulación colectiva de experiencias de menosprecio y la conformación de un espacio de mujeres en un movimiento social". *Punto Género*, 1, 187-209.
- Cross, C., & Ullivarri, M. (2015). "Mujeres pobres y cuestión social: Buenos aires y Tucumán en épocas de desocupación". *Papeles de Trabajo*(29), 20-35.
- Dallacosta, M. R. (2006). "La sostenibilidad de la reproducción: de las luchas por la renta a la salvaguardia de la vida". En L. Feminista, *Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista, producción, reproducción, deseo, consumo*. (págs. 59-78). Madrid: Tierra de nadie.
- Daly, M., & Lewis, J. (2000). "The concept of social care and the analysis of contemporary welfare states". *British Journal of Sociology*, 51, 281-298.
- Das, V., & Poole, D. (2008). "El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas". *Cuadernos de Antropología Social*(27), 19-52.
- De Sena, A. (2014). "Las mujeres ¿protagonistas de los programas sociales? Breves aportes a la discusión sobre la feminización de las políticas sociales". En A. De Sena, *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción: lecturas sociológica de las políticas sociales*" (págs. 99-126). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Debert, G. G. (2016). "Migrações e o Cuidado do idoso". *Cadernos Pagu*(46), 129-149.

- Debert, G., & Brigeiro, M. (2012). "Fronteiras de gênero e a sexualidade na velhice". *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 27(80), 37-54.
- Del Río Fortuna, C., González Martín, M., & País Andrade, M. (2013). "Políticas y género en Argentina. Aportes desde la antropología y el feminismo". *Encrucijadas*, 5, 54-65.
- Delfino, M. A. (2012). "Desocupación, trabajo doméstico y desigualdad: una mirada desde el uso del tiempo en Rosario, Argentina". *Estudios Feministas*, 20(3), 785-808.
- Di Liscia, J. M. (2008). "Mujeres en los movimientos sociales en Argentina. Un balance del último siglo". *Cadernos de Estudos Latinoamericanos*(6), 141-180.
- Di Marco, G. (2003). "Movimientos sociales emergentes en la sociedad argentina y protagonismo de las mujeres". *La Aljaba. Segunda época*, VIII, 15-36.
- Di Marco, G. (2011). "Las demandas en torno al aborto legal en Argentina y la constitución de nuevas identidades políticas". En G. Di Marco, & C. Tabbush, *Feminismos, democratización y democracia radical. Estudios de caso de América del Sur, Central, Medio Oriente y Norte de África* (págs. 177-200). San Martín: UNSAM Edita.
- Díaz Barriga, M. (2000). "The Domestic/Public in Mexico City: Notes on Theory, Social Movements, and the Essentializations of Everyday Life". En A. Lugo, & B. Maurer, *Gender Matters. Theory and Practice in Feminist Anthropology: The Legacy of Michelle Rosaldo* (págs. 116-142). Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Dionisi, K. (2014). "Los programas de transferencia de ingresos. La visión de las mujeres destinatarias". En A. Eguía, M. S. Ortale, & J. I. Piovani, *Género, trabajo y políticas sociales* (págs. 135-162). Buenos Aires: Clacso.
- Donath, O. (2015). "Choosing motherhood? Agency and regret within reproduction and mothering retrospective accounts". *Women's Studies International Forum*, 53, 200-209.
- Dumans Guedes, A. (2017). "Construindo e estabilizando cidades, casas e pessoas". *Mana*, 23(3), 403-435.
- Eguía, A., & Ortale, S. (2007). *Los significados de la pobreza*. Buenos Aires: Biblos.
- Ehrenreich, B., & Hochschild, A. (2002). *Global Women. Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*. New York: Henry Holt and Company.
- Eilbaum, L. (2011). "Familia, justicia y moralidades en el conurbano bonaerense". *Revista ANTHROPOLÓGICAS*, 15(22), 7-35.
- Elías, N. (1990). *La sociedad de los individuos: ensayos*. Barcelona: Península.
- Eilbaum, L., & Medeiros, F. (2015). "Quando existe 'violência policial'? Direitos, moralidades e ordem pública no Rio de Janeiro". *Dilemas. Revista de Estudos de Conflito e Controle Social*, 8(3), 407-428.
- Elizalde, S. (2006). "Mujeres que dan pelea: Dos experiencias de disputa política contra la represión y la exclusión en la Argentina contemporánea". *Cuadernos de la*



*Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy, 31, 161-172.*

- England, P. (2005). "Emerging Theories of Care Work". *Annual Review Sociology, 31*, 381-399.
- England, P., & Folbre, N. (1999). "The cost of caring". *The Annals of the American Academy of Political and Social Science, 39-51*.
- Ernandez Macedo, M. (2007). "Estado e Movimentos Sociais no campo no Rio de Janeiro - sociologia de uma audiência pública". *Conluências, 9(1)*, 79-95.
- Espino, A. (2012). "La dimensión de género de la crisis. ¿Existe una agenda feminista?". *Nueva Sociedad, 87-98*.
- Espino, A., Esquivel, V., & Rodriguez Enriquez, C. (2012). "Crisis, regímenes económicos e impactos de género en América Latina". En O. MUJERES, *La economía feminista desde América Latina: una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región* (págs. 290-347). Santo Domingo: ONU.
- Espinosa, C. (2013). "Malentendidos productivos: 'Clivaje de género' y feminismo en una organización de trabajadores desocupados de Argentina". *La ventana, 4(37)*, 289-323.
- Espinosa, C. (2016). "Equivocándote aprendés. Dinámicas corporales, dinámicas ejemplares". En M. I. Fernández Álvarez, *Hacer juntos(as). Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos* (págs. 275- 294). Buenos Aires: Biblos.
- Esteban, M. L. (2017). "Los cuidados, un concepto central en la teoría feminista: aportaciones, riesgos y diálogos con la antropología". *Quaderns-e. Institut Català d'Antropologia, 22(2)*, 33-48.
- Ezquerria, S. (2012). "Acumulación por desposesión, género y crisis en el Estado español". *Revista de Economía Crítica, 124-147*.
- Fainsod, P. (2011). "Maternidades adolescentes en contextos de marginalización urbana". En K. Felitti, *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidades en la Argentina*. Buenos Aires: CICCUS.
- Fassano, P. (2006). *De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Fassin, D. (2012). "Introduction: Toward a Critical Moral Anthropology". En d. Fassin, *A Companion to Moral Anthropology*. Willey Blackwell.
- Fassin, D. (2013). "On Resentment and Ressentiment: The Politics and Ethics of Moral emotions". *Current Anthropology, 54(3)*, 249-267.
- Fassin, D. (2013). "Why ethnography matters: On Anthropology and Its Publics". *Cultural Anthropology, 28(4)*, 621-646.
- Fassin, D. (2016). "Posfacio. La vida pública de los libros". En D. Fassin, *La fuerza del orden. Una etnografía del accionar policial en las periferias urbanas* (págs. 275-290). Buenos Aires: Siglo XXI.

- Faur, E. (2010). "Desencuentros entre oferta y demanda de servicios de cuidado infantil en Buenos Aires: lógicas en tensión". *Revista de Ciencias Sociales*, XXIII(27), 68-81.
- Faur, E. (2012). "El cuidado infantil desde las perspectivas de las mujeres-madres. Un estudio en dos barrios populares del Área Metropolitana de Buenos Aires". En V. Esquivel, E. Faur, & E. Jelin, *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el estado y el mercado* (págs. 107-164). Buenos Aires: IDES.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* (Segunda ed.). CABA: Tinta Limón.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Félez, M. (2011). "Neoliberalismos, neodesarrollismos y proyectos contrahegemónicos en suramérica". *Astolabio. Nueva Época*, 238-265.
- Ferguson, J., & Gupta, A. (2002). "Spatializing states: toward an ethnography of neoliberal governmentality". *American Ethnologist*, 29(4), 981-1002.
- Fernandes, S. (2008). "Barrio Women and Popular Politics in Chávez's Venezuela". *Latin America, Politics and Society*, 49(3), 97-127.
- Fernández Álvarez, M. I. (2006). "Cuidar la fábrica, cuidar a los hijos. Roles de género, trabajo y acción colectiva a partir de un proceso de recuperación de fábricas de la Ciudad de Buenos Aires". *Runa*, 7-25.
- Fernández Álvarez, M. I. (2007). "De la recuperación como acción a la recuperación como proceso: prácticas de movillización social y acciones estatales en torno a las recuperaciones de fábricas". *Cuadernos de Antropología Social*, 89-110.
- Fernández Álvarez, M. I. (2010a). "La productividad en cuestión. La formación de cooperativas en el proceso de recuperación de empresas en la Ciudad de Buenos Aires. En C. Cross, & M. Berger, *La producción del trabajo Asociativo: Condiciones, Experiencias y Prácticas en la Economía social* (págs. 19-39). Buenos Aires: CICCUS.
- Fernández Álvarez, M. I. (2010b). "Desafíos de la investigación etnográfica sobre procesos políticos calientes". *(con)textos: revista d'antropologia i investigació social*(4), 80-89.
- Fernández Álvarez, M. I. (2011). "Além da racionalidade: o estudo das emoções como práticas políticas". *Mana*, 17, 41-68.
- Fernández Álvarez, M. I. (2014). "El lenguaje de la eficacia interpelado. Contribuciones antropológicas al campo de las políticas sobre trabajo asociativo". *Revista de la Escuela de Antropología*, XX, 51-65.
- Fernández Álvarez, M. I. (2015). "Contribuciones antropológicas al estudio de las cooperativas de trabajo en la Argentina reciente". *Revista del Centro de Estudios de Sociología del Trabajo*, 37- 63.
- Fernández Álvarez, M. I. (2016a). "Introducción: El desafío de hacer juntos(as)". En M. I. Fernández Álvarez, *Hacer juntos (as). Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos* (págs. 11-30). Buenos Aires: Biblos.

- Fernández Álvarez, M. I. (2016b). "Experiencias de precariedad, creación de derechos y producción colectiva de bienestar(es) desde la economía popular". *Ensamblés*, 72-89.
- Fernández Álvarez, M. I. (2017). *La política afectada. Experiencia, trabajo y vida cotidiana en Brukman recuperada*. Rosario: ProHistoria.
- Fernández Álvarez, M. I. (2018). "Más allá de la precariedad: prácticas colectivas y subjetividades políticas desde la economía popular Argentina". *ÍCONOS*, 21-38.
- Fernández Álvarez, M. I.; S. Wolanski, D. Señorans, F. Pacífico . . . C. Cavigliasso, (2019) "Introducción". En *Bajo sospecha. Imágenes morales sobre las clases trabajadoras (en la Argentina actual)*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Fernández Álvarez, M. I., & Carengo, S. (2012). "Ellos son los compañeros del CONICET: el vínculo con organizaciones sociales como desafío etnográfico". *PUBLICAR*, 9-34.
- Fernández Álvarez, M. I., & Manzano, V. (2007). "Desempleo, acción estatal y movilización social en Argentina". *Política y Cultura*, 143-166.
- Fernández Álvarez, M. I., & Pacífico, F. (2016). "Cuidados, trabajo y formación. Reflexiones a partir de una etnografía sobre programas de 'inclusión social' destinados a cooperativas de mujeres". V *Encuentro Internacional de Investigación de Género. Simposio "Trabajo, economía del cuidado y desigualdades: desafíos y alternativas desde las intersecciones de trabajo y género en experiencias de asociatividad laboral"*. Luján: UnLu.
- Fernández Álvarez, M. I., & Partenio, F. (2010). "Empresas recuperadas en Argentina: producciones, espacios y tiempos de género". *Tabula Rasa*, 119-135.
- Fernández Álvarez, M. I., & Partenio, F. (2013). "Mujeres y movimientos sociales en América Latina: debates, alcances y encrucijadas de la participación de las mujeres en acciones colectivas". En N. Pena, & B. y. Pereyra, *Desarrollo y derechos de las mujeres. Participación y liderazgo en organizaciones comunitarias* (págs. 47-68). Buenos Aires: CICCUS.
- Fernández Álvarez, M. I., Gaztañaga, J., & Quirós, J. (2017). "La política como proceso vivo: diálogos etnográficos y un experimento de encuentro conceptual". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, LXIII(231), 277-304.
- Ferrari Mango, C., & Campana, J. (2018). *Del "Argentina Trabaja - Programa Ingreso Social con Trabajo" y el "Ellas Hacen" al "Hacemos Futuro". ¿Integralidad o desintegración de la función social del Estado?* Buenos Aires: Informe 11, FLACSO.
- Ferraudi Curto, M. C. (2006). *"Lucha" y "Papeles": Mientras tanto: Política y modo de vida en una organización piquetera*. Buenos Aires: Tesis de la Maestría en Antropología Social IDAES-UNSAM.
- Ferraudi Curto, M. C. (2007). "Pero entonces, ¿qué es política? Reflexiones después de la etnografía en una organización piquetera". *Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios de la Universidad Nacional de General San Martín*(2), 1-18.

- Ferraudi Curto, M. C. (2011). "(Des)encuentros en torno de los sentidos de la política: devolución de la tesis en una organización piquetera". *Nueva Antropología*(24), 111-134.
- Ferraudi Curto, M. C. (2013). "La territorialización de las políticas públicas asistenciales en Buenos Aires después de 2001". *Sociais e Humanas, Santa Maria*, 26(2), 260-273.
- Figueiro, P. (2010). "Disponer las prácticas. Consumo, crédito y ahorro en un asentamiento del Gran Buenos Aires". *Civitas*, 10(3), 410-429.
- Findling, L., Mario, S., & Champalbert, L. (2012). "¿Cómo cuidan y cómo se cuidan?: Mujeres de niveles bajos y medios del Área Metropolitana de Buenos Aires que cuidan a familiares dependientes". *Ponencia presentada en VII Jornadas de Sociología de la Universidad de La Plata*. Buenos Aires.
- Fizman, L. (2016). "Apuntes sobre el campo político. El caso del Programa Ingreso Social con Trabajo en un municipio del conurbano sur de Buenos Aires.". *II Congreso de Economía Política : neoliberalismo o proyecto popular y democrático en Argentina y Latinoamérica*. Quilmes: Ediciones del CCC, Centro Cultural de la Cooperación "Floreal Gorini".
- Folbre, N. (1995). "Holding hands at midnight: The paradox of caring labor". *Feminist Economics*, 73-92.
- Folbre, N. (2001). *The Invisible Heart: Economics and Family Values*. New York: New York Press.
- Folbre, N. (2017). "The Care Penalty and Gender Inequality". En S. Averett, L. Arys, & S. Hoffman, *The Oxford Handbook of Women and Economy* (págs. 1-28). Oxford: Oxford University Press.
- Fonseca, C. (2000). *Família, fofoca e honra: etnografia das relações de gênero e violência em grupos populares*. Porto Alegre: Editora da Universidade/UFRGS.
- Fonseca, C., Scalco, L., & Canfield de Castro, H. (2018). "Etnografía de una política pública: controle social pela mobilização popular". *Horizontes antropológicos*, 24(50), 271-303.
- Foti, P., & Sanchis, N. (2014). *Relevamiento de políticas y legislación para la inserción laboral y el empoderamiento de las mujeres en Argentina*. Buenos Aires: Onu Mujeres.
- Fournier, M. (2017). "La labor de las trabajadoras comunitarias de cuidado infantil en el conurbano bonaerense: ¿Una forma de subsidio de 'abajo hacia arriba'?". *Trabajo y Sociedad*(28), 83-108.
- Franze Mundano, A. (2013). "Perspectivas antropológicas y etnográficas de las políticas públicas". *Revista de Antropología Social*(9), 9-23.
- Furtado, V., & Grabino, V. (2018). "Alertas feministas: lenguajes y estéticas de un feminismo desde el sur". *Revista Observatorio Latinoamericano y Caribeño*, 18-38.
- Gago, V. (2014). *La razón neoliberal: Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.

- Gago, V. (2018). "#Nosotras Paramos: notas hacia una teoría política de la huelga feminista". En V. Gago, R. Gutierrez Aguilar, S. Draper, M. Menendez Díaz, M. Montanelli, & S. Rolnik, *8M Constelación Feminista* (págs. 7-24). Buenos Aires: Tinta Limón.
- Gálvez Muñoz, L. (2013). "Una lectura feminista del austericidio". *Revista de Economía Crítica*, 80-110.
- Gamallo, G. (2017). *El gobierno de la pobreza en la Argentina Posconvertibilidad*. Buenos Aires: Fundación CECE.
- García Delgado, D., & Gradin, A. (2016). "Neoliberalismo tardío y desestructuración del demos: el poder toma el poder". *Revista Estado y Políticas Públicas*(7), 49-68.
- García Palacios, M., Hecht, A. C., & Enriz, N. (2015). "Crianza y niñez en dos comunidades indígenas de la Argentina (qom y mbyá)". *Cuicuilco*, 185-201.
- Gherardi, N. (2009). "Violencia contra las mujeres: protección e igualdad. ¿Una relación incómoda?". *Revista de Derecho de Familia*, III, 238-251.
- Gil Araujo, S. (2010). "Anthropology of Policy. Una apuesta teórico-metodológica para el estudio de las políticas". En *La argucias de la integración. Políticas migratorias, construcción nacional y cuestión social* (págs. 57-66). Madrid: IEPALA.
- Gil, R. (2008). "Culture and Subjectivity in Neoliberal and Postfeminist Times". *Subjectivity*, 25, 432-445.
- Gilligan, C. (1982). *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gledhill, J. (2000). *El Poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*. Barcelona: Bellaterra.
- Gluckman, M. (1963). "Gossip and scandal". *Current Anthropology*, 4, 307-316.
- Gomez, M., & Massetti, A. (2009). *Los Movimientos sociales dicen*. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- González Martin, M. (2008). "Dignidad, solidaridad y amistad: un abordaje sobre la dimensión emocional en la práctica política de las mujeres de un agrupamiento de desocupados de la Ciudad de Buenos Aires". *IX Congreso Argentino de Antropología Social*. Misiones.
- Goren, N. (2012). "Alivio a la pobreza, política social y relaciones de género. Un estudio sobre un Programa de Transferencia Condicionada de Ingresos". *Congress of the Latin American Studies Association*. San Francisco.
- Gradin, A. (2014). "Estado y mediaciones sociales: el estilo de gestión del movimiento de desocupados Barrios de Pie en el territorio (Argentina 2002 - 2011)". *Estudios*(32), 49-78.
- Grassi, E. (2008). "La política social, las necesidades sociales y el principio de la igualdad: reflexiones para un debate post-neoliberal". En J. Ponce Jarrin, *Es posible pensar una nueva política social para América Latina* (págs. 29-68). Quito: FLACSO.

- Grassi, E. (2012). "Política sociolaboral en la Argentina contemporánea. Alcances, novedades y salvedades". *Revista Ciencias Sociales*(135-136), 185-198.
- Grassi, E. (2013). "El Sujeto de la Política Social. Obstáculos persistentes y condiciones necesarias para el ejercicio de los Derechos". *SER Social*, 261-384.
- Gregorio Gil, C. (2014). "Traspasando las fronteras dentro-fuera: Reflexiones desde una etnografía feminista". *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*, 297-322.
- Grimberg, M.(1997) *Demanda, negociación y salud. Antropología social de las representaciones y prácticas de los trabajadores gráficos 1984-1990*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras –UBA.
- Grimberg, M. (2009). "Poder, políticas y vida cotidiana, un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el Área Metropolitana de Buenos Aires". *Revista de sociología política*, 17, 83-94.
- Grimberg, M., Fernández Álvarez, M. I., & Carvalho Rosa, M. (2009). *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Grin, D. G. (2014). "Arenas de conflicto em torno do cuidado". *Tempo Social*, 35-45.
- Gutiérrez Aguilar, R. (2018). "Porque vivas nos queremos, juntas estamos trastocándolo todo. Notas para pensar, una vez más, los caminos de la transformación social". *THEOMAI*(37), 41-55.
- Gutiérrez Aguilar, R., Sosa, M. N., & Reyes, I. (2018). "El entre mujeres como negación de las formas de interdependencia impuestas por el patriarcado capitalista y colonial. Reflexiones en torno a la violencia y la mediación patriarcal". *Heterotopías*, 1(1), 1-15.
- Guzmán, V. (2001). *La institucionalidad de género en el estado: Nuevas perspectivas de análisis*. Santiago de Chile: CEPAL. Serie Mujer y Desarrollo.
- Guzmán, V., & Montaña, S. (2012). *Políticas públicas e institucionalidad de género en América Latina (1985-2010)*. Santiago de Chile: CEPAL. Serie Mujer y Desarrollo.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Harding, S. (2002). "¿Existe un método feminista?". En E. Bartra, *Debates en torno a una metodología feminista* (págs. 9-34). México: PUEG-UAM.
- Harvey, P., & Poole, D. (2012). "Estados experimentales. Presentación". *Anthropologica*(30), 77-82.
- Herrero, Y. (2013). "Miradas ecofeministas para transitar a un mundo justo y sostenible". *Revista de Economía Crítica*(16), 278-307.
- Hintze, S. (2007). *Políticas sociales argentinas en el cambio de siglo. Conjeturas sobre lo posible*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Hintze, S. (2018). "Políticas, asociatividad y autogestión en la Argentina post 2015. El punto de vista de los sujetos". *Otra Economía*, 11(20), 136-155.

- Hirata, H. (2002). "Globalização e divisão sexual do trabalho". *Cadernos Pagu*, 17, 139-156.
- Hirata, H. (2014). "Gênero, classe e raça. Interseccionalidade e consubstancialidade das relações sociais". *Tempo Social*, 26(1), 61-73.
- Hirata, H. (2016). "Subjetividade e sexualidade no trabalho de cuidado". *Cadernos Pagu*(46), 151-163.
- Hirata, H., & Kergoat, D. (2007). "Novas configurações da divisão sexual do trabalho". *Cadernos de Pesquisa*, 37(132), 595-609.
- Hochschild, A. (1983). *The Managed Heart: The Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Hochschild, A. (2001). "Las cadenas mundiales de afecto y asistencia y la plusvalía emocional". En A. Giddens, & W. Hutton, *En el Límite: la vida en el capitalismo global* (págs. 187-208). Madrid: Tusquets.
- Hochschild, A. (2013). *So How's the Family? And other essays*. Berkeley: University of California Press.
- Hopp, M. (2013). ¿Cooperativas o planes sociales?: un análisis del proceso de implementación del Programa de Ingreso Social con Trabajo "Argentina Trabaja" en un municipio del Conurbano Bonaerense. *Actas de las X Jornadas de Sociología de la UBA "20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el Siglo XXI"*, (págs. 1-12). Buenos Aires. Obtenido de <http://cdsa.academica.org/000-038/667.pdf>
- Hopp, M. (2015). "Identidades laborales de destinatarios del Programa Ingreso Social con Trabajo 'Argentina Trabaja'". *Trabajo y Sociedad*(24), 207-223.
- Hopp, M. (2016). "Potencialidades y límites del Programa Argentina Trabaja en dos barrios populares del conurbano bonaerense". *DAAPGE*, 27, 7-35.
- Hopp, M. (2017). "Transformaciones en las políticas sociales de promoción de la economía social y del trabajo en la economía popular en la Argentina actual". *Cartografías del Sur*, 6, 19-41.
- Hopp, M. (2018). "De la promoción de trabajo cooperativo al salario social complementario. Transformaciones en la transferencia de ingresos por trabajo en la Argentina". *Ciudadanías*, 2, 113-142.
- Hopp, M., & Frega, M. (2012). "Trabajo asociativo y políticas sociales: Tensiones y potencialidades en la experiencia de implementación del Programa 'Argentina Trabaja'". *Debate Público. Reflexión de Trabajo Social*, 2(3), 72-81.
- Hopp, M., & Gimenez, S. (2011). Programa Ingreso Social con Trabajo "Argentina Trabaja": una mirada reflexiva desde el corazón de su implementación. . *Ponencia presentada en el IV Encuentro Internacional de Trabajo Social. FSOC, UBA. 12 y 13 de mayo*. Buenos Aires.
- Hopp, M., & Lijterman, E. (2019). "Trabajo, derechos sociales y protección social en Argentina de la reconstrucción neoliberal". *Katálysis*, 22(1), 66-79.

- Hornes, M. (2016). "Entre condiciones expertas y negociaciones prácticas: La generización del dinero proveniente de las transferencias monetarias condicionadas". *Horizontes Antropológicos*, 2(45), 77-104.
- Ierullo, M., & Maglioni, C. (2015). "Cuidado y organizaciones comunitarias: reflexiones a partir de la experiencia de la Coordinadora de Jardines Maternales Comunitarios de La Matanza". *Argumentos. Publicación del Instituto de Investigaciones Gino Germani*(17), 150-177.
- Ingold, T. (2000). *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. London: Routledge.
- Ingold, T. (2011). *Being Alive: Essays on Movement, Knowledge and Description*. London, New York: Routledge, Taylor and Francis group.
- Ingold, T. (2012a). *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología*. Montevideo: Trilce
- Ingold, T. (2012b). "Trazendo as coisas de volta á vida: emaranhados criativos num mundo de materiais". *Horizontes Antropológicos*, 18(37), 25-44.
- James, D. (2004). *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.
- Jardim, M. (2013). "Outras razões para tantos fogões: Fazendo famílias em casas na rede de migração hindu no sudeste africano". *Temáticas*, 21(42), 110-139.
- Jelin, E. (2007). "Víctimas, familiares y ciudadanos/as: las luchas por la legitimidad de la palabra". *Cadernos Pagu*, 29, 37-60.
- Jimenez, H. (2010). "Unidos por la Justicia and Mujeres Fuertes: grassroots groups shaping Mexican immigrant women's activism in San José, California". *Latino Studies*, 8(4), 442-462.
- Kalinsky, B. (2011). "Hijos de la cárcel: maternidad y encierro". En K. Felitti, *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidad en la Argentina* (págs. 211-237). Buenos Aires: CICCUS.
- Kergoat, D. (2016). "O cuidado e a imbricação das relações sociais". En A. Rangel de Paiva Abreu, H. Hirata, & M. R. Lombardi, *Gênero e trabalho no Brasil e na França. Perspectivas interseccionais* (págs. 17-26). San Pablo: Boitempo.
- Knibieler, Y. (2001). *Historia de las madres y de la maternidad en Occidente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Korol, C. (2016). "Feminismos populares. Las brujas necesarias en los tiempos de cólera". *Nueva Sociedad*, 265, 142-152.
- Krause, M. (2016). "La temporalidad del dinero. Un mecanismo de reproducción sociocultural de las desigualdades sociales". *Civitas. Revista de Ciências Sociais*, 16(2), 306-322.
- L'Estoile, B. (2014). "Money is good, but a friend is better". Uncertainty, Orientation to the Future, and 'the Economy'. *Current Anthropology*, 55(59), 562-573.
- Lagarde, M. (2003). "Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción". *Emakunde*, 10-14.



- Lagos, M. (2008). "Vida cotidiana, ciudadanía y el género de la política". *Cuadernos de Antropología Social*(27), 91-112.
- Lagos, M., & Calla, P. (2007). "Antropología del Estado. Dominación y prácticas contestatarias en América Latina". *Cuaderno de Futuro 23. Informe sobre Desarrollo Humano. PNUD. Bolivia*.
- Lagüéns, J. (2017). "Política dentro de casa: notas sobre articulações, conversas e grupos políticos". En M. Palmeira, J. Commerford, & M. O. Bezerra, *Questões e Dimensões da Política*. (págs. 59-67). Rio de Janeiro: Papéis Selvagens.
- Lahad, K. (2014). "The single woman's choice as a Zero-Sum game". *Cultural Studies*, 28(2), 240-266.
- Lamas, M. (1986). "La antropología feminista y la categoría género". *Nueva Antropología*, 30, 173-198.
- Lamphere, L. (1993). "The domestic sphere of women and the public world of men: The strengths and limitations of an anthropological dichotomy". En *Gender in Cross-Cultural Perspective*. New Jersey: Englewood Cliffs.
- Lamphere, L. (2000). "The domestic sphere of women and the public world of Men: The strengths and limitations of an Anthropological dichotomy". En C. Brettell, & F. Sargent, *Gender in cross-cultural perspective*. New Jersey: Prentice Hall.
- Laudano, C. (2017). "Movilizaciones #Ni Una Menos y #Viivas nos queremos en Argentina. Entre el Activismo digital y #El feminismo lo hizo". *13° Mundos de Mulheres & Fazendo Género 11*, (págs. 1-12). Florianópolis.
- Laurens, M. P. (2017). "Antes nos organizábamos para robar ahora para pelear por nuestros derechos": reflexiones etnográficas en torno a las formas de organización colectiva más allá de las fronteras carcelarias. *XII Reunión de Antropología del Mercosur, 4 al 7 de diciembre*. Posadas: FHyCS, UNAM.
- Lazar, S. (2013). *El Alto, ciudad rebelde*. La Paz: Ediciones Plural.
- Leavitt, J. (1996). "Meaning and feeling in the Anthropology of the emotions". *American Ethnologist*, 23(3), 514-539.
- Leon, M. (2009). "Cambiar la economía para cambiar la vida. Desafíos de una economía para la vida". En A. Acosta, & E. Martínez, *El Buen Vivir*. Quito: Abya Yala.
- Lewin, E., & Silverstein, L. M. (2016). *Mapping feminist anthropology in the twenty-first century*. New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press.
- Lind, A. (2005). *Gendered paradoxes. Women's movements, state restructuring, and global development in Ecuador*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Litman, L. (2017). *Producir desde la incomodidad. Una economía moral del trabajo autogestionado*. Universidad de Buenos Aires: Tesis de Doctorado en Antropología.
- Lo Vuolo, R. (2010). *El programa Argentina Trabaja y el modo estático de regular la cuestión social en el país*. Buenos Aires: Documento de Trabajo N° 75, Centro Interdisciplinario para el Estudio de las Políticas Públicas (CIEPP).

- Luna, L. (2004). *Los movimientos de mujeres en América Latina y la renovación de la historia*. México: Creatividad Feminista.
- Lutz, C., & White, G. (1986). "The anthropology of emotions". *Annual Review of anthropology*, 15.
- Lynch Cisneros, J. (2012). "Reconfiguraciones del poder y la gestión local: afectos y tensiones que reinventan el Estado". *Revista Antropológica PUCP*, XXX(30), 151-168.
- Maneiro, M. (2015). "Representaciones sociales sobre el Programa Argentina Trabaja en las clases populares urbanas". *Katálisis*, 18(1), 62-73.
- Maneiro, M. (2017). "Representaciones sociales sobre la Asignación Universal por Hijo de los sectores populares urbanos periféricos (AUH)". *Trabajo y Sociedad*(29), 611-629.
- Manzano, V. (2008). "Etnografía de la gestión colectiva de políticas estatales en organizaciones de desocupados de La Matanza-Gran Buenos Aires". *Runa*, 28(1), 77-92.
- Manzano, V. (2013). *La política en movimiento. Movilizaciones colectivas y políticas estatales en la vida del Gran Buenos Aires*. Rosario: ProHistoria.
- Marcelin, L. (1995). "A linguagem da casa entre os negros no Recôncavo Baiano". *Mana*, 5(2), 31-60.
- Marcús, J. (2006). "Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad". *Revista Argentina de Sociología*(7), 99-118.
- Markowitz, F. (2003). "Sexualizando al antropólogo: implicaciones para la etnografía". En J. A. Nieto, *Antropología de la sexualidad y la diversidad cultural* (págs. 46-55). Madrid: Talasa Ediciones.
- Martin, J. (1990). "Motherhood and Power: The Production of a Women's Culture of Politics in a Mexican Community". *American Ethnologist*, 17(3), 470-490.
- Martinez, N. (2018). "¿Pueblo feminista? Algunas reflexiones en torno al devenir popular de los feminismos". *Latinoamérica*, 67, 173-201.
- Masetti, A. (2011). "Las tres transformaciones de la política pública asistencial y su relación con las organizaciones sociopolíticas (2003-2009)". *Entramados y Perspectivas*, 1(1), 9-36.
- Masetti, A. (2011). "Las tres transformaciones de la política pública asistencial y su relación con las organizaciones sociopolíticas (2003-2009)". *Entramados y Perspectivas*, 1(1), 9-36.
- Masson, L. (2004). *La política en femenino. Género y poder en la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Masson, L. (2007). *Feministas en todas partes: Una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Maurer, B. (2000). "Sexualities and separate spheres: Gender, Sexual identity and Work in Dominica and Beyond". En A. Lugo, & B. Maurer, *Gender Matters. Theory and*

- Practice in Feminist Anthropology: The Legacy of Michelle Rosaldo* (págs. 90-115). Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Menendez, M. (2018). "8 de marzo: Entre el acontecimiento y las tramas". En V. Gago, R. Gutierrez Aguilar, S. Draper, M. Menendez Díaz, M. Montanelli, & S. Rolnik, *8M Constelación Feminista* (págs. 73-84). Buenos Aires: Tinta Limón.
- Meyers, D. (2001). "The rush to motherhood: Pronatalist Discourse and Women's Autonomy". *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 26(3), 735-773.
- Miller, D. (2001). "Behind Closed Doors". En D. Miller, *Home Possessions: Material Culture Behind Closed Doors* (págs. 1-21). New York: Berg Publishers.
- Miller, D. (2005). "Materiality: An introduction". En D. Miller, *Materiality* (págs. 1-50). Durham, NC: Duke University Press.
- Miller, D. (2013). *Trecos, troços e coisas: Estudos antropológicos sobre a cultura material*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Molyneux, M. (1979). "Beyond the domestic labour debate". *New Left Review*, 116, 3-27.
- Molyneux, M. (2003). *Movimientos de mujeres en América Latina. Estudio teórico comparado*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Molyneux, M. (2007). *Change and continuity in Social Protection in Latin America Mothers at the Service of the State?* Ginebra: Unrisd. Gender and Development Programme Paper 1.
- Moore, H. (1996). *Antropología y feminismo*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Motta, E. (2016). "Casas e economia cotidiana". En R. Imanishi Rodrigues, *A vida Social e política nas Favelas: pesquisas de campo no Complexo do Alemão* (págs. 197-214). Rio de Janeiro: IPEA.
- Muehlebach, A. (2011). "On affective labor in post fordist Italy". *Cultural Anthropology*, 26(1), 59-82.
- Nardin, S. (2015). "Cómo echarle agua al mar alteridades y distinciones en un movimiento de trabajadores desocupados ". *Jornadas de Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCuyo*. Mendoza.
- Narotzky, S., & Besnier, N. (2014). "Crisis, Value, and Hope: Rethinking the Economy: An Introduction to Supplement 9". *Current Anthropology*, 55(S9), S4-S16.
- Natalucci, A. L. (2012). "Políticas sociales y disputas territoriales. El caso del programa Argentina Trabaja". *Perspectivas de Políticas Públicas*(3), 1-26.
- Natalucci, A., & Paschkes Ronis, M. (2011). "Avatares en la implementación de políticas sociales. Concepciones y prácticas de las organizaciones sociopolíticas que participan en el Programa Argentina Trabaja (2009-2010)". *IV Encuentro Internacional de Trabajo Social de la Universidad de Buenos Aires: Políticas Públicas y Trabajo Social. Aportes para la reconstrucción de lo Público*. Buenos Aires.
- Neffa, J. C. (2017). "El contexto socio económico argentino actual". *Cuadernos del CENDES*, 34(95), 189-205.

- Neffa, J. C. (2018). "Modos de desarrollo, trabajo y empleo en la Argentina (2012-2017)". *Revista Estado y Políticas Públicas*, 9, 93-119.
- Neffa, J. C., & López, E. (2012). "Argentina Trabaja. El programa de inserción social con trabajo". En J. C. Neffa, B. Brown, & E. López, *Empleo, desempleo & políticas de empleo. Políticas activas de empleo durante la posconvertibilidad* (págs. 36-101). Buenos Aires: CEIL-CONICET.
- Norverto, L. (2008). "Trabajo de mujeres para mujeres: una exploración de las 'Áreas Mujer Municipales' en la provincia de La Pampa". *La Aljaba*, 12, 147-160.
- Ojam, J. (2008). "Mujeres deocupadas. Mujeres piquetera: Recorridos de lucha e identidad". En A. Causa, & J. Ojam, *Mujeres piqueteras. Trayectorias, identidades, participación y redes* (págs. 121-135). Buenos Aires: Ediciones Baobab.
- Okely, J. (1975). "The Self and Scientism". *Journal of the Anthropology Society of Oxford*, 6(3), 171-188.
- Ortner, S. (1974). "Is female to male as nature is to culture?". En M. Rosaldo, & L. Lamphere, *Woman, culture, and society* (págs. 68-87). Stanford: Stanford University Press.
- Pacífico, F. (2016). "*Más allá del programa*". *Políticas estatales, mujeres y vida cotidiana en el Gran Buenos Aires*. Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas: FFyL, UBA.
- Pacífico, F. (2017). "Entre lo productivo y lo reproductivo. Un análisis etnográfico del trabajo de mujeres en cooperativas y programas sociales". *Fazendo Género* 11, (págs. 1-13). Florianópolis.
- Padawer, A., Scarfó, G., Rubinstein, M., & Visintín, M. (2009). "Movimientos sociales y educación: debates sobre la transicionalidad de la infancia y de la juventud en distintos contextos de la socialización". *Intersecciones en Antropología*, 10, 141-153.
- Palomar Vereá, C. (2004). "Malas madres: la construcción social de la maternidad". *Debate Feminista*, 30(15), 12-34.
- Palomar Vereá, C. (2005). "Maternidad: Historia y cultura". *La Ventana*, 22, 35-67.
- Parreñas, R. (2001). *Servants of globalization*. Stanford: Stanford University Press.
- Parreñas, R. (2005). "Long distance intimacy: class, gender and intergenerational relations between mothers and children in Filipino transnational families". *Global Networks*, 5(4), 317-336.
- Partenio, F. (2011). "Género y participación política: los desafíos de la organización de las mujeres dentro de los movimientos piqueteros en Argentina". En P. L. Aguilar, S. Argüello, M. F. Gorra, F. Gutiérrez, A. Iervolino Carrió, D. Munevar Sastre, . . . L. Sertório Teixeira, *Las deudas abiertas en América Latina* (págs. 245-288). Buenos Aires: CLACSO.
- Pascale, M. (2012). "Ética e trabalho do care". En H. Hirata, & N. A. Guimarães, *Cuidados e cuidadoras: as várias faces do trabalho do care* (págs. 29-43). San Pablo: Atlas.

- Pauli, J. (2008). "A House of One's Own: Gender, Migration and Residence in rural Mexico". *American Ethnologist*, 35(1), 171-187.
- Paura, V., & Zibecchi, C. (2014). "Mujeres, ámbito comunitario y cuidado: Consideraciones para el estudio de relaciones en transformación". *La Aljaba*, XVIII, 126-147.
- Pautassi, L. (2007). *Programa familias por la inclusión social. Entre el discurso de derechos y la práctica asistencial*. Buenos Aires: CELS.
- Pautassi, L. (2009). *Programas de transferencias condicionadas de ingresos ¿Quién pensó en el cuidado? La experiencia en Argentina*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Pautassi, L. (2013). "El trabajo de cuidar y el derecho al cuidado. ¿Círculos concéntricos de la política social?". *Revista Cátedra Paralela*(10), 65-92.
- Pautassi, L., Arcidiácono, P. & Straschnoy, M. (2013). *Asignación Universal por Hijo para la Protección Social de la Argentina. Entre la satisfacción de necesidades y el reconocimiento de derechos*. Santiago de Chile: CEPAL- Serie de Políticas Sociales.
- Pautassi, L., Faur, E., & Gherardi, N. (2006). "El trabajo como Derecho. Un análisis de Género". En G. Herrera, *La persistencia de la desigualdad. Género, trabajo y pobreza en América Latina* (págs. 49-90). Quito: FLACSO.
- Pedroso de Lima, A., & Rivas Oliveira, F. M. (2015). "O valor do tempo. Dádiva e Voluntariado em Portugal em tempos de Crise". *Interseções*, 17(2), 300-326.
- Peirano, M. (2014). "Etnografía não é método". *Horizontes Antropológicos*, 20(42), 377-391.
- Perelmiter, L. (2010). "Militar el Estado. La incorporación de movimientos sociales de desocupados en la gestión de políticas sociales. Argentina (2003-2008)". En A. Massetti, E. Villanueva, & M. Gómez, *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del Bicentenario*. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Pérez Orozco, A. (2006). "Amenaza tormenta: La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico". *Revista de Economía Crítica*, 5, 7-37.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Picchio, A. (1994). "El trabajo de reproducción, tema central en el análisis del mercadolaboral". En C. Borderías Mondejar, C. Carrasco Bengoa, & C. Alemany, *Mujeres y trabajo: rupturas conceptuales* (págs. 451-502). Barcelona: Icaria.
- Picchio, A. (2009). "Condiciones de vida: Perspectivas, análisis económico y políticas públicas". *Revista de Economía Crítica*(7), 27-54.
- Pietrafesa de Godoi, E. (2014). "Mobilidades, encantamentos e pertença: o mundo ainda está rogando, porque ainda não acabou". *Revista de Antropologia da USP*, 57(2), 143-170.
- Pina- Cabral, J. (1991). *Os Contextos da Antropologia*. Lisboa: Difel.
- Pina-Cabral, J. d. (2014). "Agnatas, vizinhos e amigos: variantes da vicinalidade em África, Europa e América". *Revista de Antropologia da USP*, 57(2), 23-46.

- Pina-Cabral, J., & Pietrafesa de Godoi, E. (2014). "Apresentação: Dossiê Vicinalidades e Casas Partíveis". *Revista de Antropologia da USP*, 11-20.
- Pita, M. V. (2017). "Violencias y trabajos clasificatorios. El análisis de la noción 'violencia institucional' qua categoría política local". *Revista Ensamblés*(7), 52-70.
- Poole, D. (2012). "Corriendo riesgos: normas, ley y participación en el Estado neoliberal". *Revista Antropológica PUCP*, XXX(30), 83-100.
- Pozzio, M. (2011). *Madres, mujeres y amantes. Usos y sentidos de género en la gestión cotidiana de las políticas de salud*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Quirós, J. (2006). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Quirós, J. (2009). "Ser piquetero, estar con los piqueteros. Hacia una etnografía descentrada de los movimientos como objeto de análisis". En M. Grimberg, M. I. Fernández Álvarez, & M. Carvalho Rosa, *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil* (págs. 37- 52). Buenos Aires: Antropofagia.
- Quirós, J. (2011). *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Quirós, J. (2014). "Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en Antropología". *Publicar*, XII(XVII), 47-65.
- Rangel Loera, N. (2006). *A espiral das ocupações de terra*. San Pablo: Polis.
- Rangel Loera, N. (2009). "Limando os 'maus elementos'. Disciplina e acordos num acampamento do MST". En M. Grimberg, M. I. Fernández Álvarez, & M. Carvalho Rosa, *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil* (págs. 73-92). Buenos Aires: Antropofagia.
- Rangel Loera, N. (2014). *Tempo de acampamento*. San Pablo: UNESP.
- Rappaport, J. (2007). "Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en colaboración". *Revista Colombiana de Antropología*, 43, 197-229.
- Razavi, S. (2007). *The political and social economy of care in development context. Conceptual issues, research questions and policy options*. Geneva: UNRISD.
- Reddy, W. (1997). "Against constructionism. The historical ethnography of emotions". *Current Anthropology*, 38(3), 327-351.
- Rifkin, D. (2008). "Mujeres piqueteras en el Barrio María Elena". En A. Causa, & J. Ojam, *Mujeres piqueteras. Trayectorias, identidades, participación y redes* (págs. 47-77). Buenos Aires: Ediciones Baobab.
- Rockwell, E. (2009). *La Experiencia Etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodriguez Enriquez, C. (2007). "Economía del cuidado, equidad de género y nuevo orden económico internacional". En A. Girón, & E. Correa, *Del Sur Hacia el Norte: Economía política del orden económico internacional emergente* (págs. 229-240). Buenos Aires: CLACSO.

- Rodriguez Enriquez, C. (2011). *Programas de transferencias condicionada de ingresos. ¿Por dónde anda América Latina?* Serie Mujer y Desarrollo CEPAL.
- Rodriguez Enriquez, C., & Marzonetto, G. (2015). "Organización social del cuidado y desigualdad: el déficit de políticas públicas de cuidado en Argentina". *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, 4(8), 109-134.
- Rodriguez Gusta, A. L. (2013). "¿Destinatarias emprendedoras o beneficiarias dependientes?: Segmentaciones discursivas en la implementación municipal de una política social en la Argentina". *Cuadernos de Antropología Social*(37), 137-169.
- Roig, A. (2015). "Separar de sí, separar para sí: las prácticas de ahorro domésticas en sectores populares urbanos argentinos". En A. Wilkis, & A. Roig, *El laberinto de la moneda y las finanzas* (págs. 195-210). Buenos Aires: Biblos.
- Rosa, M. (2009). "A 'forma movimento' como modelo contemporâneo de ação coletiva ruran no Brasil". En M. Grimberg, & M. I. Fernández Álvarez, *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil* (págs. 53-72). Buenos Aires: Antropofagia.
- Rosaldo, M. (1974). "Woman, Culture and Society: Theoretical Overview". . En M. Rosaldo, & L. Lamphere, *Woman, Culture and Society*. Standford: Standford University Press.
- Rosaldo, M. (1984). "Toward an Anthropology of Self and Feeling". En *Culture Theory: Essays on Mind, Self and Emotion*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosaldo, M. (1995). "O Uso e o abuso da antropologia: reflexões sobre o feminismo e o entendimento intercultural". *Horizontes Antropológicos*, 1(1), 11-36.
- Roseberry, W. (2000) "Hegemonía y el lenguaje de la contienda". En: *Taller Interactivo: Prácticas y representaciones de la Nación, el Estado y la Ciudadanía en Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos
- Ross, E., & Rapp, R. (1997). "Sex and society. A research note from social history and anthropology". En R. Lancaster, & M. Di Leonardo, *The gender, sexuality reader*. London: Routledge.
- Russo, M. (2009). "Escenas de la vida cotidiana: relatos y experiencias de mujeres 'jefas de comedores populares'". *VII Reunión de Antropología del Mercosur*. Buenos Aires.
- Russo, M. (2010). *Participación política femenina en comedores comunitarios de dos villas de la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Tesis de Licenciatura. UBA. FFyL., Licenciado en Ciencias Antropológicas.
- Sagot, M. (2000). *Ruta Crítica de las Mujeres Afectadas por la Violencia Intrafamiliar en América Latina: Estudios de caso de 10 países*. Washington: OMS.
- Sagot, M. (2017). "¿Un mundo sin femicidios? Las propuestas del feminismo para erradicar la violencia contra las mujeres". En A. Carosio, *Feminismos, pensamiento crítico y propuestas alternativas en América Latina* (págs. 61-78). Buenos Aires: CLACSO.

- Santillán, L. (2009). "Antropología de la crianza: la producción social de 'un padre responsable' en barrios populares del Gran Buenos Aires". *Etnográfica*, 13(2), 265-289.
- Santillán, L. (2010). "Relaciones de ayuda mutua y más allá de ellas. El cuidado infantil y lazos de asociatividad en contextos de desigualdad social". *Papeles de trabajo*, 20, 70-89.
- Santillán, L. (2013). "La participación social entre el trabajo colectivo y la beneficiencia privada: un análisis con foco en el cuidado infantil y las transformaciones urbanas en barrios del Gran Buenos Aires, Argentina". *Cuadernos de Antropología*, 23, 27-48.
- Santillán, L. (2014). "El cuidado y la educación infantil en experiencias comunitarias. Un análisis antropológico". *Educação, Sociedade & Culturas*, 41, 91-108.
- Santillán, L. (2017). "¿Quiénes educan a los chicos? Una mirada desde la antropología sobre el cuidado, la enseñanza y la educación". En P. Redondo, & E. Antelo, *Encrucijadas entre cuidar y educar. Debates y experiencias* (págs. 17-36). Rosario: HomoSapiens.
- Sassen, S. (2003). *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Scarfó, G., Hopp, M., & Highton, C. (2009). "Reflexiones en torno al concepto de inempleabilidad: consideraciones para pensar la política social". *Revista de trabajo social Plaza Pública*, 2(2), 8-20.
- Scheper-Hughes, N. (1992). *Death without weeping: the violence of everyday life in Brazil*. Berkley: University of California Press.
- Sciortino, S. (2012). *Una etnografía en los Encuentros Nacionales de Mujeres. Políticas de identidad desde la afirmación de las mujeres de los pueblos originarios*. Universidad de Buenos Aires: Tesis de Doctorado en Antropología.
- Sciortino, S. (2018a). "Una etnografía sobre arreglos familiares, leonas y mujeres superpoderosas. Prácticas compartidas entre las titulares del 'Ellas Hacen'". *Cuadernos de Antropología Social*, 48, 55-71.
- Sciortino, S. (2018b). "Consideraciones sobre el movimiento amplio de mujeres a partir del 'Ni una menos': Continuidad histórica, diversidad y trayectorias locales". *Publicar*, 16(24), 27-47.
- Segalen, M. (1992). "El mito de la familia occidental". En M. Segalen, *Antropología histórica de la familia* (págs. 251-259). Madrid: Taurus.
- Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género, entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Segato, R. (2014). *Las nuevas formas de guerra y el cuerpo de las mujeres*. Puebla: Tinta Limón.
- Señorans, D. (2018). *El derecho a la vida digna. Formas de militancia en la economía popular en el Área Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Tesis de Doctorado, FFYL-UBA, EHESS. .



- Shabel, P. N. (2018). "Que por favor no nos saquen de acá': construcciones de conocimiento en torno al estado segun niñxs que viven en una casa tomada". *Papeles de trabajo*(36), 81-99.
- Sharma, A., & Gupta, A. (2006). "Rethinking theories of the State in an age of globalization". En A. Sharma, & A. Gupta, *The Anthropology of the State. A reader* (págs. 1-41). Oxford: Blackwell.
- Shore, C. (2010). "La antropología y el estudio de la política pública: Reflexiones sobre la 'formulación de las políticas'". *Antípoda*, 21-49.
- Shore, C., & Wright, S. (1997). "Policy: A New Field of Anthropology". En C. Shore, & S. Wright, *Anthropology of Policy: Critical Perspectives on Governance and Power* (págs. 3-39). London: Routledge.
- Sigaud, L. (2000). "A forma acampamento". *Revista Novos Estudos*, 58, 73-92.
- Sigaud, L. (2005). "As condições de possibilidade das ocupações de terra". *Tempo Social*, 17(1), 255-280.
- Sigaud, L., Rosa, M., & Hernandez Macedo, M. (2008). "Ocupações de Terra, Acampamentos e Demandas ao Estado: Uma Análise em Perspectiva Comparada". *Dados Revista de Ciências Sociais*, 51(1), 107-142.
- Sorj, B., & Fontes, A. (2012). "O care como um regime estratificado: implicações de gênero e classe social". En H. Hirata, & N. A. Guimarães, *Cuidados e cuidadoras: as várias faces do trabalho do care* (págs. 103-116). San Pablo: Atlas.
- Sorroche, S. (2016). "Ni 'vagos' ni 'ladrones': Trabajadores cartoneros. La disputa por el reconocimiento de su actividad como un trabajo". *Epocas*, 1-15.
- Sosa, M., Menéndez, M., & Bascuas, M. (2018). "Experiencias de feminismo popular en el Cono Sur: reproducción de la vida y relaciones entre mujeres". En H. Mena Méndez, *Las disputas por lo público en América Latina y el Caribe*. Buenos Aires: CLACSO.
- Stacey, J. (1988). "Can there be a feminist Ethnography?". *Women's Studies Int Forum*, 11(1), 21-27.
- Stephen, L. (2005). "Women's Weaving Cooperatives in Oaxaca". *Critique of Anthropology*, 25(3), 253-278.
- Stolcke, V. (1996). "Antropología del género. El cómo y el por qué de las mujeres". En J. Prat, & A. Martínez, *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*. (págs. 335-344). Barcelona: Ariel.
- Svampa, M., & Pereyra, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio, la experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Szulc, A. (2015). "Concepciones de niñez e identidad en las experiencias escolares de niños mapuche del Neuquén". *Antropológica*, 33(35), 235-253.
- Tabbush, C., & Gentile, F. (2014). "Madres transgresoras y Bebés 'tumberos': la regulación de la maternidad y la crianza tras las rejas" . En M. Tarducci, *Feminismo, lesbianismo y maternidad en Argentina*. Buenos Aires: Librería de las Mujeres.

- Tarducci, M. (2008). "Maternidades y adopción: una introducción desde la antropología de género". En M. Tarducci, *Maternidades en el siglo XXI* (págs. 15-28). Buenos Aires: Espacio editorial.
- Tarducci, M. (2011). "Las 'buenas' y 'malas' madres de la adopción". En K. Felitti, *Madre no hay una sola. Experiencias de la maternidad en la Argentina actual* (págs. 199-211). Buenos Aires: CICCUS.
- Tarducci, M., & Rifkin, D. (2010). "Fragmentos de historia del feminismo en Argentina". En S. Chaheer, & S. Santoro, *Las palabras tienen sexo II: herramientas para un periodismo de género*. Buenos Aires: Artemisa Comunicaciones.
- Taruselli, M. V. (2016). "Devenires de la copa de leche. Prácticas colectivas en torno a la puesta a andar de las políticas estatales". En M. I. Fernández Álvarez, *Hacer juntos(as): dinámicas, contornos y relieves de la política colectiva* (págs. 199-). CABA: Biblos.
- Téllez, M. (2008). "Community of struggle: gender, violence and resistance on the U.S./Mexico border". *Gender and Society*, 22(5), 545-567.
- Teodori, C. (2015). "Rutas críticas de mujeres en situación de violencia familiar. Estudio de casos en la ciudad de Buenos Aires". *Revista Internacional de Investigación en Ciencias Sociales*, 11(2), 179-194.
- Thompson, W. (1984) *Tradición, revuelta y consciencia de clases*. Madrid: Crítica
- Tronto, J. (1987). "Más allá de la diferencia de género. Hacia una teoría del cuidado". *Journal of Women in Culture and Society*, 12.
- Tronto, J. (2013). *Caring Democracy. Markets, Equality, and Justice*. New York: New York University Press.
- Trouillot, M.-R. (2001). "The Anthropology of the State in the Age of Globalization: Close Encounters of the Deceptive Kind". *Current Anthropology*, 42(1), 125-138.
- Trujillo, L., & Retamozo, M. (2017). "Economía política de la desigualdad en Argentina (2003-2015). Instituciones laborales y protección social". *Temas y debates*, 33(21), 35-61.
- Trupa, N. (2015). Familias comaternales, usuarias de nuevas tecnologías reproductivas, en el escenario de las ciudadanías biológicas. *XI Jornadas de Sociología*. Buenos Aires.
- Tucker, J. (2005). "The new future of Motherhood". *The mother movement*, 1-9.
- Vázquez, M. (2008). "El espacio político femenino: entre la casa, la política y la comadre". En A. Causa, & J. Ojam, *Mujeres piqueteras. Trayectorias, Identidades, participación y redes* (págs. 78-95). Buenos Aires: Baobab.
- Vincent, J. (2002). *The anthropology of politics. A reader in ethnography, theory and critique*. Oxford: Blackwell.
- Vommaro, G., & Quirós, J. (2011). "Usted vino por su propia decisión: repensar el clientelismo en clave etnográfica". *Desacatos*, 36, 65-84.
- Vuotto, M. (2011). *El cooperativismo de trabajo en la Argentina: contribuciones para el diálogo social*. Lima: OIT.

- Wanderley, F. (2009). "Prácticas estatales y ciudadanía colectiva e individual en Bolivia". *ICONOS, Revista de Ciencias Sociales*, 67-79.
- Webster, D. (1976). *A Sociedade Chope: Indivíduo e Aliança no Sul de Moçambique*. Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais.
- Wiggers, R. (2013). "Casa, família e pertencimento: A construção da pessoa em uma localidade no sul do Brasil". *Temáticas*, 21(42), 151-172.
- Wilkis, A., & Hornes, M. (2017). "Negociando la inclusión al mercado de consumo: Los programas de transferencias condicionadas de dinero y el orden familiar". *Civitas*, 17(1), 61-78.
- Wilkis, A., & Partenio, F. (2010). "Dinero y obligaciones generizadas: las mujeres de sectores populares frente a las circulaciones monetarias de redes políticas y familiares". *La Ventana*, 32, 178-213.
- Young, I. (2005). "House and home: Feminist variations on a theme". En *On female body experience "Throwing like a girl" and other essays* (págs. 123-154). Nueva York: Oxford University Press.
- Zapata, L. (2005). *La mano que acaricia la pobreza. Etnografía del voluntariado católico*. Buenos Aires: Antropofagia-IDES.
- Zelizer, V. (2011). *El significado social del dinero*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zibecchi, C. (2013). *Trayectorias Asistidas: Un abordaje de los programas sociales en Argentina desde el enfoque de género*. Buenos Aires: Eudeba.

## Fuentes consultadas

### a) Documentos

CELS (2017) "El impacto negativo de las políticas económicas en la vigencia de los derechos económicos y sociales". Informe CELS 2017

MDSN (2010) "Guía informativa del programa de Ingreso Social Con Trabajo"-

MDSN (2013) "Ellas Hacen Historia. Relatos de las integrantes del programa Ellas Hacen, La Plata 2013".

MDSN (2014) "Primer Informe. Antecedentes, creación y primera etapa de Ellas Hacen"

MDSN (2015a) "Situación actualizada de titulares de la línea Ellas Hacen. Perfil de los titulares y aspectos evaluativos"

MDSN (2015b) "Más de 44 mil mujeres de Ellas Hacen realizan prácticas comunitarias".

MDSN (2015c) Ellas hacen, saben y dicen. Inclusión laboral, educativa, cultural, económica y territorial

MDSN (2015d) "Ellas Hacen Caracterización de titulares a dos años de inclusión, provincia de Buenos Aires

Pérsico, E., & Grabois, J. (2014). *Cuaderno de formación N° 1 y N° 2: "Organización y economía popular: nuestra realidad"*. Buenos Aires: CTEP - Asociación Civil de los Trabajadores de la Economía Popular.

Red CAME. Circular 31/01/ 18 "Came acompaña el Plan Empalme que busca la inserción laboral de beneficiarios de planes sociales". Disponible en: [http://redcame.org.ar/contenidos/circular/CAME-acompania-el-Plan-Empalme\\_-que-busca-la-insercion-laboral-de-beneficiarios-de-planes-sociales.9433.html](http://redcame.org.ar/contenidos/circular/CAME-acompania-el-Plan-Empalme_-que-busca-la-insercion-laboral-de-beneficiarios-de-planes-sociales.9433.html)

UCA (2018) "Pobreza Monetaria y Vulnerabilidad de Derechos. Inequidades de las Condiciones Materiales de Vida en los Hogares de la Argentina Urbana (2010-2018)".

## **b) Resoluciones y Normativas**

Res. (MDSN) 3026/2009

Res. (MDSN) 1499 2012

Res. (MDSN) 3877/2013

Res. (MDSN) 7921/2013.

Res (MDSN) 2176/2013

Res. (MDSN) 592/2016

Res. (MDSN) 2055/2016

Decreto (PEN) 304/2017

## **c) Fuentes periodísticas**

Diario La Nación "La distorsión del cooperativismo". 14 de Octubre del 2009..

Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/editoriales/la-distorsion-del-cooperativismo-nid1186031>

Diario La Nación "La desnaturalización del cooperativismo"

Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/opinion/la-desnaturalizacion-del-cooperativismo-nid1863561>, 20 de enero de 2016

Diario Infobae "La casa rosada puesta a reducir la intermediación de las organizaciones para ganar territorio". 23 de marzo de 2018

Disponible en: <https://www.infobae.com/politica/2018/03/23/la-casa-rosada-apuesta-a-reducir-la-intermediacion-de-las-organizaciones-sociales-para-ganar-territorio/>

## **d) Sitios Web**

<https://www.argentina.gob.ar/desarrollosocial>

<https://www.anses.gob.ar/>

<http://www.formateenred.gob.ar/>

<http://ctepargentina.org/>

## Anexo: Referencia de las personas

Abel: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Todos Unidos (CTEP Evita)

Alejandra: Directora de Políticas de Género, Moreno.

Ana: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Todos Unidos (CTEP Evita)

Analía: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Presidenta de la cooperativa Nestornauta (CTEP Evita)

Belén: Integrante de CTEP-Evita Pilar

Beto: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Nestornauta (CTEP Evita)

Carla: Titular del Ellas Hacen, Tres de febrero. Integrante de la Cooperativa Mujeres Valientes

Carmen: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Nestornauta (CTEP Evita)

Catalina: Hija de Verónica,

Celeste: Trabajadora del CAL, Moreno

Clara: Titular del Ellas Hacen, Moreno. Integrante de la Cooperativa Nuevos Rumbos

Claudia: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Todos Unidos (CTEP Evita)

Daira: Tallerista de Programa Ellas Hacen, Tres de Febrero

Eduardo: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Todos Unidos (CTEP Evita)

Eliana: Titular del Ellas Hacen, Moreno. Integrante de cooperativa Nuestro Progreso

Esteban: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Nestornauta (CTEP Evita)

Euge: Tallerista de Programa Ellas Hacen, Tres de Febrero

Flavia: Titular del Ellas Hacen Moreno, Presidenta de la Cooperativa Nuestro Progreso

Jimena: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Todos Unidos (CTEP Evita)

José: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Todos Unidos (CTEP Evita)

Juan: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Todos Unidos (CTEP Evita) Marido de Verónica.

Laura- Titular del Ellas Hacen, Moreno. Presidenta de la Cooperativa Nuevos Rumbos

Luna: Hija menor de Laura.

Maite: Estudiante de Fines de Moreno.

Marina: Hija de Verónica

Marcia: Titular del Ellas Hacen, Moreno. Integrante de la Cooperativa Nuestro Progreso

María: Titular del Argentina Trabaja. Integrante de CTEP- Evita San Miguel

Mariela: Titular del Ellas Hacen, Tres de febrero. Presidenta de la Cooperativa Mujeres Valientes

Marisol: Funcionaria de Dirección de Políticas de Género

Matilde: Titular del Argentina Trabaja. Integrante de CTEP Evita San Miguel

Mercedes: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Nestornauta (CTEP Evita)

Micaela: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Todos Unidos (CTEP Evita)

Mirta: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Todos Unidos (CTEP Evita)

Mónica: Titular del Ellas Hacen, Tres de febrero. Integrante de la Cooperativa Mujeres Valientes

Nelson: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Nestornauta (CTEP Evita)

Pedro: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Todos Unidos (CTEP Evita)

Renata: Hija de Laura.

Rosa: Titular del Ellas Hacen, Tres de febrero. Integrante de la Cooperativa Mujeres Valientes

Roxana: Integrante de CTEP Evita San Miguel

Sandra: Titular del Ellas Hacen, Tres de febrero. Integrante de la Cooperativa Mujeres Valientes

Valentina: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Integrante de la cooperativa Todos Unidos (CTEP Evita)

Verónica: Titular del Argentina Trabaja, Pilar. Presidenta de la cooperativa Todos Unidos (CTEP Evita)

Vilma: Vecina y compañera de militancia de Laura

## Anexo Fotográfico<sup>94</sup>



<sup>94</sup> Las fotografías fueron tomadas por la autora, a excepción de la imagen de portada, gentileza de María Inés Fernández Álvarez







